

No EXACTAMENTE una cita

CATHERINE BYBEE

Traducción de
Verónica Pamoukaghlián



amazon crossing

NO
EXACTAMENTE
UNA CITA

Catherine Bybee

**NO
EXACTAMENTE
UNA CITA**

Traducción

Verónica Pamoukaghlián

amazon crossing 

Título original: *Not Quite Dating*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Estados Unidos, 2012

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Marzo, 2016

Copyright © Edición original 2012 por Catherine Bybee

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2016 traducida por Verónica Pamoukaghlián

Imagen de cubierta © Smari/Getty Images

Diseño de cubierta por Pepe *nymi*, Milano

Primera edición digital 2016

ISBN: 9781503933941

www.apub.com

LA AUTORA

Catherine Bybee es autora de grandes éxitos, asidua en las listas de superventas del *New York Times*, *USA Today* y *Wall Street Journal*. Del mismo modo, es número uno en ventas de Indie Reader y Amazon. Catherine Bybee creció en el estado de Washington. Tras el instituto, se trasladó al sur de California con la esperanza de convertirse en una estrella de cine. Cuando se aburrió de trabajar como camarera retomó sus estudios, obtuvo el diploma de enfermera y pasó la mayor parte de su carrera trabajando en salas de emergencia de hospitales urbanos. Ahora escribe a tiempo completo y es autora de las series: No exactamente..., MacCoinnich Time Travels y Weekday Bride. Puedes conocerla un poco más en: catherinebybee.com.

Otros libros de Catherine Bybee: Romance contemporáneo: Weekday Bride Series: *Wife by Wednesday*, *Married by Monday*. Romance paranormal: MacCoinnich Time Travels: *Binding Vows*, *Silent Vows*, *Redeeming Vows*, *Highland Shifter*. The Ritter Werewolves Series: *Before the Moon Rises*, *Embracing the Wolf*. Relatos breves: *Soul Mate*, *Possessive*. Eróticos: *Kilt Worthy*, *Kilt-A-Licious*.

Para mi abuela, Shamrock Bybee, el mundo es un poco más oscuro desde tu partida

ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

CAPÍTULO UNO

—Este es por la bola —dijo Mike bebiéndose de un trago el tequila—. Y este es por la cadena. —Esta vez lo empujó con una cerveza en la mano—. Tu turno.

Jack se relajó en su asiento mientras que Mike hacía que Dean bebiera otra ronda. Dean, en su último fin de semana de soltero, ya estaba bastante pasado de copas, pero siguió bebiendo de todos modos.

—¿Qué ho-hora es? —preguntó Dean.

—No tienes derecho a preguntar la hora hasta el domingo —le recordó Tom.

—¿No es domingo?

La mirada de Dean siguió a una camarera de minifalda ajustada.

Jack, Tom y Mike se echaron a reír.

—Maldita sea, Mass, puede ser que tengamos que permanecer en tu exclusivo local una semana entera para que salga el soltero que este futuro hombre casado lleva dentro.

Los amigos de Jack Mascall siempre lo llamaban Mass: más dinero, más mujeres, más tiempo libre para hacer lo que se le antojara gracias a la fortuna de su familia. Los compinches con quienes compartía la mesa lo conocían desde el instituto. Si ellos alguna vez quisieran quedarse en el Hotel y Casino Mascall en el Strip de Las Vegas durante una semana, un mes, o lo que fuera, Jack lo haría realidad. Todos tenían altos cargos ejecutivos o eran empresarios, lo que hacía casi imposible que pudieran reunirse alguna vez. La despedida de soltero, durante un largo fin de semana, tendría que satisfacer a todos.

Jack había insistido en que cruzaran el desierto de California en automóvil y no en avión. Ahora que Dean iba a dar el salto al vacío —o al altar— ya no volverían a tener una oportunidad como aquella.

Dean era el primero de los cuatro en casarse, lo que significaba que este era su último viaje de solteros. La última vez sin que ninguno tuviera que regresar apurado a casa con su esposa o sus hijos. La última vez que podrían emborracharse como una cuba sin tener que darle explicaciones a una mujer.

Un último golpe, con Las Vegas y una aventura de carretera incluida, ¿qué más se podía pedir? Una vez que Dean dijera «Sí, quiero» todo eso cambiaría. En su interior, Jack lo sabía, estaba listo para ello. La vida era una serie de capítulos, y este

acabaría a lo grande si lograba hacer valer su influencia.

—Oh, oh, ¿esa es Heather? —Tom le dio un codazo a Jack e hizo un gesto hacia la sala del casino.

Jack siguió la mirada de Tom, que se posó en la espalda de una mujer a la que conocía demasiado bien. Tenía el pelo rubio platino recogido en lo alto de su cabeza, sus hombros estaban desnudos a no ser por los tirantes del ajustado vestido que abrazaba cada una de sus curvas, mejoradas a base de cirugía.

Justo cuando Jack pensó que podría darse la vuelta sin que notara su presencia, la mujer lanzó una mirada por encima del hombro y le ofreció una sonrisa artificial.

—Demonios, ¿cómo ha sabido que estaríamos aquí?

Si había una mujer a la que Jack nunca quería volver a ver, era probablemente Heather. Al observarla balancear sus caderas mientras caminaba hacia él, Jack comprendió que su deseo no se haría realidad.

—Probablemente le llegó el rumor de que era la despedida de soltero de Dean. Y como eres el dueño del hotel, ¿en qué otro lugar podría ser la fiesta si no? —le recordó Tom.

—Jack, cariño, qué sorpresa encontrarte aquí. —El tono liviano de Heather era fruto de la práctica y no de la sinceridad.

Sin manera de evitarla, Jack se puso de pie mientras ella se acercaba. Heather se inclinó y lo besó en la mejilla. Rápidamente, Jack dio un paso atrás e hizo un gesto hacia sus amigos.

—¿Te acuerdas de Tom, Mike y Dean?

—Claro.

Les ofreció la más falsa de las sonrisas, su mirada se detuvo un momento en Dean antes de volver a Jack.

—¿Qué te trae a Las Vegas? —preguntó Jack, como si no lo supiera.

—Me dijiste que este era uno de tus hoteles más bonitos. Pensé que ya era hora de visitarlo.

—El dueño de los casinos es mi padre, Heather, no yo.

Heather solo veía el dinero. No importaba de dónde viniera, mientras pudiera acceder a él.

Ella agitó una mano en el aire.

—No te escapes por la tangente, Jack.

—Salirse, se dice «salirse por la tangente».

Ella posó su mano sobre el brazo de Jack y luego lo apretó con sus dedos.

—Ya sabes que no me gusta que me corrijan —le recordó.

«Ya sabes cómo odiaba siempre que aparecieras donde no quería verte». Eso era cuando eran novios. Jack había roto con ella a mediados del verano. Ya era noviembre.

Ella se inclinó y le susurró al oído.

—¿Podemos hablar un momento a solas?

Se aflojó la corbata e inclinó su sombrero de *cowboy*.

—Estamos en medio de una despedida de soltero, Heather.

Dean bebió otro tequila y chupó un limón.

—Solo será un minuto, cariño.

Jack pensó que era doloroso sonreír con los dientes apretados, así que se vio obligado a abrir la mandíbula ante la calidez de sus almibaradas palabras. Recordó el día en que puso fin a su breve romance. Estaban en una fiesta para recaudar fondos en el club en Houston y Jack notó que una hermosa morena lo estaba mirando desde el otro lado del salón. Heather le había regañado con su voz entrecortada: «Jack, querido, por favor, intenta mantener tus ojos en mí cuando estamos juntos. No me importa lo que hagas o con quién eches una cana al aire una vez que estemos casados, pero que seas tan obvio cuando estamos uno al lado del otro, es simplemente grosero, ¿no te parece, cariño?».

Nunca sabría de dónde había sacado Heather la idea de que se convertiría en la señora Mascall, pero fue entonces cuando Jack se dio cuenta de lo superficial que era su chica escaparate. En cierto modo, sintió lástima por ella.

—¿De acuerdo?

Heather lo trajo de nuevo al presente con su pregunta.

Jack sabía exactamente cómo deshacerse de ella, por última vez. Le hizo un gesto con la cabeza a Tom.

—Nos vemos en la entrada en diez minutos.

Tom sonrió.

—Vamos a caminar un poco con este, a ver si se le pasa la borrachera.

Mike ayudó a Dean a ponerse en pie, mientras Jack le indicaba a Heather que se dirigiera hacia la puerta.

Ambos se escurrieron entre la gente que pululaba alrededor de las máquinas tragaperras. Alguien gritó desde una mesa de dados y la multitud a su alrededor vitoreó. Una mujer mayor se reclinó en su silla mientras Heather pasaba y la rozó. Heather frunció el ceño y murmuró algún insulto entre dientes.

—Disculpe, señorita.

Heather alzó el mentón, no dijo nada y se alejó. La mujer parecía estar genuinamente arrepentida, pero no había encontrado las palabras para expresarlo.

Avergonzado, Jack tomó del brazo a Heather y la condujo hacia afuera, bajo las luces brillantes del estacionamiento. El encargado de los vehículos notó su presencia y se puso en acción. Antes de que el muchacho diera un solo paso, Jack le hizo señas de que no lo necesitaba.

—Dime, ¿qué estás haciendo aquí en realidad, Heather?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y le mostró una sonrisa.

—No me gusta cómo hemos estado últimamente, Jack. Te echo de menos.

Jack se mostró firme mientras ella avanzaba.

—Ya no hay un «nosotros». Pensé que había sido claro.

—Te he dado un descanso. Ahora quiero que el descanso se acabe.

Ella deslizó la mano sobre su pecho. Él la detuvo, tomándola por la muñeca.

—Yo no te pedí un descanso. Te dije que habíamos terminado. No queremos las mismas cosas. —No deseaba una mujer trofeo, y eso era todo lo que Heather podía ofrecer.

Los bordes de los labios se arquearon en una mueca triste.

—Conocemos a la misma gente, nos movemos en los mismos círculos. Estamos hechos el uno para el otro.

—No, no es cierto. Necesito a alguien que esté conmigo por algo más que por mi billetera. Ambos sabemos que esa mujer no eres tú.

Jack notó la pulsera de diamantes que colgaba de su muñeca. Aún estaban juntos durante su último cumpleaños y Jack se la había regalado. Ahora lamentaba haberlo hecho.

La falsa mueca de tristeza de Heather desapareció y una chispa de ira brilló en sus ojos.

—Todas las mujeres van a estar contigo por tu dinero, Jack. Yo solamente fui honesta.

Sus palabras lo hirieron, probablemente porque tenían algo de verdad. Resultaba difícil ver más allá de los miles de millones de su padre y los millones del propio Jack. Aun así, la rubia frente a él acababa de dejar claro que él no le importaba en lo más mínimo. Para Jack, ese era el límite.

Le hizo un gesto al encargado del estacionamiento, quien se acercó rápidamente.

—Sí, señor Mascal.

—¿Puedes traerme mi auto?

El muchacho miró a Heather, luego de nuevo a Jack.

—¿Un vehículo del hotel, señor?

—No, mi automóvil, en el que vine.

—Sí, señor. De inmediato, señor.

Heather le sonrió, probablemente suponiendo que había ganado algo.

—¿Quieres que mi chófer te lleve a algún lugar en especial? —preguntó Jack—. ¿O te vas a quedar aquí?

—Tengo una *suite* en el Bellagio. Pero no me importaría trasladarme a otro sitio.

Sus labios se arquearon nuevamente en una repugnante sonrisa. Los amigos de Jack salieron del casino atravesando las pesadas puertas de cristal.

—El Bellagio es perfecto para ti. Espero que disfrutes de tu estancia.

Ya no pudo sostener la fachada, y la ira le borró la sonrisa de la cara.

—Te arrepentirás de esto algún día, Jack. Te casarás con alguna mujer

pensando que te ama y acabarás con el corazón roto porque ella está detrás de tu fortuna.

Por el rabillo del ojo, Jack vio que su auto se acercaba. Caminó hacia su doble cabina, una camioneta *pickup* que había conocido tiempos mejores y estaba sucia a causa del largo viaje, y luego abrió la puerta.

—¿Qué es eso? —gritó Heather, y se alejó como si la camioneta fuera una serpiente a punto de atacar.

Al fin, una verdadera sonrisa se dibujó en los labios de Jack. La expresión de horror absoluto en el rostro de Heather bien valía haber soportado su presencia.

—Lo que te llevará hasta el Bellagio.

—No voy a entrar en esa cosa. ¿Qué has hecho? ¿Has venido conduciendo desde Texas?

En realidad, la había hecho traer a California para su última aventura empresarial y fue entonces cuando decidió con los muchachos ir conduciendo hasta Las Vegas.

—Algo así. Vamos, entra.

—No haré tal cosa.

—Como quieras.

Jack abrió la puerta e invitó a subir a sus amigos.

—Vamos, muchachos. Tenemos un soltero que despedir. —Jack se volvió hacia el chico que le había traído la camioneta—. —¿Cómo te llamas, amigo?

—Russell, señor. Soy nuevo aquí.

El chico tendría alrededor de veinticuatro años.

—Conoces bien Las Vegas, ¿no?

—He vivido aquí toda mi vida.

Jack le dio una palmada en la espalda, mientras que Mike ayudaba a Dean a subir en el asiento trasero. Tom entró detrás de ellos.

—Bueno, Russell, mis amigos y yo necesitamos un chófer esta noche. Pensamos beber mucho y nos vendría bien tener a alguien sobrio con nosotros. ¿Te apuntas?

—Estoy trabajando.

—Y yo te estoy pagando.

Jack le hizo un gesto al jefe del estacionamiento para que se acercara.

—Carrington, ¿no? —le preguntó.

—Sí, señor.

—Carrington, Russell nos va a echar una mano durante unas horas. Espero que no haya problema.

—Por supuesto, señor Mascall. Como usted desee.

Jack le hizo un guiño al hombre y se volvió hacia la camioneta. Apenas puso un pie en la cabina, Heather gritó.

—¿Y qué hay de mí?

Jack le dedicó una breve mirada.

—Te he ofrecido llevarte en mi auto, cariño. Tal vez un taxi te convenga mejor. Carrington, ¿podrías pedir un taxi para la señorita Heather?

Carrington miró a Heather y a Jack un par de veces y luego levantó la mano para llamar a uno de los muchos taxis que esperaban en la fila para llevar a los huéspedes a su próximo destino.

Heather levantó los brazos sobre sus hombros.

—¡Jack! —gritó mientras este cerraba la puerta.

Inclinó su sombrero en señal de adiós, mientras Russell ponía en marcha la camioneta.

—¡Jack Mascall!

Jack siguió oyéndola gritar mientras el vehículo se alejaba.

—Madre mía, esa sí que es una mujer despechada —dijo Tom mirando por encima del hombro.

—No sé qué viste en ella.

—Fue un error.

Un error gigante. Jack estaba agradecido de que su corazón nunca se hubiera involucrado.

—Jack Mascall. Por casualidad, ¿tiene algo que ver con Gaylord Mascall, el dueño del hotel? —preguntó Russell mientras salían a la gran avenida.

Dean, Mike y Tom se echaron a reír.

—¿He dicho algo gracioso?

Jack se abrochó el cinturón y se recostó en el asiento.

—Es mi padre.



—Atrasada..., vencida..., ah, genial, un aviso de corte.

Jessica Mann puso el recibo del agua resaltado con marcador sobre la montaña de facturas por pagar y lanzó un gruñido. Al recorrer con la mirada la diminuta sala de descanso del restaurante de veinticuatro horas donde trabajaba, se encontró con una imagen tan sombría como su futuro. Realmente tenía que hacer algunos cambios en su vida, y pronto.

Leanne, la otra camarera del turno de noche, asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Tu turno. Un grupo de cuatro se ha sentado en la doce.

Jessie miró el reloj y vio que habían pasado veinte minutos de las dos de la mañana. La gente que salía de los bares no tardaría en llegar en busca de un café bien

cargado y un lugar donde recuperar la sobriedad antes de emprender el regreso a casa. Como un mecanismo de relojería, las mañanas de domingo eran siempre las peores. Los más tontos realmente creían que, con tan solo una taza de café, lograrían llegar en hora al trabajo. Tras meter los recibos en su bolso, Jessie salió de la sala de descanso, a través del corto pasillo que separaba la cocina del mostrador de servicio, y se dirigió hacia la mesa doce. Con un poco de suerte, alguien de entre los cuatro del grupo estaría lo suficientemente sobrio como para recordar dejarle la propina antes de irse.

Fuertes risas masculinas llegaron a sus oídos antes que diera la vuelta para presentarse ante sus clientes.

Dos rostros escudriñaban las páginas del menú, mientras los otros dos la miraron cuando se acercó a ellos.

—Ah, hola, cariño, ¿eres nuestra camarera esta noche? —preguntó el muchacho de cabello rubio oscuro que estaba sentado al fondo del reservado. Al escuchar la pregunta, los demás hombres de la mesa bajaron sus menús para mirarla.

Con una sola mirada, Jessie concluyó que los patanes de la mesa definitivamente venían de una noche de copas. Tal vez incluso de un par de noches, dado el estado de sus barbas de día y medio.

El rubio mostró sus dientes blancos y una sonrisa infantil. El hombre a su izquierda le dio un codazo en el costado.

—No hagas caso a Dean. Hace tres días que está borracho.

—Mira quién fue a hablar, Mikey.

Las palabras las pronunció un hombre robusto que llevaba una gorra de béisbol y tenía una barba de al menos dos días.

—Jack es el único remotamente sobrio —dijo Mikey.

Sí, sin duda habían estado de juerga.

El que llamaban Jack se tomó su tiempo antes de bajar su menú y tomar nota de la presencia de Jessie. Su pelo castaño oscuro, cubierto con un sombrero de *cowboy*, se sacudió levemente con el movimiento de su cabeza. La barba que cubría su mentón estaba en el punto justo para ser *sexy*. Su mirada, que lo iba absorbiendo todo lentamente, se posó sobre ella; tenía los más extraordinarios ojos grises que Jessie jamás había visto. Los ojos color humo se tomaron su bendito tiempo mientras esa mirada se deslizaba por su pelo y su rostro. Después volvió a mirarla a los ojos y le sostuvo la mirada. Como si hubiera calculado el efecto, Jack dejó que una sonrisa lenta y deliciosa, con hoyuelos incluidos, se extendiera por su rostro. Una sonrisa que era solamente para ella.

Ese tipo de sonrisas que deberían llevar una etiqueta de advertencia. La intensidad de su atención le hizo sentir algo en su interior e hizo que la piel de sus brazos desnudos se erizase. Tragó saliva y se estremeció como si él la hubiera acariciado.

Jessie parpadeó un par de veces, rompió el contacto visual y le preguntó:

—¿Qué tal un poco de café?

—Eso sería genial —respondió Jack con un acento muy acorde con su sombrero de vaquero.

El acento de Texas la abrazó por dentro como una manta cálida y afelpada. Los nativos del sur de California no tenían ningún acento perceptible, así que cuando oía alguno, se le quedaba grabado.

Mientras se giraba hacia el otro lado, Jessie guardó su bloc de notas en el delantal y se dirigió a la cafetera.

—No está mal, ¿no? —dijo uno de los juerguistas.

Jessie sabía que no era fea, pero no veía gran cosa cuando se miraba en el espejo. Su cabello castaño claro estaba atado con un nudo en la base de su cuello; sus apagados ojos color avellana tenían manchas oscuras debajo que indicaban la falta de sueño, y era difícil ser gorda cuando todo su dinero se iba en pagar cuentas y en el cuidado de su hijo, Danny.

Los hombres..., no, los chicos... de la mesa doce probablemente no tenían una sola responsabilidad decente entre los cuatro. Todos llevaban pantalón vaquero y camiseta, y dos de ellos olían a cerveza.

Eternos adolescentes que nunca habían madurado. Demonios, tal vez aún estaban en la universidad. Jessie suponía que todos tendrían más o menos la misma edad, alrededor de veintiocho años.

Cuando regresó a la mesa, Jessie les trajo tazas de café y las llenó.

—Gracias..., Jessica —dijo Jack, el de los misteriosos ojos grises, después de echarle una rápida mirada a la chapa con su nombre.

—Jessie, en realidad. ¿De dónde venís, chicos? —preguntó para darles conversación.

—Fin de semana en Las Vegas —dijo el que llamaban Mikey.

Tendría que haberlo adivinado.

—Nuestro amigo Dean, aquí presente, dará el «sí quiero» en unas pocas semanas, y decidimos despedir su soltería con estilo.

—Las Vegas puede ser un lugar peligroso para hacer una despedida de soltero —apuntó ella.

—Ves, te lo dije —intervino el hombre que estaba sentado junto a Jack—. Pero, ¿alguien escucha a Tom? Por Dios que no. Crees que todo ha salido muy bien y al minuto siguiente te ves borracho bailando desnudo en YouTube con una chica a la que ni siquiera recuerdas.

—Yo no he bailado desnudo con una chica..., ¿verdad? —Dean se frotó la nuca y frunció el ceño.

Jack le ofreció a su amigo una sonrisa con hoyuelos.

—Estabas borracho.

—Igualmente no recuerdo nada de bailar desnudo.

—Ah, relájate —le dijo Mikey—. Nadie te ha filmado bailando desnudo.

Jessie sonrió. Los chicos le estaban haciendo pasar un mal rato a su amigo y era divertido verlo. De acuerdo con la expresión en el rostro de Dean, no estaba del todo seguro de no haber bailado desnudo.

—¿Ya sabemos lo que vamos a pedir por aquí? ¿Esperamos unos minutos? —preguntó Jessie.

—Yo sé lo que quiero —dijo Tom, dejando el menú sobre la mesa.

Los otros replicaron que ellos también. Después de tomar sus pedidos, Jessie se retiró. Le entregó la comanda al cocinero y Leanne le dirigió una sonrisa.

—Parece que te van a dar trabajo los de allá. Chico guapo multiplicado por cuatro. —Suspiró, sonriente.

—Además, dos de ellos tienen acento.

—Quién te ha visto y quién te ve, echándoles el ojo.

—No estoy echándole el ojo a nadie. Lo último que necesito es otro don juan, otro vividor que venga a complicarme la vida.

Jessie se dio la vuelta y volvió a llenar la taza de café de uno de los clientes noctámbulos que estaban sentados en la barra.

—¿Cómo están las tortitas, señor Fortunatto?

—Muy buenas, muy buenas —respondió.

Cuando Jessie se volvió hacia Leanne, la otra camarera siguió hablando.

—¿Quién había dicho que eran una panda de vividores?

—Eternos adolescentes que no han madurado, es lo más probable.

—Vividores, eternos adolescentes, lo que sea. Uno de ellos podría ser el ricachón de tus sueños.

Jessie alzó una ceja.

—Seguro.

Jessie tomó a Leanne de la mano y la llevó a una ventana que daba hacia el aparcamiento.

—Echa un vistazo, amiga mía. ¿Ves algún auto caro ahí fuera?

En realidad, los únicos vehículos que había en el estacionamiento pertenecían a los empleados y al señor Fortunatto. Excepto por una solitaria camioneta *pickup* de mediados de los años noventa. Seguramente iría a la velocidad correcta para los *cowboys* de la mesa doce.

—Eso no quiere decir nada. —Leanne se apartó y frunció el ceño—. Además, una cita significa cine y cena gratis. Eso no está nada mal.

—Una noche de cine y cena en mi mundo consiste en comer en McDonalds y mirar Bob Esponja en la televisión. Las citas románticas y Danny no son buena combinación.

—Tu hermana se podría quedar con él.

—Sí, pero ¿para qué perder el tiempo soñando con alguien en el futuro en lugar de vivirlo? Sabes que mi madre no es la mujer más sabia, pero ella me dijo una vez que es tan fácil enamorarse de un hombre rico como enamorarse de un pobre.

—Sí, ¿entonces?

—Pues que no hay que salir con hombres pobres.

Al otro lado del restaurante, Jack, el de los ojos grises y el sombrero de *cowboy*, la miraba por encima de su taza de café. Cuando cruzó su mirada, sus labios esbozaron una sonrisa, otra vez, con hoyuelos. Entonces, sin ninguna provocación, le guiñó un ojo.

—Oh, Dios. —Jessie bajó los ojos y trató de ignorar el coqueteo del don juan inmaduro y la conmoción que causaba en su interior.

—El vaquero es *sexy* —dijo Leanne con una risita pícaro.

—Apuesto a que el señor *cowboy* hace que uno de sus amigos pague su cuenta.

—Oh, vamos, no puede ser tan malo.

—Está coqueteando con una camarera de Denny's, Leanne. Sus aspiraciones no deben de ser muy altas.



—¡Te ha ignorado! —Mike rio, golpeando a Jack en el brazo—. No parece que la camarera se interese por ti.

—Quizá sea por la ropa que llevas puesta.

—No hay nada malo en la manera en que voy vestido.

De hecho, le gustaba el hecho de que Jessie, la camarera *sexy* que llevaba una falda marrón espantosa, no tuviera ni idea de quién era. A Jack le gustaba mantener un perfil bajo siempre que podía. Ahí en California, la gente no lo reconocía. En Houston era otra historia. La idea de cautivar a la camarera sin agitar su billetera parecía el camino correcto, sobre todo después de su reciente encuentro con Heather.

Jack sacó su dinero y rápidamente le pasó a Tom un billete de veinte dólares.

—¿Para qué es esto?

—Para el desayuno.

—¿Por qué me lo das a mí?

—Solo guárdalo. Si viene al caso, yo solo soy un pobre granjero que está saliendo de una larga borrachera de fin de semana.

Jack siguió los movimientos de Jessie hasta que desapareció al dar la vuelta.

Después de todo, se quedaría en Ontario, California, durante varias semanas para supervisar los planes de construcción de un nuevo hotel junto al centro de convenciones. Bien podría tener un amorío con alguien mientras estuviera allí. Le

encantaría borrar la imagen de cada Heather que había conocido en su vida de una vez por todas. Mujeres plásticas con actitud de «qué puedes hacer por mí, querido», que coqueteaban más con su billetera que con él. A veces ese tipo de mujer no le molestaba en absoluto, pero últimamente había estado buscando a alguien con quien hablar, alguien con quien compartir sus ideas y sus sueños, tal vez una camarera con los pies en la tierra que no se avergonzara de ensuciarse las manos y trabajar para ganarse la vida. O de viajar en una vieja *pickup*.

Jack no tenía miedo del trabajo duro de la granja ni del trabajo de oficina. Desde que había terminado la universidad y su padre lo había colocado en Adquisiciones y fusiones, se había esforzado en hacer un excelente trabajo. A diferencia de su hermana Katie, que probablemente almorzaba con Paris Hilton, Jack de verdad quería trabajar para ganarse la vida. Vivir del dinero de su padre no iba con su carácter. Cuando llegara el día en que Jack debiera ocupar el puesto de su padre, nadie podría acusarlo de ser un vago al que le habían dado el puesto sin tener ningún conocimiento sobre la empresa.

—Ajá, ya veo lo que estás haciendo —dijo Tom.

—¿Ah, sí? —preguntó Jack.

—Sí, ya entiendo. Te he visto este fin de semana, esquivando a las mujeres en el hotel. Por momentos me preguntaba quién se casaba el mes que viene, si tú o Dean —dijo Mike—. Estás cansado de todas esas cazafortunas, ¿verdad? ¿Cansado de todas esas mentirosas?

—Eso sí que es una lata —dijo Tom.

—Maggie es lo mejor que me ha pasado en la vida —dijo Dean.

—Dios, ahora se nos va a poner sentimental. —Tom empujó la taza de café más cerca de Dean—. Bébetelo todo. A Maggie, la hermosa doncella, no le agrada mucho que llegues a casa con olor a alcohol.

Dean apoyó los codos sobre la mesa y se tomó la cabeza con las manos.

—Ella es la mejor. Y el sexo...

—Ya lo hemos escuchado, Dean.

—Todo el puto fin de semana —acotó Tom.

—Vosotros solo estáis celosos.

Jack bebió un sorbo de café y mantuvo la boca cerrada. Se encontraba feliz por su amigo, aunque no estaba tan seguro de que Maggie fuera una buena elección. A Dean le encantaba jugar: las motocicletas, el camping, las excursiones en barco por el río. Tampoco tenía miedo a trabajar duro para lograr sus objetivos. Pero desde que Maggie había entrado en su vida, Dean renunciaba a un poco de sí mismo cada día.

«Maggie tiene miedo de que tenga un accidente en la moto... A Maggie no le gusta el río; navegar le da náuseas... Maggie prefiere quedarse en uno de tus hoteles en vez de en una caravana».

Es posible que Maggie hiciera sonreír a Dean, pero ¿cuánto tiempo pasaría

antes de que saltara la tapa del molde en el que ella lo quería meter?

Jessie regresó cargada de platos. Como en una coreografía que se sabía de memoria, apoyó los desayunos completos sobre la mesa y sacó los condimentos de los bolsillos de su aburrido y rígido uniforme.

—Huele muy bien, Jessie —le dijo Jack antes de que se fuera.

—Le haré saber al cocinero que estás contento.

Tom y Dean comenzaron inmediatamente a atiborrarse de comida. Jessie desapareció el tiempo suficiente para ir a buscar la jarra de café con la que volvió a llenar sus tazas.

—¿Falta algo? —preguntó.

—Creo que estamos bien. —Jack buscó su mirada, pero ella lo evitó.

—Decidme si necesitáis algo. Como veis, estamos a tope esta noche.

Jack observó al único cliente en la barra.

—Apuesto a que debes de tener muchas historias que contar sobre cómo es trabajar en el turno de noche del Denny's —dijo Jack en un esfuerzo por conseguir que revelara algo acerca de sí misma.

—Es difícil mantenerse despierto, eso casi todas las noches. Empezamos a limpiar alrededor de las cuatro y media.

—Qué horario infame —dijo Tom entre bocado y bocado.

—Te sorprendería saber la cantidad de tipos trajeados que vienen a tomar un bocado antes de irse a trabajar a Los Ángeles. Salen temprano para evitar el tráfico.

—Había oído que el tráfico de Los Ángeles era tremendo, pero, ¿tanto? —preguntó Jack.

—El peor. Seguro que no vives por la zona si haces esa pregunta.

—Soy de Texas. Mi último trabajo me ha traído aquí, cerca del aeropuerto. — El Aeropuerto Internacional de Ontario descomprimía un poco el tráfico de los aeropuertos de Los Ángeles y Burbank, pero el área alrededor de esos aeropuertos estaba toda edificada, sin ninguna posibilidad de crecimiento. En cambio, Ontario ofrecía mucho espacio para nuevos hoteles.

Mike le dio un codazo.

—Cuando quiere descansar cómodamente alguna noche se queda en mi casa.

Jack pensó que eso no era del todo mentira. Mike vivía en Claremont y Jack a veces pasaba la noche en su casa, cuando se cansaba de vivir en el hotel. El Mascall era un hotel de lujo de cinco estrellas lleno de champán y caviar. A veces Jack solo quería *pizza*, cerveza y ver un buen partido por la tele con un amigo.

Jessie parecía tomarse su tiempo para procesar la información. Se encogió de hombros, parecía algo decepcionada.

—Bueno, disfrutad de la comida.

Con eso, se dio la vuelta y se alejó. Dean se rio.

—No es tan fácil, ¿verdad?

—No he terminado todavía —le dijo Jack mientras tomaba su tenedor. Ni mucho menos.

A las tres, la mayor parte de la comida había desaparecido y nuevos clientes se habían sentado en la barra, lo que mantenía a Jessie alejada de la mesa. Un hombre mayor de unos setenta años giró en su silla para irse y Jessie corrió a su lado.

—Le he dicho que me dejara ayudarlo, señor Fortunatto.

—Yo puedo solo —dijo el hombre. Pero al ponerse de pie, se tambaleó contra Jessie.

—Es la humedad en el aire. Hincha mis viejos huesos —explicó.

Jessie le puso un brazo alrededor de su cintura y lo ayudó a llegar a la puerta, donde había dejado su andador. Pero no se apartó de él.

—Puedo hacerlo solo desde aquí —le dijo.

—Estoy segura de que puede, pero me vendría bien un poco de aire. Todo este olor a grasa de tocino me está afectando. ¿Me acompaña hasta afuera? —le preguntó.

El señor Fortunatto le ofreció una pequeña sonrisa mientras ella abría la puerta y lo ayudaba a subirse a su auto.

Un par de minutos más tarde, volvió a entrar con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Eh, Jessie —la llamó la otra camarera desde la caja registradora.

—¿Sí?

—Otra vez tu amigo no ha dejado suficiente dinero.

Jack observó cómo la mirada de Jessie se dirigía hacia la puerta. Ella se encogió de hombros, metió la mano en el bolsillo de su falda y sacó el dinero de las propinas.

—Yo lo cubro, Leanne.

Leanne negó con la cabeza.

—No sé por qué lo cubres todo el tiempo.

—Son solo tortitas, Leanne. Y él no tiene a nadie. Déjalo vivir en paz.

Jessie pagó el faltante de la cuenta del hombre y se alejó de la caja.

Algo dentro de Jack hizo un clic, como si alguna cosa hubiera encajado en su justo lugar. Decididamente necesitaba saber más acerca de Jessie.

Cada vez que regresaba a servir más café, Jack trataba de sacarle algo de conversación. Ella no mordía el anzuelo. Jack empezó a pensar que tal vez no estaba interesada, pero el hecho de que no lo mirara a los ojos, y el adorable color rosa que tiñó sus mejillas cuando le hizo un cumplido, demostraban que sus encantos no le eran indiferentes.

Jessie levantó los platos y colocó la cuenta en medio de la mesa.

—Pueden pagar cuando estén listos —les dijo.

Durante un minuto Jack tuvo la tentación de tirar su tarjeta de crédito sobre la mesa y pagar la comida para ver si Jessie lo miraba a los ojos. Tom le ahorró la

molestia.

—Supongo que quieres que pague por ti otra vez, ¿eh, Jack?

—Eh..., yo he conducido hasta aquí —dijo.

—Y nosotros hemos pagado la gasolina. —Lo que era parte del arreglo; el alojamiento en el Mascall Casino Hotel de Las Vegas corría por cuenta de Jack.

Tom, Dean, y Mikey arrojaron billetes en la mesa y se los entregaron a Jessie.

—Está bien así —le dijo Tom.

Después de que Jessie se alejara, Mike dijo:

—Parece que has perdido con esta.

—No puedo creerlo; la cabeza todavía me da vueltas —dijo Dean.

Jack metió la mano en el bolsillo para sacar las llaves de la camioneta.

—Ten, Mike. ¿Por qué no llevas a Tom al aeropuerto? Dean y yo nos quedaremos y tomaremos otra taza de café.

—¿Sabes? Eso es una gran idea. Meterme en el auto en este momento probablemente no le sentaría bien a mi estómago. —Dean tenía un aspecto demacrado.

—¿A qué hora sale tu vuelo?

—A las seis —contestó Tom.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Pasar por la seguridad del aeropuerto en estos tiempos puede llevar una eternidad.

Todos se pusieron de pie y se dieron la mano.

—Nos vemos en casa el mes que viene —le dijo Jack a su amigo.

—Buena suerte, Mass —se despidió Tom dándole una fuerte palmada en la espalda.

Jack volvió a sentarse después de que Tom y Mike se fueran. Dean puso sus brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza sobre ellos.

—¿Por qué me habéis dejado beber como una cuba? Maggie odia que beba demasiado.

—Te pondremos sobrio antes de depositarte en tu casa, infeliz.

Jessie se sorprendió al ver salir solo a dos del grupo. Jack le hizo un gesto hacia la mesa.

—¿Vuestros amigos se han ido sin vosotros?

—Tom tiene un vuelo de regreso a Texas, y Dean necesita otro café solo antes que se lo entreguemos de vuelta a su novia.

—Comprendo.

Jessie, que tenía la jarra en la mano, les sirvió otro café a cada uno. Antes de que pudiera alejarse, Jack le mostró su sonrisa ganadora.

—Dime, Jessie: ¿crees que yo podría interesarte para una salida nocturna?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Estás coqueteando conmigo?

Molesto, Jack negó con la cabeza.

—Si tienes que preguntar, debo estar perdiendo mi talento.

Dean se rio, pero mantuvo la boca cerrada.

—Me siento halagada, Jack. Eres Jack, ¿no?

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué siento que ahora viene un «pero»? —preguntó Jack.

Jessie apoyó la mano que tenía libre sobre la mesa y sus ojos quedaron al nivel de los de Jack.

—*Pero* soy una mujer muy ocupada. Así que a menos que tengas una chequera tan grande como tu ego, y considerando que tus amigos te han pagado la comida y la gasolina, lo más probable es que no tengas un centavo, no estoy interesada.

Dean dejó escapar un silbido. Jack estaba demasiado abrumado para contestar. Jessie simplemente se quedó mirándolo hasta que reaccionó:

—Bueno, por mil demonios. Creo que es la primera vez que alguien me ha dicho algo así.

Jessie enderezó los hombros y levantó las cejas.

—Al menos soy honesta. Eres guapo, vaquero, lo reconozco. Pero lo guapo no te compra una taza de café en esta ciudad. Tal vez es distinto en Texas. Intenta con una camarera de allá.

—No estoy en Texas. Además, es contigo con quien quiero salir.

—Una vez más, me siento halagada, pero no, gracias.

—¿Crees que soy guapo? —dijo.

No era el mejor cumplido que le habían hecho en los últimos años, pero se las tendría que arreglar con eso.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Jessie.

—No te rindes, ¿verdad?

—No. No es fácil.

—Está bien, entonces escucha esto... Soy camarera en este antro por la noche para poder pasar más tiempo en casa con mi hijo de cinco años.

La mirada de Jack se dirigió hacia su mano izquierda. No tenía anillo.

—Si estás casada, ¿por qué no me lo dices?

Ella sacudió la cabeza y se dio la vuelta.

—Casada, qué risa. Cariño, ni siquiera recibo manutención para mi hijo. Aunque nada de esto te incumba.

No estaba casada, estaba criando a un hijo sola, y tenía que trabajar por la noche para poder hacerlo. No es de extrañar que estuviera buscando una billetera en lugar del amor. Las palabras de Heather retumbaban en su mente. «Todas las mujeres estarán contigo por tu dinero, Jack». Pero esta mujer, Jessie, no tenía ni idea de su fortuna. Y si solo le importaba el dinero, ¿por qué pagaba rutinariamente las tortitas de sus clientes? Había más en esta hermosa mujer de lo que ella mostraba. De golpe,

el desafío de conquistarla se apoderó de él.

Jessie comenzó a alejarse. Él la detuvo.

—Los niños me adoran.

Jessie se quedó con la boca abierta.

—¿Alguna vez se ha dado por vencido? —le preguntó a Dean.

—No.

—¿Y todas las mujeres caen rendidas a sus pies?

—Sí.

Ella murmuró algo mientras se alejaba.

—Amigo, estás perdiendo el tiempo revoloteando alrededor de esa falda —dijo Dean después de que se fuera Jessie—. Simplemente, no le gustas.

—No, no quiere que le guste.

—Tiene un hijo, Jack. Me parece inteligente que no quiera salir con hombres que están haciéndose pasar por perdedores.

El suave balanceo de sus caderas mantuvo su atención mientras Jessie se alejaba. En ese momento se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había tenido que perseguir a una mujer.

—Haciéndose pasar, esa es la clave.

Jack se rascó la barba y una sonrisa se dibujó detrás de su mano. «Haciéndose pasar por un perdedor».

CAPÍTULO DOS

Jessie arrojó las llaves sobre la encimera de la cocina y colgó el bolso en el respaldo de una silla. El agua del grifo corría en el baño, lo que indicaba que su hermana, Mónica, se preparaba para empezar su día. A los veintiuno, Mónica era más madura que la mayoría. Su último año de sus estudios de enfermería en la universidad pública había comenzado en septiembre. Jessie había prometido ayudarla tanto como pudiera. Mónica se quedaba con Danny por la noche mientras Jessie trabajaba, y Mónica vivía en el apartamento sin pagar alquiler.

Mónica trabajaba unas dieciocho horas a la semana como ayudante de enfermera en el hospital comunitario local para ayudar en casa con la comida, pero Jessie se hacía cargo de la mayor parte de los gastos. Años atrás, habían hecho un pacto. Mónica estudiaría primero, con la ayuda de Jessie, y luego, cuando hubiera terminado, Jessie haría lo mismo.

Al principio, Jessie había pensado que tal vez le agradaría ser enfermera. Sabía que se pagaba bien, pero la idea de trabajar con enfermos y heridos todo el tiempo no le parecía atractiva.

A Jessie realmente le gustaba el sector servicios. No es que quisiera hacer carrera como camarera, pero tal vez sí le gustaría algún puesto de responsabilidad en una buena empresa. Quizás en *catering* de celebraciones, u organizando grandes fiestas. La idea de ser organizadora de bodas tenía algo de límpido y agradable. No como la enfermería, con toda esa sangre y fluidos corporales.

Jessie se las arreglaba para tomar una clase *online* de cada semestre y así se preparaba para cuando volviera a estudiar a tiempo completo. Tenía un año para descubrir qué quería hacer para ganarse la vida. Por supuesto, salir con un hombre rico no le vendría nada mal.

Jessie pensó en los clientes que habían pasado por el restaurante esa noche, sobre todo en él..., Jack. El tipo con esa linda sonrisa *sexy* y esa actitud de nunca darse por vencido. Se había quedado en el restaurante hasta pasadas las cinco de la mañana. Cuando se fue, se subió a la camioneta destartalada que estaba en el estacionamiento y se alejó dando tumbos por el camino. Antes de irse, prometió volver.

Jessie no le había dado esperanzas, ni siquiera le había dado sus horarios

cuando se lo pidió. Al final de la noche, su conversación con Jack se había reducido a comentarios mordaces y réplicas ingeniosas.

Si fuera honesta consigo misma, tendría que admitir que el turno se le había pasado volando y la había dejado con una sonrisa en los labios. No estaba mal conocer a alguien que la viera como mujer y no solo como madre.

El suave golpeteo de unos pasos se escuchó por el pasillo del apartamento. Danny llevaba un pijama de autos de carreras y tenía mechones de pelo descolocados. Se frotó los ojos como para despertarse y dijo:

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, chiquitín. ¿Has dormido bien? —Jessie se arrodilló y atrajo a su hijo hacía sí para darle un abrazo.

Danny la abrazó por un costado, pero siguió rascándose el ojo con la otra mano.

—Bien —dijo con un gran bostezo—. La tía hizo helado anoche después de que te fueras a trabajar.

—¿Lo hizo ella? ¿Estaba bueno?

—No teníamos nueces para ponerle, pero estaba muy rico.

Danny se apartó y se subió a la banqueta que estaba junto a la encimera.

Jessie tomó unos tazones del armario y sacó una caja de la parte de arriba del refrigerador.

—Compraré frutos secos antes de que hagamos nuestras galletas de Navidad. La próxima vez tendrás nueces para poner en el helado —le dijo.

Volvió a bostezar.

—Vale.

Mientras Danny terminaba de despertarse con su tazón de cereales, Jessie entró en su dormitorio para ponerse un camisón.

La cama estaba deshecha, ya que Mónica dormía en ella las noches que Jessie trabajaba. Cuando no, dormía en el sofá-cama de la sala. Les habría venido bien un apartamento de tres dormitorios, pero ese era un lujo que no se podían permitir. Ya costaba bastante reunir las propinas para costear lo que tenían.

Mónica se metió en el dormitorio, vestida con su uniforme de estudiante de enfermería. El austero conjunto blanco no tendría gracia si lo llevara una mujer cualquiera, pero ese no era el caso de Mónica. Su complexión delgada y su pelo rubio natural realzaban el traje.

—Ah, bien, has llegado —dijo mientras recorría la habitación para recuperar su ropa de la noche anterior.

—La camarera de la mañana ha llegado puntual por una vez —le dijo Jessie.

—Eso está bien. Tengo que estar en el hospital a las ocho y media en punto.

Jessie miró su reloj.

—¿Puedes llevar a Danny a la escuela?

—Sí, no hay problema.

Bien. Danny había comenzado el jardín de infancia hacía un par de meses, lo que le daba a Jessie unas pocas horas de sueño ininterrumpido. Dormir era el paraíso. Solo en sus días libres lograba dormir más de cinco horas.

—Trabajas de nuevo esta noche, ¿verdad? —preguntó Mónica.

—Correcto. Libro mañana.

—¿Qué hay de Acción de Gracias?

—No pude rechazar el turno, Mo. Necesito cobrar el cincuenta por ciento extra por trabajar en día de fiesta si quiero que Danny celebre bien la Navidad.

Jessie tendría que trabajar por la noche el miércoles y el jueves, lo que le dejaría unas pocas horas para dormir y disfrutar de las festividades de Acción de Gracias.

Mónica se apoyó en la cómoda.

—Sabes que mamá nos espera en su casa a las dos.

Jessie puso los ojos en blanco.

—Sí, lo sé. ¿Ha vuelto Pat? ¿O tenemos que quitar su nombre de la lista de tarjetas de Navidad? —Pat era último novio de su madre.

Renee Effinger, madre de Jessie y Mónica, divorciada tres veces, ya no se casaba con los muchos hombres que pasaban por su vida. En cambio, si tenía relaciones serias, los dejaba mudarse a su casa pasados unos meses, y luego los echaba cuando se cansaba de aguantar sus porquerías. En realidad, Pat la había dejado cerca de Halloween. Renee no lo había visto venir, y desde su partida, andaba llorando por los rincones de la caravana donde vivía, jugando el papel de mujer despechada. Lástima que la mujer no siguiera su propio consejo de casarse con un hombre rico. No, Renee Bradley-Mann-Smith-Effinger se enamoró tres veces en su vida, siempre de perdedores, soñadores o farsantes.

William Mann, el verdadero padre de Jessie y Mónica, se casó con su madre después de que ella se enterase de que estaba embarazada. El matrimonio duró hasta el primer cumpleaños de Mónica. Jessie contaba con tres años la última vez que vio a su padre. No tenía recuerdos del hombre. Unas pocas imágenes dispersas eran lo único que conservaba de la persona que la había engendrado.

Quién podía negar que Jessie había seguido los pasos de su madre. Por mucho que odiara admitirlo, ella y Renee eran muy parecidas.

El novio que tuvo Jessie en secundaria, Rory, le había durado lo suficiente como para llevarla al baile de graduación. Cuando Jessie confirmó que estaba embarazada, en realidad deseaba que Rory se pusiera los pantalones y asumiera la responsabilidad.

¡Qué desperdicio haberlo soñado! Rory desapareció al día siguiente de obtener su diploma del instituto y nunca miró atrás. Algunos días, Jessie lo odiaban por ello; otras veces se alegraba de que no se hubiera quedado para estropear la vida de Danny. Un padre a tiempo parcial al que no le importaba su hijo era peor que no tener

padre.

Un par de años después del nacimiento de Danny, Jessie se juntó con el perdedor número dos. El último novio de Jessie, Mathew, la había convencido de que lo dejara vivir con ella para «echar una mano» con los gastos y, después de dos meses, se marchó con el alquiler del mes en el bolsillo. Jessie juró entonces que solo saldría con chicos que tuvieran la vida resuelta.

—Pat se ha ido para siempre —le dijo Mónica mientras se ponía un par de pendientes.

—¿Cómo lo sabes?

—Mamá me contó que un amigo suyo fue a su casa y se llevó todas sus cosas. Supongo que eso significa que no va a volver.

Jessie se quitó los zapatos y se sentó en el borde de la cama.

—Es una lástima. Este me caía bien de verdad.

—A mí también. Y bueno, ya sabes, estará con otro tipo antes de la Navidad... Año Nuevo, a más tardar.

—Seguro. Escucha, Danny preguntó si volvería a ver al abuelo Pat en Acción de Gracias.

—¡Oh, no!

—Sí. Le dije que Pat no era su abuelo, solo un amigo de la abuela, y que Pat pasaría las fiestas con su familia. —Mónica era ingeniosa.

—Ya sabía que esto iba a pasar; igual que todos los hombres que entran en la vida de mamá. Supongo que tengo que tener más cuidado de a quién le permito integrar en la vida de Danny.

Jessie odiaba tener que dejar de ver a su madre cuando había un nuevo hombre en su vida, pero si quería evitar que Danny saliera lastimado, no tenía otra opción. Cuando Danny empezó la escuela, había preguntado por su padre y los abuelos. No tenía ni lo uno ni lo otro.

—¿Mamá? —Danny la llamó desde la cocina.

Arrastrando su pesado cuerpo fuera de la cama, Jessie caminó hasta la otra habitación para ver qué necesitaba Danny.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de la fiesta en la escuela mañana?

Jessie se echó a reír. Había dos avisos de la fiesta, con imágenes de peregrinos y calabazas, en la puerta del frigorífico.

—Por supuesto que sí.

—Bien. El maestro nos preguntó si alguna de las madres podía traer dulces. ¿Puedes hacer de nuevo esas galletitas de calabaza que hiciste para Halloween?

Jessie sonrió y revolvió el pelo castaño de su hijo.

—Por supuesto que sí.

Solo tendría que perder una hora de sueño, ir a la tienda a comprar los

ingredientes y hacer las galletitas antes de su siguiente turno.

Además, no podría dormir el día de la fiesta escolar hasta después de que Danny regresara a casa tras las clases. Con solo un día de descanso entre ese momento y el día de Acción de Gracias, Jessie imaginaba que lograría dormir apenas unas cuantas horas en total.

—Vamos a vestirme, así la tía te puede llevar a la escuela.

Más despierto, Danny se fue dando saltos hasta su dormitorio y comenzó a sacar la ropa del armario. Diez minutos más tarde, se fueron y Jessie se tiró en la cama.



—Oh, Dios, ¿qué hace aquí... otra vez? —le preguntó Jessie a Leanne en el mismo momento en que sonó la campana de la puerta del restaurante y Jack entró en el salón desde la fría noche. Cruzó su mirada, sonrió y se quitó el sombrero a modo de saludo.

—Le he dicho que hoy te tocaba trabajar —contestó Leanne.

—¿Por qué lo has hecho? No le des esperanzas.

—Me parece guapo. Y a ti también, ni siquiera intentes negarlo. —Leanne sacó un plato caliente del pasaplatos y se alejó de Jessie.

—Hola, cariño —dijo Jack mientras se acomodaba en un asiento giratorio en la barra.

—¿Qué haces aquí, Jack? —Jessie se cruzó de brazos, ignorando el ritmo de su pulso, cada vez más acelerado.

—He venido a ver cómo estabas.

—Pensaba que anoche había sido clara. No estoy interesada.

Sin ofenderse en lo más mínimo, Jack sonrió y le mostró los hoyuelos que enmarcaban su boca.

—Bueno, me encantaría un poco de café, señorita Jessie, gracias por ofrecérmelo.

Jessie refunfuñó entre dientes mientras iba a buscar una taza y el café.

Se lo sirvió rápidamente y se fue corriendo a tomar un pedido. El restaurante estaba lleno a esa hora de la noche, a causa de la gente que cenaba tarde. Con suerte, podría ignorar al *cowboy* sentado en la barra lo suficiente como para que desapareciera de una vez.

Eso no sucedió. Incluso después de casi una hora sin hacerle caso, Jack simplemente sonrió y esperó hasta que le fuera imposible seguir ignorándolo.

—Me encantaría acompañar este café con un pedazo de tarta de nueces pacanas.

—¿La quieres con helado?

—Ahora sí que nos entendemos.

Jessie se fue a servir la tarta, sin dejar de sentir el peso de su mirada en la espalda.

Cuando lo puso delante de él, Jack se frotó las manos como un niño.

—Me encanta la tarta de pacanas, ¿a ti no?

—A dos mil calorías la porción, no me doy ese gusto muy a menudo.

Engulló un buen bocado y trató de esquivar la comida en su boca para seguir hablando claramente.

—No parece que tengas que preocuparte por tu figura.

La miró de arriba abajo, estudiándola. Esa no era exactamente la respuesta esperada.

—Todas las mujeres se preocupan por su figura.

—Mmm, no estoy tan seguro. Me han dicho muchas veces que las mujeres delgadas no piensan en ello para nada.

—Mienten.

Arqueó las cejas.

—¿En serio?

—En serio. A todas les encantaría comerse todos los filetes de carne y las tartas de pacanas que hay por ahí, pero saben que si lo hacen van a estar peleando con su peso cuando lleguen a los treinta.

—Eso me da aún más ganas de tentarte con la tarta de nueces pacanas de mi tía Bea. Es la mejor. Esta no está mal, pero no puede competir con la de mi tía Bea.

Jessie sonrió a su pesar.

—¿Y dónde está la tal tía Bea?

—En Texas.

—¿Entonces regresarás a casa para el fin de semana largo?

—¿Te refieres a Acción de Gracias?

—Sí.

Le sirvió más café.

—No, esta vez no. Tal vez para Navidad.

—¿Regresas allí a menudo?

Se tomó su tiempo para responder.

—A veces.

Una respuesta vaga. Aunque no debería importarle. Jack terminó su tarta mientras Jessie cerraba la cuenta de dos de sus mesas. Solo quedaban un puñado de clientes en el restaurante cuando Jack sugirió que Jessie se sentara y tomara un breve descanso. En lugar de eso, Jessie se apoyó en el mostrador y se cruzó de brazos.

—Jack, escucha, me siento halagada.

—Me lo dijiste anoche.

—Y es obvio que no escuchaste. Me siento halagada, pero no voy a salir

contigo.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, lo sé.

Las manos de Jessie cayeron sobre sus caderas.

—Si lo sabes, ¿por qué estás aquí?

—Me alegro de que me lo preguntes —dijo él, y acarició el asiento junto a él.

—Siéntate, deja que te lo explique.

Algo en la forma en que sus ojos la siguieron mientras daba la vuelta le dijo que no había desistido por completo de salir con ella. Si sentarse con él aceleraba el asunto, entonces ayudaría a que terminara de una vez. Si Jack la distraía durante toda la noche, acabaría recibiendo muchas menos propinas de las que necesitaba.

Cuando Jessie se sentó junto a él, el olor de su colonia se apoderó de ella. Almizcle y especias, muy masculino, y muy Jack. Ignorando el aleteo en el estómago que sintió al sentarse a su lado, dijo:

—Está bien, explícame.

Jack inclinó su sombrero hacia atrás y giró en su asiento para prestarle toda su atención.

—He decidido ayudarte.

—¿Ayudarme?

Ella no le había pedido ninguna ayuda.

—Ayudarte a encontrar al ricachón de tus sueños.

Jessie quedó con la boca abierta.

—¿Qué?

—Dijiste que solo quieres salir con hombres ricos. Bueno, yo sé dónde puedes encontrar hombres así, y voy a ayudarte con alguno de ellos.

Nunca había oído nada más ridículo en su vida. Ni siquiera quería honrar sus palabras con una respuesta. Jessie comenzó a levantarse de su asiento, pero Jack la detuvo aferrándose a su brazo.

—Lo digo en serio.

—Eres ridículo —le espetó ella, esforzándose por ignorar el calor de su tacto.

—Tan solo siéntate un minuto y escúchame.

A regañadientes, Jessie volvió a sentarse y se liberó de su brazo.

—Ya entendí que no quieres salir conmigo. Lo que es una verdadera lástima, ya que creo que nos llevaríamos muy bien, pero si no puedo convencerte de salir conmigo, al menos podemos ser amigos. No hay nada malo en tener amigos.

—Tú y yo... ¿amigos?

—Amigos. Tienes algunos, ¿verdad?

—Por supuesto que tengo amigos.

Ella no era una solitaria. Sin embargo, cuando pensaba en ello, al margen de su hermana y algunas camareras del restaurante, no sabía bien a quién más llamar su

amigo. La mayoría de sus amigos de la escuela se habían ido a la universidad o a alguna otra parte, pero no las que habían sido madres. Tristemente, el círculo de amistades de Jessie era bastante reducido.

—Excelente. Los amigos ayudan a sus amigos.

—Y, ¿tú quieres ayudarme?

—Ajá. ¿Sabes dónde está el Mascall, cerca del aeropuerto?

—¿El hotel?

—Sí.

—Sí, ya sé dónde está.

—Bueno, este sábado por la noche habrá una gran fiesta de Navidad. Me he enterado de que asistirán un montón de ricachones.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Te haré entrar y te señalaré a los tipos que se ajusten a las características de tu hombre ideal.

El Mascall era un hotel de primera categoría que Jessie nunca había tenido el placer de visitar. Con suerte podía pagar un motel de mala muerte.

—Espera un minuto. Digamos que puedes hacerme entrar, aunque yo no tendría nada que ponerme para un cóctel en un hotel de lujo, pero supongamos que puedes. ¿Por qué un hombre que admite querer salir conmigo me entregaría a otro tipo?

—Te lo dije... Estoy profundamente herido porque no quieres salir conmigo, pero lo entiendo.

«Profundamente herido». Vaya exageración.

—No soy tu tipo —continuó.

—Lo menos que puedo hacer es intentar presentarte a alguien que te haga feliz. Todo eso sonaba muy bien, pero la propuesta tenía un problema.

—¿Cómo es que me harás entrar exactamente?

—Trabajaré de camarero esa noche. Puedo pasarte una invitación.

Así que también se ganaba la vida como camarero.

—¿No estarás poniendo en peligro tu trabajo?

Se encogió de hombros.

—No me preocupa. Es algo temporal, de todos modos.

Sin embargo, algo olía mal. Jessie se levantó y dijo:

—Bueno, gracias de todos modos, pero no tengo nada que ponerme.

—¿Qué tal si te consigo algo?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, desconcertada.

—¿Cómo?

—No creerías las cosas que las personas dejan olvidadas en los hoteles de lujo. Encontré un reloj una vez, costaba cerca de dos mil dólares. Un tipo lo dejó en la encimera del baño.

—¿No intentaste devolvérselo?

—Fue en el baño del vestíbulo. Lo dejamos en el cajón de objetos perdidos durante meses, pero nadie lo reclamó.

—Así que te lo quedaste.

—No, me lo puse un par de veces, luego lo devolví. —Lo había tomado prestado.

—¿Quieres decir que hay mujeres que dejan vestidos de noche en el hotel?

—Todo el tiempo.

Su sonrisa de niño cada vez le gustaba más. En realidad, no iba a encontrar un marido o un novio rico trabajando de camarera en Denny's.

—No lo sé...

Jack se levantó y se acercó. Era al menos diez centímetros más alto que ella, y Jessie no era lo que se dice baja.

—¿Qué talla eres? ¿Ocho, diez?

—Ocho, y no es de tu...

—Incumbencia —terminó la frase por ella. —Lo sé.

Una sonrisa reveló el brillo de sus dientes blancos.

—¿Qué número calzas?

Todavía estaba contrariada por haberle dado su talla de ropa a un extraño. Con una altura de 1,73, ser talla ocho estaba perfecto. Aun así, haberlo dicho en voz alta le dejó un sabor amargo.

—¿Bien?

—¿Cómo era la pregunta?

—¿Qué número calzas?

—¿También se olvidan zapatos?

—A veces.

—Treinta y siete. Calzo el treinta y siete.

Eso era más fácil de decir.

—Con eso es suficiente.

—No lo sé.

—Vamos, Jessie. ¿Qué tienes que perder? Una noche elegante, un montón de champán, vino, cóctel de camarones, fruta, queso, con todo. Todo gratis.

—No lo sé.

—No trabajas ese día, me lo ha dicho Leanne.

Jessie miró a Leanne, que estaba al otro lado del restaurante, quería matarla.

—Traidora —murmuró.

Jack la rozó suavemente con el codo.

—Te traeré el vestido el jueves por la mañana.

—Caray, ¿Leanne te ha pasado mi horario completo?

—Algo así. Te traeré el vestido y la invitación. No necesitas llevar nada.

—No habrá nadie que conozca.

—Me conoces a mí.

Le guiñó un ojo y se le hizo un nudo en el estómago. ¿Tenía algo que perder? Podía ir, tomar una copa de vino y retirarse si no se sentía cómoda.

—Está bien.

—Esa es mi chica.

Jack sacó la billetera y le dio un billete de diez por encima de la barra.

—No soy tu chica.

Jack se rio entre dientes.

—Correcto. Nos vemos en Acción de Gracias, Jessie.

CAPÍTULO TRES

Samuel Fields, el director del Hotel Mascall de Ontario, estaba sentado detrás de su escritorio, frente a Jack, con la espalda recta como una tabla y una sonrisa forzada en los labios. Su traje de tres piezas le caía perfectamente alrededor de los hombros, la corbata estaba impecable. Era gerente del hotel de Ontario desde su inauguración, hacía diez años. A menos que se le antojara cambiar de paisaje, seguiría allí otros diez años más.

—Es extraño tenerlo al otro lado del escritorio, señor Mascall.

—No entiendo por qué debería serlo, Sam. Esta es tu oficina, no la mía.

—Sí, supongo que tiene razón.

—No es mi estilo ser autoritario. Me quedaré en Ontario durante las fiestas.

Una vez que la construcción inicial de «Más por menos» se ponga en marcha regresaré a Texas.

—Hace tiempo que nadie de su familia utiliza la *suite* del último piso. Espero que se adapte a sus necesidades.

La *suite* familiar ocupaba casi la mitad de la planta superior de la torre oeste. Al igual que en todos los hoteles Mascall, la *suite* familiar era solo eso: una *suite* que los miembros de la familia podían utilizar cuando estaban de paso por la ciudad u ofrecer como un beneficio extra a los muchos dignatarios de todas partes del mundo con los que Jack y su padre, Gaylord, hacían negocios. Los Mascall informaban a los hoteles en qué fechas se utilizarían esas habitaciones y permitían que se aceptaran reservas para los demás días del año. La *suite* tenía tres dormitorios, tres baños, una cocina completamente equipada, comedor y sala. La terraza y los patios daban al aeropuerto y a las luces intermitentes del área urbana conocida como Inland Empire. El lugar podía albergar cómodamente una fiesta para cien personas, aunque Jack no estaba planeando ningún acto social de ese tipo.

Los pisos de madera de la sala y el comedor eran de color caoba oscuro. Había dos sofás afelpados colocados uno frente al otro, además de varias sillas y mesas de madera gruesa y hierro forjado colocadas por todo el lugar. Los rincones estaban decorados con plantas naturales, y había floreros con flores frescas frente a la puerta de entrada y en la cocina. Por la noche, cuando ya no entraba luz por los ventanales que ocupaban dos paredes enteras, se podían encender las luces en modo fuerte,

medio o tenue, para crear el ambiente deseado.

A diferencia de cualquier otra habitación del hotel, en esta se sentía como en casa.

En Houston, su hogar ocupaba toda una última planta; tenía casi el doble del tamaño de la *suite* donde se alojaba. Vivir en un hotel no era algo que hubiera planeado. En realidad, vivía en el hotel solo la mitad del año. La otra mitad la pasaba en casa de su padre o en hoteles como el que lo albergaba en ese momento.

El rancho de su padre ocupaba más de doscientas hectáreas; la enorme hacienda no podía ser más típicamente tejana. Le encantaba estar allí. Sin embargo, eso de ser un hombre adulto que vivía con su padre lo hacía sentir algo incómodo.

Algún día, a Jack le gustaría echar raíces propias. Unas raíces que se plantarían firmemente a ras del suelo. Amaba las llanuras de Texas y soñaba con que la persona que eligiera para estar a su lado amara esa tierra tanto como él. Entonces, tendría su propio oasis adonde regresar, en lugar de las inmensas *suites* de lujo.

—He enviado las invitaciones como me pidió —dijo Sam.

—¿Les has dado acceso a los empleados para que alquilen la vestimenta apropiada?

—Sí. —Sam asintió con la cabeza—. La tienda de alquiler de esmóquines y la *boutique* femenina de la planta baja están advertidos de que deben ceder los trajes de forma gratuita a cualquier empleado que presente su chapa de identificación durante este fin de semana.

—Bien. En realidad, Sam, vamos a mantener esa invitación abierta durante todas las festividades.

Jack pensó en Jessie.

—Me gustaría que los empleados pudieran utilizar el servicio, y si no pueden venir a la fiesta benéfica del sábado, tal vez puedan asistir a otra durante el próximo mes.

Sam se mostró confundido.

—¿Está seguro, señor? Es decir, ¿y si se estropearan los trajes? Eso podría costarle al hotel una buena cantidad de dinero.

Jack resopló.

—Ten un poco de fe. La mayoría de la gente cuida de lo ajeno mejor que de lo propio. Nos ocuparemos de las situaciones puntuales a medida que surjan.

—Si usted lo dice, señor.

—Por favor, llámame Jack. Eso me recuerda que el sábado participaré del intercambio entre jefes y empleados. Voy a necesitar un uniforme.

Sam abrió los ojos como platos.

—Oh, señor Mascall, perdón, Jack, ¿está seguro?

—Es bueno para levantar la moral. Todo el personal, que por lo general lleva traje y corbata, se pondrá uniformes de camarero y el personal de limpieza llevará

vestidos de gala. A las personas que han pagado para asistir las hemos invitado nosotros; ya saben que el personal y la gerencia intercambiarán roles esa noche. Mi insignia dirá Jack, así que, por favor, no me llames señor Mascall. Será divertido, ya lo verás. Incluso puede ser que aprendas un par de cosas acerca de tus subordinados y acerca de ti mismo antes de que termine la noche.

¿Cuándo fue la última vez que trabajaste como camarero?

—Nunca he tenido el placer.

A juzgar por la expresión en el rostro del hombre, aquello no le resultaba un pensamiento agradable.

—Bueno, entonces, te sorprenderás de la presión que soportan los camareros.

Jack ignoró la mueca de Sam. Jack había celebrado una fiesta parecida el año anterior en el hotel donde vivía a tiempo completo. Al día siguiente, el personal había regresado a sus puestos originales con un poco más de aprecio por el trabajo de sus colegas.

Era el marco perfecto para traer a Jessie. Ella creía que era camarero, sin ni siquiera un puesto fijo, y para variar, podría servirle él a ella. Pensó en los hombres solteros de la lista de invitados, hacia los que planeaba dirigirla. Es cierto que Jack no creía que ninguno de ellos fuera su tipo, pero tal vez después de sopesar las opciones, consideraría salir con él.

Por supuesto, alguien podría desenmascararlo llamándolo por su nombre, pero Jack esperaba poder mantener su identidad en secreto el tiempo suficiente para llegar a conocer a la verdadera Jessie. Daba una imagen dura por fuera, pero apostaba a que por dentro era suave y amable. Todo lo que tenía que hacer era intentar meterse bajo su piel hasta vencer su resistencia.

Jack se levantó y le tendió la mano a Sam. Sam se la estrechó.

—Vamos a decorar el hotel el viernes. ¿Le gustaría que le suministráramos un árbol para su *suite*?

—Muy bien. Pero nada de lujos. Uno tradicional, rojo y verde, estaría perfecto.

—Me encargaré de ello, señor.

Jack pasó de largo los ascensores y se dirigió a la *boutique* femenina. Era la hora de hacer compras para Jessie, pero no estaba seguro de qué escoger.

Detrás del mostrador había una mujer mayor, de unos sesenta años, supuso, con el pelo canoso y unas gafas apoyadas sobre su nariz. Lo vio entrar y le ofreció una sonrisa amable.

—¿Puedo ayudarle?

Jack se quitó la chaqueta y la puso sobre una silla en medio del local.

—Seguro que sí —le dijo—. Estoy buscando un vestido de noche.

Se quitó las gafas y las colocó detrás del mostrador.

—Tenemos muchísimos. ¿Algún tipo en particular?

—Algo con clase, nada demasiado recargado.

—¿Es para alquilar, o lo comprará para alguna dama?

Jack miró hacia un perchero con una hilera de vestidos largos.

—Lo compraré.

—Muy bien. Mi nombre es Sharon.

—Jack —le dijo, omitiendo a propósito su apellido.

—¿De qué talla es la dama que lo vestirá?

—Talla ocho. Es como así de alta. —Alzó la mano hasta la altura de su nariz—.

Cabello y ojos castaños. Y calza un treinta y siete.

—Está bien, ya que ella no está aquí, ¿puedo hacerle una sugerencia?

—Por supuesto, Sharon. Por eso estoy aquí.

La mujer sonrió.

—Los vestidos largos hasta el suelo realmente tienen que llegar hasta el suelo con los zapatos puestos. Ya que ella no está aquí para probarse, le sugeriría algo igual de elegante, solo que con un largo de tres cuartos.

—¿Quiere decir que el vestido dejará al descubierto sus piernas?

Jessie tenía unas piernas increíbles, al menos, por lo que dejaba entrever el espantoso uniforme de Denny's.

—Correcto.

—Me parece bien.

—¿Por qué no se sienta, Jack? Bajaré algunos modelos del perchero. ¿Tiene pensado algún rango de precios?

Jack se sentó en la silla.

—Muéstreme lo que tiene. No se preocupe por el precio.

Sharon sonrió, arqueó las cejas y luego desapareció detrás de las cortinas que separaban la tienda de un pequeño almacén. Cuando regresó, traía un perchero con ruedas y procedió a mostrarle media docena de vestidos.

—Un poco de color realzará sus ojos castaños —le dijo.

Le mostró un vestido verde esmeralda con los hombros al descubierto y lentejuelas debajo del cuello.

—Ese no.

Le recordaba a un árbol de Navidad sin la estrella.

El siguiente tenía una sola manga y dejaba un hombro al descubierto. Le gustaba la seda roja, y el corte hasta el muslo le resultaba muy sugerente.

—Tal vez —dijo.

Sharon lo colocó en un mostrador, separado del verde.

El siguiente, un modelo muy ceñido color crema con escote en uve le parecía bien, pero sabía por experiencia que la mayoría de las mujeres se mantenían alejadas del blanco. Otro de lentejuelas plateadas sería perfecto para la víspera de Año Nuevo, pero no sería adecuado para que Jessie lo usara el sábado.

—¿Qué tal este? —Sharon había guardado lo mejor para el final.

—A las mujeres nos encanta vestir de negro y este tiene el detalle de un solo hombro que le gustó en el rojo. La sencilla abertura de la parte de atrás le permitirá a la mujer que lo lleve bailar durante toda la noche. Incluso tengo un chal para que se ponga sobre los hombros si tiene frío.

Perfecto. No era demasiado atrevido ni sugerente. Elegante y algo discreto, pero con la figura de Jessie, se vería espectacular apenas se lo pusiera.

—¿Tiene zapatos a juego?

—Claro. Incluso tengo un buen par de pendientes con pedrería que le quedarán perfectos a la dama. No creo que un collar vaya a funcionar con este escote. Si no le gusta la bisutería, Mitch tiene joyas de verdad en la joyería, al final del pasillo.

La imagen de Jessie caminando hacia él con ese vestido le daba vueltas en la cabeza. Estaba ansioso por verla.

—Me lo llevo.

—¿Y los pendientes?

—Voy a tener que pensarlo —le dijo.

Si se presentara con un par de pendientes de diamantes, Jessie probablemente sospechara de él. Lo último que necesitaba era que Jessie pensara que era un ladrón. Se sentiría mucho más cómoda con una joya de fantasía de todos modos. Aun así, no le agradaba pensar en algo falso asociado con nada que tuviera que ver con Jessie.

Jack se levantó y tomó su billetera. Sam entró en la tienda con un teléfono en la mano.

—Ahí está, señor Mascall. Perdón por interrumpir.

Al oír su nombre, Sharon aguzó la mirada y luego puso cara de sorpresa.

—No hay problema, Sam.

—El señor Mascall está al teléfono, dijo que necesitaba hablar con usted.

Jack tomó el teléfono de las manos de Sam.

—¿Le importaría cargar todo esto aquí? —le preguntó a Sharon, entregándole su tarjeta de crédito.

Le echó un vistazo a la tarjeta y luego lo miró nuevamente.

—Claro.

—Hola, papá —dijo Jack mientras colocaba el receptor en su oreja. Se apartó de la dependienta y se preparó para el arrebato de su padre.

—Jack, ¿qué es eso de que no volverás a casa para Acción de Gracias? —La voz ronca de Gaylord retumbó en el auricular del teléfono y Jack tuvo que alejarlo de su oreja.

—Tengo mucho que hacer aquí. No es sensato que me vaya en este momento.

—Patrañas, hijo. Nadie trabaja en Acción de Gracias.

—Hay mucha gente que trabaja durante las fiestas —lo corrigió—. Los hoteles no cierran.

—Eso no significa que tengas que estar allí. Los hoteles se manejan solos.

—Intentaré ir a casa para Navidad —replicó Jack.

—¿Intentarás? No basta con intentarlo. La tía Bea no sabrá qué hacer si no estás aquí y no puede cocinar para ti.

Jack sonrió, pensando en la agradable sonrisa de su tía y su carácter tranquilo. Cómo ella y su padre podían ser producto de los mismos padres y, sin embargo, haber salido tan diferentes siempre había sido un misterio.

—¿Está Katie?

—Es un decir; está aquí, pero pasa fuera la mayor parte del tiempo.

Había un dejo de decepción en las palabras de Gaylord Mascall. Ni Katie ni Jack pasaban tanto tiempo en el rancho como a su padre le hubiera gustado.

—La llamaré para ver si puedo hacer que se quede un poco más. A mediados de mes tendré algo de tiempo libre. Entonces iré a casa por unos días. Dile a la tía Bea que me guarde un poco de tarta.

Su padre se quejó un poco más, pero finalmente cedió y colgó. Era extraño ver cómo habían cambiado las cosas con los años. Gaylord había sido un padre ausente durante la mayor parte de la infancia de Jack, cuando se la había pasado construyendo la cadena hotelera y haciéndose cargo de otras cadenas menos exitosas, lo cual le había llevado mucho tiempo. Con los años, Gaylord se había dado cuenta de lo que se había perdido. Ahora quería recuperarlo. Al menos eso era lo que pensaba Jack. Si Jack le hubiera contado la verdadera razón por la cual no regresaría a Texas para las fiestas de Acción de Gracias, Gaylord haría que el piloto encendiera el motor de su avión para ir a conocer a la dama en cuestión. Era lo último que Jack necesitaba.

—Todo listo, señor Mascall —le dijo Sharon mientras le entregaba su tarjeta y la caja.

—Me tomé el atrevimiento de agregar los pendientes, sin coste alguno. Aunque me parece una locura cobrarle de todos modos... teniendo en cuenta...

—Está todo bien, Sharon. Ha sido un placer.

Jack se puso la caja bajo el brazo y salió de la *boutique* con una sonrisa de suficiencia.

A diferencia de otras veces en que había comprado algo para una mujer por la que se sentía atraído, esta vez lo había hecho con el único propósito de hacerla feliz. No lo hacía para encontrar una amante..., no del todo. En realidad, no había tenido ninguna amante desde Heather. No porque Heather hubiera roto algo dentro de él, sino porque no podía ver más allá de la fachada de plástico de las mujeres que había conocido. Y el plástico ya no tenía ningún atractivo.

Jessie había sacudido algo dentro de él que había desplazado al sexo sin sentido en su mente.

Apretó el botón del ascensor y sacó una tarjeta de acceso del bolsillo. Necesitaba vestirse como Jack Mass, un vaquero sin un centavo, para hacerle pasar un día grandioso a cierta camarera..., o más bien, una noche grandiosa. Se moría de

ganas de ver a Jessie con el vestido el fin de semana, de ver el brillo de sus ojos cuando lo viera por primera vez.

Se moría de ganas.



Jessie se limpió las manos con un paño antes de conducir a Jack hacia la sala de descanso en la parte trasera del restaurante.

—Tengo mis dudas sobre este asunto —le dijo mirando fijamente la enorme caja que tenía en sus manos.

—¿Qué es lo que te preocupa? Ya te lo dije, el tipo compró el vestido para alguien y luego no lo fue a retirar.

—¿Por qué motivo compraría un vestido y lo dejaría en la tienda?

Era impensable. Con solo mirarla, se notaba que estaba tremendamente ansiosa por abrir la caja. ¿Cuánto tiempo hacía que no se ponía un vestido elegante? ¡Mil años!

—No lo sé, tal vez su novia lo dejó.

—Entonces, ¿por qué no pidió que le devolvieran su dinero?

Jack se encogió de hombros.

—Tal vez le dio vergüenza. Los ricos gastan el dinero como si creciese en los árboles. No tires piedras contra tu propio tejado.

Esos dichos que Jack usaba todo el tiempo la hicieron sonreír. Debía de ser algo típico de Texas.

—¿Ni siquiera tienes curiosidad por saber qué hay en la caja?

¿Curiosidad? Por Dios, hasta le sudaban las manos. Jack agitó la caja delante de ella y dijo con voz cantarina:

—Vamos, Jessie..., abre la caja.

—Oh, dame eso.

Le quitó el paquete de las manos y lo puso sobre la mesa que estaba en medio de la sala. Tiró de la tapa hasta que se abrió. Entonces, se quedó sin aliento. Allí, sobre el delicado papel de seda dorado, había un hermoso vestido negro que debía de haber costado una fortuna.

—Oh..., Dios... mío... No puedo usarlo. Es demasiado.

Al tiempo que esas palabras salían de su boca, sus codiciosas manos tomaron el vestido. Lo levantó para verlo mejor.

La tela se deslizó entre sus dedos. Seda, pensó. Jamás había poseído o usado nada remotamente similar. El corazón se le agitaba en el pecho ante la idea de deslizarlo por encima de su cuerpo.

—Es hermoso, Jack. ¿Por qué iba alguien a dejar esto en una tienda?

—¿Te gusta?

—¿Gustarme? Me fascina.

Pasó por delante de él para mirarse en el espejo grande que colgaba fuera del armario de los empleados. Se imaginó con el pelo recogido, o tal vez suelto..., un poco más de sombra en los párpados. No era un simple vestido negro y elegante, era *el* vestido negro y elegante que toda mujer quería, pero rara vez poseía. El vestido requeriría un sujetador sin tirantes, pero ella tenía uno de esos. Pero ¿en qué estaba pensando? No podía llevar un vestido que alguien había comprado para otra chica. ¿O sí? No podía dejar de sonreír ante su reflejo... con el vestido.

—¿Estás seguro de que no te meterás en problemas por esto?

Jack apoyó un hombro contra el marco de la puerta y le ofreció una sonrisa *sexy*.

—Estoy seguro.

Como si hubiera una posibilidad de que dijera lo contrario... Lo miró a través del espejo y lo interrogó con la mirada.

—¿Has visto los zapatos? —dijo inclinando la cabeza hacia la caja.

Jessie miró por encima de su hombro y vio dos zapatos de tacón con tiras y pequeñas piedras brillantes en los bordes, perfectos para el vestido.

—¿Son de mi número?

—Dijiste que eras un treinta y siete, ¿no?

—Sí.

Se acercó nuevamente hacia la caja y colocó el vestido en su interior, con delicadeza.

—No lo sé, Jack. Estas cosas son muy caras. No me gustaría que descubrieran que las has tomado prestadas y te despidieran por mi culpa.

—No te preocupes, nadie se dará cuenta. Este vestido ha estado allí durante meses. Me sorprende que no esté lleno de polvo. Es una pena que haya estado guardado en una caja en lugar de que una mujer lo usara.

Jessie frunció el ceño.

—Eres incorregible.

—Me han dicho cosas peores.

—Lo eres, de todos modos.

Jack le ayudó a volver a poner la tapa a la caja.

—La fiesta es el sábado a partir de las ocho de la tarde. —Sacó un pedazo de papel de su bolsillo—. Aquí tienes la invitación.

Ella miró el papel que marcaba la hora, fecha y lugar estampados en relieve y una ramita de acebo en una esquina. Elegante.

Pam, otra de las camareras del turno de la noche, asomó la cabeza por la puerta de la sala.

—Hay bastante trabajo que hacer ahí fuera —dijo.

—Me voy, así puedes volver a tu trabajo —dijo Jack.

—Nos vemos el sábado.

—Siempre y cuando estés seguro de que no te meterás en problemas.

Jack puso los ojos en blanco.

—Eso no ocurrirá. Lo prometo.

Jessie puso la caja encima del armario y se volvió hacia la puerta.

—Eh, Jack —lo llamó antes de que pudiera marcharse.

Se dio la vuelta y le ofreció su típica sonrisa, con hoyuelos y todo.

—¿Sí?

—Gracias.

—A las ocho —dijo guiñándole un ojo.

—Entendido.

Inclinó el ala de su sombrero a modo de saludo y se llevó su trasero enfundado en unos Levi's hacia el otro lado de la puerta.

—¿Quién era? —preguntó Pam.

—Un a-amigo.

—Claro. ¿Ahora los llaman así?

Jessie se apartó de ella.

—Oh, déjalo. No empieces con eso tú también.

—Si está buscando hacer más *amigos*, dale mi número.

—Tú ya tienes novio —le recordó Jessie.

—¡Ja! Exacto. —Pam caminó alrededor de ella y murmuró para sí misma—:

Amigo..., sí, claro.

CAPÍTULO CUATRO

—Estás dando demasiadas vueltas —dijo Mónica, riendo.

—Para nada.

—Oh, sí.

Jessie miró a su hermana con cara de pocos amigos y se volvió hacia el espejo por última vez. El vestido le quedaba perfecto. El corte acentuaba su delgada cintura y los zapatos realzaban sus pantorrillas.

Tenía el cabello recogido y algunos mechones le caían elegantemente sobre los hombros. Jack había puesto hasta un par de pendientes en la caja. O tal vez el hombre que originalmente compró el vestido los había dejado allí y Jack no tenía idea de su existencia.

—Estás preciosa —dijo Mónica, que estaba tumbada en la cama, mirando a Jessie y comiendo palomitas de maíz.

Jessie pasó las manos por encima de su vientre, que era un manojito de nervios, y se puso de lado.

—No está mal, ¿eh?

—Entonces, cuéntame más acerca de este tipo..., Jack.

Quizá fuera hora de marcharse.

—Ya te lo he dicho. Es solo un chico que conocí en el restaurante que quiere ayudarme a encontrar un hombre agradable y con recursos que me ayude a salir del pozo. Y así también yo podré terminar mi carrera.

—¿Es guapo?

—¿Quién? ¿Jack?

Mónica la miró con sorna.

—No, el tipo con recursos que aún no has conocido... Por supuesto que me refiero a Jack.

Responder a la pregunta de Mónica sinceramente daría lugar a un acoso constante.

—Está bien, supongo.

La respuesta era sí. Le gustan los hombres sexis, guapísimos, y absolutamente seguros de ellos mismos. Jessie recordó su sonrisa con hoyuelos y no pudo evitar una expresión de felicidad en su propio rostro.

—¿Es de Texas?

—Sí.

—¿Y su acento?

—Coincide con el sombrero de *cowboy* que lleva siempre.

—¿Cuándo lo conoceremos?

Jessie se volvió hacia su hermana y se puso las manos en la cintura.

—No es lo que estás pensando, Mo. Jack es un amigo. Nada más. He rechazado su invitación a salir.

—Entonces, ¿él se siente atraído por ti?

—¿Para qué me sirve eso? Es camarero en el hotel. Por lo que he oído, no suele quedarse en un mismo lugar mucho tiempo y se aprovecha de sus amigos cuando necesita un lugar donde dormir. Necesito un hombre que realmente pueda ayudarme, no alguien a quien le guste que lo mantengan.

Mónica apretó los labios, pensativa.

—¿Es un vago?

—No —le espetó Jessie. Luego respondió más honestamente—: No lo sé. Creo que se las arregla bastante bien. Escucha, me tengo que ir.

Su hermana se levantó de la cama y le entregó el chal que venía con el vestido.

—Tengo todo bajo control, así que no te preocupes por volver a casa pronto. Te mereces una noche de diversión.

—Gracias.

Jessie abrazó a su hermana y salió del dormitorio. Danny estaba acurrucado en el sofá con su propio tazón de palomitas de maíz.

—Estás muy guapa, mamá.

—Gracias, cariño. Pórtate bien con la tía Mónica.

Danny siempre se portaba bien con su hermana.

—Vamos a ver un DVD —le dijo.

—Está bien, pero quiero que te vayas a la cama a las nueve.

—Lo sé.

Jessie tomó su bolso y se dirigió a la puerta.

—Gracias de nuevo, Mo. Te debo una.

—Vete ya. Que lo pases genial.



Jack miró su reloj por tercera vez en quince minutos. La gente todavía estaba entrando, pero aún no había visto llegar a la única mujer que buscaban sus ojos. Tal vez había cambiado de opinión.

Se volvió para ofrecerle a uno de los invitados que pasaba, los mini quiches que llevaba en una bandeja, interpretando su papel de camarero. Con algunas excepciones, la mayoría de los invitados a la fiesta no tenía ni idea de quién era. La mayor parte de los administrativos del hotel, que sí lo conocían, también estaban vestidos como camareros, lo que ayudaba a mantener en secreto su disfraz.

Varios miembros del personal que se ocupaba del servicio de las habitaciones estaban parados en un círculo, conversando. Dos de los hombres tenían bebidas en sus manos, mientras que las mujeres no dejaban de mirar nerviosamente para todos lados. Jack vio a Sam, que se asomaba por el bar, con la mirada clavada en una bandeja de copas de champán llenas. Jack se acercó a él.

—Hola, Sam.

—Hola, señor...

—Jack —lo interrumpió rápidamente.

Ese tipo de deslices lo dejarían al descubierto si Jessie finalmente aparecía.

—Hola, Jack.

Hizo un gesto hacia las mujeres nerviosas.

—¿Esas no son Louisa y Shelley de limpieza?

Sam asintió con la cabeza.

—Así es.

—Se ve que tienen sed. Podrías ayudar a romper el hielo ofreciéndoles una bebida de verdad.

Sam trató de ocultar su fastidio, pero no lo consiguió. Sacó varios vasos de la bandeja antes de intentar levantarla. Jack observó la angosta corbata negra y el chaleco sobre la camisa de lino blanco, el mismo uniforme que llevaba Jack, y pensó que aunque se vistiera como un camarero, no podía desenvolverse como tal.

La bandeja se tambaleó cuando la levantó. Caminó hacia los empleados a un ritmo tan lento que Jack pensó que se demoraría una hora en cruzar el salón. E incluso si se las arreglaba para hacerlo, la mitad del líquido se habría derramado, si es que no acababa por tirarlo todo.

Se rio entre dientes. Entonces, sintió su presencia. Jack se giró hacia la entrada, vio a Jessie, y dejó escapar un suspiro. Todo su cuerpo se puso en acción. El corazón le latía con fuerza en el pecho, había calor en sus ojos y la protuberancia en sus pantalones le recordó cuánto tiempo hacía que no estaba con una mujer.

No había una única palabra para describir la refrescante belleza que descubrió al mirarla. Su sonrisa tímida bailaba detrás de sus ojos, al tiempo que examinaba la sala. El vestido acariciaba sus curvas como las hábiles manos de un amante. Sus largas piernas asomaban debajo de la tela que revelaba lo suficiente como para hacerle desear acariciar la parte de atrás de sus pantorrillas. Jessie era como un arco iris con unicornios y Jack supo que tenía que ser suya de cualquier manera.

Jessie debió de haber sentido el peso de su mirada, porque sus ojos se posaron

en los de él y una sonrisa con un dejo de timidez iluminó su rostro al instante.

Jack trató de no parecer demasiado ansioso mientras caminaba hacia ella. Se detuvo junto a un grupo de personas, les ofreció el aperitivo, y luego se reunió con Jessie.

—Estás espectacular —le dijo.

Sus mejillas se enrojecieron y sonrió nuevamente.

—Tú tampoco estás nada mal, Jack. Casi no te he reconocido sin el sombrero.

Mientras hablaba, le ajustó la corbata y le dio una palmadita en el pecho, luego bajó la mano.

—El sombrero no va bien con el uniforme.

—Haría que te destacaras de los demás.

Justo en ese momento, Sam se acercó a ellos. Jack contuvo el aliento, con la esperanza de que el hombre no dijera nada que pudiera alertar a Jessie.

—Es mucho más fácil sostener esta bandeja cuando no está muy cargada —reconoció Sam.

—Te dije que no era tan difícil. —Jack retiró el último vaso de la bandeja y se lo entregó a Jessie.

—Sam, te presento a Jessie, una amiga.

—Un placer conocerte, Jessie.

Jack le hizo un gesto con la cabeza a Sam.

—Tal vez deseas llenar esa bandeja antes de que el nuevo jefe piense que estás haciendo el vago —le dijo.

—Por suerte solo es algo temporal —añadió Sam—. No creo que pudiera hacerlo a tiempo completo.

—Es bueno para fortalecer el carácter —dijo Jack.

Sam indicó que estaba de acuerdo, luego se dio la vuelta y se alejó hacia la cocina.

—¿Temporal? —preguntó Jessie.

—El hotel refuerza el personal para las fiestas. Sam es nuevo en este trabajo. ¡Muy nuevo!

Jessie inclinó la copa de champán hacia sus labios carnosos y bebió un sorbo.

—Es muy amable de tu parte ayudarlo.

Al observar cómo la lengua de Jessie lamía una gota de champán de sus labios sintió un calor en el estómago. Dios, estaba perdido. Jack hizo un esfuerzo por cruzar su mirada.

—Sam es un buen tipo. Ven por aquí.

La condujo hacia una pared al fondo del salón para que pudieran observar el panorama.

—El punto perfecto para observar a la gente, ¿no te parece?

—Sí. Este lugar es muy bonito. La decoración es increíble, elegante.

Jack le echó un vistazo a la enorme sala que estaba completamente decorada con luces de Navidad, flores de pascua, guirnaldas y árboles de Navidad con adornos brillantes.

—Los encargados de la decoración hacen un gran trabajo. Nunca sospecharías que este mismo lugar era la viva imagen de Acción de Gracias hace tan solo dos días.

—¿El hotel cuenta con encargados de decoración?

—Sí.

—Seguro que es un trabajo divertido.

—El coordinador es muy exigente, pero la misma gente regresa año tras año.

—Mi hermana, Mónica, está terminando sus estudios este año. Yo planeo retomarlos el año que viene. Me gustaría hacer un par de cursos de diseño.

Jack notó la mirada soñadora en sus ojos. Esas palabras eran lo primero que había oído sobre sus sueños.

—¿Qué quieres hacer?

—Cualquier cosa menos lo que estoy haciendo. Me gustaría ser coordinadora de actos sociales, tal vez incluso organizadora de bodas. Quiero un trabajo del que no necesite olvidarme al final del día.

—Emily es la coordinadora de aquí, trabaja muy duro.

Jessie resopló.

—Apuesto a que ella no vuelve a casa con olor a grasa de frituras y sirope pegajoso.

Jack negó con la cabeza.

—Probablemente no.

Ella inclinó el vaso y Jack vio su lengua asomarse para lamer el borde. No lo hizo para parecer *sexy*, pero Jack no podía dejar de mirar.

—Así que, ¿dónde están todos esos solteros? —preguntó.

Jack volvió a la realidad y repasó nuevamente la habitación.

—Todavía no veo a muchos por aquí.

—¿De verdad?

No era cierto, pero no quería señalar a nadie con quien realmente pudiera interesarle salir.

—Espera aquí, tengo que servir esto y apaciguar a mi jefe. Vuelvo en un instante. Ten, toma un par —le ofreció dos tartaletas de hojaldre de su bandeja.

—¿Quiche?

—Sí.

—¿Los vaqueros comen quiche?

Él se rio y luego se metió uno en la boca.

—No está mal.

Jessie miró hacia atrás y le dio un manotazo en el brazo.

—Ojo con eso. Son para los invitados.

Él respondió a su preocupación con un guiño, puso un par de quiches sobre una servilleta y luego se la entregó.

—Vuelvo enseguida.



Jessie bebió su segunda copa de champán, y Jack había puesto una cantidad excesiva de aperitivos en la servilleta. Insistió en ir cambiando de lugar para que él no se metiera en problemas con su jefe por estar revoloteando alrededor de ella toda la noche.

Durante un momento, tuvo la certeza de que no le iba a señalar ningún candidato para una cita. Una prueba silenciosa de que la deseaba para sí mismo y la invitación a la fiesta solo había sido una estrategia para cumplir su objetivo secreto. Hubiera sido fácil enojarse si Jack no tuviera un aspecto tan endiabladamente apuesto, allí, sirviendo aperitivos, riendo con sus clientes. ¿Y cuánto hacía desde la última vez que había salido de noche? ¡Mil años! Tanto como eso.

Ya casi había renunciado a que Jack le encontrara un candidato cuando le señaló a un hombre solitario que estaba sentado en la barra.

—¿Cuál? —preguntó ella, mirando por encima del hombro de Jack.

Había varios hombres en el bar; dos estaban acompañados por mujeres, otro estaba bebiendo un cóctel, otro podría pasar por su padre.

—No mires. —Jack se puso delante de sus ojos, obstruyéndole la visión—. Joe Richard, estuvo casado. Ahora está divorciado, los niños viven con su esposa.

No le apetecía tener que lidiar con más niños; pero por otra parte, no era la persona indicada para andar con esas exigencias.

—¿Cuál es?

Jack se volvió ligeramente.

—Es el que tiene poco cabello.

Por supuesto, el abuelo.

—¿No es un poco viejo para mí?

—Entonces, ¿tiene que ser joven y rico?

—Sería bueno que no me tocara el papel de cazafortunas.

Jack se apoyó contra la pared.

—¿Te sientes como una cazafortunas?

—Preséntame a un tipo con dinero, y te responderé en una semana.

Jessie siguió su mirada alrededor de la sala.

—El tipo alto, al lado del reloj. —Le señaló a un hombre de unos treinta años que se estaba riendo de algo que había dicho la persona que estaba a su lado.

Jack frunció el ceño.

—Casado.

—¿En serio? No lleva anillo.

—Eso es parte del problema. Es un don juan.

Jessie desvió la mirada.

—No necesito eso.

—Tercera mesa contando desde la mesa del bufet. El de pelo negro, de cintura gruesa.

Jack se hizo a un lado para que pudiera ver al hombre de quien estaba hablando.

¿Grueso?

—Al menos no podría ser mi padre, pero, por favor, Jack. Parece un gánster.

Iba en serio: de baja estatura, con demasiadas grasas y joyas demasiado llamativas.

—Probablemente lo sea. Tiene lo que llamamos «dinero de familia». No creo que haya trabajado en toda su vida.

—Un vago con los bolsillos llenos —dijo Jessie.

—Correcto.

—No quiero vagos, sean ricos o no. Un hombre tiene que ganarse la vida. No quiero que se hunda si la bolsa se desploma. El tipo tiene que ser capaz de volver a salir del pozo. —Jessie volvió a mirar por encima de las cabezas.

—Así que déjame ver si lo entiendo. Rico, no demasiado gordo, que haya hecho fortuna por sí mismo, joven... ¿me falta algo?

—Tienen que gustarle los niños.

Jack dejó escapar un largo suspiro.

—Esa es una tarea difícil, cariño. ¿Estás segura de que hay un tipo así en alguna parte?

Era una lista ambiciosa.

—No estoy segura de nada, Jack. Esto fue idea tuya —dijo con tono cortante.

—Está bien, está bien, no te pongas a la defensiva. La noche aún es joven.

Echó un vistazo a su reloj. En realidad, ya eran las once. Y ya no estaba entrando nadie nuevo.

—Traje gris, acaba de acercarse a la barra —indicó Jack.

El hombre en cuestión estaba de espaldas a ella y Jessie esperó a que se diera la vuelta. Cuando lo hizo, ella le esquivó la mirada.

—Esa nariz. Dios, qué pena.

Jack se rio y ella también.

—¡Qué narizota!

—¿Cómo hace para ver más allá de ella? —preguntó.

—No estoy seguro de que pueda.

Una de las invitadas se acercó a Jack y agarró un camarón de su bandeja.

—Son una delicia —susurró mientras se lo metía en la boca.

—Me alegro de que le guste, *madame*.

—«*Madame*». Dios mío, suena como si fuera una anciana.

Jessie pensó que la mujer tendría unos cuarenta años. Su vestido de lentejuelas resplandecía cuando se movía. Sus dedos estaban cargados de diamantes. Cuando sus ojos recorrieron a Jack de arriba abajo, Jessie tuvo que controlarse para que su rostro no revelara su fastidio. ¿Podría ser más descarada?

—Me han educado para ser respetuoso —le dijo Jack a la mujer mientras su mirada se posaba sobre ella sin siquiera un atisbo de interés.

—Ah, y tienes un bonito acento, también. ¡Qué encantador!

A Jessie le daba risa. De un momento a otro, la mujer podría deslizar la llave de su habitación dentro del bolsillo de Jack.

—¿Quiere otro? —le preguntó Jack a la mujer, inclinando la bandeja hacia ella.

Sus ojos lo recorrieron de arriba abajo una vez más hasta que finalmente dijo:

—¡Cómo no!

Jessie alzó las manos y los miró, preguntándose si era invisible para la mujer o si siempre se comportaba de forma tan grosera.

—Jack, ¿no tienes que ir a servir por el resto de la sala? —preguntó Jessie, haciendo todo lo posible para retirar su atención de la mujer llena de cirugías.

—Supongo que sí —dijo.

Jessie le dio un codazo y Jack le devolvió una pícaro sonrisa mientras se alejaba.

La mujer siguió su trasero con la mirada.

—Mmm —susurró casi para sí misma.

—Es un poco joven para usted, ¿no le parece? —preguntó Jessie.

Sus ojos fulminaron a Jessie al verla por primera vez.

—Oh, no estoy tan segura. Siempre hago que les compense.

Por la forma en que hablaba, Jessie se dio cuenta de que esa mujer utilizaba a hombres como Jack para satisfacer sus necesidades, sin tener que preocuparse por las apariencias. Su vestido y joyas apuntaban a una gruesa cuenta bancaria o a una tarjeta de crédito con un tope muy elevado. Jessie se preguntaba si Jack nunca había aceptado las ofertas de este tipo de mujeres: sexo, un buen rato y algún tipo de beneficio económico, que probablemente sería parte del trato.

¿Dónde dejaba eso a Jessie? Ahí estaba, buscando un amor con chequera, mientras que la otra mujer utilizaba su chequera para buscar amor.

De repente, el vino en la copa de Jessie le supo a vinagre.

—Disculpe —dijo pasando por detrás de la mujer y dejando la copa casi vacía sobre una mesa.

Hacía calor en el salón. Jessie salió a la terraza iluminada con guirnaldas, donde había algunos invitados conversando. El sentimiento de culpa y un poco de

decepción en cuanto a sus propios objetivos le daban ganas de irse. Estaba usando a Jack y aprovechándose de su buena voluntad, tanto como lo haría aquella mujer si tuviera ocasión. ¿Cuándo se había vuelto tan superficial?

¿Tal vez todo había sido un error?

En un intento por cambiar su estado de ánimo, Jessie comenzó a disfrutar de la imponente vista de los jardines y el estanque iluminado, con peces koi nadando en círculos. Se inclinó sobre la barandilla para mirar a uno de los peces de color naranja, el cual desapareció entre dos rocas.

Cuando se incorporó, se dio cuenta de que había alguien a su lado.

—Hola —dijo un hombre elegantemente vestido cuando sus miradas se cruzaron.

Era alto, aproximadamente de la altura de Jack, delgado, casi demasiado. Tenía unos dedos tan largos que daba la impresión de que tocaba el piano.

—Hola —se apuró a contestar.

—Espero no molestarte. —Su relajada sonrisa fue agradable, pero breve.

—No, solo he salido a tomar un poco de aire fresco.

—Soy Brad —dijo extendiendo su mano.

—Jessie.

Dejó que le estrechara la mano. Él la soltó rápidamente.

—Ahí dentro está un poco cargado el ambiente. ¿Esperas a alguien?

Jessie pensó que estaba investigando el panorama y coqueteando con ella, si no estaba desentrenada para darse cuenta. Su cabello era más oscuro que el de Jack, pero eso no estaba mal. Definitivamente no era de Texas; no había una gota de acento en su voz.

—No, en realidad no.

Se sintió extraña al decirlo, como si tal vez debiera decirle que conocía a uno de los camareros. Por otra parte, estaba allí para conocer a alguien. Acaso, ¿Jack no la había invitado precisamente para eso?

—Bueno, entonces tal vez no te importe que te haga compañía.

¿Quería que lo hiciera? Brad no era desagradable, pero no sentía una gran atracción por él. Cuando sonreía, la chispa no llegaba a sus ojos, no eran como los ojos de Jack, que titilaban cuando se reía.

Realmente tenía que dejar de comparar al hombre con Jack. Jack era el camarero; este hombre era un invitado. Sin embargo, el temor de que Jack pudiera aparecer de repente y encontrarla hablando con otro hombre la hizo sentir como si estuviera haciendo algo malo. No debería ser así, lo sabía, pero era lo que sentía. No era un buen gesto llevar un vestido que un hombre había elegido para ella y dejar que otro hombre coqueteara en su lugar.

—En realidad me iba, pero ha sido un placer conocerte.

El rostro de Brad mostró un gesto de decepción.

—¿Lo dices en serio o es solo una excusa? —preguntó.

—Lo digo en serio. Es tarde, y mi... mi niñera tiene que volver a casa.

Vale, eran tonterías. Mónica no tenía que ir a ninguna parte. Jessie había aprendido hacía tiempo que hablar de su niñera era una buena manera de decirle a un posible candidato que tenía un hijo sin pasar por la incómoda pregunta de si de verdad quería salir con una madre soltera.

Brad miró su mano izquierda.

—No estoy casada —le informó, para ahorrarle la molestia de preguntar.

Volvió a sonreír. Sin hoyuelos, sin chispa en sus ojos marrones. Al menos le parecía que eran de color marrón. No era fácil adivinarlo con la tenue iluminación.

—¿Qué edad tienen tus hijos?

Vaya, no había salido corriendo. No era una mala señal.

—Hijo. Tengo solo un hijo. Tiene cinco años.

Brad levantó la barbilla.

—Apuesto a que es tan adorable como su madre.

Ya era hora de irse.

—Gracias, él es lo máximo.

Se alejó de él, pero solo dio un par de pasos. Miró por encima del hombro, segura de que alguien la estaba mirando.

—¿Te importaría si te llamo alguna vez, Jessie? ¿Tal vez para tomar un café o algo?

Jessie tuvo que contener un impulso de decir que no y se preguntó el porqué.

Jack. Maldita sea.

—Tal vez —se encontró diciendo—. Me gusta el café.

Brad extrajo un bolígrafo y una tarjeta del bolsillo de su traje.

—Estaré fuera de la ciudad esta semana, pero regreso a principios de la próxima.

Jessie le dio rápidamente su número y Brad lo anotó satisfecho.

—De verdad, me tengo que ir.

Levantó las cejas y él dijo:

—Entonces, nos vemos.

—Sí, claro, adiós.

Jessie se acomodó el chal y sintió un escalofrío al volver a entrar en el salón lleno de gente. Caminó unos tres metros antes de notar que los ojos de Jack estaban clavados en ella. Él miró más allá, hacia las puertas abiertas de la terraza, y luego de nuevo hacia ella. Jessie tuvo que contenerse para no mirar hacia atrás, para ver si Brad había entrado en el salón. Se sentía culpable, de todos modos, lo que no tenía sentido. No debía sentirse mal.

Se dirigió hacia Jack, fingiendo una sonrisa tranquila.

—Ahí estabas —dijo cuando estuvo suficientemente cerca para oírlo.

—Tuve que escaparme de la amiga de los jovencitos después de que te fueras. Jack seguía mirando la puerta. Jessie balanceó su peso de un pie a otro.

—Mmm, Jack, creo que debo irme a casa.

Era casi medianoche, y algunos de los invitados comenzaban a irse.

Algo cambió en la mirada de Jack.

Jessie se volvió hacia las puertas de la terraza y notó que Brad se dirigía hacia ellos. Él le hizo un gesto con la cabeza antes de ponerse a hablar con uno de los invitados.

—¿Quién es? —preguntó Jack.

—Un tipo cualquiera.

—¿Un tipo cualquiera?

—Sí, nos acabamos de conocer. Ha dicho que su nombre era Brad. ¿Lo conoces?

Jack negó con la cabeza, sin perder de vista los movimientos de Brad.

—No, no lo conozco.

—Parece bastante agradable.

Como se sentía culpable por ocultárselo, exclamó:

—Me pidió mi número.

Cuando Jack se volvió hacia ella, tragó saliva. Jack enojado no era algo agradable de ver. La chispa que le gustaba de sus ojos cuando sonreía adquiría un significado muy distinto cuando estaba furioso.

—Vamos, Jack, sabes que estoy aquí para conocer a alguien.

—Alguien que yo sepa que te va a tratar bien. Ese tipo...

—Brad.

—Brad, ¿qué clase de nombre es Brad? Tiene pinta de abogado.

Jessie estaba segura de que Jack lo decía a modo de insulto, pero un abogado significaba estabilidad para ella.

—Brad es un nombre perfectamente normal y no sé qué hace para ganarse la vida.

—¿Qué sabes de él?

—Nada en realidad.

—Y, ¿le has dado tu número así como así? Puede ser un demente. ¿Por qué no me dejas a mí el trabajo de casamentero?

Jessie se echó a reír.

—Basta. Dudo que sea un demente.

Jack dejó finalmente de observar a Brad y la miró.

—Gracias por preocuparte, pero ya soy mayor. Soy bastante buena para juzgar el carácter de las personas. —Siempre y cuando no contara a Rory ni a Mathew.

—No lo sé —dijo mirando de nuevo a Brad.

Jessie se puso delante de él.

—No vayas a hacer ninguna tontería cuando me vaya. Te despedirán si molestas a un invitado.

—¿Te vas?

—Sí, ¿por qué no me escuchas? No, por supuesto que no. La testosterona realmente envenena el cerebro de los hombres.

—¿Algún problema en casa?

—No, seguramente Danny ya está dormido.

Jack dejó la bandeja que sostenía en una mesa cercana.

—Te acompaño hasta tu auto.

—No es necesario.

—Insisto.

Puso la mano en la parte baja de su espalda y la condujo hacia la puerta.

—¿Qué hay del trabajo? ¿No vas a meterte en problemas?

Jack sonrió. La sonrisa tiñó parte de su mueca enojada y sus ojos comenzaron a brillar de nuevo.

—Termino a la medianoche de todos modos.

—Todavía no es medianoche.

Hizo caso omiso de sus palabras y siguió caminando a su lado. Tuvieron que esquivar a varias personas para llegar a la tranquilidad del vestíbulo y luego hasta la puerta de entrada.

—¿Has utilizado el servicio de estacionamiento?

—¿Tú qué crees? —preguntó ella mientras se dirigía hacia la acera, donde se podía estacionar libremente.

Jack le hizo un gesto con la cabeza al portero antes de tratar de alcanzar nuevamente a Jessie.

—Realmente no es necesario que me acompañes al auto.

—No me puedes acusar de no ser un caballero.

No, no podía decir eso de él. Jessie se abrió paso entre los vehículos hasta que vio su viejo Toyota Celica. Parecía perdido entre tantos vehículos nuevos y de lujo. Funcionaba, y eso era lo importante.

—Este es el mío —anunció mientras buscaba las llaves en el bolso.

Abrió la puerta y arrojó el bolso en el asiento del pasajero antes de volverse hacia Jack.

—Gracias de nuevo, Jack. Por todo.

Jack metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre sus talones.

—De nada. Me alegro de que hayas venido.

—Ha sido divertido. Ten cuidado con la *comeniños* si vuelves allí —advirtió.

—¿La *comeniños*?

—Sí, la mujer ostentosa de los camarones. Tiene aspecto de comer camareros para el desayuno y te tenía en el punto de mira. Los amigos aconsejan a sus amigos

para que no tomen malas decisiones en el dormitorio, ¿no es así?

—Ten cuidado con Braaad.

Jessie tuvo que sonreír cuando Jack mencionó el nombre de Brad.

—Dijo algo acerca de llamarme la semana que viene. Ni siquiera sé si voy a salir con él.

¿Por qué lo había dicho? Tal vez porque cuando oyó el nombre del otro hombre, lo hizo con el ceño fruncido. Una sensación de inquietud acerca de la velada empezó a filtrarse en sus huesos.

Jack dio un paso atrás.

—Bien, buenas noches.

—Buenas noches, Jack.

Al cerrar la puerta, Jessie se sintió agradecida por la salida fácil. Ningún drama, sin problemas. Últimas palabras célebres.

Cuando giró la llave en el contacto, el automóvil dio una especie de gemido, luego otro y luego renunció a arrancar por completo. Giró la llave de nuevo, pero el auto no devolvió más que un clic como respuesta.

Oh, Dios. Justo lo que necesitaba. Jack la miró a través del parabrisas. Jessie alzó las manos en el aire y trató de comenzar de nuevo. Nada.

Frustrada, abrió la puerta y sacó los pies hacia fuera.

—No lo entiendo; el maldito auto no ha tenido ningún fallo en el camino hacia aquí.

—Levanta el capó.

—¿Entiendes de mecánica?

Jessie se inclinó y tiró de la palanca.

Jack abrió el capó, pero el estacionamiento mal iluminado apenas permitía ver el motor. Jack jugueteó con un par de cosas de todos modos.

—Inténtalo de nuevo.

Jessie lo hizo, pero no pasó nada. Salió del auto por segunda vez y se quedó junto a Jack mirando el desvencijado motor.

—Odio este auto. Si no es una cosa, es otra.

—¿Cuántos kilómetros tiene? —preguntó Jack, mientras se incorporaba y bajaba el capó.

—Doscientos y algo.

—¿Doscientos mil?

—Es un auto viejo, Jack.

Sacudió la cabeza.

—Vamos, dame las llaves.

—¿Por qué?

—Lo revisaré por la mañana, cuando pueda ver qué está pasando ahí dentro.

—No hace falta. Puedo pedir que lo remolquen y que lo revise un mecánico.

Jack mantuvo la mano abierta con la palma hacia arriba.

—No gastes dinero, déjame ver si puedo arreglarlo.

Jessie dudó un momento sobre lo que debía hacer.

—Ya has hecho bastante.

—Jessie, cariño, dame las llaves.

Se las entregó.

—Si no es algo sencillo, o cuesta dinero, quiero pagar por ello.

Jack se miró las manos grasientas.

Jessie abrió la puerta de atrás y sacó un paquete de pañuelos de papel que guardaba allí para su hijo.

—Toma —dijo mientras sacaba un par de pañuelos y se los ofrecía.

Jack se limpió las manos y le dio las gracias.

—Hay que llevarte a casa.

—Puedo llamar a mi hermana.

—¿Y despertar a tu hijo? Vamos.

La agarró del codo y la condujo hacia el frente del hotel.

—Un amigo me pidió prestada la camioneta, así que vamos a tener que usar otro auto para llevarte a casa.

—¿Tienes otro auto?

—No exactamente.

Jessie caminó más rápido para seguir el ritmo a Jack.

Se detuvo frente al encargado del estacionamiento y sonrió.

—Hola, Wes.

Wes se puso más derecho ante la mención de su nombre. Su mirada se dirigió a Jessie y Jack.

—Hola, señor...

—Jack —interrumpió—. «Señor» es muy formal.

—Jack —dijo Wes, mientras sus ojos continuaban moviéndose nerviosamente.

—Wes, parece que un huésped del hotel ha tenido un problema con su automóvil.

—Oh, lo siento, señorita.

Jessie sonrió y Jack continuó hablando.

—¿Hay algún auto disponible?

Wes dio unos pasos cortos hacia el podio para revisar el libro de notas que estaba allí apoyado.

—Así es, pero, señor... Jack, parece que nos falta un conductor. Los otros dos están llevando a otras personas a casa en este momento. No se sabe cuándo van a volver.

—Está bien. Puedo llevar a la dama a su casa yo mismo. ¿Puedes pedirle a uno de los ayudantes que traigan el auto hasta aquí?

La cabeza de Wes se balanceaba de arriba abajo y sus mejillas se sacudían levemente.

—Ahora mismo, señor.

Jessie tomó del brazo a Jack y lo llevó un par de metros más lejos.

—¿Qué estás haciendo?

—Llevándote a casa.

—¿En un auto del hotel?

—Relájate, Jessie, lo hacemos todo el tiempo.

Primero el vestido, después la fiesta, ¿ahora esto? seguramente despedirían a Jack y todo sería culpa suya.

Unos segundos más tarde, una limusina se detuvo en el camino circular y un joven salió del asiento del conductor. Wes abrió la puerta de atrás y extendió el brazo hacia Jessie.

Sus pies no se movían. Este no podía ser el auto del que hablaba Jack.

Jack la empujó hacia adelante.

—Entra —susurró en voz baja—. Actúa como si lo hicieras todo el tiempo.

Jessie fingió una sonrisa forzada y rápidamente se deslizó sobre el asiento trasero de la limusina.

Había guirnaldas de luces a lo largo de las puertas y asientos y espacio suficiente para ocho o nueve personas. El minibar se hallaba debajo de un televisor de pantalla plana. A través del techo corredizo se veían las estrellas titilando en lo alto.

Cuando la puerta se cerró, Jack apretó un botón para bajar el cristal que separaba el frente de la parte de atrás y Jessie se acomodó en el asiento más cercano a él.

—¿Sabes, Jack? Estás loco.

—Bonito, ¿no crees?

—¿Bonito? Es maravilloso.

Jack salió hacia la calle y se mezcló entre los pocos vehículos que circulaban a horas tan tardías un sábado por la noche.

—Eres cliente del hotel y el Mascall trata muy bien a sus clientes.

—Soy una impostora y tú lo sabes —regañó al tiempo que pasaba la mano por el suave interior de cuero y daba un suspiro.

—Cariño, no hay nada falso en ti. ¡Nada!

CAPÍTULO CINCO

Jack la miró por el espejo retrovisor. Jessie estaba pulsando botones y experimentando todos los lujos que proporciona una limusina, con una sonrisa de oreja a oreja. Adorable, no había otra manera de describirlo.

—¿Habías viajado antes en una limusina? —preguntó, mientras doblaba en dirección al aeropuerto.

—No, en realidad no. No puedo creer que haya gente que viva de esta manera todo el rato.

—Sí, la hay.

—¿Te imaginas cómo sería poder hacerlo en cualquier momento en que te apetezca dar un paseo?

Jack tragó saliva y mantuvo sus ojos en la carretera.

—He conocido a muchos a los que alimentaron con cuchara de plata cuando eran niños..., adultos que han tenido acceso a las limusinas toda su vida. Te sorprendería saber cuántos de ellos se parecen a ti y a mí. Miró por el espejo retrovisor para ver la reacción de Jessie.

Ella se encogió de hombros y acarició el cuero como si fuera un abrigo de piel.

¿Qué pensaría si supiera que viajaba en limusinas desde antes de nacer? Su padre no estaba allí para cuidar de él todo el tiempo, y alguien tenía que llevarlo y traerlo de la escuela. Había un chófer que se encargaba de él y Katie cuando eran pequeños. Cuando comenzaron la secundaria, Jack le preguntó a su padre si el conductor podía llevarlo en un automóvil «normal» para que los niños no se burlaran de él en el instituto. Gaylord le dijo que fuera valiente como un *cowboy* y que se defendiera de los niños sin pedir ayuda. Era un Mascall, y los Mascall tenían dinero. También se dedicaban a gastarlo.

Jack se dedicó a ofrecer a otros niños paseos todo el tiempo, lo que puso fin a las burlas y dio inicio a las fiestas. En el instituto, Jack aprendió quiénes eran sus verdaderos amigos y quiénes se aprovechaban de él. Mike, Tom y Dean permanecieron; los demás cayeron en el olvido.

—Creo que cualquier persona podría acostumbrarse a esto. Yo al menos sí podría.

Jack sonrió y deseó poder grabar sus palabras para utilizarlas más tarde, cuando

podiera decirle la verdad sobre sí mismo.

—¿Hay vino ahí atrás?

—Champán.

—Si te parece bien, puedo estacionar en las pistas de aterrizaje y podemos mirar cómo despegan los aviones por el techo corredizo.

El Hotel Mascall estaba ubicado al lado del centro de convenciones, a no más de seis kilómetros del aeropuerto.

—¿No tienes que devolverla?

—No, no hay nadie para conducirla.

Jack se metió por una calle oscura donde varias personas habían estacionado para ver a los aviones despegar. Ontario todavía no estaba superpoblado alrededor del aeropuerto, así que se podía ver bastante bien.

Encontró un buen lugar, apagó el motor y se unió a Jessie en la parte de atrás. Una vez sentado, accionó el interruptor, y se abrió el techo.

—¡Vaya!

Sus ojos brillaban.

Jack encontró el champán y le quitó el papel metálico del tapón.

—Ven —dijo, poniéndose de pie para sacar la cabeza a través del techo.

Descorchó la botella y el corcho se perdió entre los arbustos. El champán comenzó a burbujear hacia afuera y Jessie dejó escapar un gritito.

—Toma. —Le alcanzó un pañuelo antes de que la bebida llegara a derramarse por el suelo.

—Muchas gracias por su amabilidad, *madame*.

Jessie volvió a reír, volvió a sentarse y le alcanzó un par de copas.

Jack le sirvió una copa, luego llenó la suya y colocó la botella en la champanera. Levantó su copa y añadió:

—Por los nuevos amigos.

—Beberé por eso —dijo Jessie antes de chocar su copa con la de él.

Bebió un sorbo de champán y se relajó de nuevo en el asiento a su lado. Su mirada se dirigió hacia el techo para ver la parte de abajo de un avión que estaba despegando.

—Sabes, he visto a la gente estacionar aquí todo el tiempo, pero nunca pensé que alguna vez lo haría yo misma.

—Es increíble cómo mantienen esos monstruos de metal en el aire.

—Yo tampoco lo entiendo. Me sorprende que den tan pocos problemas.

—Sigue siendo la forma más segura de viajar —dijo Jack.

—No sabría decirte. Solo he montado en un avión una vez.

—¿En serio?

Eso era difícil de creer.

—Tenía doce años. Mónica, mi hermana, tenía nueve. Mamá conoció a un tipo

que le dijo que estaba de visita desde Seattle. Se había enamorado perdidamente de él en el transcurso de dos semanas durante el verano.

—Supongo que tu madre es divorciada.

—Unas cuantas veces —confesó Jessie sin siquiera un indicio de disgusto en su rostro.

Era evidente que estaba acostumbrada a la manera de ser de su madre.

—De todos modos, ese tipo le contó el cuento de que le encantaría estar con ella y con nosotras, sus niñas, pero no podía vivir en el sur de California. Tenía un negocio en Seattle del que se tenía que ocupar. No podía pedirle que se fuera de aquí y nos arrastrara a nosotras al norte... bla, bla, bla.

—Y, ¿entonces qué sucedió?

—Mi madre nos compró los billetes de avión, hicimos nuestras maletas y nos llevó a Seattle.

Sacudió la cabeza al recordar.

—Supongo que las cosas no salieron bien con el señor Charlatán.

—No. A la esposa del señor Charlatán no le agradó mucho abrir la puerta y encontrarnos allí.

—Ay.

—Mónica y yo ni siquiera tuvimos oportunidad de sentir la lluvia del noroeste del Pacífico de la que todos se quejan. Mamá nos llevó al aeropuerto, donde pasamos casi dos días enteros hasta que pudimos conseguir un vuelo de regreso a casa.

—¿Dos días? ¿Por qué tanto?

—Mi madre no tuvo la precaución de comprar pasajes de ida y vuelta, ni siquiera de tener dinero suficiente para pagar los billetes de regreso. Una amiga suya le envió el dinero, pero aun así tuvimos que quedarnos en lista de espera en medio de la noche para tomar un vuelo barato. Fue un desastre.

—Eso quita a cualquiera las ganas de volar —le dijo.

Jessie tomó un sorbo de champán.

—¿Qué hay de ti? ¿Tus padres siguen casados?

—Ah, no.

—No pareces estar muy seguro.

—Bueno, mi madre se fue cuando yo era adolescente. Ella se mantuvo en contacto, a su manera, un día una llamada, otro día una carta. Tuvo a mi padre en vilo hasta que mi hermana se graduó en el instituto. Después le pidió el divorcio. —Recordaba aquel día—. Era junio. En Texas estaba empezando a hacer calor. Mi padre trabajaba demasiadas horas. Entonces, un día entré y lo encontré sentado en el estudio, bebiendo whisky.

—Eso no suena tan mal.

—Era la una de la tarde de un miércoles.

—Oh. Supongo que eso no iba con la personalidad de tu padre.

Jack vio cómo la preocupación se apoderaba del rostro de Jessie.

—Mi padre trabaja mucho —le dijo en voz baja.

—Parece que admiras mucho a tu padre.

—Así es. Trabajó duro y se hizo cargo de dos hijos sin la ayuda de una madre.

Cuando mi madre estaba con nosotros, trabajaba más duro que ninguna otra persona que yo conociera. No lo veíamos mucho, lo que quizás fue la razón de que ella lo dejara. No lo sé. No recuerdo que se quejara. Cuando ella se fue, papá estuvo más presente. Se dedicó a cuidar de mi hermana y de mí de una manera distinta. Mucho mejor. De todos modos, mi madre presentó una demanda de divorcio y ahora solo intercambiamos tarjetas de Navidad. A veces ni siquiera eso. El año pasado estuvo viviendo en Italia con un tipo que se llamaba Pierre o algún otro nombre espantoso.

—Fue difícil para tu padre, ¿no?

Jessie dejó la copa a un lado y se recostó en el asiento.

—Creo que siempre quiso que volviera. Incluso después de haberlo abandonado durante todos esos años, la habría recibido sin exigir la más mínima explicación de por qué se había ido. —Aquello era más triste de lo que podían expresar las palabras. Por qué alguien adoraría a su madre era algo que escapaba completamente al razonamiento de Jack.

—¿Tu padre nunca trató de explicarte lo que pasó entre ellos? ¿Por qué se fue?

—No. Nunca ha hablado de ello. Lo único que se me ocurre es que ella no lo amaba. Él se ocupó de mantenerla; nunca le faltó nada. No se pelearon. Pero ¿qué sabía yo...? Era un niño.

—¿Tu padre se casó de nuevo?

Jack negó con la cabeza.

—No.

—Todavía debe de amar a tu madre.

Jack pensaba igual. Ahora sabía que había sido un amor no correspondido desde el principio.

—Si te hace sentir mejor, yo ni siquiera recibo una carta de mi padre en Navidad.

Jessie se acomodó en su asiento, se liberó de los zapatos, dobló sus piernas y se sentó sobre ellas.

—¿En serio?

—Ni una sola palabra desde que nos abandonó.

—¿Por qué se fue?

Los ojos de Jessie miraban más allá del techo corredizo mientras hablaba, sus pensamientos se hundían en el pasado.

—No quería tener nada que ver con la paternidad o la monogamia. Mi madre dijo que él la engañó desde el principio, pero estaba dispuesta a pasarlo por alto.

—¿Por qué dejaría pasar algo así una mujer?

—Tener dos hijos que alimentar hace que las mujeres hagan todo tipo de cosas. Pero estoy segura de que ella se habría dado por vencida con el tiempo. De todos modos, mi madre pidió el divorcio y lo tuvo localizado durante el tiempo suficiente como para conseguir que firmara los papeles. Después de eso, se fue.

Jessie se estremeció de frío. Jack apretó el botón y cerró el techo corredizo. Encontró un interruptor y encendió los calienta asientos.

—¿Fue duro para ella?

Jessie se encogió de hombros.

—Estoy segura de que lo fue. Pero ella lo reemplazó rápidamente con el marido número dos, luego el tres. Últimamente solo vive con ellos hasta que se termina la novedad, luego encuentra otro.

—Eso es frío —dijo.

—Es la verdad. Ella vive en las afueras de Fontana, pero mi hermana prefiere vivir conmigo y Danny que lidiar con sus dramas todo el tiempo.

Jack estiró el brazo a lo largo de la parte posterior del asiento.

—Una decisión inteligente. Nadie necesita ese tipo de inestabilidad en su vida.

—Cierto.

—Entonces, ¿tu hermana y tú estáis muy unidas?

Jessie apartó un mechón de pelo que había caído sobre sus ojos.

—Mucho. ¿Y tú y tu hermana? ¿Estáis unidos?

—Nos llevamos bien, pero yo no diría que estamos unidos. Ella es muy dispersa, no quiere crecer.

Jessie se echó a reír.

—Dicho por el tipo que conocí cuando regresaba de un fin de semana en Las Vegas con sus amigos, que le «prestó» este vestido y zapatos a una casi desconocida, y ha pedido prestada la limusina del hotel para llevar a una chica a casa... Si la llamas dispersa, creo que viene de familia.

Jack echó la cabeza hacia atrás y se rio. Seguramente no parecía un monaguillo a los ojos de Jessie.

—Visto de ese modo...

—¿Te reúnes con tu familia durante las fiestas? Supongo que no los visitaste en Acción de Gracias...

—Intento ir a casa, pero no siempre lo consigo. ¿Y tú? ¿Has visto a tu madre en Acción de Gracias?

—No tuve escapatoria. Cuando Renee Effinger, que es el nombre de mi madre, invita, es mejor que vayas. Si no lo haces, debes estar preparado para que te haga sentir una culpa tremenda la próxima vez que la veas. No importaba que yo hubiera trabajado durante la mañana, no importaba que a ninguno de nosotros nos guste su comida, teníamos que ir.

—Supongo que eso significa que estarás con ella en Navidad.

—Probablemente. Danny piensa que es divertida. El problema es conmigo y con mi hermana. Todo el mundo la quiere. Por Dios, la adoran.

Jessie inclinó la cabeza hacia adelante y la apoyó sobre su codo, que descansaba sobre el respaldo del asiento.

—¿Ha hecho algo terrible?

—No, en realidad no. Nos crío lo mejor que pudo. Lo que no es fácil cuando hay una sola una persona que aporte. Lo sé mejor que nadie. Creo que tal vez estoy enojada con ella por no haber encontrado un hombre y haberse quedado con él. ¿Es tan difícil eso? Miles de personas se las arreglan para permanecer casadas durante años y años. ¿Por qué ella no puede?

Jack percibió su tristeza, y sintió deseos de arrancársela de un tirón.

—También hay miles de personas que se divorcian.

—Lo sé. Supongo que solo quiero verla sentar cabeza, que esté protegida.

—La estabilidad es importante para ti.

Ahora comprendía su deseo de tener un marido rico. Jessie pensaba que con el dinero llegaría la estabilidad. Diablos, la relación de sus padres probaba que estaba equivocada. No había garantías, incluso cuando uno de los involucrados estaba perdidamente enamorado del otro.

—Sí.

—Lo entiendo. Recuerdo despertar en Navidad todos los años, soñando que mi madre estaba ahí, contándonos que algo horrible la había mantenido lejos y cómo deseaba haber estado con nosotros. Pero nunca vino. —Jack negó con la cabeza y se aclaró la garganta—. Nunca.

Jessie se acercó y puso su mano sobre la de él.

—Así es, la vida es una mierda a veces.

Observó su mano jugando con la de él, disfrutaba de la sensación.

—Basta ya de recuerdos. ¿Qué hay de tu futuro, Jessie...?, ¿cómo es tu apellido?

—Mann, Jessie Mann.

—¿Qué crees que estarás haciendo dentro de cinco años?

Su rostro se iluminó y Jack se alegró de haber cambiado de tema.

—No lo sé. Quiero retomar mis estudios, como te he dicho, tal vez conseguir algún tipo de trabajo de organización de eventos.

—Dijiste algo acerca de organizar bodas.

—No es que sepa mucho de bodas. Las bodas de mi madre en la secretaría del condado no cuentan. Pero sí, me encantaría ayudar a las novias con lo que se supone que es el día más feliz de sus vidas.

Jessie seguía acariciándole los dedos con los suyos. Se preguntaba si era consciente de lo que estaba haciendo.

—Supongo que te das cuenta de lo raro que suena eso, considerando todos los

matrimonios fallidos de tu madre.

—Eso no significa que yo no crea en el matrimonio. Me refiero a un matrimonio de verdad, no al estado pasajero con el que mi madre suele jugar. Puedo planear otros eventos además de bodas. Hay fiestas de aniversario, cumpleaños, actos corporativos. Los organizadores planifican todo tipo de cosas.

—Averiguaré cómo hizo la muchacha del hotel para conseguir ese trabajo.

—Me encantaría saberlo.

—Se lo preguntaré por ti.

Ella sonrió.

—Gracias. Y tú, Jack, ¿dónde te ves en cinco años?

Jack dio la vuelta a la mano de Jessie y comenzó a acariciarla por dentro con el pulgar.

—Me gusta la actividad hotelera.

—¿Te gustaría administrar un hotel?

—Algo así. Quiero empezar un nuevo concepto en hoteles, orientado para la familia típica, para el presupuesto familiar medio. Nada muy lujoso o de alta gama.

Jessie recorrió con la mirada el interior de la limusina.

—¿Nada de limusinas ni caviar?

—Eso no sería rentable, pero iría bien con furgonetas y autos normales. Quiero ofrecer un servicio para la clase media, pero con algunos de los beneficios que ofrece el Mascall.

—¿Qué tipo de beneficios?

Se inclinó hacia adelante, mientras escuchaba con interés.

—Servicio de habitación con alimentos orientados a la familia. Servicio de niñeras, cuidado de perros, incluso un *spa* con precios razonables.

Ese era su concepto para el hotel que estaba construyendo en Ontario.

—Pondría los hoteles cerca de los aeropuertos, en los principales destinos de vacaciones familiares.

—¿Así que quieres empezar una cadena de hoteles, no solo uno? Esa es una meta en serio, Jack.

Jack se controló, para no abrirse demasiado con Jessie.

—Empezaría con uno, vería qué es lo que funciona y lo que no. Luego, haría ajustes y seguiría adelante utilizando las ganancias del primer hotel para construir el próximo.

—Estás hablando de un capital enorme, ¿y los inversores?

—He estado ahorrando. —Lo cual era cierto.

—¿Cómo se llamará tu hotel?

Estaba sonriendo, no una risa burlona como diciendo «sí, seguro que lo harás... algún día», sino una risa sincera, como diciendo «espero que lo consigas».

—Más por menos.

Jessie contuvo la risa.

—¿Qué? ¿No te gusta?

—Bueno, lo de «Más» es como una imitación de Mas-call, ¿no?

—Mis amigos me llaman Jack Mass.

No le gustaba para nada el nombre.

—Aun así, «Más por menos», suena... no sé, barato. Como «Todo por 10 dólares».

—Será barato en comparación con el Mascall de todos modos.

Se enderezó en el asiento.

—El nombre tiene que ser algo de lo que la gente pueda presumir. Piensa en Nordstrom y Nordstrom Rack. Ambos venden ropa Nordstrom, pero una es la tienda de rebajas. Si tuvieras alguien con influencia en el Mascall, te sugeriría que llamaras a tu hotel «Mascall West» o algo por el estilo. O ponerle un nombre completamente ambiguo como «Casa Jack».

Jack se rascó la cabeza e ignoró deliberadamente su comentario respecto a tener influencias en el Mascall.

—«Casa Jack» me suena a nombre de bar.

Jessie hizo un gesto hacia él con la mano que tenía libre.

—O la casa de un amigo. Piensa en esto: «Vamos a Disneylandia y nos vamos a quedar en Casa Jack». Por otra parte: «Vamos a Sea World y nos alojaremos en Más por menos». ¿Entiendes a qué me refiero? El primero suena como un viaje genial, el otro suena como unas vacaciones de bajo presupuesto con camas duras y techos con goteras.

Jack se rascó el mentón.

—Nunca lo he pensado de esa manera.

Se preguntó si alguien en su equipo pensaba lo mismo, pero no había querido revelar sus preocupaciones porque lo de «Más por menos» había sido idea suya. Definitivamente necesitaba hablar con el departamento de *marketing* el lunes.

Jack le miraba los labios mientras hablaba.

—Tienes tiempo para pensar en el nombre. Se necesitarán años y un montón de contactos antes de que alguien como nosotros pueda abrir un establecimiento de ese tipo.

La culpa lo golpeó como un fuerte puñetazo en el estómago. Jessie realmente no tenía la más remota idea de quién era ni de su patrimonio. Si hubiera sabido quién era en realidad, ¿habría sido tan abierta y honesta con él? Probablemente no.

Jessie ocultó un bostezo detrás de su mano y sonrió cuando cruzó su mirada. Miró las manos de ambos; estaban dibujando pequeños círculos sobre la mano del otro. Jessie retiró su mano, al darse cuenta de que estaba metiéndose en un coqueteo sin sentido.

Jack sintió inmediatamente la falta de su tacto, pero no dijo ni una palabra al

respecto.

—Es mejor que te lleve a casa.

—Sí. Es tarde —dijo Jessie asintiendo con la cabeza.

Pero él no quería llevarla a su casa. Quería que se quedara despierta con él hasta tarde, hablando, y luego besándose un poco, después, tal vez tocándose un poco más. Sus labios rosados se derretirían en contacto con los suyos y pensó. «No te dejes llevar por tus instintos, Jack. Lo echarás todo a perder». Haciendo caso omiso de sus impulsos, abrió la puerta y salió.

—Iré delante contigo, si te parece bien —dijo tras ponerse de nuevo los zapatos y salir detrás de él.

—¿Estás segura? Es mucho más agradable ahí atrás.

—No es tan divertido estando sola.

Jack estuvo de acuerdo y la ayudó a entrar en el asiento del copiloto. Luego dio la vuelta al automóvil y se sentó en el del conductor.

Jessie le indicó el camino a su apartamento.

—¿Cuándo trabajas de nuevo? —preguntó Jack.

—Estoy libre mañana y trabajo los tres días siguientes. Si el auto necesita un arreglo importante, mi hermana me puede llevar y traer. ¿Tienes alguna idea de lo que le pasa?

—Puede ser el motor de arranque. Lo revisaré por la mañana.

Jack observó cómo abría su bolso y sacaba un bolígrafo y un pedazo de papel.

—Aquí tienes mi número. Llámame y dime cuánto costará.

—Los favores entre amigos no se pagan —le dijo.

—Ya has hecho bastante.

Aún no había visto nada...

Jessie colocó el papel con su número de teléfono en el compartimento que separaba los asientos.

—Llevaré el vestido a la tintorería y estará listo para devolverlo a la tienda.

—Puedes quedártelo —dijo mientras cambiaba de carril.

—Sí, claro, eso sería robar, no pedir prestado.

Jessie era demasiado honesta para eso. Jack no tuvo más remedio que ocultar el hecho de que había pagado por el vestido.

—No creo que nadie se dé cuenta.

—Yo me daría cuenta.

Era inútil intentar que se quedara con el vestido. La miró y notó el brillo de los pendientes que colgaban de sus orejas.

—Compré los pendientes. Así que no los pongas de vuelta en la caja. Eso sí te lo puedes quedar.

Sus delgados dedos tocaron los elegantes diamantes, y una sonrisa se formó en sus labios.

—¿Los compraste?

—Pensé que te quedarían muy bien.

Recordó el par de pendientes baratos que había dejado en la habitación del hotel. Nordstrom contra Nordstrom Rack. Estos no eran una imitación.

—No debiste molestarte.

—Lo hice con gusto. Considéralo un regalo de Navidad adelantado.

Uno de muchos, esperaba.

—Espero que no te hayan costado demasiado.

La miró con el ceño fruncido.

—Es de mala educación preguntar cuánto ha costado un regalo.

Jessie le puso la mano en el brazo.

—Gracias, Jack. No debiste molestarte, pero gracias.

Durante el resto del camino, reinó un silencio cómodo. Eran casi las dos de la mañana cuando se detuvieron ante el edificio.

—Puedo seguir sola desde aquí —le dijo.

Jack no le hizo caso y abrió la puerta.

—En Texas, un hombre nunca deja que una dama camine sola hasta la puerta. Especialmente por la noche.

Además, ¿cómo iba a besarla si no la acompañaba hasta la puerta? Ella se rio, era un cálido y acogedor sonido que resonó en las fibras del corazón de Jack.

—No es mi intención ponerme en contra a todos los hombres de Texas.

—Bien.

Tras abrir la puerta y ayudarla a salir del automóvil, Jack dejó que lo guiara hasta la entrada del apartamento. Su perfume floral dejaba una estela mientras avanzaba por el pasillo. Tomó nota mental de su número de puerta para utilizarlo en el futuro.

Algunos mechones de cabello envolvían la esbelta nuca de Jessie, que se detuvo frente a la puerta.

—Es aquí —dijo mientras se volvía hacia él.

Jack estaba cerca, lo suficientemente cerca para ver la sorpresa en sus ojos cuando lo vio. Ella no retrocedió. Cuando se mordió el labio, el pulso de Jack se disparó. La mirada de Jessie se deslizó de sus ojos a sus labios, invitándolo, involuntariamente, a besarla.

Él no le dio oportunidad de protestar.

Jack enredó su mano detrás de la cabeza de Jessie y acercó su boca a la de ella. La llama que había estado latente durante toda la noche con la proximidad de sus cuerpos se transformó en un infierno en cuestión de segundos.

Jessie no se apartó.

Él la tomó por su delgada cintura y la acercó hacia su cuerpo. Ella gimió y echó la cabeza un poco más hacia atrás. Él deslizó la lengua entre sus labios y se fundió

con ella. Jack intentó guardar en su memoria cada sensación, su olor, su sonrisa y la manera en que sus labios se deslizaban sobre los suyos. Su mano se posó sobre el brazo de él; sus dedos le masajearon los músculos. Los tímidos ataques de su lengua contra la de él confirmaban su atracción, sus sentimientos hacia él, más allá de sus palabras.

Esto era más que amistad, pensó. Sobre esto escribían los poetas. Jack quería más, mucho más que un beso robado en la puerta del apartamento.

La puerta detrás de ella se abrió de repente, haciendo que Jessie perdiera el equilibrio. Si Jack no la hubiera estado sosteniendo, probablemente habría terminado en el suelo. Los ojos de Jack se abrieron de golpe y vio la expresión de sorpresa de Jessie y la mujer, que debía de ser su hermana, Mónica.

—¡Oh! Lo siento. Lo siento mucho.

Mónica tenía los ojos abiertos como platos. Sus manos cubrían sus mejillas enrojecidas. Jessie se apartó de él. Se pasó los dedos a lo largo de su hinchado labio inferior. El resplandor de sus mejillas era más que delicioso.

—Está bien. Jack ya se iba —dijo Jessie finalmente.

Era mejor que se fuera rápido, antes de que Jessie comenzara a lamentar el beso que habían compartido.

—Mañana te llamo.

Jessie exhaló un suspiro y se mordió el labio inferior.

—Claro, mi auto. Vale, hablaremos mañana.

—Buenas noches, Jessica —dijo mientras se iba, dejando a las dos mujeres azoradas en la puerta.

Antes de doblar la esquina del pasillo, oyó que Mónica se reía y decía:

—Oh, Dios mío. ¿Ese es Jack?

Jack estaba más seguro de sí mismo, su sonrisa era un poco más amplia.

CAPÍTULO SEIS

—Era Jack, ¿no? Diablos, es guapo de verdad, ¿no? —Mónica estaba hablando prácticamente a gritos.

—Era Jack.

«Con sus labios letales y todo». Oh, Dios, el beso había sido para morir. Delicioso como para caerse de espaldas. Y un gran error.

—Maldita sea. No debería haber pasado.

—¿Qué no debería haber pasado? —Mónica empujó a Jessie sobre la cama que hacía las veces de sofá.

—El beso. Yo no debería haberlo hecho..., él no debería haberlo hecho. «Yo debería haberlo rechazado, debí haberle recordado que no me conviene».

—¿Besa mal? —Mónica dobló las piernas, se sentó al estilo indio y se frotó las manos.

—Besa increíble, pero no debería haber dejado que me besara.

—¿Por qué diablos no? Es guapísimo y ese acento..., vaya, me derrito solo de pensar en eso.

—Ya sabes lo que pienso de los soñadores, Mónica. Es camarero en el Mascall.

—¿Y? Es camarero igual que tú. Tenéis eso en común.

Jessie puso los ojos en blanco.

—Genial, entonces vamos a ahorrar dinero para poder comprar un auto decente algún día, que tendríamos que compartir para poder ir y venir de nuestros trabajos de mala muerte. No funcionaría.

Enamorarse de alguien como Jack le rompería el corazón. ¿Después qué? Terminaría como su madre, saltando de un hombre a otro.

No, el beso había sido un error. La próxima vez que Jessie lo viera pondría las cosas en claro, le haría prometer que mantendría la distancia, o su amistad tendría que terminar. Le gustaba hablar con él, escuchar sus planes, pero besarse tendría que ser algo que habían hecho solo una vez. Una vez increíble..., pero solo una vez. Jessie miró a su hermana y abrió el sofá cama.

—Estoy muerta.

—Pero quiero oír más sobre esa cita.

—No fue una cita.

—Te ha traído a casa.

—Eso es porque mi auto no arrancaba —dijo, a modo de explicación.

—Te ha dado un beso en la puerta y son casi las tres de la mañana.

—Hemos hablado en la parte de atrás de la limusina, hemos visto cómo despegaban los aviones.

—¿Has estado en una limusina?

Oh, aquella no era una información para compartir con su hermana si Jessie quería pegar ojo antes de que su hijo la despertara.

—La limusina del hotel. Jack la ha conseguido para llevarme a casa. No ha sido una cita.

—A mí me suena como una cita.

Jessie había pasado toda la noche al lado de Jack, la había traído a casa, le había hablado sobre su pasado, su futuro. Ese beso no se olvidaría tan fácilmente.

—No exactamente una cita...

Mónica se metió bajo el edredón de su cama con una sonrisa maliciosa.

—Si lo que he visto es un casi... —hizo el símbolo de comillas en el aire— novio, quiero un poco de eso —dijo mientras apagaba la luz.

—Buenas noches, Mo.

—Buenas noches, hermanita. Que sueñes con «casi besos».

Jessie le arrojó una almohada.

—Malcriada.



—Te doy un consejo, sugiero que envíes este pedazo de chatarra al desguace.

Max Harper era dueño de un pequeño taller a pocos metros del hotel. Había aceptado alegremente remolcar el auto de Jessie y tomarse el tiempo para revisarlo. Jack había conocido a Max antes de la despedida de soltero de Dean. Quería que su camioneta estuviera lista para el viaje y Max se había ocupado de ello.

—No puedo hacerlo —le dijo Jack—. Su dueña no puede darse el lujo de deshacerse de él todavía.

Max se limpió las manos con un trapo y sacó un lápiz de su camiseta azul.

—No será muy complicado dejarlo en funcionamiento. Necesita un nuevo motor de arranque.

—Necesita algo más que un motor de arranque. —Jack había notado las correas gastadas, el radiador recalentado.

—Lo que necesita es juntar polvo en un depósito de chatarra. Pero si insistes en

sacarlo a tumbos, lo haré salir por la puerta hoy con un motor de arranque.

—La batería parece vieja —le dijo Jack.

—Todavía tiene carga, pero puedo reemplazarla.

—Hazlo.

Max dio la vuelta al vehículo y se fue hacia la parte trasera de la tienda para ir a buscar las piezas.

Jack estaba ansioso por solucionar cualquier posible problema que tuviera el automóvil. La sola idea de que Jessie anduviera conduciendo por la ciudad o que el auto se quedara parado por la noche...

—¿Sabes qué es lo que no entiendo? —le preguntó Max.

—No, dímelo.

—¿Cómo alguien con tanto dinero anda dando vueltas en una chatarra como esta? Sin ofender.

Max estaba cerca de los sesenta, pesaba veinte kilos más de lo que debería, tenía una respiración demasiado pesada para un hombre de su edad y era exageradamente honesto. Dean se lo había recomendado y Jack ahora entendía por qué. Incluso sabiendo que Jack tenía los bolsillos llenos, Max no intentó venderle más de lo que necesitaba. Incluso ahora, cuando ambos se quedaron mirando el desvencijado motor uno al lado del otro, pensando que el automóvil debería ir al desguace.

—No es mío, y como te he dicho, le estoy echando una mano a una amiga.

—Podría ayudarla consiguiéndole un vehículo que dé mayor confianza. No todos los mecánicos son como yo. Y a menos que la mujer sepa un poco de mecánica básica, terminará gastando de más cada vez que se necesite algo tan simple como un cambio de aceite. Diablos, el mecánico ni siquiera tendría que faltar a la ética. Solo tendría que comenzar por una punta y seguir avanzando hasta la otra para encontrar problemas.

¿Acaso no lo sabía Jack? Pero no podía decirle a Jessie que alguien había dejado un auto nuevo en el hotel y que podía quedárselo. No, tendría que encarar algo tan importante de otra manera.

—Estoy completamente de acuerdo, Max. Solo hazlo funcionar de nuevo. Si puedes reemplazar algunas piezas sin que mi amiga se dé cuenta, por favor, hazlo. Si se da cuenta de que he gastado dinero en él, insistirá en pagarme.

En realidad, a Jack le preocupaba contarle que lo había llevado al mecánico. Que un amigo arreglara el auto era una cosa... y otra muy distinta era contratar a alguien para que lo hiciera. Pero si se viera puesto a prueba en algún momento, sería una mentira difícil de sostener. No, le diría que alguien lo había ayudado si hacía falta.

Tenía que mantener la red de mentiras tan delgada como fuese posible.

—¿Una mujer que no quiere que gastes dinero en ella? ¿En serio? No pensé que

existieran.

Jack respondió con una sonrisa. La suya era así.

No fue hasta después del mediodía cuando Jack finalmente levantó el teléfono y llamó a Jessie. A pesar de que había pensado en ella todo el día, solo cuando escuchó su alegre voz volvió a recordar el beso. El beso que acabaría con todos los besos. La unión de los labios que prometía cosas increíbles si alguna vez encontraran el momento adecuado para que otras partes se tocaran.

Jack sabía que Jessie estaría molesta por el beso, así que pensaba actuar como si no hubiera pasado, a menos que ella dijera algo al respecto. No iba a pedir disculpas por algo de lo que no estaba arrepentido y que sabía que ella había disfrutado tanto como él.

—Hola, cariño, ¿cómo has dormido?

Había dado vueltas en la cama toda la noche, pero no iba a decírselo y darle un motivo para que colgara el teléfono.

—Hola, Jack, yo..., eh, he dormido bien, estoy bien.

Su voz vaciló, lo que hizo que Jack se preguntara si decía la verdad.

—Creo que tendré tu auto listo en una hora. ¿Vas a estar en casa para que te lo lleve?

—En realidad, voy a llevar a Danny al parque a la vuelta de la esquina a jugar con algunos amigos.

Aun mejor.

—Puedo llevártelo ahí. ¿Dónde está el parque?

Se lo dijo y añadió:

—No hace falta. Puedo pedirle a Mónica que me lleve hasta el hotel para recuperarlo.

Pero el vehículo no estaba en el hotel. Se encontraba en el taller donde el mecánico estaba poniéndole un nuevo motor de arranque y una batería nueva, cambiándole el aceite y el filtro de aire...

—No es molestia.

—¿Estás seguro?

—Jessie, por favor. Tal vez no pueda ayudarte demasiado, pero puedo llevarte el auto.

La mentira le dejó un sabor amargo en la lengua, pero la dijo de todas maneras.

—¿Qué problema tenía?

—El motor de arranque, como pensaba. Solo he tenido que, eh, buscar el repuesto.

—¿Te ha dado mucho trabajo?

—No —dijo con demasiada rapidez, tomó aire y continuó—. Hay una tienda de repuestos en la esquina del hotel. Solo me llevará un poco más de tiempo colocarlo y limpiar todo. ¿Aún seguirás en el parque dentro una hora?

Jessie se echó a reír.

—Danny me haría quedarme allí hasta la noche si pudiera. Allí estaremos.

—Te veré en una hora.

Jack se despidió y colgó.



Jessie llamaba al frío de fines de noviembre «un día de suéter sin chaqueta». El sol calentaba un poco, pero el aire era fresco. El parque estaba lleno de niños, sus padres estaban sentados en los bancos mirándolos jugar.

Danny organizó un juego de «Sigam al líder» con otros tres niños. Iban uno detrás de otro por los toboganes, se subían a las hamacas y giraban en círculos sobre la arena. Después de diez minutos de jugar en el parque, Danny estaba riendo, sucio, y saltando por todos lados. En días como este se sentía feliz de haber elegido el turno de la noche. No se perdía el día a día en la vida de su hijo, siempre y cuando trabajara durante sus horas de sueño.

No siempre era así. A veces, cuando sufría una gripe o tenía pesadillas, no podía estar en casa para cuidar de él, pero Mónica manejaba con eficiencia esas situaciones. Si alguna vez Danny realmente la necesitaba, Jessie llamaba al trabajo y decía que se encontraba enferma o regresaba a casa. Para cuando consiguiera un trabajo diurno, Danny ya estaría pasando sus días en la escuela, y Jessie podría trabajar mientras estaba allí. Por lo menos, ese era el plan.

—Hola, cariño.

La voz de Jack le ronroneó en el oído. Se dio la vuelta y vio su rostro sonriente a solo unos pocos centímetros del suyo. Se alejó un poco, por si acaso pensaba que podría saludarla con un beso.

—Hola.

Estaba sentada sobre el borde de una mesa de picnic y decidió deslizarse entre el asiento y la mesa para alejarse un poco más de él. Sin mirarla, Jack se sentó frente a ella.

Las llaves colgaban de sus dedos.

—Todo arreglado.

—Así que... era el motor de arranque.

Tomó las llaves de su mano, rozándolo al hacerlo. Ese toque inocente le recordó el jugueteo de manos de la noche anterior. Incluso tomar de la mano al vaquero tenía su encanto.

El sombrero estaba colocado firmemente sobre su cabeza. Una camisa cubría los brazos musculosos que la habían abrazado fuertemente la noche anterior, también

recordaba la firmeza de su pecho y el sonido de su suspiro cuando ella bajó la guardia de sus inhibiciones y permitió que el beso continuara. Sus labios se veían tan gruesos como la noche anterior. El suéter que llevaba de repente le dio calor. Jessie sacudió la cabeza y miró hacia atrás para ver dónde estaba Danny.

—El motor de arranque estaba fuera de combate.

—¿Te ha costado muy caro?

Tomó el bolso que estaba apoyado a su lado.

—Un amigo me debía un favor.

—Entonces, ¿has tenido que llamar a alguien para que hiciera el trabajo?

—Tuve que hacerlo; Max tenía los repuestos, yo no.

Qué tontería. Por supuesto que Jack no tenía los repuestos. Sacó la chequera, pero Jack puso su mano encima de la de ella.

—Max me debía un favor, Jessie. Sin cargo.

—No puedo dejar que lo hagas.

—Debes hacerlo —insistió.

—¿Qué pasa si necesitas que Max te eche una mano con tu camioneta? Has gastado en mí su deuda.

Jessie liberó su mano y comenzó a hacer un cheque.

—No aceptaré tu dinero.

—Tienes razón, no lo harás. Se lo darás a Max. Ahora, ¿cuánto cuesta un motor de arranque?

Jack no le hizo caso y miró por encima del hombro a los niños que estaban jugando en el parque.

—¿Cuál es Danny?

—No cambies de tema.

Le guiñó un ojo. Una sonrisa se dibujó en sus labios. No iba a decirle lo que costaba, no iba a aceptar el dinero. Jessie sabía que tendría que encontrar otra manera de pagarle. No le gustaba aprovecharse de la buena voluntad de nadie.

—Tiene cinco años, ¿no?

—¿Cuánto es, Jack? —le preguntó ella, intentándolo por última vez.

—De ningún modo, Jessie —le contestó con una sonrisa.

Era imposible ganarle. Metió la chequera en el bolso.

—Esto no ha terminado.

—¿Tu hijo tiene tu mismo color de pelo?

Una vez más, cambió de tema e ignoró sus palabras. Malcriado. Se llevaría de maravilla con Mónica.

Jessie giró en su asiento y señaló a su hijo.

—¿Ves a los niños que están jugando a «Sigan al líder»?

—Sí.

—Es el que va delante, con el suéter a rayas.

El rostro de Jack se iluminó.

—Se parece a ti.

—Pienso igual que tú.

Danny asomó la cabeza para mirarla, y luego miró más allá de ella, a Jack. Le dijo algo a sus amigos antes de correr hacia su madre.

—Mamá.

Jessie le quitó el pelo de los ojos. Necesitaba un corte de pelo.

—Hola.

—¿Quién es? —preguntó señalando a Jack.

—Es un amigo mío. Se llama Jack. Jack, él es Danny.

Fue extraño observar la mezcla de emociones que pasaron por el rostro de su hijo. Pasó de la curiosidad a una pizca de miedo en unos pocos segundos.

—¿Cómo estás, Danny?

Jack inclinó el sombrero hacia el niño.

Los ojos de Danny se abrieron como platos.

—¿Eres un vaquero de verdad? ¿Montas a caballo y todo eso?

—Soy de Texas y he montado a caballo algunas veces —le dijo Jack, poniéndole un poco más de Texas a su voz.

Jessie le echó una mirada para indicarle que no le entusiasmara, contando con que entendiera su lenguaje corporal.

—Quiero montar a caballo, pero mamá dice que es peligroso.

—Las personas se caen de los caballos y se lastiman todo el tiempo —le dijo Jessie.

—Me caí del monopatín; no me dolió mucho.

—Los caballos están mucho más lejos del suelo —dijo Jack.

Bien, pensó Jessie, estaba teniendo cuidado de lo que decía.

—Pero montar a caballo es fácil y no es peligroso en absoluto con el caballo adecuado.

Jessie miró a Jack queriendo matarlo.

—No conocemos a nadie que tenga ningún caballo, así que no hay necesidad de emocionarse por algo que no va a suceder.

Jack la miró a los ojos.

—En realidad, mi padre vive en un rancho en Texas. Tiene un montón de caballos, jóvenes y viejos.

Jessie apretó los labios.

—No estamos en Texas.

—¿Podríamos ir alguna vez al rancho de tu padre? —preguntó Danny.

—Creo que es una gran idea.

Jack se quedó mirando a Danny e ignoró las expresiones faciales de Jessie.

—Tal vez algún día podamos ir.

Danny tiró del suéter de Jessie hasta que ella bajó la mirada hacia él.

—Sería divertido.

—Texas queda muy lejos, Danny. Por ahora vas a tener que conformarte con los paseos en poni de la feria.

Decepcionado, Danny se volvió hacia sus amigos que estaban en los juegos.

—Ey, quiero jugar —dijo llamando a los niños, y luego corrió hacia ellos.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Jessie a Jack en el instante en que Danny estuvo lo suficientemente lejos para no oírla.

—¿Qué he hecho?

—¿Animarlo a visitar el rancho de tu padre? Sabes que no tengo dinero para viajar a Texas.

Jack se sentía culpable. Y eso estaba bien, teniendo en cuenta la posición en la que la había puesto. Danny sufría decepciones casi a diario, desde los juguetes que no podía comprarle a la falta de un jardín donde jugar. Prometerle paseos en poni en Texas era simplemente cruel.

—Parecía muy emocionado.

—Tiene cinco años. Se emociona con las pompas de jabón.

—Texas queda a tres días de aquí —le dijo.

Jessie se cruzó de brazos.

—Detente, ¿vale? Sabes que no puedo ir. Entre pedir días libres en el trabajo, el coste de la gasolina... Tal vez en un plan a cinco años sería factible, pero no lo es en este momento. Tendré suerte si puedo apartar suficiente dinero para preparar a Danny alguna fiesta de Navidad. Un viaje a Texas no es algo que pueda hacer realidad.

Jessie odiaba admitirlo, pero su situación era más complicada de lo que podía poner en palabras. Incluso había considerado la posibilidad de conseguir un trabajo a tiempo parcial, pero eso interferiría con los horarios que tenían arreglados con Mónica. Todas las cosas divertidas de la vida simplemente tendrían que esperar.

Jack la miró como si quisiera decirle algo, algo profundo, pero en cambio, bajó la mirada y le ofreció una disculpa.

—Lo siento.

Las palabras sonaban como si fueran nuevas para él, así que Jessie no insistió.

—Está bien. Sé que lo has hecho sin mala intención.

—No, no está bien. Debería haber mantenido la boca cerrada.

Jessie alivió la tensión con una sonrisa.

—¿Tu padre de verdad tiene un rancho?

—Texas es un estado grande; mucha gente tiene tierra allí.

—Parece que nadie en California tiene tierra, aparte de los granjeros del centro del estado. Diablos, me conformaría con un jardín vallado.

Ni siquiera podía comprarle un perro a Danny si quisiera.

—Tengo la sensación de que un día tendrás todo lo que quieras.

Jack. El soñador siempre optimista. Guapo, que besa muy bien, desinteresado, generoso, ambicioso, y, tenía que añadir nuevamente, soñador. Los soñadores volaban hacia una nueva flor cada vez que les venía en gana.

—Escucha, Jack, lo de anoche...

Jessie apartó la mirada de sus ojos grises para concentrarse en un par de hormigas que habían encontrado una miga que atacar sobre la mesa.

—Eso no debería haber ocurrido.

—¿Qué, el paseo en la limusina? La devolví, nadie se enteró de que faltaba.

Los hombros de Jessie se desplomaron. Maldito, no se lo iba a dejar fácil.

—No se trata de la limusina. Sabes que no es eso a lo que me refiero.

—Oh —dijo, actuando sorprendido—. ¿Te refieres a ese increíble beso?

Le hizo gesto de que se callara y escaneó a las personas a su alrededor para ver si alguien los estaba escuchando.

—Fue un error.

—No lo sentí como un error.

Aunque sabía que probablemente debía decirle que había sentido que era un error, Jessie sabía que vería a través de ella, y pondría en evidencia su flagrante mentira. El beso había sido increíble. Increíble como para mantenerla despierta durante horas después de acostarse.

—No puede volver a pasar.

Jessie lo miró a los ojos el tiempo suficiente para ver que una sonrisa se formaba en su rostro.

—No es divertido, Jack. Ya te dije que no puedo salir contigo.

—Así es, y, ¿me repetirías el por qué?

—Sabes muy bien por qué. Eres un soñador, Jack. Tienes grandes planes para un futuro brillante y algo me dice que harás realidad todas esas nobles metas... algún día. Pero en este momento, todavía estás soñando. Tal vez si estuviera sola, si Danny...

Miró por encima del hombro para asegurarse de que Danny no la oiría. Estaba jugando, al otro lado del parque, ajeno a ella y a Jack.

—Si no tuviera que considerar a mi hijo, entonces tal vez tú y yo podríamos haber salido un tiempo, para ver si éramos buenos el uno para el otro. Cuando tienes un hijo todas tus decisiones afectan a otro ser humano, tienes que pensar bien a quién eliges.

La sonrisa desapareció de la cara de Jack. Frunció el ceño.

—¿De qué tienes miedo, Jessie? —le preguntó en voz baja.

—Mi madre dijo una vez que no saliera con un hombre si no me imaginaba enamorándome de él. No escuché sus consejos en mi adolescencia y Danny es el resultado. Lo amo más que a nada en este mundo, no cambiaría lo que significa en mi

vida por nada en el mundo. Pero no puedo hacer lo mismo de nuevo. No sería justo para él ni para mí. Eres un gran tipo, Jack, pero tenemos que ser solo amigos. Amigos que no se besan. Lo siento, pero tiene que ser así.

Pero entonces, ¿por qué le dolía decir esas palabras?

Jack apoyó los codos en la mesa y puso la cabeza sobre sus palmas.

—¿Nada de lo que diga te hará cambiar de opinión?

—No. Por favor, entiéndeme. Me gustaría que siguiéramos siendo amigos.

Jack se frotó el mentón y volvió a sonreír.

—No puedo decir que me agrada, pero lo entiendo. —Suspiró—. Entonces, ¿seguimos siendo amigos?

Había un pícaro brillo en sus ojos cuando dijo:

—Cariño, claro que sí. Me tengo que ir, pero estaré en contacto.

—Debería tener el vestido listo para devolverlo el martes. Puedo dejarlo en el hotel.

Jack hizo un gesto despreocupado con la mano.

—No es necesario. Pasaré por el restaurante. ¿Has dicho que trabajabas el martes, ¿verdad?

—Así es.

—Pasaré por allí —dijo mientras se levantaba del banco—. Si surge algo, te llamaré.

—Me parece bien.

Jack la miró como si quisiera decir algo más, pero decidió no hacerlo.

—Disfruta de tu día libre, Jessie.

—Gracias, tú también.

Luego se fue. Jessie vio cómo se alejaba su lindo trasero enfundado en vaqueros. Sin discusión, sin ofrecer argumentos para tratar de convencerla de salir con él. Nada.

Ella debería haber estado satisfecha con lo rápido que él accedió a una relación platónica, pero, de algún modo, no lo estaba. Tal vez el beso solo la había afectado profundamente a ella y solo ella había pensado que nunca encontraría a alguien que la besara así.

Tal vez Jack no se sentía tan atraído por ella. Jessie hizo un esfuerzo por enfocar la mirada en su hijo y dejar de mirar al hombre que se alejaba. Antes de que pudiera darse la vuelta, Jack miró por encima del hombro y la descubrió mirándolo. Sin lugar a dudas, oculta bajo la sombra de su sombrero, se dibujaría una pícaro sonrisa.

CAPÍTULO SIETE

Jack se pasó la mayor parte del lunes y la mitad del martes en reuniones de negocios. Eric Richardson, el gerente de *marketing* de la región del sur de California, aceptó la sugerencia de cambiar el nombre de la nueva cadena de hoteles de Jack.

Cuando Jack le preguntó a Eric por qué no había reaccionado ante sus dudas, Eric dijo que no había querido herir el ego de Jack.

—La próxima vez no lo dudes —le dijo Jack—. Te pagamos para que sepas cómo comercializar lo que creamos. Si el nombre hace que la gente no venga, entonces estos hoteles nunca saldrán adelante.

Eric se sentó junto a Jack en una de las salas de conferencias en la planta principal. Eric era mucho más joven que Jack y probablemente temía perder su trabajo si no era lo suficientemente condescendiente. Jack había tenido que lidiar con las emociones de los empleados durante años. Por lo general, tomaba un poco de tiempo y esfuerzo ayudarlos a relajarse y sentirse lo suficientemente seguros en sus puestos de trabajo como para decir lo que realmente pensaban.

—Le recordaré esta conversación la próxima vez —le prometió Eric.

—Deberías hacerlo. ¿Has pensado en otro nombre?

Eric se encogió de hombros.

—No he pensado mucho en ello. Daré prioridad a elegir un nuevo nombre para el hotel.

Jack pensó en Jessie y sus ideas.

—¿Qué tal Mascall East?

Eric arrugó la nariz.

—Bueno, eso podría ser confuso para nuestros huéspedes aquí en la zona oeste.

—¿Y Casa Jack?

—Demasiado informal, pero prefiero ir en esa dirección. ¡Oh! —Eric se paró de golpe—. ¿Qué tal Posada Familiar Mascall?

Jack se alisó la chaqueta mientras consideraba el nombre.

—Me gusta. Incluye el nombre Mascall, un nombre que el público asocia con calidad y una empresa líder en hostelería en todo el país, y le agrega el elemento de la familia. Creo que va a funcionar.

—Entonces, ¿lo incluyo en los documentos?

—Hazlo, pero hagamos un estudio de mercado para determinar si el público lo percibe igual que nosotros. —Eric asintió.

—Haré que mi asistente se encargue de esto cuando regrese a mi oficina.

—Envíame los resultados.

Eric se levantó y dobló los papeles antes de guardarlos en su maletín.

—Si no necesita nada más, regresaré a San Francisco y nos veremos antes de Navidad para la reunión de dirección.

Jack se levantó y le estrechó la mano.

—Nos veremos entonces. Gracias por tomarte el tiempo de venir hasta aquí.

—De nada.

—Y... ¿Eric? —Este se volvió hacia Jack—. En el futuro, di lo que piensas. No te despediré si tus ideas difieren de las mías.

—Con la actual situación económica, todo el mundo teme por su puesto de trabajo.

Jack comprendía su preocupación. Había habido un par de rondas de despidos desde el inicio de la recesión. La idea de un hotel menos caro había florecido debido al mal estado de la economía.

—Los hoteles Mascall han sorteado la tormenta. No se prevén más despidos.

Era lo mejor que Jack podía hacer. No podía prometerle al hombre un puesto de trabajo seguro para toda la vida, pero quería que se sintiera lo suficientemente tranquilo para ofrecer ideas interesantes sobre algo tan importante como el nombre de un hotel.

—Gracias, señor Mascall.

—Buen viaje de regreso.

Cuando Eric salió de la habitación, Jack apiló unos documentos de análisis de mercado y los introdujo en su maletín. El teléfono que tenía en el bolsillo sonó cuando se disponía a salir de la habitación.

Al reconocer el número, Jack respondió con un saludo.

—Hola, Mike.

—Bien, has contestado.

La voz de agotamiento de su amigo transformó la sonrisa de Jack en una mueca de preocupación.

—¿Qué pasa?

—Se trata de Dean. ¿Te ha llamado?

—No he hablado con él desde Las Vegas. Falta mucho para que empecemos con la construcción de los nuevos hoteles, así que pensé que no sabría de él por un tiempo. ¿Por qué?

Jack volvió a apoyar el maletín. Dean era dueño y gerente de una importante empresa de construcción del oeste de los Estados Unidos, que Jack planeaba utilizar para construir los hoteles familiares. Dean supervisaría personalmente el proyecto.

—Maldita sea. Pensé que habría llamado a alguno de nosotros.

—¿Qué pasa? ¿Está bien?

Jack se pasó la mano por el rostro y se inclinó hacia adelante en su silla.

—Es probable que no. Maggie ha cancelado la boda.

Entre todas las cosas que esperaba que salieran de la boca de Mike, el anuncio del fin del compromiso de Maggie y Dean no era una de ellas.

—Oh, Dios, Dean debe de estar hecho polvo.

Para bien o para mal, Dean adoraba a Maggie.

—Ha desaparecido.

—¿Sabes qué ha pasado? ¿Por qué la ha cancelado? —Jack se levantó y se paseó por la habitación. Dean era su mejor amigo y no tenía idea de lo que le estaba pasando. Maldita sea, ¿qué clase de amigo era?

—Ni idea.

—No importa, eso no es asunto mío. ¿Adónde crees que ha ido Dean?

A Jack se le ocurrían un par de lugares donde buscarlo. Lugares donde solían escaparse durante los primeros años de Dean en el sur de California.

—Puede estar en cualquier lado. Se ha ido en su motocicleta, según Maggie.

Andar en motocicleta borracho nunca terminaba bien. ¡Maldita sea!

—Creía que había vendido la moto.

—Aparentemente no. De todos modos, no creo que haya ido muy lejos. Tal vez hasta Arrowhead o quizás a Mammoth.

—Estamos en diciembre. Mammoth está cubierto de nieve.

Puede ser que Dean fuera alocado, pero no era imprudente.

—Te iré a buscar en una hora. Iremos hasta allí y lo encontraremos.

—Me has leído la mente, hermano.

Jack colgó el teléfono y pensó en su amigo. Dean estaría angustiado. Probablemente no quería compañía, pero si lo dejaban solo, podría acabar bebiendo demasiado y sufrir un accidente. Jack y Mike podrían cuidarlo mientras se regodeaba en su tristeza por unos días.

Arriba, en la *suite*, Jack dejó a un lado el maletín y se metió en su habitación para cambiarse de ropa. Tras vestirse con unos pantalones vaqueros y una camisa a cuadros, se puso el sombrero y se dirigió a la puerta.

—Maldita sea —dijo pensando en Jessie.

Tomó el teléfono y marcó su número. Ella respondió a la segunda llamada.

—¿Hola?

Su voz era miel para sus oídos.

—Hola, Jessie, soy Jack.

—Ah, hola.

—Escucha, no pasaré por el restaurante esta noche. Me ha surgido algo.

—Oh. —¿Había decepción en su voz? Jack sonrió.

—Espero que todo esté bien.

—No lo sé. ¿Recuerdas a mi amigo Dean, ¿el que se iba a casar?

—¿El chico rubio?

—Exacto. Bueno, su prometida ha cancelado la boda y Dean ha desaparecido.

—Oh, Dios, Jack, es terrible. Parecía embobado con ella, al menos por lo que

vi.

La bondadosa sinceridad de sus palabras lo hizo sonreír.

—No debe de habérselo tomado nada bien. De todos modos, Mike y yo iremos a ver si podemos encontrarlo... y mantenerlo alejado de los problemas.

—Me parece una gran idea. ¿No tienes problema con el trabajo?

¿El trabajo? Ah, sí, su trabajo de camarero.

—Aquí en eso son geniales. Aunque, bueno, no son tan comprensivos con las llamadas telefónicas personales. Déjame darte mi número para que puedas localizarme si lo necesitas.

Lo último que necesitaba era que Jessie llamara al hotel pidiendo hablar con Jack Mass y se enterara de la verdad. Probablemente era mejor evitar a toda costa el hotel. Jack le dio su número, le hizo prometer que lo grabaría en su teléfono.

—¿Cómo va tu auto?

—Genial. Gracias de nuevo.

—De nada. Me tengo que ir.

—Ve. Buena suerte.

—Gracias, me pondré en contacto cuando regrese.

—Espero que encuentres a tu amigo y que esté bien —hablaba como si le importara.

—Adiós, Jessie.

—Adiós, Jack.

Qué cosa, pensó, una relación que termina, mientras que la suya con Jessie apenas comenzaba. En realidad, no había ninguna garantía cuando se trataba del amor y la vida.



Dos días después, Jessie ya no aguantaba más sin saber de él. No debería preocuparse por los problemas de Jack, pero por alguna razón lo hacía. Él no había llamado, no se había presentado en el restaurante. Era su día libre y estaba sentada en el mismo banco del parque, mirando a su hijo jugar después de la escuela. Tal vez el banco le trajo su recuerdo. Por otra parte, no había dejado de pensar en Jack desde el día en que se conocieron. Dos veces había agarrado el teléfono para llamarlo; dos

veces se había acobardado.

¿Cómo estaría su amigo? ¿Lo habrían encontrado? Si había algo que sabía de Jack era que era leal a las personas a las que llamaba «amigos». Ella, sin ir más lejos: apenas se conocían y, sin embargo, había arriesgado su trabajo por ella..., había reparado su auto cuando no tenía por qué.

Claro, podía ser que no tuviera un niño que cuidar ni demasiadas responsabilidades, pero había pagado el arreglo de su automóvil de su bolsillo. No se había tragado lo del amigo que le debía un favor. Lo más probable era que hubiera gastado algo de dinero en arreglarlo. Además, la luz del indicador de aceite había dejado de parpadear por completo.

¿Dónde estaría Jack ahora? ¿Podría echarle una mano para devolverle el favor de amigo? Necesitaba hacer algo más que estar sentada en el parque y preocuparse.

Los amigos se llaman para ver cómo les va. Jack era un amigo..., ¿verdad?

Jessie tuvo una repentina sensación de *déjà vu*. Estaba de nuevo en el instituto, tratando de decidir si debía o no llamar a un chico.

—Madura de una vez —se reprendió.

Marcó el número de Jack y contuvo la respiración hasta que él respondió. Cuando lo hizo, su voz sonaba como si todavía estuviera en la cama.

—Jack, soy Jessie. ¿Te he despertado?

—¿Jessie? Sí, espera.

Se oyeron unos ruidos sordos, luego Jack regresó.

—Hola.

—¿Estás en la cama?

—Sí.

—Son las cuatro de la tarde.

Jack exhaló un largo suspiro.

—No logramos hacer que Dean dejara de beber hasta el amanecer. Luego, estuvo borracho hasta el mediodía. Era un desastre, Jessie. Un pobre infeliz.

Jessie suspiró.

—Así que lo encontrasteis.

—Sí. Tal vez tenga que ponerle whisky a sus cereales para evitar que le explote la cabeza, pero, sí, lo encontramos, borracho como un marinero de permiso en un puerto.

—¿Dónde estás?

—En Arrowhead.

—Entonces, ¿Dean se tomó muy mal la ruptura?

La voz de Jack sonaba más despierta con cada frase.

—Así es. Ningún hombre quiere creer que la mujer a la que le ha ofrecido su vida no está comprometida. Pero entre tú y yo, creo que es lo mejor. Maggie era agradable, pero no era para Dean. Mejor darse cuenta de eso ahora que casarse y

darse cuenta después.

—No le dijiste eso, ¿verdad?

—No soy tan estúpido, Jessie —rio—. He visto a Dean dar un puñetazo y no me gustaría ser el que lo reciba.

—Bien. ¿Por qué rompió con él su novia?

Se escuchó un ruido como si Jack se estuviera moviendo en la cama.

—Creo que él no lo sabe. Ella solo le dijo que no podía hacerlo, eran demasiado diferentes. ¿No debería haber pensado en eso antes de dar el sí?

—Nunca he estado comprometida, pero creo que de eso se trata el compromiso. Hay que pasar tiempo juntos, averiguar si la cosa funciona más allá de lo físico.

—Dean dijo que lo físico era increíble.

—Es un hombre. Por supuesto que lo era. ¿Sabía sobre las cosas que realmente importan? ¿Conectaban fuera del dormitorio? ¿Podían hablar acerca de cualquier cosa?

—Claro que no. No lo creo. Pero ya te dije que no creo que funcionaran bien juntos. Dean pensaba que sí, y por eso me da pena.

Jessie miró a su hijo, que estaba jugando, y se apoyó en los antebrazos.

—Eres un buen amigo, Jack. Estabas dispuesto a aceptarla a pesar de todo y estás ahí ahora que todo se ha desmoronado.

—Conozco a Dean desde que éramos niños.

—¿Crecisteis juntos?

—Sí. Es como un hermano para mí. —Jessie sonrió.

—Cuidas de las personas que te importan, Jack, y se nota. Dean es afortunado por tenerte a su lado.

—Ah, bueno, señorita Jessie, continúe hablando así y voy a tener que mostrarle lo mucho que aprecio su aguda observación sobre mi maravilloso carácter. —El acento de Jack cantaba como una soprano en la iglesia.

—Es solo un cumplido, no te he invitado a nada maravilloso.

Jack se rio. Ella rio con él.

—Muy bien, te dejo entonces. Solo quería saber cómo iba todo.

—Solo querías escuchar mi voz *sexy* de *cowboy* —bromeó.

—Estaba preocupada por tu amigo.

La voz *sexy* era una ventaja adicional. Jack se rio.

—¿Qué haces hoy?

—Estoy en el parque con Danny. Iremos a las tiendas de descuento mañana, a hacer algunas compras de Navidad. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Arrowhead?

—Trataremos de hacer que Dean se despeje y se tranquilice esta tarde. Se quedará con Mike por un tiempo.

—Si hay algo que pueda hacer por él, dímelo.

—Lo haré. Dean está enfadado con todo el género femenino en este momento,

pero te tendré en cuenta.

Oyó bostezar a Jack.

—Duerme un poco. Hablaremos más tarde.

—Vale, gracias por llamar.

Colgó y se encontró sonriendo. Era agradable escuchar su voz *sexy* de *cowboy*.



Las tiendas con descuentos estaban llenas. Jessie se aferró a la mano de Danny por temor a perderlo en la multitud. Las personas empujaban, la llevaban por delante y rara vez se disculpaban por entrar en su espacio. ¡Era un disparate!

—¿Cuánto tiempo tenemos que estar aquí, mami?

—El suficiente para comprarles algo a la tía Mónica y a la abuela.

Su madre era la persona más difícil a la que comprar un regalo. Lo que realmente necesitaba, Jessie no lo podía pagar, y lo que quería, el amor de un hombre, no se podía comprar. No había ninguna garantía de que hubiera nada para ella en el centro comercial.

—¿Podemos comprar algo para la señora Ridgwall?

—¿La maestra?

—Sí.

Jessie quería decirle que sí, pero tenía que conservar cada centavo.

—¿Qué tal si le hacemos algo en casa a la maestra? Apuesto a que le encantaría nuestro famosos turrón de cacahuete.

Danny asintió con entusiasmo.

—¡Sí, y también voy a hacerle una tarjeta!

Jessie sabía que había escapado de una buena. En el futuro no sería tan fácil de convencer, pero le alegraba que aún lo fuera en ese momento.

Cada vez que pasaban por una juguetería, Danny quería entrar para ver qué debía poner en su lista de Navidad para Santa Claus. Jessie le había explicado que Santa Claus tenía que ocuparse de una gran cantidad de niños y que debía darle una lista con unas pocas opciones, así los elfos acertarían fácilmente con su juguete favorito. Disuadirlo de las cosas más caras requería un cierto talento y no siempre daba resultado.

De camino hacia la tercera juguetería, Jessie distinguió el sombrero de Jack antes de reconocer al hombre que lo llevaba.

Jack, con su atuendo típico, estaba apoyado contra el enorme escaparate de la juguetería con una sonrisa en el rostro. Era casi como si la estuviera esperando allí.

—¿Ese no es tu amigo? —preguntó Danny.

—Sí.

—¿Qué hace aquí?

—No lo sé.

Pero al verlo se le dibujó una sonrisa en la cara y se le puso la piel de gallina en los brazos.

—Hola, cariño.

Jack se quitó el sombrero cuando ella se acercó a él.

—¿Qué haces aquí?

Hizo caso omiso de la pregunta y se inclinó para hablar con Danny.

—Oye, Danny. ¿Estás arrastrando a tu madre por todo el centro comercial?

Danny se rio.

—Es ella la que me está arrastrando —reveló.

—Te está arrastrando, ¿eh? ¿Por una juguetería? No sabía que tu madre jugara con muñecos.

Jessie sintió el calor de la risita de Danny y no pudo contener una sonrisa.

—Mi mamá no juega, pero a mí sí me gustan los juguetes.

—Ah, entonces tú la has arrastrado a la tienda de juguetes.

—Puede ser. —Danny se encogió de hombros.

Jack se levantó y le hizo un guiño. Su brillante sonrisa y sus hoyuelos encajaban con su estado de ánimo.

Jessie alzó la mirada y sintió cómo la calidez de su sonrisa se deslizaba sobre ella. El centro comercial lleno de gente se desvaneció y la tarea de ir de compras entre el bullicio de las fiestas le pareció menos pesada.

—¿Cómo está tu amigo?

—Borracho como una cuba, pero vivirá.

—Me alegra que lo hayáis encontrado y que tu jefe haya tenido la amabilidad de permitirte ir a echarle una mano.

—Mi jefe me quiere. Siempre dejo a los clientes del hotel con una sonrisa. Debe de ser el sombrero.

Ella rio.

—El sombrero tiene un toque de algo que no vemos por aquí muy a menudo.

Jack se acercó y le apartó un mechón de pelo de los ojos. La sonrisa de Jessie vaciló, y se mordió el labio inferior.

—Vamos, mamá. Entremos.

Danny tiró de su mano, interrumpiendo una mirada intensa de Jack.

—Vale, vale.

Jack bajó la mano y les sostuvo la puerta antes de seguirlos hacia el interior de la tienda.

A Danny se le iluminó la cara cuando vio el expositor de los camiones y los trenes.

—Oh, genial. Mira este.

Jessie miró el juguete por el que Danny suspiraba, mientras apretaba algunos botones y ponía el camión en movimiento dentro de la caja. Pronto se dirigió hacia otro juguete con ruedas muy colorido.

Jessie sonrió al recordar cuando unos pocos minutos antes estaba cansada de las compras y lo único que quería era salir del centro comercial y volver a casa. La presencia de Jack le hacía sentir un calor por dentro. Por la forma en que Danny miraba a Jack, a él también le había gustado su visita inesperada.

Jessie se puso a la defensiva ante las posibles demostraciones de afecto hacia su persona. Echó un vistazo a sus labios y se acordó de su beso. Sacudió la cabeza para disipar la idea y le preguntó:

—¿Qué estás haciendo aquí, Jack?

—Compras de Navidad.

«¡Sí, claro!». Cuando Jessie le miró las manos, vio que no llevaba ni una sola bolsa.

—Veo que no ha habido suerte.

—Tú tampoco tienes ninguna bolsa.

Cierto. Llevaban allí más de dos horas y no habían encontrado nada. El hecho de que el centro comercial estuviera atestado de gente no ayudaba.

—En esta época del año todo el mundo sale de compras. Este lugar siempre es un zoológico.

Danny la miró y le dijo:

—¿Qué pasa con el zoológico?

—He dicho que este lugar es un zoológico —dijo un poco más fuerte, por encima del ruido de los juguetes y los niños sobreexcitados.

—Oh, pensaba que habías dicho que íbamos al zoológico.

—No, no lo he dicho.

—Eh, eso es una buena idea —acotó Jack—. Es mejor que este lugar.

Los ojos de Danny se iluminaron.

—¿Podemos, mami? Me encanta el zoológico.

—No sé.

—Yo invito —dijo Jack antes de que pudiera pronunciar una sola palabra sobre el precio de la entrada.

—Queda un poco lejos —indicó Jessie.

—Lo que significa que tenemos que salir ya mismo. —Jack la tomó por el codo.

—Vamos, será divertido. Hace años que no voy al zoológico.

—Tu padre vive en un rancho. Seguro que ves animales todo el tiempo.

—Caballos y vacas. No leones, tigres y osos.

Jack se mostraba tan entusiasmado como Danny. Jessie detestaba jugar siempre el papel de aguafiestas, la voz de la razón financiera. La mala de la película.

—Vamos, mamá.

Jack se arrodilló y se puso a la altura de Danny.

—Sí, vamos, mamá —dijo sonriendo—. Hace mil años que Danny y yo no vamos al zoológico.

Oh, Dios mío... Los hoyuelos de Jack combinados con la sonrisa entusiasmada de Danny fueron su perdición.

—Vale, vamos.

Danny empezó a saltar, agarró la mano de Jack, y corrió hacia la puerta.

Jessie corrió para seguirles el paso.

CAPÍTULO OCHO

Danny comía palomitas y mientras miraba por la ventana del criadero de animales, donde un bebé mono dormía en una cuna. Jessie estaba parada más atrás, al lado de Jack. Había insistido en llevarlos, por lo que habían dejado el automóvil de Jessie en su apartamento y así habían ido en su camioneta.

—Podemos llevar mi *pickup* —le había dicho.

—Oh, yo puedo conducir.

—Sin ánimo de ofender, cariño, pero creo que mi camioneta está un poco más en forma que tu auto.

Había tratado de actuar ofendido cuando ella dijo:

—Solo está viejo y tu camioneta no es exactamente nueva.

—Cariño, tu auto es un abuelo jugando al bingo en un asilo de ancianos, mientras que mi camioneta aún es lo suficientemente joven como para bailar música *country* y andar por los bares.

Jessie se echó a reír y fue Danny quien tuvo la última palabra.

—¿Tienes una *pickup*?

Eso resolvió todo, excepto el tema de quién conduciría. Ella se ofreció a pagar las entradas al zoológico, pero Jack se negó. Había sido idea suya, él invitaba. Pero con él pagando y al volante, aquello se estaba empezando a parecer demasiado a una cita.

—Esto no es una cita —le dijo una vez que Danny se fue a mirar por otra ventana.

Jack le lanzó una mirada pícaro.

—Por supuesto que no. No somos novios. Somos amigos.

Pero, Dios, decía «amigos» de una manera tan sensual, Jessie sintió que sus rodillas temblaban.

—Claro, amigos.

Jack se acercó y le habló al oído para que nadie pudiera oírlo.

—Amigos que no se besan.

—Exactamente. —Pero con sus labios tan cerca, a Jessie le estaba costando bastante olvidarse de su increíble beso—. Exactamente —le repitió antes de alejarse.

—Quiero ver las serpientes. Oye, Jack, ¿sabías que hay un edificio entero solo

con serpientes?

Jack le hizo un guiño a Jessie y tomó la mano de Danny.

—Muéstranos el camino, compañero. Me encantan las serpientes.

Danny guio a Jack por el pabellón de las serpientes y los hábitats de monos y gorilas, y luego por el aviario. Jessie se estremeció de miedo mientras miraban las serpientes, lo que se tradujo en una intensa burla de los chicos.

—Soy una chica, a las chicas no nos gustan las serpientes —les dijo.

En el aviario, Jack utilizó aquellas palabras en su propio beneficio.

—Somos chicos, no nos gustan los pájaros.

Pero caminaron bajo la cúpula de todos modos. Un amigo alado dejó un pequeño presente en el hombro de Jack, y tanto Danny como Jessie se echaron a reír hasta que les dolió la barriga.

—Has herido los sentimientos de los pájaros —le dijo Jessie, riendo.

A Jack le divertía el juego y replicaba a las burlas cada vez que podía.

Hicieron una merienda cena en un puesto de comidas. Las hamburguesas y patatas fritas recalentadas en realidad estaban bastante buenas. Jack le compró a Danny una serpiente de peluche que el niño no soltó en toda la tarde.

—Voy a llamarla Tex.

—¿Por qué Tex? —preguntó Jack.

—Porque la has comprado tú y eres de Texas.

El día no podía haber sido más perfecto. Danny se sentía en el paraíso, y llevaba a Jack de un lado a otro como si se tratara de un amigo perdido hace mucho tiempo del que siempre quería más. Se dio cuenta de que su atracción por Jack posiblemente se debiera principalmente al hecho de que Jack era un hombre. Por más que Jessie intentara serlo todo para su hijo, no podía ser su padre.

No es que le estuviera adjudicando ese rol a Jack, pero Danny necesitaba un poco de influencia masculina. Un amigo como Jack en su vida podría ayudar a compensar algo de lo que le faltaba a Danny.

El sol comenzaba a caer y el zoológico iba a cerrar. Danny sostenía la mano de Jack en una de sus manos y a Tex en la otra.

—Voy a participar en una obra de teatro de Navidad en la escuela —le dijo Danny a Jack—. ¿Puedes venir a verla?

Jack le lanzó una mirada. Jessie se dio cuenta de que estaba pidiendo que aprobara la invitación. No tenía problema, pero no quería que Jack dijera que sí solo para complacer a su hijo.

—Jack tiene que trabajar, Danny.

—¿Cuándo es? —preguntó Jack.

—El viernes que viene. A las diez de la mañana.

—Bueno, si tu madre está de acuerdo...

Jack le sostuvo la mirada.

—Si Danny quiere que vayas, no veo por qué no.

—¡Yuju! La tía Mónica también vendrá. Voy a la Escuela Foothill, ¿sabes dónde queda? Es muy fácil de encontrar.

Danny se puso a parlotear muy animado acerca de la obra y las canciones que había aprendido. Los obligó a cantar villancicos mientras salían del zoológico.

Subieron a la camioneta de Jack, con Danny ocupando todo el asiento trasero, para que pudiera dormir en el camino a casa. Permaneció despierto el tiempo suficiente para ver algunas de las luces de Navidad del parque Griffith.

Cuando llegaron a la autopista, cayó rendido.

—Lo ha pasado genial. Gracias por todo esto, Jack.

Se mezcló en el tráfico, muy intenso aunque ya eran más de las siete.

—¿Y tú? ¿Lo has pasado bien? —le preguntó.

—Sí. Ha sido un estupendo día libre. No recuerdo la última vez que me tomé un día simplemente para pasarlo bien.

Le dolían los pies de caminar todo el día y las mejillas de tanto sonreír.

—Tienes un hijo genial, Jessie. Estás haciendo un trabajo maravilloso con él.

Ella le echó una mirada a su hijo dormido en el asiento trasero.

—Es un chico genial. Él te adora. —Jack sonrió.

—El sentimiento es mutuo. Escucha, acerca de la obra de Navidad.

—Si no puedes ir, lo entenderá. Puedo...

—No —la interrumpió—. Quiero ir. Pero solo si estás realmente de acuerdo. He visto cómo se aferró a mí; a mí no me importa, pero si te molesta, lo entenderé si quieres que guarde distancia.

Jessie se quedó mirando el perfil de Jack durante unos segundos y midió sus palabras.

—Realmente lo comprendes, ¿no? La carga emocional de cualquier relación que yo pueda tener con alguien y cómo eso le puede afectar a Danny...

—¿No me dijiste que tu madre trae a sus vidas hombres que después desaparecen?

—Sí, es cierto.

—Debes pensar en ello cuando le presentas amigos a Danny.

—Yo no le presento amigos a Danny. Ni siquiera recuerdo la última vez que tuve una cita de verdad. Me niego a ser igual que mi madre. Si tú y yo estuviéramos saliendo, probablemente hoy habría dicho «no» al zoológico. Por las mismas razones que has mencionado. A Danny le falta un padre en su vida. No hay nada que yo pueda hacer al respecto, aparte de tratar de mantenerlo alejado de los hombres con los que salgo. O arriesgarme a que se encariñe y se sienta decepcionado si la cosa no funciona.

Jack logró meterse en el carril rápido y el tráfico comenzó a fluir más cómodamente.

—Entonces, creo que es bueno que no estemos saliendo.

—Así es.

Más tarde, Jack sacó a Danny dormido de la camioneta, lo cargó sobre su hombro y dejó que el niño durmiera mientras lo llevaba hasta el apartamento de Jessie.

Jessie lo guio a través de la ordenada sala de estar y hacia el dormitorio de Danny.

Jack lo acostó en su cama, y Jessie le quitó los zapatos y los pantalones vaqueros. Danny murmuró algo entre sueños y se dio la vuelta, aferrado a Tex. Jessie le besó la frente y condujo a Jack nuevamente a la sala de estar.

Había un árbol de Navidad en un rincón de la sala, estaba colocado sobre una mesa para darle algo de altura. También había un par de regalos a sus pies y unas guirnaldas de luces que le daban un poco de vida. El apartamento estaba ordenado, pero era increíblemente pequeño. Jack no entendía cómo hacían los tres para vivir en un espacio tan reducido.

—¿Quieres un café? —le ofreció Jessie—. ¿O chocolate?

—Hace años que no tomo chocolate.

Ella sonrió y caminó hacia la cocina.

—Primero el zoológico, ahora el chocolate. Te estoy mostrando todas las cosas buenas de la vida.

Tuvo ganas de decirle: más de lo que jamás sabrás.

—¿Mónica vive aquí con vosotros?

Jessie sacó dos tazas de un armario y las llenó de agua antes de colocarlas en el microondas.

—Esto es un sofá cama. Cuando trabajo, ella utiliza mi cama.

—¿Cuánto falta para que termine sus estudios?

Jack se dejó caer en una silla en la mesa de la cocina.

—Será en mayo. Estoy tan orgullosa de ella. Le ha ido bien en los estudios, nunca se queja de nada. Será una gran enfermera.

—Grandes elogios de la hermana mayor.

El microondas pitó, Jessie retiró las tazas humeantes y les agregó una cantidad generosa de cacao. Revolvió la despensa y sacó una bolsa de pequeñas nubes de azúcar.

—Te tomas en serio lo del chocolate.

—Tengo un niño de cinco años. Las nubes de azúcar no pueden faltar.

Jessie agregó los dulces y le entregó su taza. El primer sorbo le recordó a la nieve del invierno y la nariz helada.

—¿Danny ha ido alguna vez a la nieve?

—No, ojalá. Lo más cerca que hemos estado de la nieve fue cuando una nevisca azotó las colinas cerca de la casa de mi madre. La nieve no cuajó. Siempre tengo

ganas de que vayamos hasta Big Bear cuando nieve.

—La Navidad en California me resulta extraña. Estoy acostumbrado a andar abrigado y a sacudirme la mugre o la nieve de las botas antes de entrar a la casa.

—Pensaba que tampoco nevaba mucho en Texas.

—A veces sí.

Estuvo a punto de decirle que había pasado más de una Navidad en Colorado. Cuando su padre se dio cuenta de lo mucho que él y su hermana añoraban el regreso de su madre durante las fiestas, comenzó a distraerlos con viajes a Colorado para esquiar. Tenían una cabaña allí que Jack trataba de visitar una vez por temporada para no perder la costumbre del esquí.

—Mucho más que aquí.

—Aquí siempre es una Navidad con palmeras. El año pasado, de hecho, comimos en el jardín de mi madre. Hacía demasiado calor dentro de la casa porque el horno había estado encendido todo el día. Jessie sopló su chocolate y su mirada cruzó la de Jack.

Estaban los dos allí sentados mirándose. Daría cualquier cosa por saber lo que estaba pensando. ¿Qué era lo que veía cuando lo miraba? Él veía a una chica de barrio, muy honesta, y se estaba dando cuenta rápidamente de que no podía vivir sin ella.

¿Qué era él para ella? Un soñador, un vagabundo. Un mentiroso. Jack rompió el contacto con sus ojos y miró el reloj.

—Vaya, se ha hecho muy tarde.

—Sí que lo es.

Jack se terminó su chocolate y llevó la taza al fregadero. Tenía que salir de su casa antes de perder el control y besarla de nuevo. Si lo hacía, sabía que sería el acta de defunción de su amistad. No iba a darle una razón para alejarlo. El objetivo principal de Jack en la vida era metérsele bajo la piel hasta que no pudiera vivir sin él.

Ya sabía que aunque pasara todos sus días con Jessie, siempre querría más.



Los primeros días de la semana pasaron rápido. Entre el trabajo y unas horas robadas para hacer compras de Navidad, los días de Jessie parecían superponerse unos con otros. Danny habló tanto de Jack y del zoológico que Mónica dijo que le daba pena no haber ido.

—No os olvidaréis de presentármelo el viernes, ¿verdad? —bromeó Mónica.

—Dame un respiro, Mo. Me sorprendiste besándolo, eso no es exactamente un

momento familiar.

Mónica se rio.

—Lo sé. Solo hago mi deber de hermana de molestarte un poco.

Jessie se estaba preparando para ir a trabajar, mientras Danny se acomodaba en el sofá para ver una película con su tía. Danny siempre se dormía antes que pasara una hora, pero era su rutina y la disfrutaban.

El teléfono sonó, sorprendiendo tanto a Jessie como a Mónica. No solían recibir llamadas después de las ocho. Jessie no reconoció el número, así que lo atendió.

—¿Hola?

—¿Hola, eres Jessie?

La voz le sonaba levemente familiar, pero Jessie no lograba identificarla.

—Sí. ¿Quién es?

—Hola, Jessie, soy Brad, de la fiesta de Navidad en el Mascall.

Jessie estaba sorprendida. Se había olvidado por completo de aquel hombre.

—Ah, sí, hola.

—No he llamado en un mal momento, ¿no?

—No, espera.

Jessie cubrió el auricular del teléfono y habló con Mónica en voz baja.

—Es ese tipo de la fiesta. Brad.

Mónica le lanzó una mirada acusadora.

—¿Qué pasa con Jack?

Hablando de culpa. En lugar de decirle nada más a Mónica, Jessie se metió en la intimidad de su habitación para tomar la llamada, lejos de la mirada acusadora.

—Disculpa. Estaba arreglando a mi hijo.

—Puedo llamar en otro momento si te parece mejor.

—No, ahora está bien.

—Bien.

Su voz era amable, y algo plana. No había nada de humor en ella, pero tampoco nada que resultara desagradable.

—¿Cómo te fue el viaje?

—¿Viaje?

—¿No dijiste que estarías fuera de la ciudad la semana pasada?

Recordaba al menos esa parte de su conversación.

—Así es. Bien, tengo algunos clientes en el este que reclamaron mi atención.

Vale, así que era un hombre de negocios. Eso era bueno.

—Oh, ¿a qué te dedicas?

Se dijo que simplemente le estaba dando conversación.

—Soy abogado.

Jessie se estremeció. ¿No había dicho Jack que parecía abogado?

—Apuesto a que es un trabajo apasionante.

—El derecho corporativo es bastante aburrido, en realidad.

—No tengo ni idea —le dijo Jessie, esforzándose por sacarse la voz de Jack de la cabeza.

—Si no te importa que te aburra hasta las lágrimas con mis historias de trabajo, me encantaría invitarte a salir.

—Seguro que no es tan grave.

—¿Eso es un sí?

¿Qué tenía que perder? Odiaba sentirse culpable y trató de dejar a un lado la emoción.

—Acepto. Algo informal, si te parece bien.

—Conozco un lugar perfecto. ¿Qué tal este sábado?

Tenía que trabajar la noche del viernes, pero el sábado podía, siempre y cuando Mónica se quedara con Danny.

—Tendré que preguntarle a la niñera, pero el sábado suena bien.

—Te daré mi número, así me avisas cuando hables con la niñera.

Jessie anotó su número.

—Vale, intentaré llamarte mañana.

—Espero tu llamada.

Se despidieron y Jessie se sentó en el borde de la cama, con un remolino de emociones encontradas en el estómago.

Por otra parte, Brad parecía una buena persona, un profesional que podría ofrecerle cierta estabilidad a la vida de Jessie. No se podía decir que se sintiera muy atraída por él. La llamada había despertado sus emociones, pero no porque se muriera de ganas, más bien por los nervios y la duda de si quedar con Brad o no.

No lograba sacarse a Jack de la cabeza. Él estaba allí, haciendo un gesto de desprecio, diciéndole que el hombre parecía un abogado. La forma en que dijo «abogado» sonaba como algo sucio e inaceptable. Jessie trató de disipar una sensación de malestar en la boca del estómago mientras salía de su dormitorio. Mónica se reunió con ella en la cocina con las manos en las caderas y una mueca en el rostro.

—Vas a salir con él, ¿verdad?

Jessie miró a Danny, que no les estaba prestando ninguna atención.

—Tengo intención de hacerlo. ¿Puedes cuidar de Danny el sábado? Estaré en casa a las diez.

Tener una hora de vuelta a casa en la primera cita era una buena estrategia en caso de que la noche fuera un fiasco total.

—¿Qué pasa con Jack?

—Jack y yo no somos novios, Mo. Lo sabes. Él es un amigo.

Mónica no se lo creía.

—Entonces, ¿por qué te brillan los ojos cuando hablas de él?

—No es cierto.

—Sí lo es.

—Basta. ¿Cuidarás de Danny o no?

—Lo haré. Pero creo que estás cometiendo un error.

—Ya le hablé a Jack sobre Brad. —Y lo había recibido con el mismo rechazo que mostraba Mónica.

—Entonces, ¿también le hablarás de esta cita?

—Tal vez, si surge el tema.

No era probable. No necesitaba que él también la sometiera a un interrogatorio.

—Me tengo que ir.

Jessie agarró su bolso y le dio un beso de buenas noches a Danny antes de salir. Era una cita, por el amor de Dios. Una pésima cita.



Danny, vestido con una chaqueta grande, mitones y una bufanda, cantó a pleno pulmón en la obra de Navidad del jardín de infancia. Los padres estaban sentados entre el público, tomando fotos y grabando todo el espectáculo para poder revivirlo durante los próximos años. Jessie estaba sentada entre Jack y Mónica, que se cayeron maravillosamente, algo que Jessie sabía que iba a volverse en su contra a la primera oportunidad.

Cuando acabó la actuación, los emocionados niños bajaron del escenario de la escuela y se mezclaron con el público en busca de sus orgullosos padres. Danny corrió hacia Jessie, lanzó sus amorosos brazos alrededor de ella y le regaló una enorme sonrisa.

—¿Me has visto ahí arriba?

—Has estado genial, Danny. Debes de haber practicado muchísimo para recordar todas las letras de las canciones —le dijo.

—Hemos cantado todos los días en clase. —Danny salió de entre sus brazos y abrazó a Mónica. Se metió entre los brazos de Jack con la misma facilidad—. Hola, tío Jack. Ha sido genial, ¿verdad?

Tío Jack, eso era nuevo. Jessie entrecerró los ojos y observó la expresión de Jack. Cuando esta no cambió, se preguntó si Jack había oído el título que le había dado Danny.

—Más que genial, compañero.

—¿Quieres unas galletas? Hay galletas en la parte de atrás.

Danny agarró la mano de Jack y tiró de él hacia el fondo de la sala, donde los profesores y los padres habían situado una mesa con dulces y aperitivos.

—¿Tío Jack? —le preguntó Mónica en voz baja.

—Eso es nuevo para mí.

—Danny lo adora. Míralos.

Jessie no podía dejar de mirar. Danny estaba charlando hasta por los codos, mientras Jack escuchaba y reía junto a él.

—Es natural que suceda —le dijo Jessie a su hermana—. Danny no tiene a un hombre en su vida. Jack ha aparecido un par de veces, así que se siente atraído por él.

Realmente esperaba no estar cometiendo un error al permitir que se conocieran más. Jack era un buen tipo en todos los sentidos y confiaba en él. Confiaba en que no haría nada para lastimar a su hijo. Sin embargo, no sabía cuánto tiempo más estaría Jack en sus vidas. Era un riesgo que no estaba dispuesta a correr.

—No entiendo por qué quieres salir con otro tipo.

—Jack y yo no somos novios. —¿Acaso nadie la escuchaba cuando hablaba del tema?

—Los abogados son aburridos.

—Ni que lo digas.

Jack se coló detrás de ellas. Jessie se sobresaltó cuando escuchó su voz. Se volvió y notó el bastón de caramelo que sobresalía entre los labios. La sonrisa en su rostro era impagable.

—¿Estamos hablando de algún abogado en particular?

Culpable. Dios, se sentía tan culpable.

—No. Oye, Danny, ¿hay más de esos bastones de caramelo?

Su hijo asintió y la apartó de Jack y Mónica. Cuanto más lejos de su hermana y Jack caminaba, más le preocupaba cuál sería su tema de conversación.

En la mesa de los dulces, Danny saludó a uno de sus amigos, la madre del niño se volvió hacia Jessie y comenzaron a charlar.

Unos minutos más tarde, Jessie caminó entre la multitud que iba disminuyendo hasta llegar de nuevo a donde estaban Mónica y Jack. Se estaban riendo. Mo se estaba agarrando el costado como si la risa le produjera dolor.

—¿Qué es tan gracioso?

—Nada.

Pero Mónica estaba escondiendo una sonrisa detrás de su mano. El radar de hermana de Jessie le dijo que Mónica estaba tramando algo.

—Seguro. Nada.

Danny le tiró de la mano.

—La maestra ha dicho que podíamos irnos después del espectáculo. —Jessie miró a su hijo.

—¿Estás listo para irnos?

La gente ya se estaba retirando del auditorio.

—Tengo que ir a buscar la mochila a la clase —le dijo Danny.

Mónica le puso la mano en el hombro a Danny y le dijo:

—¿Por qué no me llevas contigo y me muestras tu clase?

Antes de que Jessie pudiera decir nada, Mónica y Danny se estaban alejando, dejándola sola con Jack.

—Ha sido muy amable de tu parte venir.

—Lo he disfrutado —dijo mientras comenzaban a caminar detrás del resto de los padres.

—No he asistido a nada parecido desde que tenía la edad de Danny. No ha cambiado mucho, ¿no?

—Hay más dulces, pero eso es todo.

Él sonrió.

—Lo recuerdo: una galleta y, si teníamos suerte, un bastón de caramelo. Pareciera que hay una panadería completa en la parte de atrás.

—Muchos de los padres traen dulces para los niños.

El aula de Danny estaba atestada de adultos, así que Jessie prefirió quedarse afuera. A través de la ventana, vio cómo Danny le señalaba a Mónica algunas de sus «obras de arte» que colgaban en las paredes.

—Parece que a Danny le gusta su escuela.

—Le encanta. Es un niño muy sociable. Uno creería que vivir en un edificio de apartamentos significa que hay muchos niños con quienes jugar, pero no los hay.

En su edificio no había hordas de gente desagradable ni fiestas alocadas, pero tampoco había familias.

—Algún día lograré que tengamos una casa en un barrio residencial. Desde que vio la película del perro labrador, Danny me tiene loca con que quiere un perro.

—Imagino que el propietario no acepta mascotas.

—Correcto. Los perros grandes no deberían estar encerrados todo el día, de todos modos.

Jack le dio una palmadita en la espalda.

—No te preocupes, lo conseguirás.

Jessie forzó una sonrisa en su rostro.

—Lo sé. Algún día.

Danny salió corriendo del aula y fue hasta ellos.

—Estoy listo —les informó.

—Tengo que ir a clase —anunció Mónica—. Gracias por mostrarme tu aula, cariño.

Se arrodilló para hablar con Danny.

—Cuida de tu madre, ¿quieres? Asegúrate de que duerma la siesta.

Danny se rio.

—¿Te quedarás hasta tarde? —le preguntó Jessie a su hermana.

—Tenemos un examen muy importante el lunes, así que vamos a tener una larga

sesión de estudio. Estaré en casa antes de que te vayas a trabajar. Invitaré a Lynn a estudiar en casa el sábado cuando salgas.

Esa mínima mención de que no estaría en casa el sábado fue suficiente para que Jessie mirara a Jack.

—Pensé que tenías libre el sábado —le dijo Jack.

—Mamá tiene una cita —espetó Danny.

La expresión en el rostro de Jack se congeló.

—¿Es cierto? —Lentamente, su mirada se dirigió a Jessie.

—¿Te acuerdas de Brad, el de la fiesta?

Honestidad total. No tenía por qué sentirse culpable, pero el sentimiento la invadía, causándole puntadas de dolor.

—Claro —dijo Jack con un largo suspiro—. El tipo con pinta de abogado.

—Es abogado de verdad. —Parecía haberse puesto a la defensiva.

—Él no es tu tipo —dijo Jack con absoluta certeza en su voz.

Ella balanceó su peso de un pie a otro.

—¿Cómo sabes cuál es mi tipo?

—Te aburriré antes de que pase media hora.

Mónica se volvió hacia Jack.

—¿Le conoces?

Jack no le quitaba los ojos de encima a Jessie. Su mirada la ponía nerviosa.

—Veo tipos así todo el tiempo en el hotel. Estirados, no muy divertidos.

—¿Por qué quieres salir con alguien que no es divertido, mamá?

Jessie dejó de sostenerle la mirada a Jack y le dijo a Danny:

—Jack no sabe si Brad será divertido o no; él solo lo supone.

—¿Qué es «suponer»?

—Es cuando alguien piensa que una persona es de cierta manera cuando no sabe muy bien si es así de verdad. —Maldita sea, no debería tener que justificar una cita ante su hijo, o ante Jack o Mónica si venía al caso.

—Deberías salir con Jack —le dijo Danny sonriendo—. Sabemos que es divertido.

Los tres le clavaron la mirada.

—Jack y yo solo somos amigos, ¿verdad, Jack? —Jack no dijo ni una palabra, solo la miró, arqueando apenas los labios.

—Pero, ¿qué es una cita?

—Es cuando dos personas van a cenar o a hacer algo juntos para tratar de conocerse.

¿Por qué Jack no le echaba una mano?

—Fuimos con el tío Jack al zoológico. Eso fue como una cita.

—No exactamente una cita. —Jessie dirigió su atención hacia su hijo.

—¡Oh! —No estaba convencido. Había confusión en su rostro.

—Es complicado, Danny. Lo entenderás cuando seas mayor.

Hubo un momento de silencio incómodo en el aire. Luego, Mónica dijo:

—A propósito, me tengo que ir.

—Yo también —dijo Jack con una nueva sonrisa en el rostro.

—Gracias de nuevo por invitarme, Danny.

Danny le dio un abrazo a Mónica y otro a Jack.

—Que lo pases bien con el abogado, Jessie.

¿Era el día de decir lo opuesto de lo que piensas, y Jessie no se había enterado?

Jack sonaba realmente sincero.

—Estoy segura de que irá bien. —Solo que ahora, no estaba segura de nada.

Jessie miró a Jack y Mónica que se alejaban conversando, imposible saber sobre qué.

CAPÍTULO NUEVE

—No pienso llegar muy tarde —le dijo Jessie a su hermana por segunda vez en la noche.

Vestida con unos pantalones y un suéter, Jessie se veía cómoda e informal, pero no demasiado informal. Los tacones, no muy altos, en combinación con los pantalones, le daban una cierta elegancia al conjunto. Además, Jessie no tenía muchas oportunidades de usar tacones, así que las aprovechaba siempre que podía. Había algo en usar tacones que le recordaba que era una mujer adulta y deseable.

—¿Adónde vais a ir?

—Elegió un restaurante italiano cerca del centro comercial, Antonio's.

—Nunca antes lo había oído nombrar.

Mónica se acercó y le colocó un mechón de pelo.

—Hemos pasado frente a él un par de veces, pero nunca he comido allí —dijo Jessie.

—Llámame si las cosas no van como quieres, y utilízame como excusa para volver a casa antes de tiempo si la cita es desastrosa.

Jessie bajó el mentón y sonrió a su hermana.

—Gracias. No creo que vaya a tener que usar una excusa, pero es bueno saber que puedo contar contigo.

—Siempre.

Mónica le alcanzó el bolso negro que Jessie había elegido para esa noche.

—Sigo creyendo que tendrías que ir a cenar con Jack y no con el tal Brad.

—Basta —dijo Jessie alzando la mano—. Me lo has dicho una docena de veces desde ayer. Sé que no lo apruebas, pero esto es lo que tengo que hacer.

—Porque Jack es camarero y no abogado. No eres tan superficial, Jessie, estoy segura. Le gustas a Jack. ¡Y mucho!

—¿Te lo dijo él?

Jessie había estado tratando de sonsacarle a su hermana, durante las últimas veinticuatro horas, de qué había hablado con Jack. Mónica no confesaba ni una palabra de lo que habían conversado.

—Lo vi en sus ojos. La forma en que te mira es magnética. Aunque no quieras admitirlo, tú lo miras de la misma manera.

Jessie hacía todo lo posible por ignorar el magnetismo que había entre ellos. Era capaz de no verlo como hombre y no pensar en el beso la mayor parte del tiempo. Era capaz de borrar las imágenes del hombre con las que fantaseaba en su mente, incluso aquellas en las que estaba desnudo, la mayoría de las veces. La mayor parte del tiempo era capaz de ignorar el ritmo acelerado de su corazón cuando lo veía llegar al restaurante o a la escuela de su hijo, o al parque. Vale tal vez no la mayor parte del tiempo, pero sí durante algunas horas. O un par de minutos. Negó con la cabeza. Estaba perdida.

—Necesito a alguien estable, alguien que tenga un trabajo de verdad, un verdadero futuro. No un empleado temporal de un hotel local que probablemente viajará de regreso a Texas tras las fiestas de Navidad. ¿Te has olvidado de Rory, el padre de Danny? ¿Y de Mathew?

—¿Mathew? Oh, ese tipo con el que saliste durante, ¿cuánto? ¿diez minutos?

—Fueron dos meses y se fue a vivir conmigo, si no lo recuerdas. Su idea de ayudar consistió en llevarse el dinero del alquiler y marcharse.

Mathew fue un error que costó caro.

Se colgó el bolso en el hombro y salió de su dormitorio hacia la sala de estar, donde Danny estaba hablando con la amiga de Mónica, Lynn.

—Me voy, Danny. ¿Me das un beso?

Danny se apartó de sus Legos y de Lynn para ir a darle un abrazo.

—¿Volverás a casa antes de que me vaya a la cama? —preguntó.

—No lo creo.

La usual sonrisa feliz de Danny se convirtió en un gesto triste.

—¿Puedo ir contigo a tu próxima cita?

Ay, ay.

—No estoy segura. Ya lo veremos.

La culpa volvía multiplicada por diez.

—Fui a tu cita con el tío Jack.

Discutir con él sobre la naturaleza de su relación con Jack no tenía sentido. No lo entendía, y Jessie iba a llegar tarde si intentaba explicárselo de nuevo.

—Lo voy a pensar —concluyó Jessie, en lugar de explicar nada.

Danny, con el ceño fruncido, se tiró en el sofá.

Jessie se despidió de su hermana.

—Te veré en unas pocas horas.

—Llámame si necesitas algo.

—Lo haré. Adiós, Mónica. Adiós, Lynn. —Jessie se volvió hacia su hijo—. Adiós, chiquitín.

Danny le hizo un gesto rápido de adiós con la mano, sin apenas mirarla. Jessie salió del apartamento preguntándose si estaba haciendo las cosas mal.



Le fue bastante fácil encontrar el restaurante. El estacionamiento estaba lleno, pero se las arregló para meter su auto entre una enorme camioneta y un Lexus. Le echó un vistazo a su reloj y se dio cuenta de que había llegado cinco minutos antes de la hora prevista. Deseaba que Brad ya la estuviera esperando dentro para no tener que esperar sola en la antesala.

En el interior del pequeño restaurante italiano, el fuerte olor a ajo y salsa de tomate le provocaron cosquillas en la nariz y se le hizo la boca agua. Las luces bajas daban un toque romántico a los reservados tapizados de rojo oscuro.

—Bienvenida a Antonio's —le dijo una mujer alta y rubia de piernas largas, de la edad de Jessie.

—He quedado con alguien. Su nombre es Brad.

La anfitriona miró la lista de reservas y sonrió.

—Su acompañante no ha llegado todavía, pero su mesa está lista si desea tomar asiento.

Jessie dio un suspiro de alivio.

—Me sentaré.

Varias parejas hablaban tranquilamente en los íntimos reservados, mientras bebían vino y comían grisines. En la mesa, Jessie se quitó la chaqueta y la puso a su lado.

—¿Le gustaría beber algo mientras espera?

—Agua, por ahora.

La camarera rubia se fue y Jessie abrió el menú para echarles un vistazo a las opciones disponibles. Otro camarero le trajo agua y una cesta llena de grisines y luego la dejó sola, mirando el transcurrir del tiempo.

Cada minuto que pasaba mientras Jessie esperaba le parecía una hora. A las siete y diez, Brad se acercó a la mesa.

—Siento llegar tarde —dijo mientras se desabrochaba un botón de la chaqueta y se sentaba a su lado—. El tráfico estaba imposible y el estacionamiento está complicadísimo.

Jessie sonrió y restó importancia a las preocupaciones de Brad.

—Me alegra que hayas llegado.

Y entonces se dio cuenta de que realmente se alegraba, a pesar de sus reservas sobre la cita. Brad llevaba un traje bien planchado, estaba afeitado e incluso olía bien. Más por la intensa colonia que llevaba que debido a su olor natural. Jack siempre llevaba un poco de aroma de pino y especias dondequiera que iba. Más masculino.

—Confío en que no hayas esperado demasiado.

«Quince minutos y treinta segundos. Pero, ¿quién está contando?».

—He llegado solo un par de minutos antes que tú —mintió, con la intención de no parecer demasiado ansiosa.

Brad le hizo señas a un camarero que pasaba, y ordenó una botella de vino y dos copas.

«Segunda falta», Jessie se descubrió pensando. Primero, había llegado tarde a la cita, y aunque el tráfico influía, ella había logrado llegar a tiempo, y no era exactamente la hora punta en las carreteras. En segundo lugar, Brad ni siquiera le preguntó si bebía vino. Por otra parte, tal vez eso es lo que hace la gente con dinero para impresionar en las citas.

—La comida aquí es excelente —aseguró Brad mientras hacía a un lado el menú.

—Creía que nunca habías comido aquí.

—He pasado por aquí muchas veces, pero nunca me había detenido a almorzar.

Jessie volvió a abrir su menú y luego fingió estar mirando lo que ofrecía el restaurante.

—Puedo seleccionar el plato perfecto para ti, si quieres.

—Ah... —No estaba segura de qué decir.

Brad le quitó suavemente el menú de las manos, lo cerró y lo colocó encima del suyo.

—Tienes que pedir la lasaña. No creo haber probado nada mejor excepto en Nueva York.

—Ah, vale.

Parece que tocaba lasaña, lo quisiera o no. ¿Qué problema había? Brad estaba tratando de ser considerado, y ahí estaba ella ofendiéndose por cada cosa que decía o hacía.

Llegó el vino, lo que le ahorró la molestia de intentar entablar conversación. Jessie observó el perfil de Brad mientras completaba el proceso de degustar el vino y aprobarlo. Sus rasgos eran tal como los recordaba: agradables, pero nada espectacular. Su cara era un poco más estrecha de lo que recordaba. No se le formaban hoyuelos al sonreír, y a su sonrisa parecía faltarle algo.

Jessie bebió un sorbo de vino y lo miró por encima del borde de la copa. El vino le hizo cosquillas en la parte posterior de la garganta, y luego bajó plácidamente hasta su estómago.

—¿Qué haces en el hotel? —preguntó Brad.

—¿Disculpa?

No entendía la pregunta.

—Trabajas en el hotel, ¿no? Estaba seguro de que eras camarera allí —dijo inclinando a un lado la cabeza.

—No, no trabajo en el hotel, pero sí soy camarera.

No tenía la más mínima idea de cómo sabía lo que hacía para ganarse la vida.

—Entonces, debes conocer a alguien en el hotel que te consiguió una invitación para la fiesta.

Jessie no podía dejar de sentirse como si estuviera en un interrogatorio. Pensó en Jack y en los riesgos que había corrido para hacerla entrar.

—¿Ser detective es parte del trabajo de un abogado? —preguntó con una risita.

Una sonrisa socarrona pasó por los labios de Brad antes de que sus palabras tomaran repentinamente otro rumbo.

—Parecías un poco perdida esa noche.

—Una persona amiga me pasó su invitación —explicó.

Brad inclinó su copa.

—¿Un amigo hombre?

—Sí.

—No creo poder llamar amiga a ninguna de las mujeres que conozco. Exnovia, hermana, pariente, compañera de trabajo, tal vez, pero nunca amiga.

—¿Qué pasa con las esposas o novias de tus amigos?

—No las considero amigas personales, es más como tú lo dijiste..., la esposa de un amigo. ¿Ese amigo tuyo está casado?

Era extraña la forma en que la cita incluía a una tercera persona en la mesa todo el tiempo. Tal vez Jack no estuviera allí en persona, pero ciertamente lo estaba en espíritu.

—No.

El camarero se acercó, y Jessie tuvo ganas de darle un beso por lo oportuno de su llegada.

—¿Han decidido ya?

El camarero era un hombre de unos cuarenta y cinco años, tal vez más. A juzgar por el tamaño de su cintura, parecía que disfrutaba de la comida de Antonio's, y su acento italiano le hacía suponer que tal vez tenía algún parentesco con el propio Antonio.

—Creo que sí —dijo Jessie.

Sonrió y preparó su bolígrafo para tomar la orden.

—La señora desea la lasaña —resolvió Brad antes de que Jessie pudiera abrir la boca— con la ensalada antipasto y, para mí, lo mismo.

Jessie sintió un fuerte impulso de mirar el reloj, pero se contuvo.



Jack miró el reloj por tercera vez en quince minutos. Jessie había salido con

aquel abogado. Brad Leland, para ser más exactos. Jack había revisado la lista de invitados de la gala benéfica y había encontrado solamente un Brad. Con una rápida búsqueda en internet obtuvo su nombre, el nombre de su bufete y alguna información sobre casos en los que había trabajado recientemente. Jack tenía la esperanza de encontrar algo turbio, pero no había nada. No estaba casado, sus enredos románticos, por el momento, eran privados. Jack encontró una antigua novia con la que Brad había estado comprometido. Había una nota sobre el compromiso en el archivo de un periódico, pero había sido hace casi dos años. Toda la información actual sobre Brad indicaba que era soltero. Como abogado corporativo, Brad tenía muchos clientes, y a juzgar por las fotos de su oficina, no andaba corto de efectivo.

Había incluso una foto del tipo en el sitio web del bufete de abogados en el que trabajaba. Soso y aburrido. A Jack no le entraba en la cabeza que Jessie pudiera encontrarlo remotamente atractivo.

Aun así, el aburrido Brad tenía una cita con Jessie y Jack estaba en la *suite*, comiéndose las uñas. Tendría que esperar hasta el martes, cuando Jessie volviera al trabajo, para averiguar cómo había ido la cita. A menos que quisiera dar la imagen de un amante celoso, despechado.

No importaba cuántos sueños eróticos había tenido desde que conoció a Jessie, no podía llamarse a sí mismo su amante. Todavía no. Jack se dirigió hacia el mueble bar, con la intención de servirse un trago largo y fuerte, cuando sonó su teléfono. Estaba en el bolsillo de su traje, colocado en el respaldo de una silla.

El número de la casa de Jessie apareció en el identificador de llamadas. Tal vez no había acudido a la cita, después de todo. Sus labios formaron una sonrisa.

—¿Hola? —dijo al contestar, tratando de sonar aburrido.

—¿Jack? ¿Eres tú?

No era Jessie.

—Sí. ¿Quién eres?

—Mónica, la hermana de Jessie.

La alarma en su voz sacó a Jack de su pose de aburrimiento.

—Espero que no te moleste que te haya llamado.

—¿Jessie está bien? ¿Y Danny?

—Están bien. Siento haberte preocupado. Jessie ha salido con ese tipo, el de la fiesta.

Como si Jack necesitara que se lo recordara.

—Y Danny está aquí. Es que..., eh..., Danny sugirió que te llamara. —Mónica estaba preocupada por algo.

—¿Qué es lo que sucede, Mónica?

—Estoy en el apartamento con una amiga, estudiando. Mi amiga, Lynn ha recibido una llamada hace unos minutos..., su madre ha tenido un accidente. Lynn está muy nerviosa, no está en condiciones de conducir. Tengo que llevarla al Pomona

Valley, pero estoy cuidando de Danny. Lo llevaría conmigo, pero la sala de emergencias está llena de todo tipo de personas y enfermedades.

—¿Has llamado a Jessie para decirle que vuelva a casa?

—Se ha dejado su teléfono en otro bolso sin querer. La he llamado y lo he oído sonar en su dormitorio.

Jack entró en su dormitorio y descolgó una chaqueta de su percha.

—¿Quieres que vaya y me quede con Danny para que puedas llevar a tu amiga?

—Oh, Dios, ¿lo harías, Jack? Sé que es algo repentino, pero Jessie no tiene muchas niñeras. Solo la señora Hoyt, pero ella se ha ido a visitar a su familia. No sabía a quién llamar. Sé que confía en ti y Danny te conoce.

—Estaré ahí en diez minutos.

Jack colgó y metió el teléfono en su chaqueta mientras caminaba hacia la puerta. El trayecto hasta el apartamento de Jessie era corto, y Jack no condujo despacio. Mónica lo recibió en la puerta.

—Danny se va a la cama a las nueve. Se queda dormido en el sofá casi todas las noches un rato antes.

Danny se levantó del sofá y corrió hacia Jack, al que dio un abrazo tremendo.

—Sabía que vendrías. Le dije a la tía Mónica que te llamara.

—Siempre puedes llamarme, Danny. —Jack le alborotó el cabello a Danny y miró a la amiga de Mónica, a quien nunca antes había visto.

—Espero de tu madre se encuentre bien.

La muchacha contuvo las lágrimas.

—Gracias.

—Gracias de nuevo, Jack. Te debo una.

Después se fueron.

—La amiga de Mónica estaba muy triste. Dijeron que su mamá se ha hecho daño en un choque.

Jack caminó con Danny hasta el sofá y ambos se sentaron. La televisión estaba encendida y se veían dibujos animados.

—Se encontrará bien, compañero. Nada por lo que preocuparse.

—Mi mamá se ha ido en auto esta noche —dijo Danny, sorprendiendo a Jack.

«Bien», pensó. Se encontró con él en otro lado en lugar de darle su dirección.

Danny aguzó la mirada. Jack comprendió que era la preocupación de Danny por el bienestar de su madre lo que había motivado el comentario.

—Estoy seguro de que tu madre conduce con cuidado —dijo Jack, tratando de tranquilizar al niño.

—A nuestro auto siempre se le rompe algo.

Sí, Jack ya lo sabía. La idea de que Jessie anduviera por ahí sin su teléfono tampoco le hacía ninguna gracia. ¿Y si su auto se quedaba parado en alguna calle perdida? Después de las diez de la noche había un montón de calles oscuras y

desiertas en Ontario. Y ya eran las ocho y cuarto.

—¿A qué hora se ha ido tu mamá?

—Hace una hora, creo.

Genial, Jack tenía que confiar en la memoria de Danny. De todos modos, lo más seguro era que Jessie estuviera cenando.

Con él. ¡Brad! Probablemente era una abreviatura de Bradley. ¡Qué nombre de blandito!

—¿Qué estabas viendo?

—*Bob Esponja*. Es divertido. Esos son Patricio y Arenita...

Danny le mostró todos los personajes principales mientras Jack escuchaba. Había oído hablar del programa, pero no podía decir que alguna vez se hubiera sentado a mirar un episodio. Se descubrió a sí mismo riéndose de los chistes y de los toques de humor para adultos del dibujo animado.

A las ocho y media, Jack le sugirió a Danny que se pusiera el pijama y se cepillara los dientes para no olvidar hacerlo antes de irse a la cama. Danny se bajó del sofá de un salto y fue a su habitación.

Jack entró en la cocina y vio los libros de Mónica y su amiga que ocupaban toda la mesa. Entre ellos, había platos con *pizza* y bocadillos a medio comer. Jack se arremangó la camisa y se dio cuenta de que llevaba un traje, aunque sin corbata. Quizás Mónica regresaría antes que Jessie. O Jessie estaría tan cansada de verlo aparecer por todos lados que no notaría su ropa. No podía cambiarse ahora.

Jack se puso a ordenar un poco y enjuagó los platos antes de colocarlos en el lavavajillas. Danny entró dando saltos y muy sonriente.

—Todo listo.

—Muy bien, ahora, ¿qué quieres hacer?

—¿Sabes jugar a las cartas? —preguntó.

—Conozco algunos juegos. —Pero Jack dudaba de que fueran los mismos que conocía Danny.

—Genial —dijo mientras volaba nuevamente por el pasillo y regresaba en cuestión de segundos con un mazo de cartas en la mano.

—Podemos jugar al roba montón o a la guerra. ¿Sabes jugar a la guerra?

No tenía ni idea.

—Apuesto a que puedes enseñarme.

De vuelta en la sala de estar, Danny se sentó sobre sus rodillas en el suelo y repartió las cartas. Explicó las reglas, que Jack parecía recordar vagamente, y ambos comenzaron a jugar.

Habían pasado cinco minutos de las nueve cuando Jack se dio cuenta de la hora.

—Amigo mío, ya es hora de acostarte —dijo Jack.

Danny hizo un gesto de fastidio.

—Pero siempre me duermo en el sofá.

Cierto, Mónica se lo había dicho. Jack supuso que no sería el fin del mundo si dejaba que el niño se quedara despierto hasta un poco más tarde que de costumbre.

—Está bien, pero hay que guardar las cartas y quedarnos tranquilos.

Danny tiró las cartas sobre la mesa de café y se acurrucó en el sofá junto a Jack.

—Me gusta que cuides de mí —le informó Danny—. Tal vez puedas venir otra vez.

El pecho de Jack se hinchó de ternura.

—Tú también me caes bien, compañero.

Jack ni se inmutó cuando Danny apoyó la cabeza en su hombro. Después de veinte minutos de otro divertido dibujo animado, Danny estaba dormido como un tronco y prácticamente todo su cuerpo apoyado sobre el regazo de Jack. Jack sonrió y le acarició la parte de atrás de la cabeza. Con el mando a distancia, Jack puso las noticias de la noche y bajó el volumen.

Al lado de la televisión estaba el árbol de Navidad de la familia Mann. Había algunos regalos esparcidos a sus pies. Jack se dio cuenta enseguida de cuáles eran de Danny para su madre y su tía. Envueltos en papel de regalo hecho en casa, que en realidad era una bolsa de papel pintada de verde y rojo, estaban colocados orgullosamente delante de los demás. La media de Danny colgaba de un clavo en la pared.

El árbol en la casa de su infancia lo armaban y lo desarmaban los empleados de su padre. Los regalos los envolvían en las tiendas mucho antes de que llegaran a casa. Al detenerse a pensar en ello, Jack se preguntó si su padre había ido alguna vez a comprar los regalos para él y Katie, o había enviado a su secretaria a hacer ese trabajo. Probablemente lo segundo. Sin embargo, eso había cambiado en los últimos años, lo que era algo positivo. Gaylord nunca había sido despreocupado, simplemente no tenía ni idea acerca de sus hijos.

Jessica había armado un hogar y una Navidad con amor. El apartamento sería pequeño, pero era la viva imagen de la Navidad y de la familia. El sofá desgastado le resultaba tan cómodo como cualquier sillón de cuero donde había tenido el placer de apoyar el trasero.

El informativo anunció que eran las diez y Jack no pudo evitar pensar en dónde estaba Jessie y qué estaría haciendo. La preocupación nubló sus pensamientos felices.

Si Jack hubiera revelado ciertas verdades acerca de sí mismo, tal vez ella no estaría con *Braaad*.

Una parte de él quería decirle la verdad, y la otra parte le recordaba que si ella decidía de un día para otro que era lo suficientemente digno para salir con ella, para pasar tiempo con ella y hacerle el amor, entonces nunca sabría si lo que quería era a él o a su dinero.

La culpa en sus ojos cuando le había dicho que iba a una cita con ese perdedor le había dicho mucho. Jessie se preocupaba por lo que pensaba Jack. Sonrió al pensar

en eso. Sin lugar a dudas, había calidez en la mirada de Jessie cuando lo miraba. Por Dios, lo sentía cada vez que estaba cerca de ella. Alguien de allá arriba realmente debería beatificarlo o algo así por la forma en que se había controlado con Jessie.

Danny suspiró entre sueños; un hilo de baba cayó desde la boca del niño hasta los pantalones de Jack. Jack estaba a punto de levantarlo y llevarlo a la cama cuando oyó girar una llave en la cerradura de la puerta de entrada.

Jessie entró mirando hacia abajo. Tenía los zapatos en una mano y las llaves y el bolso en la otra. Se volvió hacia la puerta y aseguró el cerrojo y la cadena sin darse cuenta de que Jack estaba allí. Apoyó la cabeza contra la puerta y dejó caer los zapatos contra el suelo.

—Dios, Mónica, no te vas a creer lo de esta cita. —Jack podía decir con orgullo que el tono de Jessie no era feliz ni soñador.

Lentamente, Jessie se volvió y miró al frente. Dejó escapar un rápido chillido, conteniéndolo antes de que se convirtiera en un grito de verdad. Su mano se posó volando en su boca, su mirada se centró en su hijo, que estaba sobre el regazo de Jack.

Jack se puso el dedo en los labios y dijo:

—Chsss, Danny está muerto de cansancio.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó en un tono cortante y en voz baja.

CAPÍTULO DIEZ

—Permíteme que lo lleve a la cama —susurró Jack.

Luego levantó al niño con sus fuertes brazos, lo apoyó contra su pecho, y se dirigió a la habitación de Danny.

El corazón de Jessie iba a mil. ¿Qué estaba haciendo Jack en su apartamento, y dónde diablos estaba Mónica?

Dos horas antes, Jessie se había dado cuenta de que había dejado su teléfono en casa; había estado a punto de pedir el teléfono del restaurante para llamar a su hermana. Pero no lo hizo, y continuó con su desastrosa cita hasta que no pudo soportarlo más.

De pie en la puerta, Jessie observó a Jack arropar a Danny en la cama como si lo hubiera hecho mil veces. Danny se dio la vuelta, aún dormido, arrastrando consigo a Tex, la serpiente. Jack salió silenciosamente de puntillas, pasando entre Jessie y el marco de la puerta para llegar al pasillo. Ella cerró la puerta y le indicó que la siguiera.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó de nuevo.

—Mónica me ha llamado. Su amiga, la chica que estaba aquí esta noche...

—¿Lynn?

—Correcto. La madre de Lynn ha tenido un accidente y Mónica ha ido a llevarla al hospital. Tu hermana no creyó que fuera un buen lugar para Danny y tú estabas sin teléfono, así que me llamó a mí.

—¿Por qué tú?

«¿Quién más?», pensó Jessie. Su madre vivía demasiado lejos y no venía a ver a Danny muy a menudo, pero vendría en caso de emergencia.

—Yo estaba cerca y disponible. Fue idea de Danny.

La explicación era razonable, pero a Jessie no le hacía ninguna gracia ver al hombre que se había inmiscuido sin saberlo en su cita, incluso antes de que empezara. Jack le lanzó una sonrisa. Sus hoyuelos aparecieron. Maldita sea.

Había pensado en esa sonrisa durante la última media hora. Durante los últimos treinta minutos, mientras caminaba desde donde había dejado su auto de nuevo averiado, ese pedazo de chatarra.

—¿Podría pasar algo peor esa noche? —dijo mientras apartaba la mirada de la

relajada sonrisa de Jack y sus brillantes ojos grises.

—¿Qué has dicho? —preguntó Jack.

—Nada, nada.

Jessie tomó sus zapatos de donde los había dejado y abrió el cerrojo y la cadena para que Mónica pudiera entrar cuando llegara.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Su voz ya no tenía un tono risueño y, de repente, Jessie se encontró al borde de las lágrimas. No, no estaba para nada bien.

Pero, maldita sea, no necesitaba que su corazón lastimado, y sus probablemente lastimados pies, alertaran a Jack sobre su estado. Parecía que siempre estaba en deuda con Jack y hacía apenas un mes que lo conocía.

—¡Muy bien! —le dijo, casi ladrando.

—No parece estar muy bien, Jessie.

—Y ¿cómo sabes si estoy bien o no? Te conozco desde hace, ¿cuánto?, ¿un mes? Un mes, y mi familia ya te llama cuando hay una crisis —reconoció verbalizando su frustración y sus sentimientos.

—Me gustaría pensar que somos amigos —dijo Jack acercándose más a ella.

¡Qué pedazo de patraña! Jessie no fantaseaba con sus amigos. Durante toda la noche había estado comparando a Jack con Brad.

Jack tenía hoyuelos y unos ojos sonrientes, genuinos. Los ojos de Brad no tenían gracia y ni siquiera eran convincentes. Jack habría sido puntual. Brad había llegado tarde.

Jack prestaba atención a sus deseos y no habría pedido la comida para ella como lo había hecho Brad. Jack le preguntaba sobre su vida, la había conocido a través de largas conversaciones y no basándose en una batería de preguntas que la hacían sentir como si estuviera en el banquillo en un tribunal de justicia.

Y lo más importante, Jack nunca habría dicho o sugerido lo que Brad había intentado una vez que habían terminado de cenar. Jack era demasiado caballero, demasiado buena gente. Respetaba sus deseos, incluso cuando no creía en ellos. El hombre del momento se acercó a ella y le levantó el mentón para que lo mirara.

—Somos *amigos*, Jessie.

—De verdad, Jack. ¿Es eso lo que somos..., amigos?

—Claro.

—Solo amigos. ¿Quieres decir que, si me quitara la ropa en este momento y me ofreciera ante ti, no aceptarías?

Primero, las palabras hicieron que los ojos de Jack se abrieran grandes. Una corriente cálida de deseo iluminó su rostro. El efecto disparó un calor abrasador hasta lo más profundo de Jessie. Después, aquellos chispeantes ojos grises se entrecerraron.

—No soy un santo, Jessie, y tú sabes lo que siento por ti. —Su voz ronca

confirmó lo que su expresión ya había revelado.

—Los amigos no duermen juntos. —Sus palabras eran débiles.

—Una sola palabra y convertiré esta amistad en una relación más rápido de lo que una serpiente de cascabel ataca a su presa.

Lo haría, ella sabía que lo haría. El fuego en su mirada decía más que cualquiera de sus palabras.

—¿Con qué fin, Jack?

Jessie se apartó de él, sintió el ardor de las lágrimas en sus ojos.

—¿Cuál es mi problema? Tiene que haber algo más por ahí que fantasear con botas de *cowboy* y abogados que piensan que soy fácil porque soy camarera y tengo un hijo.

Jack la agarró del brazo y la giró hacia él. Su rostro se puso frío como piedra. Todo el fuego y el calor desapareció.

—¿Qué has dicho?

—Nada. —Trató de apartarse, pero él no la dejaba.

—¿Te ha hecho daño, Jessie? Por Dios, más vale que no lo haya...

—No. Mi orgullo. Mi ego. Pero no físicamente.

¿Por qué no podía encontrar una clase de hombre que tuviera una estabilidad financiera como Brad, pero que también tuviera todas las cualidades de Jack? Un sollozo escapó de su garganta y Jessie dejó caer la frente sobre el pecho de Jack. El consuelo de sentir su calor hizo que algunas lágrimas corrieran por sus mejillas. Jack puso la otra mano alrededor de ella y la atrajo hacia sí.

Tenía ganas de llorar, una larga sesión de llanto con pañuelos y ojos hinchados. Brad había dominado la cena, había hablado de su trabajo, su dinero, y después le había preguntado si quería ir a su casa un par de horas para «terminan la cita».

A ella le sorprendió la propuesta, no sabía muy bien cómo reaccionar. Jessie le dijo que ella no funcionaba así. Brad parecía ofendido. Hasta ese momento no se había percatado de su ego grande como una montaña. No podía creer que lo estuviera rechazando. No tenía ni siquiera interés en tener una segunda cita con ese tipo, mucho menos en acostarse con él.

Con toda la dignidad de la que fue capaz, Jessie estimó el precio de lo que había comido, arrojó unos billetes sobre la mesa y salió del restaurante. Cuando su auto se quedó a mitad de camino, gritó y pataleó, con golpes al tablero incluidos. En realidad, la caminata a casa con tacones probablemente había ayudado a aplacar un poco su ira.

Después, encontrar a Jack sentado en el sofá, Danny acurrucado en su regazo, dio lugar a una nueva ola de emociones.

Jack era tan... Jack.

Allí estaba, llorando en sus brazos, unos brazos que no le correspondía disfrutar.

Jessie levantó la cabeza de encima de su camisa blanca y vio la mancha de rímel en su hombro.

—Soy un desastre. Mira cómo he dejado tu camisa.

Jack tomó su cara con ambas manos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—No es más que una camisa.

Se dio cuenta de que era una camisa de vestir y que Jack no iba vestido con los vaqueros y el sombrero de siempre. ¿La llamada de Mónica había interrumpido una cita?

Quería preguntar, pero en realidad no quería saber. Jack le secó las lágrimas con el dedo pulgar.

—¿Quieres que le pegue una paliza al tal Brad?

Se echó a reír, a pesar de sí misma.

—Es abogado.

—Probablemente pelea como un muñeco.

—Te denunciará y saldrá ganando.

Las palabras de Jack eran como una agradable inyección de testosterona.

—Te agradezco el ofrecimiento.

La sonrisa de Jack se desvaneció lentamente mientras la abrazaba. Sus ojos recorrían su rostro, sus pulgares pasaron de enjugarle las lágrimas a acariciarle el contorno del labio inferior. Era como si estuviera tratando de memorizar sus facciones, apreciando cada detalle, cada línea, y guardándolo todo en su memoria.

Jessie se descubrió estudiándolo. Los ojos grises tenían manchitas plateadas que resplandecían de vez en cuando. Al pasar el dedo a lo largo de su mandíbula, se pinchó con su barba de un día. Estaba bien afeitado la mayor parte del tiempo, pero sus mandíbulas tenían un atractivo más masculino cuando estaba así. Le gustaba. La parte recia de Jack que le daba ganas de pelearse por ella y patearle el trasero a Brad.

Su mirada se centró en los labios suaves de Jack, junto a su barbilla que pinchaba.

Labios *besables*. Quería tener esos labios contra los suyos más que nada en el mundo. Jessie tembló en sus brazos y se mordió el labio inferior. Todo su rostro parecía estar haciéndole una pregunta, sus manos se tensaron, ella se inclinó hacia adelante y puso sus labios sobre los de él. No hubo fuego lento, largo hervor ni vapor. Hubo solo un fuego instantáneo. Jack inclinó la cabeza y el beso se hizo más profundo. La mano de Jessie estaba en su pelo, disfrutaba de tocar su textura sedosa, de tocarlo a él. Sus lenguas se disputaban el control y se exploraban mutuamente.

Jack era perfecto. Fuerte y duro en todos los lugares correctos y suave y tierno en los demás. Su boca atacó la de ella, mientras sus manos le acariciaban lentamente la espalda y la cintura. El deseo y la necesidad de este hombre, este soñador, socavó su voluntad. Sus pezones ya se endurecían, convirtiéndose en firmes capullos, y su cuerpo murmuraba melodías.

La mano de Jack bajó por su espalda hasta que sintió que le asía su trasero. El gesto íntimo le trajo alivio y frustración. Alivio porque las manos de Jack estaban sobre ella, y no solo en un sueño. Frustración por la certeza de que no debería estar disfrutando tanto de sus besos, sus caricias. Jack despegó sus labios de los de ella y comenzó a explorar su cuello, sus orejas. Ella abrió la boca y echó la cabeza hacia atrás. Su ropa de repente comenzó a apretarla, a quemarla. Amigos con derecho a roce. Podrían hacerlo..., ¿no?

Pero no podían. No sería justo para Jack. Sería fácil para ella llevarlo a su cama fría y solitaria, y después, ¿qué?

¿Qué ocurriría mañana? Jessie odiaba no poder eliminar los pensamientos que acechaban en su mente y simplemente disfrutar del tacto de ese hombre. Y, ¿si no funcionaba? ¿Cómo sobreviviría la amistad?

Jessie se dio cuenta de que su mano se había deslizado dentro de la camisa de Jack y estaba aferrada a su piel desnuda. Retiró la mano.

—Jack —susurró.

Él paró de besarle el cuello y la miró a los ojos.

—No deberíamos... estar haciendo esto.

No ahora, no después de ese infierno de cita, no con sus emociones a flor de piel. Necesitaba pensar, tomar calculadas decisiones acerca del hombre que tenía en sus brazos.

—Deseas esto tanto como yo —Jack verbalizó lo obvio. Imposible negarlo.

—No quiero arrepentirme, Jack. Provocas tantas emociones dentro de mí, que no puedo ver con claridad.

—Cariño, somos dos.

—Pero... nos arrepentiríamos. Tal vez no hoy, pero sí mañana o al día siguiente.

Cuando Jack estuviera satisfecho y partiera para perseguir su próximo sueño, tendría una montaña de remordimientos.

—Yo nunca, jamás, me arrepentiré del tiempo que paso contigo.

Sus sobrias palabras la hicieron darse cuenta de cuánto se arrepentiría.

—Valoro nuestra amistad... Si hacemos esto, ya no habría amistad.

Jessie sabía que él no podría negarlo. Jack gimió y la besó en la frente antes de despegarse de ella. Su cuerpo se enfrió al instante, la realidad se enraizaba ya en su corazón, apretándolo fuerte.

Jack agarró su chaqueta e introdujo sus brazos en las mangas. En la puerta, se volvió hacia ella.

—Tienes mi número.

Lo que significaba que le tocaba hacer el próximo movimiento.

—Gracias.

Jack asintió con la cabeza, le echó una larga mirada apasionada y salió por la

puerta.



Jack se metió en la ducha y se quejó del agua fría. No había nada remotamente satisfactorio en una ducha fría. Para lo único que servía era para enfriar sus hormonas enfurecidas que estaban en un ciclo de continua ebullición cuando Jessie estaba presente.

Había estado muy vulnerable esa noche. En retrospectiva, le alegraba que ella se hubiera apartado. Abandonado a sí mismo, él no lo habría hecho. Se habrían disfrutado mutuamente en la cama, pero había visto el dolor en los ojos de Jessie; ella se habría arrepentido.

Habría tenido razón al hacerlo. Una vez que durmieran juntos, aquella pseudoamistad volaría en pedazos y Jack se aferraría a Jessie tan fuerte como pudiera. No más citas siniestras con abogados que la tomaran por una chica fácil. No más la farsa de que no le importaba si otro hombre la miraba con deseo. Jack Mascall era muchas cosas, pero no compartía sus mujeres, y ninguna había significado tanto para él como Jessie.

Jack dejó que el agua fría le corriera por el rostro antes de girar para que se escurriera por su espalda. Sus motores comenzaron a enfriarse, pero aún le ardían las entrañas. Solo que ahora el combustible que los alimentaba era una ira incendiaria hacia Brad, la serpiente traicionera. ¿Cómo se atrevía a esperar algo en una primera cita con una mujer a la que apenas conocía?

¿Cómo podía haber confundido a Jessie con ese tipo de mujer? Jessie era amable y cariñosa, y merecía respeto. Jack sabía que se preocupaba por sus sentimientos y por eso decidió no dormir con él esa noche. No quería que él se enamorase de ella, porque no estaba dispuesta a corresponderlo. Pero Jessie no se daba cuenta de que ya era demasiado tarde.

Jack cerró el grifo y salió de la ducha. Agarró una toalla y se secó. Demasiado tarde. Jack estaba perdido. Y también estaba Danny... Dios, se había encariñado con el niño. El hecho de que su verdadero padre se hubiera ido sin mirar atrás una sola vez indignaba a Jack.

Envolvió sus caderas con la toalla y se pasó los dedos por el pelo mojado.

—Ten paciencia —se dijo a sí mismo en el espejo. La paciencia estaba totalmente sobrevalorada.

Jessie se sobresaltaba cada vez que una *pickup* se detenía en el aparcamiento del restaurante. Y la decepción era enorme cuando Jack no bajaba de ninguna de ellas.

Había trabajado un par de horas extra cada mañana para uno de los camareros

de día, y así hacerle las cosas más fáciles a Mónica, que tenía que llevar y traer a Jessie del trabajo, ya que tenían un auto menos. Su vehículo estaría listo en un par de días, pero los gastos extras le estaban haciendo mella a su presupuesto de Navidad.

Danny se merecía mucho más de lo que le podía ofrecer. Un hombre como Brad habría podido proporcionarle alguna ayuda financiera, pero se habría quedado corto en el aspecto emocional.

¿Qué era peor —se preguntaba—, un hombre a quien le importaba más que nada en el mundo, pero que solo se quedaría por un rato, o un hombre a quien no le importaba en absoluto? ¿El dinero duraría más que los recuerdos? ¿El dolor duraría más que el dinero?

Era medianoche en su primera noche libre desde la desastrosa cita con Brad. Jack no había llamado, ni había pasado a visitarla. Mónica había terminado el semestre y estaba disfrutando de un muy merecido descanso con un viaje a Big Bear, donde el nivel de la nieve se medía en metros en lugar de centímetros. Mónica no esquiaba, pero disfrutaba de la nieve y de los chicos que se desplazaban en masa hacia ella.

Jessie se quedó mirando el techo de su dormitorio, sin poder dormir. Danny se había ido a dormir temprano con un poco de tos. Jessie se levantó de la cama, se echó una bata sobre los hombros y se puso sus pantuflas. De camino a la cocina en busca de un poco de leche tibia para ver si le ayudaba a dormir, oyó toser a Danny en su dormitorio.

Al abrir la puerta, vio que se había quitado el edredón. Entró y fue a taparlo. Al ver que su frente estaba sudando, se detuvo. Al colocar el dorso de la mano sobre su cara, se dio cuenta de lo caliente que estaba.

Danny comenzó a toser de nuevo, y esta vez sus ojos se abrieron, vidriosos y desenfocados.

—Hola, chiquitín.

Los ojitos de Danny se llenaron de lágrimas al instante.

—Me siento mal, mamá.

Jessie lo sentó en la cama, y empezó a toser aún más fuerte. Bajo el pijama, su piel ardía de fiebre.

—Espera aquí —le dijo antes de salir corriendo hacia el baño en busca del termómetro.

—A ver, chiquitín. Vamos a ver cómo estás.

Le introdujo el termómetro entre los labios y se lo puso bajo la lengua. Danny tosió encima del aparato mientras le quitaba el pijama caliente de su cuerpecito. El frío de la habitación lo tenía temblando, pero Jessie recordó lo que Mónica había dicho de los niños que llegaban enfermos a la clínica: no es cruel dejar a un niño que arde de fiebre en ropa interior. Es mucho peor dejar que la fiebre suba y el calor se acumule dentro.

Danny seguía tosiendo, solo que no sonaba como si tuviera flema. Incluso hacía un ruido chirriante cuando tomaba aire.

Por dentro, Jessie comenzó a entrar en pánico. Por fuera, sonrió y acarició la cabeza de Danny. Su auto estaba en el taller y Mónica estaba fuera de la ciudad.

Era tarde en plena noche, y el único lugar abierto era la sala de emergencias del Upland Community.

Jessie le sacó el termómetro de la boca a Danny y ladeó el tubo de vidrio hasta que vio la línea roja: cuarenta grados. Ahora era el momento de entrar en pánico.

Corrió al baño y localizó el antitérmico para niños. Leyó la caja para ver cuánto debía darle. La tabla de peso indicaba que hacían falta dos comprimidos, así que se puso dos en la mano y se apresuró a regresar al lado de Danny.

Danny gimió cuando le dio la medicina, su cuerpo se estremeció, y su tos no se detuvo.

—Ten, bebé. Toma estos.

—¿Saben mal?

—Saben bien, pruébalos. Harán que te sientas mejor.

Pero cuarenta grados no estaba bien. Tenía que llevarlo al médico. La tos le preocupaba incluso más que la fiebre. Deseó que su hermana estuviera allí para ayudarla. Jessie corrió a su habitación, tomó un teléfono inalámbrico y regresó volando junto a Danny. Su madre estaba demasiado lejos. Sus dedos volaron sobre los números, sin dudar ni un momento. Jack respondió al primer timbre.

—Jack, gracias a Dios que te he encontrado.

—¿Jessie? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Había pánico en la voz de Jack, y eso hizo que el suyo se intensificara.

—Es Danny.

Danny comenzó a toser de nuevo.

—Está enfermo y mi auto está en el taller. Necesita...

—Quédate tranquila. Voy para ahí.

—Date prisa.

Pero él ya había colgado el teléfono.

Jessie le puso rápidamente una camiseta a Danny, y lo sentó en el sofá con la ayuda de unos almohadones. En su habitación, se puso la ropa que había llevado el día anterior y tomó su bolso del tocador.

De vuelta en la sala de estar, le quitó el cerrojo a la puerta y después tuvo que esperar. Los ojos de Danny se cerraban a ratos, entre sus accesos de tos. Jessie nunca se había sentido tan impotente en toda su vida.

Mecía a su hijo hacia adelante y atrás mientras él se aferraba a Tex. Jessie hacía lo posible por ignorar el temblor de su cuerpo. Esa parte de la maternidad realmente era horrible. ¿Por qué no podía ser ella la que se pusiera enferma? ¿Por qué Danny?

Oyó a Jack correr por el pasillo antes de que la puerta se abriera. Allí estaba,

gracias a Dios. Jessie sintió deseos de llorar de alivio. Jack ralentizó sus pasos y se agachó para tomar a Danny en sus brazos.

—Hola, compañero —dijo, saludando primero a su hijo.

Danny trató de sonreír, pero solo consiguió toser.

—Ves, esa tos es mala —dijo Jessie, alarmada.

Jack negó con la cabeza.

—Chsss, yo me ocupo. Toma tu bolso y cierra la puerta.

—Está bien —dijo ella, siguiendo sus instrucciones y caminando a su lado.

El aire frío de afuera le pegó con fuerza. Jack abrió la puerta del acompañante y aseguró a Danny en el asiento del medio con el cinturón de seguridad. Jessie se sentó junto a él y Jack dio la vuelta corriendo y se sentó en el asiento del conductor.

—¿Dónde queda el consultorio de emergencias más cercano? —preguntó.

Jessie le dio instrucciones y Jack arrancó. No conversaron, no sonrieron. Jack parecía tan preocupado como ella.

Jack entró al hospital llevando a Danny en brazos. Había bastante gente en la sala de espera, en su mayoría estaban dormidos, parecían esperar a sus familiares.

—Hola —dijo la señora que estaba detrás del vidrio blindado, con una sonrisa, mientras ponía frente a ellos una hoja de registro.

Jessie escribió el nombre de Danny de forma automática.

—Tiene más de cuarenta de fiebre y dificultad para respirar a causa de la tos.

La señora la miró con un gesto comprensivo y dijo:

—Llamaré a la enfermera.

Jessie miró a Jack, que no se había sentado. Danny tosió en su hombro.

—¿Por qué se demoran tanto? —preguntó, aunque no hacía ni un minuto que la mujer se había ido.

Cuando regresó a la ventanilla, había otra señora mayor con un estetoscopio alrededor del cuello y un bolígrafo en la mano. Miró a Danny a través del vidrio e hizo un gesto con la mano mientras decía:

—Vengan aquí atrás.

Al dar la vuelta, Jessie y Jack fueron hacia la ajetreada sala de emergencias y los instalaron en una pequeña habitación. Jack se sentó junto a la mesa y puso a Danny en su regazo. Jessie agarró una silla y se movió más cerca.

—Soy Teresa, una de las enfermeras. ¿Cuánto hace que Danny está enfermo?

—Solo hace unas pocas horas. No se sentía bien antes de irse a la cama, pero no tosía así.

Teresa colocó un sensor en el dedo de Danny y lo ajustó con cinta.

—¿Qué temperatura tenía en casa?

—Cuarenta. Le he dado Tylenol justo antes de venir.

—Bien. La mayoría de los padres solo vienen corriendo y no piensan.

Teresa le hizo una serie de preguntas. Cuánto pesaba Danny, enfermedades

previas, vacunas, alergias a medicamentos. Jessie respondió todo mientras la enfermera escribía a toda velocidad.

Ella desconectó el sensor de la máquina pero lo dejó conectado al dedo de Danny.

—El oxígeno en sangre está bajo; es bueno que hayan venido.

—¿Eso es malo? —preguntó Jack.

—Si no se hace nada es malo —confirmó—. No se preocupe, nos encargaremos de su hijo.

Ni Jessie ni Jack corrigieron a la enfermera.

—Su temperatura sigue siendo alta, treinta y nueve. Voy a darle un poco de ibuprofeno.

—¿Se puede si ha tomado antes Tylenol?

—No hay problema. Ambos medicamentos tienen el mismo objetivo, pero funcionan de manera diferente. Muchos niños tienen fiebre alta, y se las bajamos usando ambos medicamentos todo el tiempo.

Teresa se levantó e hizo un gesto para que la siguieran.

—Vamos, papá, venga conmigo.

Jack siguió a la enfermera con Danny en brazos, y Jessie siguió a Jack.

CAPÍTULO ONCE

La enfermera los condujo a una habitación. Allí encendió un monitor y enchufó el sensor de oxígeno que Danny llevaba en el dedo. Jack vio el número noventa y cuatro, pero no entendía qué significaba. Cuando el número bajó a noventa y dos, la máquina empezó a pitar, lo que no creía que fuera buena señal. En algún momento, la enfermera salió de la habitación para ir a buscar a un médico y Danny buscó a su madre.

Jessie lo acomodó sobre su regazo y se sentó en la camilla junto a él. Comenzó a mecerse y a hablarle en voz baja a Danny, que estaba más despierto y ansioso por saber dónde se encontraba y qué iba a pasar con él.

—¿Me van a poner una inyección? No quiero una inyección.

Jack caminaba de un lado a otro.

—No te preocupes por eso, chiquitín —le dijo Jessie a su hijo. Miró entonces a Jack—. Oye, ¿te has dado cuenta de que Jack nos ha llevado de paseo en su camioneta? Genial, ¿no?

Danny lo miró.

—Me gusta tu camioneta —dijo, con los ojos vidriosos.

Jack sabía que Jessie estaba tratando de distraer a su hijo.

—Cuando te mejores, tenemos que ir a hacer *wampum* en el barro con mi camioneta —dijo—. Es muy divertido.

—*Wa...* ¿qué es eso? —le preguntó Danny, tosiendo.

—Es cuando salimos a andar por caminos de tierra después de la lluvia y dejamos que los charcos de barro salpiquen la camioneta. En Texas, los charcos de barro son grandes de verdad.

—Me... —tosió— encantaría.

La enfermera regresó con un médico.

—Hola, amigos. Soy el doctor Shields. Este debe de ser Danny.

El doctor Shields hizo un montón de preguntas mientras auscultaba los pulmones de Danny y examinaba sus oídos y su garganta.

—Empecemos tratamiento con Albuterol —dijo mirando a la enfermera—. Cuando termine con el primero, lo enviaremos a rayos X para echar un vistazo.

Teresa salió de la habitación y el doctor Shields comenzó a explicar lo que

estaba sucediendo.

—¿Danny nunca ha tenido asma, algún tipo de alergia?

—No, no.

—¿Ha comenzado a ir a la guardería este año?

—Sí.

—Me temo que las guarderías exponen a los niños a todo tipo de enfermedades nuevas e interesantes. Voy a darle un tratamiento para abrirle las vías respiratorias, para que le sea más fácil respirar. Una vez que le haya bajado la fiebre, probablemente se relajará y mejorará la saturación de oxígeno. Tiene una infección de oído, te daré antibióticos para que le des en casa, pero quiero que lo vea su pediatra a finales de esta semana.

La cabeza de Jack empezó a dar vueltas.

—¿Tiene asma?

—Lo dudo, ya que es la primera vez que padece estos síntomas. Hay muchas enfermedades acechando en esta época del año. Las alergias no se dan solo en primavera. Los vientos que soplan aquí causan estragos en muchas personas, incluso en aquellas que no tienen asma. Para estar seguros, que su médico haga un seguimiento. Tomaremos una radiografía de tórax para asegurarnos de que no pasamos nada por alto y les daremos una copia en un disco para que se lleven a casa.

—Está bien —dijo Jessie.

—Seguiré mi ronda. Pongamos a Danny más cómodo. Vuelvo en un rato, y Teresa regresará en unos pocos minutos para empezar el tratamiento.

Jack tendió su mano y estrechó la del doctor.

—Gracias.

—De nada.

—¿Necesito una inyección? —preguntó Danny que estaba en brazos de Jessie.

—No por esta vez. A menos que tú quieras —dijo el doctor Shields, expectante, tomándole el pelo al niño.

—¡Ni loco!

Las palabras de Danny hicieron reír a todos.

En cuestión de minutos, Danny tenía un tubo de plástico con mascarilla que expulsaba vapor en la boca, e inhalaba así el medicamento para que llegara a sus pulmones.

La tensión en los hombros de Jack se redujo, y el ceño fruncido de Jessie y las arrugas de preocupación en su rostro se desvanecieron.

Pronto Danny quiso sentarse en la camilla sin que su madre lo sostuviera. Jessie lo acomodó y se sentó al lado de Jack. Pobre Danny, pensó Jack. Se debe de haber sentido como si estuviera bajo un microscopio con los dos mirándolo, atentos a su próximo movimiento. Cuando Danny terminó de inhalar el medicamento por el tubo de plástico, la enfermera regresó y apagó el oxígeno.

Un administrativo entró en la habitación y pidió información sobre el seguro de Jessie, que ella le facilitó rápidamente. Todo el proceso de documentación de su seguro de salud financiado por el Estado, y la facturación de la parte que le correspondía de los gastos de Danny se desarrolló con rapidez, y quedó todo listo.

Para ese entonces, Danny se había acurrucado a su lado y había cerrado los ojos.

—Gracias por venir, Jack —dijo Jessie, que estaba sentada a su lado.

Él bajó la mirada hacia el rostro cansado de Jessie y le puso el brazo alrededor.

—Me alegro de que me hayas llamado.

Para su sorpresa, Jessie se acomodó en sus brazos.

—Mónica está lejos y todavía no tengo mi auto.

—¿Cuándo se ha vuelto a estropear?

Tendría que haberle dicho a Max que arreglara todos los problemas de su automóvil.

—¿Recuerdas mi maldita cita?

Jamás la olvidaría.

—¿El sábado?

—El auto murió en el camino a casa. Caminé los últimos cinco kilómetros.

Maldita sea. Se estremeció pensando en ella caminando sola por la noche. Jack la apretó más contra él, para quitarle todas sus penas.

—Debiste habérmelo dicho.

Ella bostezó.

—¿Para que vinieras a rescatarme de nuevo? Eso ya no sucede. No siempre soy tan terriblemente inútil.

—¿Bromeas? Usted alimenta mi ego, señora. No hay nada mejor para mí que hacer que desaparezcan todas las cosas malas que le suceden.

Danny se había quedado dormido y por primera vez desde que Jack entró por la puerta del apartamento de Jessie, no parecía que lo estuviera pasando mal.

—Sí lo haces. Que el mal desaparezca. Esta noche había empezado a entrar en pánico. Si no hubieras contestado...

—Eh, sí he contestado y estamos bien. Danny ya se encuentra mejor.

Jack se acomodó y comenzó a acariciar el brazo de Jessie de arriba abajo hasta que madre e hijo cabecearon y se quedaron dormidos.



Jack colocó a Danny en la cama y lo cubrió con una sábana. Jessie le dio un beso a su hijo y salió de la habitación.

Eran las tres de la mañana.

—No sé cómo voy a hacer para agradecerte todo esto.

—Ya lo has hecho, Jessie.

Jack le echó una mirada a la sala de estar.

—Voy a descansar aquí en el sofá.

—No hace falta. Estoy segura de que Danny estará bien ahora. El médico piensa que dormirá hasta la mañana sin problema.

Jack se sentó en el sofá y se quitó los zapatos.

—Si no te importa, me quedo. Me ahorrará la molestia de tener que irme y regresar si hiciera falta.

Jessie lo miró como si fuera a discutir con él, pero luego sacudió la cabeza.

—Vale. El sofá se hace cama.

—Estaré bien en el sofá.

Jessie desapareció durante unos minutos y regresó con una almohada y una manta.

—¿Estás seguro?

Se quitó la chaqueta y le guiñó un ojo.

—Afirmativo.

—Está bien —le dijo ella—. Buenas noches.

—Buenas noches, cariño.

Jessie sonrió antes de darse la vuelta y dirigirse hacia su dormitorio. Jack tiró la almohada en un extremo del sofá y desplegó la manta. Como estaba demasiado acelerado para acostarse, se quedó sentado allí durante unos minutos, escuchando los pasos de Jessie en su habitación.

El árbol de Navidad estaba casi tan desnudo como la semana anterior. Eso estaba mal. El exuberante árbol que había en su *suite* del último piso del Mascal era lo que Jessie y Danny merecían. Estaba empezando a olvidar por qué seguía haciéndose pasar por un pobre soñador. Todas sus verdades a medias y mentiras flagrantes se le estaban yendo de las manos.

Esa noche, mientras Jessie dormía en sus brazos y Danny dormitaba en la camilla, Jack se dio cuenta de lo enamorado que estaba de ella. De ambos. Todos los indicios del enamoramiento estaban allí. Por alguna extraña razón, utilizar la palabra AMOR no le preocupaba en lo más mínimo. Tal vez con otra mujer se sentiría encerrado, atrapado, pero no con Jessie. La forma en que lo miraba, cómo lo llamaba cuando lo necesitaba. Ella se reía de sus chistes y lo escuchaba cuando necesitaba hablar. El suave balanceo de sus caderas y el movimiento de su pelo lo hacían explotar de deseo. Justo en ese momento, Jack la oyó moverse de un lado a otro en su cama en la otra habitación. Simplemente debía entrar allí y decirle la verdad.

«Jessie —le diría—, toda mi vida, todo lo que he querido es una mujer que me quiera por mí. Por quien soy yo y no por mi nombre o el dinero que gano. Entonces

entré en ese restaurante, y me dejaste sin aliento. Tenía que saber que me amarías por mí. No puedo dejar que sigas pensando que soy un soñador que no podría hacerte feliz si me dieras la oportunidad».

¿Tan terribles podrían ser esas palabras? A él le sonaban bien, y había estado fantaseando con decirlas durante semanas. Jack oyó el chillido de los resortes de su somier y se puso de pie. Acabaría con eso.

Sin embargo, cuanto más se acercaba a la puerta del dormitorio, más se le retorció el estómago. La puerta estaba abierta. Probablemente para que pudiera oír a Danny si la llamaba.

Se movió en la cama y comenzó a golpear la almohada. Jack la observó hacerlo un par de veces y sonrió. Por lo menos, no era el único que tenía problemas para dormir. Jessie se movió de nuevo y luego se quitó las mantas.

—Maldita sea —susurró.

—¿No te puedes dormir? —preguntó en voz baja.

Ella se volvió y lo vio de pie en la puerta. Encendió una lámpara de noche que iluminó la habitación con un leve resplandor.

—Esto es una locura —susurró.

Movió las mantas, revelando una camiseta larga con un muñeco de nieve comiéndose su nariz. El dibujo le resultó inexplicablemente *sexy*. Por otra parte, la forma en que Jessie se incorporó en la cama y su mirada sensual cuando se acercó a él le hicieron perder la razón. El pensamiento racional desapareció al tiempo que se le aceleraba el pulso.

Estaban parados, cuerpo a cuerpo, Jessie lo llevó a su habitación y cerró la puerta tras de sí. Jack había ido allí para decirle algo, pero que no podía recordar qué.

Sus pechos turgentes se alzaban contra la figura del muñeco de nieve; sus pezones asomaban a través de la delgada tela. Jessie comenzó a acariciarle el brazo hacia arriba y hacia abajo.

—¿Qué estás haciendo, Jessie?

—Si tienes que preguntarlo, estoy perdiendo mi talento —dijo con una sonrisa.

¿No había utilizado una frase similar hace poco tiempo?

—Pero tú no... —Lo hizo callar colocando un dedo sobre sus labios.

—Basta de hablar. He hablado hasta por los codos. Quiero sentir, Jack.

Dio un paso atrás, cruzó los brazos por encima de sus hombros y se quitó el camisón.

Se quedó parada allí, vestida con unas bragas de encaje de color rosa y nada más. La seducción de su mirada disparó una flecha certera hasta la ingle de Jack, cuyo corazón comenzó a cantar aleluya.

La piel de porcelana de Jessie se hundía y se hinchaba en todos los lugares correctos. Jack se sentía encandilado al estar a su lado de esa manera. Jack estiró la

mano y le tocó suavemente el hombro, luego la deslizó por su brazo. Vio cómo sus dedos dibujaban sobre aquella piel y notó que Jessie temblaba visiblemente cuando la tocaba.

Jack sintió como si hubiera esperado toda una vida para tocarla, para saborearla. Aquellos dos besos no habían saciado nada y lo habían encendido todo. Sus dedos se detuvieron en el codo antes de llegar a su cintura. Abrió la mano para tocar la mayor superficie posible de su piel, pero aún no era suficiente. Jack dejó que su otra mano siguiera la curva de sus suaves y acogedoras caderas. Sus brazos se erizaron de emoción. Cuando Jessie contuvo un sofocado jadeo del placer, Jack miró sus ojos color avellana, que se oscurecían cuando estaba excitada como ahora. Ella siguió disfrutando del contacto de sus manos y sin pedir nada.

Su boca se abrió cuando la mano siguió la curva de su cintura y tocó la parte de abajo de su generoso pecho con los nudillos. Sus pezones se endurecieron, transformándose en desesperados guijarros de carne que suplicaban ser tocados.

—Quiero ser todo para ti —se encontró diciendo.

Jessie llevó las manos hasta su camisa y desabrochó lentamente los botones. Con las manos temblorosas, se las arregló para empujar el último círculo de plástico a través del ojal y quitarle la camisa, que cayó a sus pies.

Las manos de Jessie se posaron sobre su pecho y los dedos se enterraron en la fina capa de vello que lo cubría. Un tentador pulgar le frotó el pezón, estimulando múltiples terminaciones nerviosas que habían estado inactivas por demasiado tiempo.

Ni siquiera se habían besado y su erección ya se tensaba contra sus pantalones.

No importaba cuánto la deseara, él no apresuraría este momento. No, este era un momento para explorar, sentir, tocar, probar y experimentarlo con todo su ser.

Jack inclinó la cabeza, apretó los labios contra el cuello de Jessie y sintió su pulso que latía con fuerza. Mordisqueó, lamió y besó hasta llegar a su clavícula. Entonces, el cuerpo de Jessie se amoldó al suyo.

Jack la envolvió en sus brazos. Sus labios se despegaron de aquella dulce piel y encontraron la boca de Jessie, que gimió mientras la besaba, pero no hizo ningún movimiento para acelerar el momento. Era como si se hubieran puesto de acuerdo en no apresurarse, en hacer el amor lentamente, profundamente.

Sus labios eran suaves, sabrosos. La boca de Jack se quedó en la de ella, explorando primero con los labios, aprendiendo acerca de cada curva, cada movimiento que la hacía gemir. Después, le ofreció algo más profundo y acopló su lengua con la de ella. Unas uñas, las de ella, se clavaron en su espalda al tiempo que se apretaba contra él. Sus pechos se aplastaron contra él y ella cedió al placer, dejándose poseer por su boca desesperada. El calor aumentaba, y Jessie comenzó a derretirse en sus brazos.

Jack la empujó hacia atrás, hacia la cama, y se dejó caer sobre el colchón detrás de ella. Las manos de Jessie quedaron libres para vagar por la superficie de su carne,

y lo hicieron con trazos largos, audaces, por la espalda y por encima de su trasero y sus piernas enfundados en los pantalones vaqueros. Si no estuviera vestido, ya estaría dentro de ella. Era mejor quedarse con los pantalones puestos mientras pudiera soportar la perversa tortura de su tacto.

Jessie estaba en llamas. El peso de Jack presionándola contra la cama era tan agradable como esas manos recorriendo sus caderas, más allá de sus bragas y bajando hacia sus muslos. Sus labios eran armas letales; la lengua, la munición que amenazaba con echar por tierra cada una de sus barreras autoimpuestas.

La besó hasta dejarla sin aliento y luego bajó para besar su cuello, su hombro. Sus manos sostuvieron sus pechos tensos, y una ola de deseo viajó hasta el vientre de Jessie y se detuvo en su entrepierna.

Ella levantó la pierna y la puso encima de la de él hasta que la rodilla de Jack se asentó firmemente contra su cuerpo. Era tan delicioso tenerlo en sus brazos. La idea de detenerse ni siquiera se le pasaba por la mente. Solo el deseo de sentir cómo la tocaba por todas partes gobernaba sus pensamientos.

Cuando la boca de Jack tocó su pezón, Jessie se arqueó, empujando sus caderas hacia arriba y contra la entrepierna de Jack. Ese leve movimiento y ese roce, esa conexión, había que repetirla.

Lo deseaba tan desesperadamente, pero tenía tan poco interés en apurar las cosas como él. Jessie deslizó su mano hacia abajo por el muslo de Jack y subió por entre sus piernas. Jack se rio encima de su pecho.

—Ahora te ríes —dijo mientras inclinaba descaradamente sus caderas hacia la pierna de él—. Sé lo que estás haciendo.

—¿Lo sabes?

—Retrasando mi placer, vengándote por todas las veces que te he negado lo que querías.

Él le pellizcó el pecho, y las palabras se desvanecieron de su boca y de su mente.

—Lo estoy retrasando, sí, pero no para vengarme de nada... sino por el propio placer —dijo él.

Su mano se deslizó por su estómago tenso y jugueteó con el borde de sus bragas. Ella contuvo el aliento, esperando. Cuando sentía que Jack vacilaba, Jessie abría los ojos y lo encontraba mirándola. Las manchas plateadas de sus ojos brillaban en la penumbra de la habitación. Jack deslizó los dedos entre el encaje y la piel, buscando lentamente su núcleo húmedo, palpitante. No había manera de mantener los ojos abiertos cuando la hizo abrirse al placer. Había pasado tanto tiempo desde que alguien la había tocado, y si era sincera consigo misma, nadie había jamás satisfecho sus necesidades de ese modo.

La mano de Jack se movía junto con las caderas de Jessie. Su respiración se volvió superficial, mientras su cuerpo comenzaba a estirarse y a ponerse rígido.

Lentamente, Jack desaceleró la creciente ola de éxtasis, dejando solo frustración.

—Eres incorregible, Jack Mass.

—Todo le llega al que sabe esperar —dijo.

¿Esperar? ¿Aún no habían esperado lo suficiente? «Ya verás».

Con una sonrisa, Jessie pasó la mano por la entrepierna de Jack. Sus dedos rozaron el interior de la cintura de su pantalón hasta que notó que el botón cedía.

—¡Oh, no! —dijo Jack, gimiendo, cuando ella rozó el contorno de su erección a través de sus pantalones vaqueros.

—Estoy de lleno en problemas, ¿verdad?

Jessie lo empujó hacia atrás y se inclinó sobre él para intentar algo distinto.

—Una catarata de problemas, vaquero.

Esos hoyuelos sexis que tenía asomaban a través de su sonrisa mientras una de sus manos se dirigía a su rostro y le acariciaba la mejilla.

—Puedo lidiar con eso —dijo.

«Ya lo veremos».

Jessie se tomó su tiempo para desabrochar la hilera de botones que mantenían abrochados sus pantalones. Se mantuvo deliberadamente alejada de la parte más caliente de su cuerpo cuando le bajó los pantalones hasta las caderas.

Jack se incorporó y terminó de quitarse los vaqueros. Una vez que su cuerpo estuvo libre de ellos, volvió a su lugar, con una sonrisa y los ojos muy abiertos.

«Usa *boxers*», pensó Jessie, mientras acariciaba sus caderas y sus nalgas antes de pasar al otro lado, evitando deliberadamente tocar su impresionante protuberancia. Se inclinó, apretó sus labios contra los de él y, en un abrir y cerrar de ojos, se entregó a su inquisitiva lengua.

La mano de Jack volvió a su cintura y la atrajo hacia él. Su pierna se colocó entre las suyas, ahora era el turno de Jack de montarse sobre su vientre. Moviéndose más rápido, Jessie sonrió mientras él la besaba y metió la mano entre sus cuerpos para atraparlo en el hueco de sus manos, a través de la tela de algodón de sus calzoncillos.

Despegando sus labios de los de ella, dijo entre dientes:

—Maldita sea, cariño, esto va a ser demasiado rápido si continúas haciendo eso.

Jessie le metió la mano por la bragueta y lo sostuvo firmemente.

—Todo le llega al que sabe esperar —repitió, haciéndole burla.

Algo explotó dentro de Jack y, en un suspiro, Jessie quedó atrapada debajo de él. Jack le sostuvo las muñecas, manteniéndola a distancia. La besó con fuerza, Jessie nunca, en toda su vida, había tenido tanta consciencia del hombre con el que estaba.

Temblando de deseo, Jack le soltó las manos, se inclinó y retiró el pedazo de encaje de entre sus piernas.

Se levantó de la cama, tiró sus calzoncillos junto a las bragas de ella y recuperó

sus vaqueros. De su billetera, sacó un condón y se lo puso rápidamente. Hasta ese gesto fue endiabladamente *sexy*.

Cuando regresó, Jessie se abrió para él, acunándolo entre sus piernas. Él se inclinó y la besó suavemente, la punta de su erección se deslizó contra ella, íntimamente, jugando.

Ninguno de los dos podía soportar la espera por más tiempo. Jessie pasó la mano por su torso, sus caderas, y luego por la parte de adelante, para ponerlo en posición.

Se miraron, con los ojos muy abiertos, mientras él comenzaba a poseerla lentamente, satisfaciéndola poco a poco.

El cuerpo de Jessie se agitó, como si despertara; tras estar dormido por tanto tiempo, sabía que su interior lo apretaría fuerte.

—Dios —jadeó una vez que estuvo completamente dentro.

Saciada y aún hambrienta, Jessie esperó a que Jack recuperara el aliento antes de comenzar a mecerse contra él. Jack encontró sus labios y la besó, empezaron a moverse y su cuerpo se tensó alrededor de él. Ambos respiraban con dificultad, esforzándose por alcanzar la meta del placer. La sensación de él deslizándose contra ella, elevándola más alto con cada movimiento, la ponía en la gloria.

Ella levantó las piernas y abrazó su cintura, y él comenzó a acariciarla con precisión, una y otra vez.

—Sí —dijo ella en un susurro áspero.

Estaba tan cerca de explotar, tan cerca, y después, quedó allí, ahogando su gemido en el hombro de Jack y sintiendo el espasmo de su cuerpo alrededor del de él. Aquello drenó cada una de las terminaciones nerviosas que habían estado inactivas durante mucho tiempo.

Jack se deslizó sobre ella, prolongando su orgasmo, hasta que recuperó el aliento y comenzó a moverse más rápido.

—Jessie —gritó cuando llegó al clímax y sus movimientos se hicieron más lentos, más largos, hasta que se derrumbó encima de ella.

Glorioso. No había otra manera de describir su unión. Ella lo abrazó y se olvidó del pensamiento racional. Solo existía el ahora. El resplandor que había dejado su amor. Jack se acostó a su lado y la llevó contra él.

Jessie entrelazó sus dedos con los de él y cerró los ojos. Quería decir algo, pero no le salían las palabras, entonces, optó por el silencio y la calidez de Jack, y en ese abrazo se quedaron dormidos.

CAPÍTULO DOCE

La despertó el olor a café. Al abrir los ojos, Jessie descubrió que el otro lado de la cama estaba vacío. Se sorprendió al ver que el reloj de la cómoda indicaba que eran poco más de las ocho de la mañana. Danny solía saltar de la cama a las siete, pero el pequeño o bien seguía durmiendo o bien estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no hacer ruido.

El recuerdo de la noche anterior la hizo sonreír. Se estiró y sintió un leve dolor en los músculos que había utilizado. Pero, oh, ese dolor era algo muy bueno.

Se levantó de la cama, se puso las pantuflas y la bata.

Al salir de su habitación, oyó el sonido del televisor, sintonizando algún dibujo animado. En la sala de estar, Danny estaba en el sofá con una manta encima de su regazo. Tenía un tazón de cereal en las manos. Normalmente no lo dejaba comer en el sofá, pero se veía tan cómodo. Con la noche que había pasado, Jessie no tuvo el valor de decirle que fuera a comer a la mesa.

—Estás despierto.

Jack sonrió mientras caminaba hacia ella, y le ofreció una taza de café a modo de saludo. La expresión de su cara le dijo que él quería darle un beso, pero en lugar de hacerlo, miró a Danny.

El hecho de que estuviera preocupado por Danny, o al menos eso es lo que le parecía a Jessie, expresaba cuánto la entendía Jack.

—Gracias —dijo, mientras se llevaba el café a los labios.

Hasta le había añadido crema y azúcar en la taza. Considerado. Siempre atento.

—Buenos días, mamá.

Jessie se acercó al sofá y apoyó la taza sobre la mesa, luego le tocó la frente a Danny.

—¿Cómo te sientes, chiquitín?

Todavía tenía las mejillas y la nariz rojizas y los párpados caídos. Pero su piel ya no estaba tan caliente como la noche anterior. Danny tosió un par de veces y luego dijo:

—Mejor. Creo que podré ir al parque más tarde.

«Ah, sí, claro».

—No creo que sea buena idea hoy. Tal vez mañana. O pasado.

—Le he tomado la temperatura al despertarse —le dijo Jack.

—Tenía 38.4, así que le he dado el ibuprofeno, como dijo el médico.

Jessie miró de Jack a Danny y luego le quitó el pelo de los ojos al niño. Danny estaba mirando el televisor, sin prestarle atención. Se puso de pie y se dirigió a la cocina; el aroma del pan tostado llenaba el pequeño espacio.

—Gracias por atenderle.

—Espero que no te moleste.

—¿Molestarme? Faltaría más, Jack, te lo agradezco.

Jack se apoyó contra la encimera y bebió un sorbo de café.

—No puedo creer que me haya dormido. ¿Cuánto hace que estáis despiertos?

—Alrededor de una hora. He oído a Danny en el baño y se me ha ocurrido ir a ver cómo estaba y dejarte dormir.

Jessie se puso frente a Jack, interponiéndose entre él y el campo visual de Danny. Se inclinó y lo besó.

—Gracias —dijo.

Luego se inclinó sobre ella y le dio un beso mucho más satisfactorio.

Cuando la soltó, ella sonrió y sintió que sus mejillas estaban tibias. Jessie se quedó contemplando la calidez de su mirada, incapaz de apartarse. ¿Qué estaría pensando Jack? Ella se veía terrible. El pelo aplastado por la almohada, los ojos medio dormidos, pero de todos modos, él le sonrió como si estuviera vestida de gala.

—Estás hermosa —le dijo en voz baja.

—Estoy horrible —lo corrigió ella.

Pero el hecho de que viera a través de su desaliñado aspecto de recién levantada era algo muy positivo. Él le pasó la mano por el costado de la cara y la miró directamente a los ojos.

—Cásate conmigo.

Al principio, Jessie pensó que había imaginado sus palabras. Cuando Jack se quedó mirándola fijamente, con una leve sonrisa en el rostro, comprendió que había oído bien.

—¿Qué has dicho?

Él se rio y le puso una mano alrededor de la cintura.

—He dicho: cástate conmigo.

«No, esto no. Ahora no».

El aire comenzó a circular con dificultad hacia sus pulmones, y no en el buen sentido. La expresión de Jack le mostró que había visto confusión en su rostro. La sonrisa de Jessie desapareció y comenzaron a temblarle las manos y la cabeza.

—Jack —dijo sin aliento.

—Esto es lo que quiero, Jessie. Tú, yo. Danny. Sé que tienes tus reservas.

Ella se liberó de su abrazo.

—No. No hagas esto. Por favor.

Maldita sea. Sabía bien lo que pensaba de los soñadores y de «para siempre».

Jessie miró hacia el otro lado y vio que Danny había puesto su cabeza sobre un almohadón. Tomó de la mano a Jack y lo llevó hasta su dormitorio. Luego cerró la puerta detrás de ellos y habló en un ronco susurro.

—¿Por qué haces esto? Sabes que no puedo casarme contigo.

La sonrisa de Jack empezó a desvanecerse. Comenzó a asimilar la realidad de que ella lo estaba rechazando.

—¿Porque no soy rico?

—No. —Se apartó de él, evitando la creciente frialdad de su mirada—. Te aprecio. De verdad. Lo que pasó anoche fue increíble...

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Piénsalo, Jack. Nos casamos, te mudas aquí. Entonces la novedad desaparece y empezamos a discutir a causa de los gastos de la casa. O recuerdas lo mucho que amas Texas, pero luego te das cuenta de que no puedes permitirte el lujo de volver allí. Querrás salir corriendo y yo estaré aquí, reteniéndote.

Se dio cuenta de que estaba divagando. Eso no tenía ni pies ni cabeza. ¿Por qué tenía que complicar las cosas? ¿No podían simplemente disfrutar de una relación física? ¿Por qué hacer promesas que él querría romper más adelante?

—Eso no va a suceder.

Él le agarró el brazo y ella se apartó.

—Sucedará. Necesitas encontrar a alguien que pueda irse contigo para hacer tus sueños realidad. No me necesitas a mí o a un niño que te retenga.

Se arrepentiría de estar con ella y con Danny en menos de un año. Los soñadores detestaban que la realidad les diera una patada en el culo.

—¿Qué pasaría si te dijera que tengo dinero?

—¡Basta! ¡Basta ya!

Odiaba eso. Odiaba sentir cómo se rompía su corazón tras haber estado tan lleno de vida solo unos minutos antes.

—Somos amigos, Jack. No quiero arrepentirme de lo de anoche, ya que por un momento pensé que tal vez podríamos ser «amigos con derecho a roce» o una de esas tonterías. Obviamente, no es el caso.

Jessie aún veía esperanza en sus ojos, y sabía que tenía que decir algo para hacer que él buscara su «para siempre» con otra persona.

—Fue solo sexo, Jack.

—¿No fue nada más que eso para ti? —preguntó Jack, cortante.

Su tono le daba ganas de llorar. Le tembló la boca y sintió el ardor de unas lágrimas en los ojos.

—Sí.

Hizo todo lo posible para sonar convincente. Como la miraba de forma fija, ella se dio la vuelta.

—Creo que debes irte.

«No voy a llorar. No voy a llorar».

—¿Jessie?

—Vete ya.

No se dio la vuelta. No podía. Si veía el dolor en sus ojos, él se daría cuenta de que le importaba, y seguiría intentándolo.

Jessie contuvo la respiración hasta que lo oyó salir de la habitación. Luego se dejó caer en su cama porque sus piernas simplemente no podían sostenerla por más tiempo. El ruido de la puerta de su apartamento abriéndose y cerrándose desató la catarata de lágrimas que había estado conteniendo.

¿Por qué? ¿Por qué no le alcanzaba con lo que tenían para ser feliz? Decir que lo lamentaba no bastaba para describir el mar de dolor en que se vio sumergida. Había hecho bien en dejarlo libre. Habría llegado a odiarla si lo ataba. Pero, ¡oh, Dios, cómo dolía! Como si hubiera dejado pasar algo que solo se daba una vez en la vida.



Jack tuvo un fuerte impulso de tirar por la ventana el árbol de Navidad que estaba en la sala de estar de la *suite*. La bebida que tenía en la mano no lo anestesiaba lo suficiente. Con cada hora, su mente oscilaba cada vez más entre el enojo y la depresión. Se culpaba a sí mismo por haber soltado de forma impulsiva la propuesta de matrimonio. Si hubiera esperado, si hubiera tenido un anillo y lo hubiera hecho como se debe...

Pero no. El Jack impulsivo se había lanzado al ruedo de «fueron felices y comieron perdices» y ahora Jessie estaba fuera de su alcance.

Resultaría gracioso si no se sintiera tan desgraciado. Jessie había rechazado su oferta de matrimonio porque pensaba que era un perdedor sin un centavo, sin nada que ofrecer. Aquello era condenadamente irónico. Considerando que había llamado al maldito mecánico que estaba reparando su pedazo de chatarra descompuesto y casi le había dado un cheque en blanco. Mientras conducía, alejándose de su apartamento, había pensado que podrían volver a ser lo que eran antes. Amigos.

Pero no había vuelta atrás, y no había oportunidad de avanzar. Maldita sea. Él y Jessie ni siquiera podían seguir como antes. Dejó caer la cabeza sobre sus manos.

El teléfono de su habitación sonó, sorprendiéndolo. Cuando se puso de pie para ir a atender, la habitación comenzó a dar vueltas.

Jack miró el reloj de pared. Eran las seis de la tarde, y todavía llevaba la ropa que se había puesto en medio de la noche para ir a llevar a Danny al hospital. El

teléfono no dejaba de sonar.

—Ya voy —le gritó al teléfono.

Cuando atendió la llamada, a Jack casi se le cayó el teléfono antes de que lo consiguiera llevar a la oreja.

—¿Qué?

—Bueno, eres todo claridad —ronroneó una voz femenina al otro lado de la línea.

—¿Katie?

—¡Por Dios, Jack! ¿Son como qué... las seis allí? ¿No es un poco temprano para andar de juerga?

Jack se sentó para evitar caerse.

—No eres la única que tiene derecho a la autocomplacencia.

—Además, había tenido un mal día.

—Primero, me entero de que no vienes a casa para Navidad, ahora estás borracho a mitad del día.

—No, no estamos a mitad del día.

—Lleva un tiempo aprender a hablar bien con la borrachera, Jacko. ¿Qué demonios te sucede?

«¡Mujeres!».

—Nada. Estoy bien.

«Borracho, pero bien». Mientras se mantuviera sentado e inmóvil, la habitación solo se movía cuando inhalaba... o exhalaba. La voz arrogante de Katie se suavizó.

—¿Quién es la chica?

«Maldita mujer».

—Voy a colgar ahora.

—Jack. No te atrevas. Seré la...

Levantó el teléfono a la altura de sus ojos y apretó el botón de «Terminar» dos veces. Después, como el dormitorio estaba demasiado lejos, Jack se echó hacia atrás en el sofá y cerró los ojos.



Las siguientes veinticuatro horas fueron una nebulosa para Jessie. La fiebre de Danny oscilaba, pero al caer la noche, le pareció que lo peor ya había pasado. A la mañana siguiente, sería difícil mantenerlo quieto.

Danny preguntó muchas veces por Jack, demasiadas para contarlas. ¿Dónde estaba?

¿Iba a volver? ¿Por qué se había ido? ¿Lo verían para Navidad? Cada pregunta

era un clavo que se hundía en el ataúd en el que había transformado su vida. Mónica regresaría por la noche, y Jessie deseaba desesperadamente que su hermana llegara a casa para poder llorar en su hombro y escuchar lo tonta que había sido. Sin lugar a dudas, Mónica le diría de todo por haber rechazado a Jack.

Discutirían. Jessie pondría en palabras por qué había tenido que dejar ir a Jack y Mónica trataría de hacerla cambiar de opinión. Pero Jessie era mayor que ella. Sabía más.

Su teléfono sonó. Jessie tenía el corazón en la garganta. ¿Y si era Jack?

Esperó a que el contestador automático respondiera.

—Es un mensaje para Jessica Mann. Señora. Mann, habla Phil Gravis de Upland Toyota...

Su auto. Se apresuró a levantar el teléfono.

—¿Hola?

—¿Señora Mann?

—Sí, soy yo. Disculpe, estaba en la otra habitación —mintió—. No se oía el teléfono. —Mentira número dos.

—No hay problema. Mmm, acerca de su auto.

Oh, por favor..., no más malas noticias. Realmente no podría soportarlo.

—¿Sí?

—Tuvimos un pequeño contratiempo aquí en el garaje.

—¿Contratiempo?

Seguro que no era nada bueno.

—Un incendio, en realidad.

Su auto. Con el estado en que estaba, su auto solo se podía asegurar para cubrir a terceros. Maldita sea, su mundo estaba volando en pedazos y Jessie estaba justo en el ojo del huracán.

—¿Un incendio?

—Sí. Un accidente. No se preocupe, su auto está...

—¿Está bien? ¿Mi auto está bien?

El señor Gravis se rio.

—Su auto está para el desguace.

Rayos, remolino de nubes y la casa de Dorothy volando por el aire.

—No es gracioso.

—Bueno, el auto necesita muchas reparaciones. —Su voz era inexpresiva.

—Es mi único medio de transporte —dijo, comenzando a alzar la voz, a entrar en pánico.

—Oh, señora Mann, por favor..., no se preocupe. Toyota se hace completamente responsable y queremos invitarla a que venga a buscar un vehículo para reemplazarlo.

—¿Un vehículo para reemplazarlo? —De nuevo estaba repitiendo sus palabras,

como un loro.

—Permítame comenzar de nuevo. La noto molesta.

Eso sí que era un eufemismo.

—Hubo un incendio, su auto quedó siniestrado de forma total, pero le estamos ofreciendo un auto nuevo en su lugar. A menos que sienta algún tipo de apego emocional a la versión antigua del Celica, esto acabará por ser ventajoso para usted.

Gracias a Dios que estaba sentada, porque cuando comprendió sus palabras, Jessie se sintió mareada.

—¿Un auto nuevo para reemplazar ese peligro ambulante averiado?

Probablemente había sido su auto el que había provocado el fuego.

—Así es. ¿Cuándo le parece que puede pasar por aquí?

Esto no estaba sucediendo. Estaba soñando y realmente necesitaba despertar.

—¿Señora Mann?

Pero no despertaba.

—¿Sí?

—¿Puede venir mañana?

—¿Mañana? —Se quedó mirando la pared de la habitación.

—Sí.

—Claro.

—¿Sí, puede venir mañana?

Jessie comenzó lentamente a asentir con la cabeza.

—Sí, puedo ir mañana. —Parecía que el cielo comenzaba a despejarse—. ¿Es demasiado temprano a las nueve?

—A las nueve estaría perfecto. Pregunte por mí —dijo en tono gracioso.

—Esto no es una broma, ¿verdad, señor Gravis? Porque he tenido un par de días realmente desastrosos, y no sería capaz de soportar una broma en este momento.

Él rio.

—No es una broma, señora Mann. Piense en qué tipo de auto le gustaría conducir. Cuatro puertas, dos puertas, camioneta *pickup*, un *crossover*, ¿o tal vez le gustaría un híbrido? Usted decide.

Pensó por un momento acerca de la Navidad, Danny, las facturas que llegarían del hospital.

—¿Puedo quedarme con el dinero y elegir un automóvil de segunda mano?

—Lo lamento. Me dieron instrucciones precisas de que le ofreciera cualquier auto nuevo de los que tenemos en el local.

—¿Instrucciones? —el loro que repetía todo había regresado.

Vaciló, tosió, y luego dijo:

—De mi jefe.

—Ah, bien. No quiero parecer grosera. Estoy muy agradecida. De verdad.

Lo estaba. No era la nueva bicicleta que Danny quería, pero un auto nuevo

podría compensarlo un poco. El dinero que ahorraría en reparaciones la ayudaría a darle más a su hijo a largo plazo.

—Lo veré a las nueve.

Cuando colgó, la puerta del apartamento se abrió. Y entró Mónica, enfundada en una parka.

Al ver a su hermana, Jessie se acordó de Jack. Mónica la miró a los ojos. Abrió la boca para decir algo y luego su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué ha pasado?

Las lágrimas aparecieron, de la nada.

—Me acosté con Jack. Me pidió que me casara con él. Le dije que no. Se fue y no ha llamado. Es posible que haya cometido un gran error.

Mónica apoyó sus maletas junto a la puerta y caminó hacia Jessie.

—Oh, Jessie.

El abrazo de su hermana hizo que las lágrimas volvieran a brotar.

CAPÍTULO TRECE

Mónica empujó a Jessie suavemente hacia el sofá y dejó que llorara.

—Está bien. —La arrulló—. Estoy segura de que no es tan grave.

Jessie pensó que era incluso peor. Mientras las lágrimas comenzaban a secarse, las palabras empezaron a brotar de su boca.

—Danny tuvo fiebre antenoche. Llamé a Jack.

Tan solo pronunciar su nombre hizo que el pecho le doliera. Mónica se acercó, tomó un pañuelo de papel de una caja y se lo entregó.

—Gracias.

—¿Jack os llevó hasta el hospital?

Jessie asintió.

—Sí. La fiebre de Danny era muy alta. Me asusté.

Mónica miró hacia el pasillo.

—¿Se encuentra bien?

—El médico le recetó un antibiótico. Ahora está durmiendo.

Jessie agarró un almohadón del sofá y lo abrazó mientras hablaba.

—Jack insistió en quedarse a dormir, por si acaso tuviéramos que volver al hospital.

—Suena razonable. ¿Y cómo es que dormisteis juntos?

Jessie cerró los ojos.

—No lo resistí. No pude aguantarme más..., ¿sabes?

Mo sonrió y levantó las cejas.

—Yo habría cedido antes que tú. Habéis estado dándole vueltas a esa atracción desde que os conocisteis.

Los ojos de Jessie se llenaron nuevamente de lágrimas.

—Fue maravilloso. Pe... perfecto —tartamudeó—. Todo lo que siempre quise.

Las lágrimas no se detenían. Mónica le alcanzó más pañuelitos limpios y esperó a que los sollozos se calmaran un poco.

—¿Y luego qué pasó?

—Todo fue...

—Perfecto, sí, lo entiendo —dijo Mónica—. ¿Cuándo te pidió que te casaras con él?

—A la mañana siguiente. Le hizo el desayuno a Danny, me besó y luego ¡zas! Me pidió que me casara con él. — El recuerdo aún la sorprendía.

—Supongo que no te agradó la idea.

—Me quedé muy sorprendida. Quiero decir, acabábamos de acostarnos. ¿Quién va de la cama al matrimonio de la noche a la mañana?

—Pues, Jack..., al parecer.

—Pero él sabía mejor que nadie que yo no iba a subirme al tren del matrimonio así como así. Me asusté, Mo.

Mónica dobló la rodilla encima del sofá.

—¿Le dijiste que no?

—Le dije que se arrepentiría de casarse conmigo.

—¿Arrepentirse?

—Sí, tarde o temprano se daría cuenta de que casarse con una mujer con un niño sería una carga y odiaría que lo estuviéramos reteniendo. Él tiene muchas ambiciones, Mo. Incluso más que yo.

Al repetir esas palabras, se afianzó nuevamente en su orgullo.

—Así que lo de decir que no, tuvo poco que ver con que no tenga dinero y mucho que ver con lo que deseas para él.

Mónica le ofreció una media sonrisa.

—Claro. Él podría pensar que es feliz estando casado conmigo. Pero no lo sería. Vengo con demasiado equipaje. Convertirse en padre de un día para el otro puede parecer novedoso, pero da mucho trabajo. No puedo arriesgarme a que Danny piense que por fin tiene un padre, y Jack decida irse un buen día. —Danny tendría que esperar un poco más para que entrara en su vida una figura masculina positiva. Maldición.

—Jack no es como nuestro padre, Jessie.

—Lo sé, aquí —dijo tocándose las cabeza—. Pero aquí —se tocó el pecho—, no puedo correr ese riesgo.

Mónica le tomó la mano y la apretó.

—Si realmente te sientes así, entonces ¿por qué estás tan triste y desesperada?

—Porque la idea de no volver a verlo me duele más. El dolor es tan profundo, y el aire se vuelve tan espeso que no puedo respirar. ¿Qué pasa si me equivoco? ¿Y si pudiéramos encontrar la manera? Salió de aquí tan rápido. Nunca lo he visto tan enojado.

Se secó una lágrima y contuvo el resto.

—Te pidió que te casaras con él y le dijiste que no. Es probable que él también esté sufriendo.

Los labios de Jessie temblaron.

—Lo sé.

—¿Lo amas? —preguntó Mónica en un susurro.

Jessie respiró hondo.

—No puedo, Mo. No puedo.

Pero, claro que lo amaba.

—¿Sabes lo que pienso? —Mónica golpeó las palmas y sonrió—. Creo que, si realmente quiere estar contigo y te ama, volverá.

Jessie comenzó a negar con la cabeza.

—Y si no te quiere, no volverá. Y si ese es el caso, entonces has tomado la decisión correcta.

—Tienes razón. —Gracias a Dios que su hermana estaba allí para hacerla entrar en razón.

—Tengo razón. Pero igualmente duele.

—Sí.

Cuando Mónica la abrazó de nuevo, derramó la última lágrima del día.



Los párpados de Jack se despegaron, al tiempo que un rayo azotaba su mente. Con la lengua pegada al paladar, y el sabor y el olor del whisky rancio en los labios, pensó que tal vez había despertado en el infierno.

—Así que, ¿ya has decidido despertarte? —La voz indiferente de su hermana lo forzó a buscarla con la mirada a través de la habitación.

Katie descansaba en una silla frente a él. Sus delgadas piernas sobresalían por debajo de una falda estrecha, mientras los altos tacones de sus zapatos agujereaban el aire.

Tal vez aún estaba dormido. Jack cerró los ojos e ignoró el estallido de dolor en su cabeza.

—Oh, no, no lo hagas, Jacko. Te he estado mirando dormir durante demasiadas horas para dejarte caer de nuevo.

¿De nuevo? ¿Cuánto tiempo hacía que su hermana estaba allí? Jack recordaba una conversación telefónica, y después, un vacío total.

—¿Qué haces aquí?

—Sacando tu culo de este festival de autocompasión.

Jack abrió un ojo y la vio levantarse de la silla. Rubia, delgada, hermosa y rica, Katie parecía hecha de porcelana, capaz de romperse al menor contacto. Pero Jack la conocía. Katie Mascall no dejaba que nadie le pasara por encima. Cuando a esa chica se le antojaba que tenía que arreglar algo o a alguien, nada ni nadie podía detenerla.

Jack decidió en ese mismo momento no decir una palabra acerca de Jessie. Lo último que necesitaba era que su hermana se entrometiera.

Katie se paró frente a él y le alcanzó un vaso.

—Ten. Bebe esto.

Con la garganta seca como un desierto, Jack bebió antes de preguntar de qué se trataba. Jack bebió un trago, se incorporó y escupió un poco. Era Whiskey.

—¿Qué estás tratando de hacer? ¿Matarme?

Katie se echó a reír.

—Una gota de veneno hace la cura.

—El antídoto. Una gota de veneno hace el antídoto —la corrigió.

—Como sea —dijo ella mientras se sentaba a su lado, después de que él le hiciera sitio en el sofá.

—Funciona cuando uno ha estado como una cuba.

Jack se pasó una mano por la cara y tomó otro trago, por si acaso.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Le apoyó una mano en el brazo y lo miró con sus ojos celestes.

—El tiempo suficiente, hermanito mayor.

No, no, no, no..., eso no era bueno.

—¿Cuánto tiempo, Katelyn?

—Oh, ahora soy Katelyn. Se te debe de estar pasando la borrachera.

Ella siempre había sido una chica atrevida. Se veía que nada había cambiado. Jack terminó de beber el contenido del vaso y sintió que su dolor de cabeza comenzaba a aplacarse. Su ropa era un desastre, olía mal, incluso para él mismo, y aunque su vida dependiera de ello, no podría decir qué fecha era. El recuerdo del rechazo de Jessie le añadía a todo eso un familiar dolor en el pecho.

«Maldición». ¿Dónde estaba esa botella?

—Vamos. Vete directo a la ducha y ponte algo de ropa. Tendré un plato de carne y huevos esperándote cuando salgas. Luego nos iremos de aquí.

Katie se levantó y le tiró del brazo hasta que estuvo de pie a su lado. Con los tacones eran casi de la misma altura.

—¿Adónde vamos?

—A casa. El avión nos está esperando. Lo empujó hacia el dormitorio.

—No me voy a ir.

«No sin Jessie».

—Sí, te vas a ir. Quedarte sentado aquí sintiendo lástima de ti mismo no te ayudará a pensar con claridad. Por no mencionar el factor alcohol. Tienes que montarte sobre el lomo de Dancer y saltar las vallas. Así, tal vez puedas sacarte la cabeza del trasero y decidir qué hacer. Quedarte sentado en esta habitación de hotel no te ayudará a hacerlo.

Dancer... Hacía meses que no pensaba en su caballo. Montar a caballo a lo largo del vallado de la propiedad no requería pensar, y le ayudaba a despejar la mente. El hecho de que su hermana recordara eso sobre él lo hizo sonreír.

—Es posible que tengas razón.

—Querido, siempre tengo razón. Ahora, dúchate. Apesta.

Se fue tambaleando hacia el baño, y el teléfono que tenía en el bolsillo sonó. Tras arreglárselas para sacarlo de allí, reconoció el número de Dean.

—¿Hola?

—Bueno, demonios, al menos parece estar sobrio esta vez.

—Supongo que hablamos anoche.

No es que Jack lo recordara.

—Tú balbuceaste, yo te escuché.

—Estoy seguro de que fue muy entretenido.

Se sentó en el borde de la encimera y se quitó los calcetines.

—Revelador, en realidad. Solo quería llamarte y asegurarme de que estabas bien.

Su corazón estaba roto en un millón de pedazos. Se podía decir cualquier cosa, menos que estaba bien.

—Estoy bien.

Dean resopló en el teléfono.

—Claro. Escucha, ya que estás sobrio, pensé que podría tratar de darte algunos consejos. ¿Recuerdas cuando me dijiste que Maggie y yo teníamos dos ideas diferentes acerca del sentido de la vida?

—Sí.

Hizo falta que Maggie dejara a Dean para que Jack le dijera a su amigo que ella no le convenía.

—Bueno, esta chica, Jessie..., ella es una camarera de Denny's, Jack. No es exactamente el tipo de mujer con que has salido antes.

La mandíbula de Jack empezó a palpar mientras apretaba con fuerza sus muelas.

—Dean —le advirtió.

—Es una camarera. Vamos. ¿Acaso terminó el instituto?

—Tienes suerte de estar llamando por teléfono, Dean, o mi puño habría aterrizado en tu cara.

Jack sostuvo el teléfono con una mano y golpeó la encimera con la otra.

—Uf, de acuerdo, Jack. Cálmate. Solo quería hacerte ver que estas cosas suceden por algo. Me dijiste lo mismo no hace mucho tiempo. —Sí, lo había hecho. Pero ahora estaban hablando de Jessie.

—Olvidaré que hemos tenido esta conversación.

—Solo trato de ayudar.

—Bueno, la próxima vez... ¡guárdatelo!

Jack colgó y tiró el teléfono sobre la encimera.



Katelyn observó a su hermano, que iba tambaleándose hacia el baño mientras hablaba por teléfono. Esperó a oír el sonido del agua corriendo y luego tomó su teléfono. Se había enterado de mucho más sobre la historia de Jack de lo que él recordaba.

Al llegar, cerca de la medianoche, Katie había encontrado a Jack tumbado en el sofá, quejándose de su vida. Tardó horas en descifrar lo que pasaba, pero cuando lo consiguió, supo que tenía que ayudarlo.

Su hermano estaba loco por la tal Jessie, cuyo nombre había repetido varias veces. Por lo que Katie pudo descifrar, su hermano había decidido encontrar el verdadero amor manteniendo su riqueza en secreto frente a una madre soltera. Luego, cuando las cartas estuvieron sobre la mesa, la sabia mujer rechazó su propuesta por miedo de que él la dejara cuando decidiera perseguir sus sueños.

Hasta había usado la vieja camioneta *pickup* que tenía desde los dieciséis años. No era de extrañar que Jessie le hubiera dicho que no.

—Ella cree que soy un camarero, aquí en el hotel —le había dicho la noche anterior cuando Katie consiguió tirarle de la lengua—. Un camarero que trabaja por temporadas.

Katie quería razonar con él, pero sabía que no recordaría demasiado, si acaso recordaba algo de la conversación, a la mañana siguiente.

Jack había llegado a mostrarle una foto de Jessie y su hijo, que había tomado con el teléfono. La expresión en el rostro de Jessie era de pura devoción. Su hijo Danny estaba radiante, sonriendo para la cámara.

Katie había hecho hincapié en anotar un par de números que él había guardado en su teléfono. Para usarlos más adelante, se había dicho a sí misma, lo que justificaba esa invasión a la privacidad.

Pero sabía que no debía presionar a un hombre. Su padre era tan terco como Jack, o tal vez era al revés. De todos modos, aquellos dos hombres tenían algo muy importante en común. Cuando se enamoraban, lo hacían a fondo. No había una segunda vez para ninguno de ellos. Para Katie, ver a su padre sufrir por su madre ausente durante años la había hecho odiar a su madre cada vez más.

Katie no permitiría que su hermano también pasara por años de dolor. Estaba en una situación difícil y necesitaba pensar. Necesitaba que su hermana pequeña le cuidara hasta que pudiera encontrar la manera de solucionar el problema por sí mismo.

Claro, Katie podía llamar a la tal Jessie y decirle la verdad sobre su hermano, pero quién sabe cómo reaccionaría. Si salía mal, la relación entre Katie y Jack se pondría aún más tirante de lo que estaba.

Echaba de menos a su hermano. Las pruebas que la vida le había puesto recientemente le recordaban lo mucho que necesitaba a la poca familia que tenía.

Llamó al servicio de habitaciones, ordenó un desayuno rico en proteínas para su hermano, y luego citó en la planta baja al gerente del servicio de restauración y al gerente en funciones del hotel.

Tenía un par de cosas que resolver antes de subirse al avión junto con Jack. En la oficina del gerente, Katie les pidió a los dos hombres que tomaran asiento.

—Tengo que pedirles a los dos un gran favor, un favor personal que tiene que quedar entre nosotros tres.

Por primera vez en meses, Katie comenzaba a sentirse bien consigo misma.



Mónica estaba caminando junto a su hermana por el concesionario repleto de flamantes vehículos de kilómetro cero. Aunque Danny se sentía mejor, como hacía frío, Jessie le había pedido al vecino que se quedara con él durante el tiempo suficiente para que ella eligiera un auto nuevo.

Había algo misterioso en eso de «Hemos quemado su auto, así que venga y escoja otro» que no le encajaba a Mónica. Si Jessie no estuviera tan confundida, seguro que cuestionaría su buena suerte.

De todos modos, caminaron entre autos, todoterreno y camionetas, y consideraron los méritos de cada vehículo. El señor Gravis iba señalando las ventajas de cada modelo.

—El sistema de navegación es un aspecto muy importante en este momento. Todos los autos nuevos tienen conexión Bluetooth manos libres para teléfonos portátiles, lo que los hace más seguros en la carretera.

—Me importa más el consumo de combustible que la velocidad —le dijo Jessie al vendedor.

—¿Le gusta el híbrido?

—Vivo en un apartamento. Tendría problemas para enchufarlo —apuntó Jessie al hombre.

Mónica no había pensado en eso.

—Entonces, un motor más pequeño con buen rendimiento de kilómetros por litro. Usted tiene un hijo, ¿verdad?

Jessie asintió.

—Creo que el *crossover* es perfecto —dijo Mónica—. Lugar para cinco, maletero de gran capacidad. El consumo es mejor que el de los todoterreno más grandes. —Mónica condujo a su hermana hasta los autos en cuestión y abrió la puerta

de uno azul.

Jessie se sentó en el asiento del conductor y puso las manos en el volante.

—Es agradable.

—Asientos de cuero con calentadores en los modelos de gama más alta, cámaras que se muestran en el sistema de navegación.

El señor Gravis divulgaba los atributos del auto, mientras Mónica se metía en el asiento del copiloto.

—¿Qué piensas, Jessie?

—Este me gusta...

—¿Pero?

—Las camionetas *pickup* también me agradan.

La sonrisa de Mónica se borró. La camioneta de Jack era vieja. Incluso ahora, Jessie estaba pensando en él. Mónica puso la mano sobre la de su hermana.

—Este es tu auto. Jack no está aquí.

—Lo sé.

Jessie miró a su alrededor en el interior del auto y negó con la cabeza.

—Supongo que este sería una buena elección.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —preguntó el señor Gravis.

—Adelante.

—Los viajes largos se hacen más fáciles si se incluye el paquete de entretenimiento para niños.

Jessie asomó la cabeza por la ventana.

—¿El concesionario me quiere dar un *crossover* con todos los extras?

El señor Gravis sonrió y asintió.

Jessie miró a Mónica.

—No tengo nada que perder.

—Llévatelo.

Jessie miró al vendedor y le dijo:

—Muéstreme este auto con todos los extras y daré un paseo para probarlo.

—Una elección acertada, señora Mann.

Mónica salió del auto y siguió al vendedor y a su hermana a través del salón.

Cuando Jessie encontró el auto con todos los extras, el señor Gravis le entregó las llaves y dejó que lo sacara de la sala de exposición ella misma.

Mónica y el vendedor se quedaron esperando a la sombra del edificio.

—Entonces, señor Gravis, ¿le importa contarme la verdadera historia de todo esto?

El señor Gravis la miró y la sonrisa en sus labios vaciló apenas.

—Tal y como les dije. Hubo un incendio y el concesio...

—El concesionario es responsable. Sí, ya lo he oído, pero me está costando bastante creerlo. ¿Dónde está el automóvil viejo de Jessie?

—Se lo llevó una grúa.

A Mónica le resultaba todo muy conveniente. No se lo creía.

—¿Lo llevó adónde?

El señor Gravis se balanceaba nerviosamente sobre sus pies.

—No estoy seguro. A un desguace, supongo.

—Así que si mi hermana dejó algo en la guantera...

—Oh, retiramos todos sus objetos personales. No hay problema con eso. A veces a la gente buena le suceden cosas buenas —añadió el señor Gravis—. Su hermana parece ser alguien que se lo merece. Entre usted y yo, creo que mi jefe está siendo muy generoso. Debe de ser el espíritu de la Navidad.

Mónica entrecerró los ojos.

—¿Espíritu navideño?

—Sí, es el tiempo de la alegría, como dice el villancico, y todo eso.

Ella dejó de insistir. No se tragaba nada de lo que le había dicho. Pero dejó de insistir.

Unos minutos más tarde, Jessie regresó al salón con el auto. Se bajó. Sonrió, pero no había verdadera alegría en su sonrisa. Mónica sufría al ver a su hermana tan deprimida.

—Este me gusta. Lo tiene todo.

—Entonces, ¿vamos a completar la documentación?

Jessie asintió.

Dos horas más tarde, Mónica estaba de pie junto a Jessie, que fue a sentarse dentro de su nuevo auto.

—La Navidad ha llegado temprano este año —dijo tratando de animar a Jessie.

—No puedo creerlo. Jack se caerá de espaldas...

Su voz se apagó, sus ojos se posaron sobre su regazo.

—Trata de pensar en las cosas buenas que te están sucediendo ahora mismo. No más autos averiados ni aire acondicionado que no funciona. Apuesto a que ni siquiera tienes que abrir las ventanas para que el aire empiece a funcionar. Tu otro auto era un pedazo de chatarra. Por suerte ya no está.

—Ah, tengo que hacer algunos recados. ¿Estarás bien si regreso a casa en unas horas?

Jessie le sonrió.

—Ya soy mayor, Mo. estaré bien.

Mónica se asomó dentro del auto y abrazó a su hermana.

—Yo digo que tenemos que hacer un viaje en este auto cuando tengamos oportunidad.

—Danny se va a poner tan contento.

—Ves, eso es. Piensa en lo bueno.

Sin embargo, mientras Jessie se alejaba, Mónica supo que ya estaba llorando, o

a punto de hacerlo, pensando en Jack.

En su auto, Mónica condujo directamente al Mascall y estacionó en la calle para no tener que darle propina al encargado. Pasó junto a las columnas de mármol y las enormes puertas de vidrio como si supiera exactamente adónde iba. En el interior, se encontró con los carteles que indicaban la dirección hacia el salón. No había más que unos pocos clientes en el bar, ninguno de ellos era Jack. Mónica regresó al vestíbulo y encontró el restaurante. Era casi la una de la tarde, el almuerzo estaba en pleno apogeo. La encargada de la recepción le preguntó si quería una mesa.

—No, lo siento. Estoy buscando a un amigo que trabaja aquí.

—¿A quién busca?

—Su nombre es Jack Mass.

La anfitriona tenía en el rostro la expresión más extraña que Mónica jamás hubiera visto.

—¿Puede esperar aquí?

—Por supuesto.

Tal vez Jack les había contado a sus amigos del trabajo acerca de Jessie y ellos lo estaban cuidando. Mónica pensó en lo que sus compañeros de la universidad serían capaces de hacer para ayudarla si estuviera en la situación de Jack.

Mónica no tuvo tiempo de pensar demasiado en ello porque una mujer mayor se acercó a ella, sonriendo.

—Hola, ¿la puedo ayudar?

—Sí, estoy buscando a Jack. Es importante o no lo estaría molestando en el trabajo. —Mónica se dio cuenta de que aparecer así en su lugar de trabajo podía traerle problemas, así que empezó a explicarse—: Él no sabía que iba a venir.

—Está bien. No somos tan estrictos como parecemos. ¿Cómo se llama?

—Mónica. Él me conoce como la hermana de Jessie.

La señora escribió su nombre.

—Jack no está trabajando hoy, me temo. ¿Por qué no me da su número y le daré el mensaje.

—¿En serio? Es decir, es muy amable de su parte.

—Usted ha dicho que era importante.

—Así es. Sí. Muy importante.

Mónica le dio su número de teléfono.

—¿Estará Jack aquí mañana?

La señora parecía desconcertada por la pregunta.

—No estoy segura. Permitimos que nuestros empleados intercambien sus horarios de forma flexible durante las fiestas. Honestamente, no estoy autorizada a revelar horarios personales.

—Claro. Entiendo.

Mónica extendió la mano para estrechar la de la mujer.

—Gracias.

—Un placer, Mónica. Que tenga una feliz Navidad.

—Igualmente.

Al salir del hotel, Mónica intuyó que alguien la estaba observando. Por segunda vez en el día, se le ocurrió que el espíritu de Navidad se había posado sobre la gente de Ontario y todos parecían demasiado dispuestos a ayudar.

CAPÍTULO CATORCE

Jack hizo que su caballo corriera rápido. Disfrutaba del aire fresco que le daba en el rostro. Su mente se aclaró por primera vez en el día. Con esa claridad, vinieron también la razón y el arrepentimiento.

Había estado mal con Jessie. Tendría que haber mantenido la boca cerrada sobre la proposición de matrimonio y le tendría que haber dado a la chica más tiempo para encariñarse con él.

Ahora tenía que encontrar la manera de entrar de nuevo en su vida sin ahuyentarla. Más que nunca, necesitaba saber si ella lo amaba. Katie parecía pensar que sí, y ella ni siquiera había conocido a Jessie.

—¿Qué fue lo que te dijo para que te marcharas corriendo de su apartamento? —Katie le había preguntado en el avión hacia Texas.

—Dijo que era solo sexo —había dicho Jack, abriéndose con su hermana.

—¿Y tú la creíste?

—¿Qué podía pensar? Me rechazó y me dijo que me fuera. A perseguir mis sueños con otra persona. Alguien que no tuviera un niño que me atara.

Katie negó con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Oh, Jack, eres un tonto. ¿No ves lo que hizo?

—Lo vi bastante claro. Me dijo que no.

Su hermana pequeña se inclinó hacia adelante a través del pasillo del *jet* y lo miró a los ojos.

—Cuando estés montando a Dancer, piensa largo y tendido acerca de lo que acabas de decirme. Largo y tendido.

Montar a caballo en el rancho de su padre en Texas le dio un montón de tiempo y silencio para pensar. Jessie estaba sufriendo cuando le dijo que se fuera. Sus ojos se habían nublado de miedo y luego su mandíbula se había endurecido con determinación. Su fuerte gen maternal tomó el control y ella marcó sus límites. Le dijo que había ido demasiado lejos..., demasiado rápido.

Sin embargo, cuando le dio sus razones para decir que no, ninguna de ellas tenía que ver con el personaje que había presentado ante ella. No le dijo que no porque era un camarero temporal con un trabajo sin perspectivas. No, le había dicho que un día se iba a arrepentir de habérselo pedido. Así que, una vez más, Jessie tenía que ser la

adulta y decir que no. Pero ella no tenía que decidir algo así sola. Y no era la única adulta en la relación.

Jack dirigió a Dancer hacia el lado oeste de la propiedad de su padre y vio como el sol se acercaba al horizonte.

Se imaginó a Jessie con un vestido de verano y una sonrisa, riendo en el campo... con un sombrero vaquero en la cabeza.

Él y Danny podrían pescar a la orilla del río. ¿A Danny le gustaba pescar? Lo más probable era que no hubiera tenido la oportunidad de hacerlo todavía. Se le hizo un nudo de tristeza en la garganta. Tenía que arreglar esto. Para hacer realidad el cuadro que había pintado en su cabeza.



—¿Eres Mónica? —preguntó Katie cuando una mujer contestó el teléfono.

—Sí. ¿Quién habla?

—Mónica, yo soy la hermana de Jack, Katelyn. Espero que no te importe, pero robé tu número y se me ocurrió llamarte.

Mónica vaciló al otro lado de la línea.

—No sabía que Jack tenía una hermana.

—Una muy entrometida que lo haría enfadar mucho si se entera de que te he llamado.

Mónica se rio; fue una risa cálida y genuina.

—Parece que ambas somos profesionales del espionaje. Fui a buscar a Jack al trabajo ayer, pero me dijeron que no estaba.

—Necesitaba despejar la mente..., ya sabes, después...

—Después de que la tonta de mi hermana lo rechazara.

Katie sonrió.

—No parece que la propuesta de mi hermano haya sido muy elegante.

—No estuve allí. Según Jessie, fue algo abrupta. No me malinterpretes, han estado coqueteando durante semanas. Es adorable, de verdad. Mi hermana trataba de ignorarlo con todas sus fuerzas, y él desplegaba todas sus plumas para que ella se diera cuenta.

La comparación de su hermano con un pavo real hizo reír a Katie.

—Oh, eso debe de ser impagable.

—Lo triste es cuánto se esfuerza Jessie por ignorarlo. —Ahora estaban llegando al meollo del asunto.

—¿Por qué crees que lo hace?

—Tiene miedo. Es así de simple. Danny es su mundo. Es mi sobrino. Estoy

segura de que Jack te ha hablado de él.

Katie tragó saliva. La sonrisa se borró de su cara y se le hizo un nudo en la garganta.

—Sí. Dijo algo acerca de su hijo.

—Cuando se tiene un hijo, las cosas no son tan sencillas. Ella siempre se preocupa por todo. Nuestra madre no es exactamente un brillante ejemplo de estabilidad —le dijo Mónica.

—La nuestra tampoco.

—Bueno, Jessie no quiere parecerse en nada a nuestra madre. Creo que si Jack hubiera hecho todo un poco más despacio, las cosas habrían sido diferentes.

A Katie ya le caía bien Mónica.

—Ya veo que nos vamos a llevar muy bien.

—Yo también lo creo. Tal vez podamos hacerlos entrar en razón a ambos.

No con una maraña de mentiras ocultas bajo la superficie.

—Mónica, hay algunas cosas acerca de Jack que ambas debéis saber, pero yo no voy a compartir esos secretos. No me corresponde.

—Oh, Dios..., por favor, dime que Jack no está metido en problemas. No lo persigue la policía montada de Texas o como sea que se llame, ¿verdad?

—¡No! La policía montada de Texas. Muy gracioso, Mónica. No, Jack no tiene un historial con la policía ni ningún secreto oscuro. Todo lo contrario.

—Oh, menos mal.

—Solo dime una cosa. —Katie esperó a que Mónica hablara.

—¿Qué?

—¿Tu hermana *ama* a mi hermano?

Mónica se rio entre dientes.

—Llora todos los días, y no ha comido demasiado desde que se fue. Me dice que no puede amarlo, pero reconozco el amor cuando lo veo. Tu hermano y mi hermana están hechos el uno para el otro.

Katie sintió que el corazón se le hinchaba en el pecho.

—Entonces, mantén a tu hermana ocupada hasta que yo arregle la cabeza de mi hermano.

—Está Danny, la Navidad, el trabajo... y yo. Se encuentra ocupada.

—Solo recuérdale que Jack es de los buenos. Lo es, de verdad.

—Ninguna de las dos lo dudamos. Como te dije. Ella solo tiene miedo.

—Sí, bueno, me da mucho más miedo lo que va a pasar si no lo logran. Jack estaba hecho polvo.

—Igual que Jessie.

Katie sonrió.

—Así que tú y yo vamos a trabajar juntas y haremos que esto funcione. Bueno, al menos lo mejor que podamos.

—Es un excelente plan —dijo Mónica antes de colgar el teléfono.

Katie seguía con el teléfono en la mano.

—Ahora solo tengo que hacer que Jack se dé cuenta de que ella lo ama.



Aun con música de Navidad y Danny toqueteando el envoltorio de los regalos, el buen humor de Jessie estaba desapareciendo. Hasta el clima acompañaba su ánimo en forma de lluvia, que corría por la ventana del apartamento. Solo habían pasado unos pocos días desde que Jack había salido de su vida, pero se sentía como si no hubiera sonreído en meses.

Maldita sea, lo echaba de menos. Danny también lo echaba de menos. De hecho, cuando le había mostrado a Danny el auto por primera vez, su primera reacción fue llamar a Jack. Danny aún seguía hablando de Jack y del auto.

—Deberíamos ir a buscar a Jack y llevarlo a dar un paseo —dijo Danny desde el otro lado de la habitación.

—Jack está un poco ocupado en este momento.

La idea de decirle a su hijo que tal vez nunca volverían a verlo le revolvía el estómago. No podía recibir más golpes. Danny lamentaría la pérdida de Jack tanto como ella. Probablemente más, porque no podría entender lo que lo había alejado.

—¿Vendrá para Navidad? Deberíamos invitarlo. Su familia está en Texas, ya sabes.

—Probablemente regrese a su casa para Navidad, Danny.

—Pero puede venir aquí. Ni siquiera tiene que comprar un regalo ni nada. Puede jugar conmigo, con mis juguetes nuevos. Dijo que le gusta jugar con los camiones.

Jessie se mordió la lengua y trató de sonreír.

—Yo jugaré contigo.

—Ya, pero Jack dice que jugaba horas a los camiones cuando era un niño.

Danny estiró la mano por debajo del árbol y sacudió otro paquete. Dentro había ropa interior. No era exactamente un juguete o un camión, pero era otro regalo para abrir. Tenía que ir de compras, pero Santa..., o en su caso, la señora Claus..., no tenía un centavo. Jessie le había hecho prometer a Mónica que no le compraría nada a ella y gastaría lo que quisiera gastar, en su hijo.

—Seguro que sí.

—¿Tú jugabas a los camiones cuando eras una niña, mamá?

Jessie se apartó de la ventana y fue al lado de su hijo.

—La tía Mónica y yo jugábamos a las muñecas.

—¿Muñecas? —Danny puso cara de asco—. ¿Por qué?

Jessie se sentó en el sofá y se puso un almohadón sobre el regazo.

—Probablemente porque no teníamos un hermano que nos mostrara lo geniales que son los camiones.

A Danny le gustó la respuesta.

—Bueno, cuando yo tenga una hermanita, voy a mostrarle que los camiones son épicos.

«Épico» era el nuevo adjetivo de moda en su clase del jardín de infancia. La primera vez que se lo había oído decir, se había doblado de risa. No es que la palabra fuera divertida, pero era raro que su hijo tan pequeño usara una palabra tan grandilocuente. «Épico» no era precisamente la palabra en que se había quedado pensando en ese momento.

—¿Quieres una hermanita?

Danny volvió a poner el paquete de la ropa interior en su lugar y comenzó nuevamente a sacudir los regalos y tratar de adivinar.

—Sí, claro. O un hermano. A los adultos no les gusta tanto jugar como a los niños. Y a veces estás cansada. Así que, sí..., sería divertido tener una hermana o un hermano. Así podríamos vivir juntos cuando seamos mayores, como tú y la tía Mónica.

Nunca le había dicho que quería un hermano o hermana. Oírlo hablar de un hermano le recalcó lo mal que había estado con Jack.

—Pensé que ibas a vivir conmigo para siempre —bromeó con su hijo.

Él dejó de sacudir regalos y se quedó pensando en sus palabras.

—Pero entonces, ¿quién va a vivir con mi hermano o hermana? —Ay, la mente de un niño de cinco años.

—Tienes razón —le dijo.

Danny volvió al tema original.

—A Jack le encantará el auto. Puede mirar Bob Esponja conmigo en el asiento de atrás. A Jack le gustan los dibujos animados.

—Estoy segura de que le encantaría.

¿Qué había hecho? Tal vez debía llamarlo y ver si aceptaba hablar con ella. Por otra parte, tal vez ya se había ido a su casa, en Texas. Los reproches, remordimientos y suposiciones la atormentaban día y noche.

Oficialmente, la Navidad ese año era espantosa.



Jack se bajó de la montura y comenzó a quitarle las riendas y la silla a Dancer.

El olor a heno húmedo y piel de caballo impregnaba las paredes del enorme granero. Era el olor del hogar. A Danny le encantaría ese lugar. El aire libre, la libertad para vagar, pasear y explorar. El rancho había sido un lugar maravilloso para crecer.

Y Jessie... Ella se iluminaría como las luces rojas y verdes de Navidad que titilaban en los bordes de la casa. Las ojeras que le dejaban esos largos turnos de noche desaparecerían en cuestión de días si no tuviera que trabajar tan duro.

Maldita sea, no había avanzado nada en lo que tenía que hacer, estaba en el mismo lugar que hacía tres horas. Jessie lo había rechazado. Tal vez debería alejarse. Darle lo que ella quería.

Después de cepillar a Dancer, lo llevó al establo y le dio un cubo de avena para que se recuperara del ejercicio. El caballo le tocó el hombro como si se lo agradeciera.

Mientras caminaba por el granero, el teléfono de Jack sonó. La recepción era irregular, así que se quedó quieto y tomó la llamada.

—Al habla Jack —respondió, sin reconocer el número.

—Señor Mascall, habla Phil Gravis de Toyota.

El auto... Casi lo había olvidado.

—Hola, señor Gravis.

—Quería contarle que todo salió a la perfección. La señora Mann eligió un buen *crossover* que le servirá por muchos años.

—Bien.

Al menos no tendría que regresar caminando a casa después de las citas. La imagen de Jessie con otro hombre inyectó sus ojos de fuego.

—¿No hizo preguntas?

—No, noté que tenía alguna preocupación en la cabeza durante todo el proceso. Su hermana tenía más sospechas.

—Mónica es sagaz.

—No voy a contradecirlo. Tuvo que convencer a la señora Mann para que no eligiera una *pickup*, lo que me pareció extraño para una dama.

Jack levantó la cabeza. De repente, sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Una camioneta?

—Sí, ella no dejaba de mirar dentro de las más grandes que tenemos en exposición.

—¿Las más grandes? —¿Por qué querría Jessie una camioneta?

¿Por qué querría una mujer como Jessie una camioneta? Vivía en un apartamento. La mente de Jack se nubló un momento. Jessie no necesitaba un camión. Pero el Jack pobre tenía una vieja camioneta *pickup* destartada.

—¿Sigue ahí, señor Mascall? —preguntó el señor Gravis.

—Sí, estoy aquí.

—En efecto, ella preguntó si había una posibilidad de cambiar el auto por la

camioneta en un par de semanas, o tras quinientos kilómetros. Yo no sabía qué responder. Usted dijo que la dejara elegir lo que quisiera, pero no estaba seguro de si usted querría pagar la depreciación del vehículo si ella devolvía el *crossover*.

Lentamente, una sonrisa comenzó a formarse en uno de los bordes de su boca y se extendió hasta el otro.

—¿Señor Mascall?

—Lo siento. Creo que la mente preocupada de Jessie es contagiosa. No se preocupe por la devolución del vehículo. Tengo la sensación de que se lo va a quedar.

Jessie era capaz de renunciar a un auto nuevo, algo que necesitaba desesperadamente, para que él tuviera una camioneta nueva. O tal vez estaba pensando... que una camioneta *pickup* sería útil para los dos.

—Gracias de nuevo, señor Gravis.

—De nada. Fue divertido. Me sentí como Santa Claus regalándole un auto a una mujer que no sospechaba nada.

Jack colgó la llamada y caminó un poco más rápido hacia la casa.

Beth, el ama de llaves y cocinera, lo regañó por no quitarse las botas antes de caminar por la casa limpia. La diatriba familiar lo hizo sonreír aún más.

—Es posible que hayas estado fuera mucho tiempo, pero las reglas de por aquí no han cambiado —dijo Beth, agitando el dedo índice hacia él desde el fregadero de la cocina. Una de las razones por las cuales el dinero Mascall no se le había subido a Jack a la cabeza era porque su padre tenía empleados con los pies en la tierra como Beth.

Con un par de tirones fuertes, las botas encontraron su sitio debajo de un banco en el vestíbulo.

—Veo que sigues tan enérgica como siempre —bromeó.

Beth, a sus sesenta y tantos, le honró con una sonrisa.

—Veo que galopar te ha sentado bien. Es bueno verte sonreír.

Jack se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Por todo lo que haces. No creo habértelo agradecido lo suficiente.

Beth cruzó las manos sobre el pecho y entrecerró los ojos.

—¿Has estado bebiendo?

Jack echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—Hoy no. ¿Sabes dónde está Katie?

—Creo que está en el estudio, entretenida con el árbol de Navidad.

Un beso más y un guiño, y Jack fue en busca de su hermana. Efectivamente, estaba en proceso de reacomodar los adornos del árbol a su gusto. Vestida con un gran suéter y pantalones vaqueros azules, Katie se parecía más a la hermana con la que Jack había crecido. La ropa llamativa de Katie nunca le había gustado.

—Jessie quería elegir una camioneta *pickup* —espetó, sorprendiendo a su hermana.

—¿Qué?

—Una camioneta. Bueno, en realidad terminó con un *crossover*, pero estuvo mirando las camionetas.

Katie dejó el adorno que tenía en la mano.

—¿Se supone que eso tienen algún significado? Porque, tengo que decirte que no lo entiendo.

Jack tomó a Katie por los hombros.

—¿Por qué una mujer que vive en un apartamento y trabaja como camarera quiere comprar una *pickup*?

—No creo que lo hiciera a menos que su marido insistiera. Parece que todos los hombres necesitan tener su *pickup*.

—Exactamente —Jack la acercó hacia él y la abrazó con fuerza.

—Me tengo que ir.

Katie sonrió.

—Ah, ¿sí? ¿Adónde?

—¿Sabes adónde voy? Tengo que hacer algunas compras primero. ¿Puedes interceder con papá? Se enojará cuando llegue y se entere de que me he ido.

Con firmeza, Katie le dio la vuelta y lo empujó hacia la puerta.

—No te preocupes por papá. Tan solo vete y solúcionalo. No lo arruines esta vez.



Decir que tenía el corazón roto no alcanzaba para describir el dolor que sentía en el pecho. El día a día les costaba un esfuerzo enorme. Jessie se regañó a sí misma por enésima vez.

—No debería haberlo alejado.

—Estás hablando sola de nuevo —le gritó Mónica desde la sala de estar.

—Ha estado haciéndolo mucho —dijo Danny.

Mónica y Danny realizaban tarjetas de Navidad caseras. Danny hizo un dibujo, y Mónica firmó el interior a nombre de los tres. Era una tradición que se había iniciado la primera Navidad en que Danny pudo hacer garabatos en un papel.

—No estoy hablando sola.

—¿De verdad? ¿Hay alguien en la cocina que no podemos ver desde aquí? —Mónica se rio cuando se lo preguntó.

—Vas a lograr que tu media esté llena de carbón, Mo.

Danny se rio.

Jessie removió el estofado que se estaba cocinando a fuego lento en la cocina y bajó la temperatura del horno. Un fuerte golpe en la puerta hizo que los tres miraran hacia allí. Mónica miró su reloj.

—¿Esperas a alguien?

—No.

Jessie se secó las manos en el delantal y se dirigió hacia la puerta. A través de la mirilla, vio una caja roja.

—¿Quién es?

—Entrega.

Encogiéndose de hombros, Jessie abrió la puerta. Delante de ella había dos brazos cargados de regalos bellamente envueltos, unidos a un par de pantalones vaqueros y botas de *cowboy*. Sus labios comenzaron a temblar.

—Jo, jo, jo.

Jack entró en su apartamento como si hubiera estado fuera solo un par de horas en lugar de casi una semana.

—¡Jack! —Danny se levantó de un salto y corrió al lado de Jack.

Rodeó con sus brazos la pierna de Jack y casi hizo que se le cayeran los regalos de las manos.

—¿Cómo estás, compañero?

Mónica se paró y comenzó a liberar a Jack de su carga.

—Dame, déjame ayudarte.

—Gracias.

Jack abrazó a Danny con la mano que tenía libre.

Jessie se quedó anclada a un punto en el suelo, con miedo a moverse.

—¿Dónde has estado? —preguntó Danny—. Te hemos echado de menos.

Jack puso el último paquete encima de la mesa y se arrodilló a nivel de Danny.

—Yo también te he extrañado.

—Mamá lloró.

Ay, muchacho, nada como un niño de cinco años, para desembuchar la verdad.

—¿Lloró? —Jack volvió la mirada hacia ella y le ofreció una leve sonrisa.

—Lo lamento. Tal vez podamos hacer las paces.

—¿Qué es todo esto?

Danny se tiró al suelo y comenzó a leer los nombres de los regalos.

—¿Este es para mí?

Papel plateado y un enorme lazo verde adornaban la caja. Danny empezó a sacudirlo como loco. La imagen trajo lágrimas a los ojos de Jessie una vez más. Todas las miradas estaban sobre el niño.

—Hay uno para ti, tía Mónica. Y otro para mí —sonrió—. Mira, mamá, uno para ti. —Jessie se mordió el labio.

—No tenías que hacer esto —dijo.

Jack se puso de pie y le revolvió el pelo a Danny.

—He querido hacerlo.

Mónica se acercó a Jessie.

—¿Estás bien?

Jessie asintió. La felicidad de ver a Jack se transformó en una creciente preocupación por lo que iba a ocurrir después. ¿Quería que volvieran a ser amigos? ¿Podrían ser solo amigos?

—Oye, Danny, ¿qué te parece si tú y yo vamos al parque y les llevamos bastones de caramelo a todos tus amigos?

Danny pasó la mirada de Jack a Mónica con incertidumbre.

—¿Estarás aquí cuando vuelva? —le preguntó a Jack.

Jack miró a los ojos a Jessie.

—Espero que sí.

¿Qué significaba eso?

—Vamos, pequeño. Démosles a Jack y a tu madre un poco de tiempo para hablar.

Mónica fue hasta el armario y agarró el abrigo de Danny. Antes de que ambos salieran por la puerta, Mónica preguntó a su hermana:

—¿Seguro que estás bien?

Jessie se despidió de ella. Una vez que la puerta se cerró, la sala quedó en silencio.

—Parece que Danny ya se encuentra mejor que la última vez que lo vi —dijo Jack, quitándose el sombrero de *cowboy*.

Jack tenía buen aspecto, aunque tal vez un poco cansado.

—Estuvo enfermo durante unos días. Pero nada comparable a la noche del hospital.

—Bien. Me alegro.

Estaba nervioso, a juzgar por la forma en que cambiaba el peso de un pie a otro.

—No tienes que hacer todo esto. —Jessie señaló los regalos que habían llenado los espacios vacíos alrededor del árbol de Navidad.

—He querido hacerlo —repitió.

Se quedaron mirando el árbol mientras un duro silencio crecía entre ellos.

—Jack —dijo Jessie.

—Jessie —intervino Jack al mismo tiempo, y luego se echaron a reír.

—¿Por qué no nos sentamos? —sugirió—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

Movió la cabeza y esperó a que ella se sentara antes de acomodarse frente a ella.

—Lo he complicado todo, Jessie.

Jack se inclinó hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas.

—No lo hiciste tú solo.

Él clavó la mirada en el suelo.

—¿Es verdad lo que ha dicho Danny? ¿Lloraste?

—Las mujeres somos criaturas emocionales.

—No me gusta la idea de que llores por mí.

Jessie se enderezó en el asiento.

—Tenía miedo de haberte alejado para siempre. Nos hemos acostumbrado a tenerte aquí. Danny no ha parado de preguntar dónde te encontrabas.

—¿Me has extrañado?

Tragó saliva y dijo la verdad.

—Más de lo que creerías.

Jack sonrió.

—Yo creo muchas cosas. Por ejemplo, creo que si hubiera esperado para pedirte que te casaras conmigo, tal vez hubieras dicho que sí. Pero no, tenía que lanzarme al ruedo y ver cómo me rechazabas.

—Me asustaste, Jack.

—¿Por qué?

Buena pregunta, había estado pensando en eso noche y día desde que se fue.

—Tenía miedo de amarte, de lo que pasaría con nosotros si me permitía confiar en ti. He estado luchando sola durante muchos años, y me encantaría compartir la carga, pero no pensé que fuera justo para ti.

Jack abrió la boca para decir algo, pero ella lo detuvo con una mano.

—Espera, no he terminado. A veces, cuando amas a alguien, tienes que hacer lo que es mejor para él. Lo mejor no siempre es lo más fácil. Pensé que tendrías una mejor oportunidad de conseguir todo lo que quieres para tu vida si no nos tuvieras a mí y a Danny a rastras.

Cuando Jessie lo miró, vio que Jack la estaba mirando con la boca abierta.

—¿Dijiste que no porque me amas?

Una lágrima le corrió por la mejilla.

—Te dije que no, porque Danny y yo te queremos. Si nos abandonarás un día para perseguir tus sueños, sufriríamos mucho más que si decimos adiós ahora. Al menos, eso es lo que pensaba la semana pasada.

Jack se puso de pie, se arrodilló frente a ella y la tomó de las manos.

—¿Piensas lo mismo esta semana?

—No. Esta semana lo he pasado muy mal, deseaba desesperadamente que no aceptaras mi rechazo y regresaras.

Jack levantó las manos y le limpió las lágrimas con sus dedos. Inclínandose hacia adelante, llevó sus labios a los de ella. Jessie lloró contra sus labios y se apretó contra él. Jack estaba allí, besándola, curando el dolor que se había instalado en su pecho como una roca.

La hizo tirarse hacia atrás y la cubrió con el peso de su cuerpo. Sus labios se movieron sobre los de ella; sus manos acariciaron su pelo. Cuando se apartó, el aliento de Jessie se había vuelto seco y entrecortado.

—He vuelto, Jessie. No me iré a ninguna parte.

Jessie lo atrajo hacia ella y lo besó intensamente. Las manos de Jack abandonaron su pelo y recorrieron su cintura. Lo deseaba, lo amaba más de lo que podía expresar. Si volviera a pedirle que se casara con él, no dejaría pasar la oportunidad de ser la señora de Jack Mass. Había mucho más en la vida que el dinero. El hombre cariñoso, atento, y honesto que tenía en sus brazos valía más que todo el dinero del mundo.

—Hazme el amor, Jack —le dijo entre besos.

Sus ojos la miraban encendidos. La protuberancia en sus vaqueros hablaba de su deseo.

—¿Qué hay de tu hermana y Danny?

Mónica no regresaría enseguida.

—Estarán fuera lo suficiente para que tengamos sexo de reconciliación.

—Amor de reconciliación —la corrigió Jack.

Jessie se rio por primera vez en una semana.

Levantándola en brazos, Jack la llevó a su habitación y cerró la puerta. Jessie empezó a desabrocharle los botones de la camisa una vez que se encontró sobre la cama.

Su amplio pecho estaba desnudo frente a ella. Fuerte, potente.

—Eres hermoso —le dijo.

—No vayas a decirle eso a mis amigos. Los *cowboys* de Texas son guapos, robustos, pero nunca hermosos.

Jessie le quitó del todo la camisa y la arrojó al suelo. Jack le quitó el delantal y luego los pantalones vaqueros.

—Eres guapo y robusto también. Pero tan hermoso...

Le pasó las manos por las caderas y tiró de la abertura de sus pantalones.

Cuando se las arregló para provocarle una erección, él dijo:

—Será mejor que no lo llames hermoso.

Comenzó a acariciar su miembro hacia uno y otro lado. Sentía una gran excitación cuando Jack jadeaba de placer.

—Esto es robusto y caliente.

—Hechicera —le dijo con voz ronca.

Jack se quitó la ropa y Jessie se sacó el jersey. En cuestión de segundos, ambos estaban desnudos y él volvía a situarse encima de su cuerpo, cubriéndola con su calor. Nunca se cansaría de estar debajo de él, de que regara su cuerpo de besos y caricias.

Jack le mordisqueó el mentón y el cuello, y fue marcando un camino ardiente de besos y lamidas hasta llegar a su pecho.

—Esto es hermoso —le dijo.

Luego comenzó a jugar hasta hacerlo quedar duro como una roca y la aspiró hacia la caverna de su boca. Jack la mordisqueaba, un mordisqueo juguetón, pero lo suficientemente fuerte para encender su entrepierna. Entonces, cambió al otro pecho.

—Y esto es hermoso —repitió todas sus atenciones con el segundo.

Regresó a su boca e introdujo con fuerza su lengua en ella.

Jessie se retorció, deseaba que entrara en ella. Rodaron uno sobre otro, luchando por el dominio. La respiración sofocada de ambos era el único sonido en la habitación.

Jessie lo envolvió con una de sus piernas, incitándolo a entrar. Él se dobló hacia adelante y la hizo probar solo un poco de él en su interior.

—Por favor —le rogó—, rápido ahora, despacio luego. Te necesito.

Él hizo que ambos giraran sobre un costado y levantó su pierna por encima de la cadera de ella. Sin previo aviso, la penetró y cortó el oxígeno de sus pulmones.

—Sí —dijo Jessie entre dientes.

—Tienes que acostumbrarte a mí, Jessie. Los tejanos somos difíciles de ahuyentar.

En lugar de alejarse, la penetró con la fuerza de su cuerpo. Se deslizó por encima de su punto más sensible. La fricción suave y áspera marcaba el ritmo perfecto. Jessie se aferró a sus caderas e intensificó el galope. No había nada lento y suave en su cópula. Era más como un volcán a punto de explotar. La agitación y los temblores prefiguraron el momento en que sus nervios se precipitarían juntos, al mismo tiempo.

Finalmente, sus manos se aferraron al cuerpo de él y sus ojos se pusieron en blanco, mientras temblaba, Jessie arqueó los pies y encontró la satisfacción total. La de él la sucedió y se vio inundada por la calidez de su orgasmo. Jessie enterró la cabeza en su brazo, más feliz de lo que podría estar cualquier mujer.

Después, Jack escuchó cómo la respiración de Jessie se relajaba. Quería quedarse exactamente donde estaba. Para siempre.

Pero no iba a cometer el mismo error dos veces. Le pediría que se casara con él una vez que tuviera el anillo y pudiera hacer las cosas bien. Ella lo amaba. La escuchó decirlo y, además, lo sintió. Tenía que haber una manera de decirle la verdad sobre su riqueza sin que se enfadara. Para eso, se necesitaba el consejo de una mujer. A la primera oportunidad, llamaría a Katie y se lo pediría.

Ahora Jack quería estar en brazos de Jessie y olvidarse de todos sus problemas recientes. El sonido de una puerta que se abría y la voz de Danny llamándolo lo hizo olvidarse de sus planes. Se puso rígido y agarró una manta. Jessie se echó a reír.

—La realidad irrumpe —dijo ella.

Jack le besó la nariz y obligó a su cuerpo a salir de su interior. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no había usado condón. Miró a Jessie para ver si ella se

había dado cuenta. Si era así, ella no dijo nada.

«No importa, me voy a casar con esa mujer, aunque sea lo último que haga».
Rápidamente, se puso los calzoncillos y le alcanzó la ropa a Jessie con un guiño.

—¿Jessie? —llamó Mónica.

—Espera —Jessie se echó a reír—. Saldré, eh, enseguida.

Mónica se rio. ¡Hermanas!

CAPÍTULO QUINCE

Se comieron el estofado que había preparado y se rieron cuando Danny comenzó a sacudir los regalos al pie del árbol.

—Esto tiene que ser ropa. —Danny frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Jack.

—Porque no hace ruido y no es muy pesado. —Danny soltó el paquete bajo el árbol y levantó uno de los que había traído Jack.

—Silencioso y liviano, sí, debe de ser ropa —estuvo de acuerdo Jack.

—Este —gritó, levantando un hermoso paquete por encima de su cabeza— es un juguete—. No es pesado, pero suena a piezas de plástico dando vueltas por ahí.

Jessie tomó la mano de Jack por encima de la mesa y le sonrió a Mónica.

—¿Cómo sabes que son de plástico?

Danny cerró los ojos y demostró cuán en serio se tomaba el asunto de sacudir los regalos.

—Tengo cinco años. Todos mis juguetes son de plástico.

Jack le apretó la mano mientras hablaba con su hijo.

—Entonces, Danny, ¿qué es lo que de verdad, de verdad quieres para Navidad?

—Quiero una bicicleta.

Jessie lo había visto venir. Era lo único que había pedido. La que ella había escondido en una caja en su dormitorio requería que Santa Claus hiciera un serio trabajo de montaje después de que Danny se fuera a dormir.

—Pero ¿sabes qué sería mejor que una bicicleta? —preguntó.

Oh, no. Ella no sabía que quería otra cosa más. Su carta a Santa, la que escribió el día después de Acción de Gracias, decía una bicicleta. Una bicicleta roja del doble de tamaño de la que tenía ahora.

—¿Qué cosa, chiquitín? —preguntó Jessie.

—Quiero una casa en la que tengamos un camino y un lugar para andar en bicicleta. Así, la tía Mónica tendría su propia habitación y no necesitaría dormir aquí. Y mamá podría estacionar su auto nuevo en un garaje. —Danny se puso de pie de un salto—. ¿Has visto el auto nuevo? —le preguntó a Jack.

—No. —Jack le ofreció una sonrisa a Jessie.

—¡Por Dios! Con tantas emociones, se me ha olvidado por completo contarte lo

que pasó.

El pulgar de Jack comenzó a acariciar el suyo mientras esperaba pacientemente su explicación.

—Después de que te fueras, me llamaron del concesionario de Toyota. Hubo una especie de incendio en el garaje que destruyó mi auto.

—¿En serio? —preguntó Jack, sin dejar de sonreír.

—Eso fue lo que me dijeron. El concesionario me ofreció elegir un auto nuevo para compensar la pérdida. ¿Puedes creerlo?

Jack inclinó la cabeza hacia un lado. Algo en la forma en que la miraba la hizo detenerse. Mónica se puso de pie y levantó algunos platos de la mesa.

—Todavía estoy esperando que llamen para decir que todo fue un gran error.

—No sé, Mónica. Los concesionarios odian que los demanden —explicó Jack, desviando la mirada hacia Mónica.

—Eso fue lo que le dije yo —apuntó Jessie.

—No me lo trago —replicó Mónica.

—¿Qué elegiste? —preguntó Jack, cambiando de tema.

—Mamá eligió el auto más genial. Tiene televisores en el asiento trasero, y la voz de una señora que nos indica el camino si estamos perdidos. Es épico.

Danny tomó de la mano a Jack.

—Vamos, tienes que verlo.

Jessie le echó una mirada de compasión a Jack cuando Danny lo obligó a pararse.

—Me encantaría verlo.

—Traeré las llaves.

Jessie se paró, fue a buscar su bolso, que estaba junto a la puerta, y comenzó a revolverlo en busca de las llaves.

—Sabes... ¿Por qué no vamos a tomar un helado? —sugirió Jack—. Así, tu mamá me puede llevar a dar un paseo en su auto nuevo.

—¿Podemos, mamá?

—Claro, por qué no. ¿Quieres venir, Mónica? —Jessie se volvió hacia su hermana, que estaba lavando los platos.

—Id vosotros. Voy a terminar de limpiar todo este lío.

Afuera, el sol se había puesto y el viento congelaba el aire. El edificio tenía garaje, pero solo una cochera por apartamento y Mónica estacionaba allí su auto. Jessie usó el control remoto para abrir el vehículo.

—Todavía no puedo creer que sea mío. Me siento un poco como si hubiera ganado la lotería sin ni siquiera jugar.

Jack la rodeó con el brazo y lo apoyó en su hombro mientras se dirigían hacia el auto.

—A veces las cosas buenas realmente llegan a aquellos que lo merecen.

Parados ante el auto, Danny abrió la puerta trasera y se metió dentro de un salto.

—Mira, Jack. Televisión.

—Reproductor de DVD —le dijo Jessie a Jack mientras pasaba la mano por el marco de la puerta que Danny había abierto.

Jack se inclinó sobre Danny para mirar dentro y comenzó a hacerle cosquillas.

—Perfecto para viajes largos.

—Eso es lo que dijo el vendedor. Yo nunca pensé que tendría un auto como este.

—¿Es seguro? —preguntó Jack.

—Tiene una puntuación decente en las pruebas de choque. El rendimiento de la gasolina es fantástico.

Jack le dio la vuelta al auto y abrió el capó.

—¿Cuatro cilindros?

—Eficaz en el consumo de combustible.

—Creo que es una excelente elección —dijo Jack, inclinado sobre el capó.

Por primera vez desde que había conducido en él hasta su casa, Jessie sentía que podría disfrutar del auto. Sin Jack, todo le había parecido un poco más gris. Jack cerró el capó.

—¿Quieres llevarme a dar una vuelta?

Danny ya estaba en su asiento con el cinturón de seguridad. Después del helado, dieron algunas vueltas para mirar las luces de Navidad hasta que Danny empezó a cabecear en la parte de atrás. Jack la miró cuando doblaron por la calle que llevaba a su apartamento.

—Es bueno verte con cosas nuevas —dijo—. Tu sonrisa resplandece un poco más.

Demonios, no quería que él pensara que ella necesitaba que le diera esas cosas. Juntos encontrarían la manera de pagar las cuentas y hacer que todo funcionara.

—Es solo un auto, Jack. Sonríe porque lo estoy compartiendo contigo.

—Danny parecía dispuesto a pedirle a Santa Claus un garaje para estacionarlo.

—No se da cuenta de lo que pide cuando dice que quiere una casa por Navidad. Creo que vio la película *Milagro en la ciudad*.

—Los niños sueñan un poco más a lo grande que los adultos. Creo que es parte de la inocencia. —Ella estuvo de acuerdo.

—Los adultos saben que hacer realidad los sueños es un trabajo duro. Los niños piensan que todo lo que tienen que hacer es pedirle un deseo a una estrella fugaz.

Jessie se detuvo en su plaza de estacionamiento y apagó el motor.

—¿Bien, qué te parece? —le preguntó acariciando el volante.

—Creo que es perfecto.

Luego Jack se inclinó y le dio un beso. Dulce y breve, pero muy agradable.

—Creo que hay que seguir pidiendo deseos a las estrellas fugaces —susurró

con una sonrisa.

Jessie vio cómo brillaban sus ojos grises y no pudo dejar de pensar que parecían estrellas.

—Vamos —dijo él tras apartarse—. Vamos a meter a Danny en la cama. Y después te meteré a ti en la cama.

Ella salió del asiento del conductor. Ese sí que era un plan perfecto.



Jack y Jessie pasaron la noche haciendo el amor, recuperando el tiempo que habían perdido. Por la mañana, Jack estaba dispuesto a separarse de ella durante algunas horas. Necesitaba un plan sin fisuras para explicarle su engaño. Jugó con varias palabras en su cabeza, tratando de decirlo de una manera que no la hiciera sentir engañada.

Cuanto más reflexionaba sobre cómo encararlo, más comprendía que ella se enojaría. Claro, él también se enfadaría si estuviera en su lugar. Necesitaba un consejo femenino. Jack necesitaba hablar con su hermana pequeña.

Se escurrió por detrás de Jessie mientras ella reunía los ingredientes para hacer unas galletas. Le dio un beso a un lado del cuello.

—¿Galletas de Navidad? —preguntó, con una mano en su cintura y la otra con un dedo en el cuenco pegajoso para robarle un poquito de masa. Se lamió el dedo y saboreó la mezcla de las galletas.

—Las mejores.

—Ya veremos. Las galletas con pepitas de chocolate a mí me encantan. — Jessie se echó a reír y le golpeó la mano cuando intentó robarle un nuevo bocado.

—Los moldes de galletas no van bien con pepitas de chocolate y no se las puede cubrir con un baño de azúcar.

—Mmm, galletas con pepitas de chocolate y baño de azúcar. Excelente idea.

Ella se rio y tomó una cuchara para revolver la mezcla.

—Odio tener que decir esto —Jack giró a Jessie hasta que estuvieron cara a cara—. Pero debo ir a hacer unas gestiones y presentarme en el hotel.

—¿Tienes que trabajar hoy? —Se limpió las manos con un paño y lo puso a un lado.

—En cierto modo.

—¿Qué significa eso? —le preguntó con una sonrisa.

—Te lo explicaré más tarde —dijo, evitando la mentira.

Ir al hotel y trabajar estaba en su agenda, pero no exactamente como pensaba Jessie.

—Guardaremos un poco de glaseado para que hagas tus propias galletas —añadió Jessie.

Jack miró a Danny, que estaba jugando a un juego de mesa con Mónica en la sala de estar, y luego se inclinó para besar a Jessie. Sus labios se deslizaron sobre los de él en una suave caricia. Tan cálida. Ya no podía esperar más para ponerle un anillo en el dedo y reclamarla para sí. Puso fin al beso y la apretó contra su cuerpo antes de alejarse.

—Volveré —prometió.

—Más te vale —lo reprendió en broma.

Jack le dio la vuelta a la encimera y saludó con la mano a los demás.

—Te veré luego, Danny.

—¿Te vas? —dijo levantando la cabeza.

—Tengo que hacer unas cosas.

Danny se puso de pie y corrió a abrazarlo. Había algo en la imagen de ese niño lanzándose a los brazos de Jack que hacía que todo valiera la pena. Jack le besó la cabeza.

—Hasta luego, compañero.

—Hasta luego, tío Jack —lo imitó Danny.

Jack abrió la puerta y lanzó una mirada a Jessie. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y su delantal se encontraba cubierto de harina. Estaba sonriendo, incluso antes de levantar la vista y sorprenderlo mirándola. No quería echar a perder todo eso. Una vez fuera, encendió su teléfono y vio que había recibido un mensaje.

—Jack, maldita sea, ¿dónde estás? —Era Katie—. Oh, no importa. Escucha, papá llegó a casa muy contrariado al no verte. Él y Beth empezaron a hablar; como yo no quería decir nada, enseguida se dieron cuenta de que hay una mujer involucrada. Una que te interesa de verdad. Te juro que no he dicho nada. Él está en camino. Los dos vamos para ahí. Voy a tratar de detenerlo hasta que resuelvas tus asuntos con Jessie. Estás resolviendo tus asuntos con Jessie, ¿verdad? Ah, y dijo algo acerca de reunirse con el contratista del nuevo proyecto mientras esté ahí. Ha estado en el teléfono ladrando órdenes durante la última hora. De todos modos, considérate advertido.

Jack apagó el teléfono y se metió de un salto en la camioneta. Con un poco de suerte, llegaría a tiempo al hotel y podría ponerse presentable antes de que su padre invadiera el lugar. Gaylord Mascall lo hacía todo a la manera de Texas. ¡A lo grande!



Jack avanzó a pasos largos a través del vestíbulo y hacia los ascensores. Sam lo

vio desde el mostrador de la recepción y se apresuró a alcanzarlo.

—Señor Mascall...

—Ahora no, Sam, tengo prisa. —Jack llamó al ascensor.

—Su padre está en camino.

—Lo sé.

Apretó de nuevo el botón del ascensor, frustrado por su lentitud.

—La otra *suite* ejecutiva del hotel está ocupada. ¿Su padre se quedará con usted?

La luz del ascensor se iluminó. Jack se introdujo en el ascensor.

—Yo me encargo, Sam. No te preocupes.

El servicio de limpieza había borrado todas las huellas del desastre que Jack había dejado antes de su corto viaje a Texas. Jack se desvistió mientras caminaba, pero se aseguró de que toda su ropa quedara guardada en el armario, como un buen soltero. A los veinte minutos, estaba vestido de Armani de pies a cabeza, con el sombrero de *cowboy* perfectamente colocado sobre su cabeza y las botas bien lustradas. No se veía tan diferente de Jack Mass, concluyó. Su teléfono sonó mientras se estaba poniendo un reloj en la muñeca.

—¿Sí?

—Señor Mascall, su padre y su hermana han llegado.

Jack respiró profundamente. Había llegado el momento de las evasivas.

—¿Cuál de las salas de reuniones podemos utilizar? —preguntó.

—La de al lado de mi oficina —ofreció Sam.

—Estoy en camino.

No era que no le importara su padre. Amaba a ese hombre, pero era muy intenso a veces y por demás dominante.

Jack entró en el vestíbulo, se encontró con una multitud y un caos organizado. Su padre estaba parado frente a Sam, que hablaba con rapidez y hacía gestos con las manos. Desde lejos, Gaylord Mascall era como un semáforo, alguien que demandaba atención. Con sus sesenta y cuatro años y sus cien kilos, podría haber pasado por un jugador de rugby jubilado. Tenía el pelo salpicado de canas, pero sus ojos eran vivaces y lo veían todo. Katie se puso de pie a su lado, llevaba puesta una de sus ridículas minifaldas. Probablemente solo para hacerlo enojar. Le encantaba molestarlo y lo hacía de manera regular.

Al ver a Jack, Gaylord interrumpió su conversación con el gerente del hotel.

—Jack —lo llamó mientras se volvía.

Jack le tendió la mano, que su padre sostuvo firmemente, luego le dio un abrazo.

—¿Por qué demonios te fuiste antes de que yo regresara a casa?

—Yo también me alegro de verte, papá.

Lo estaba, a pesar del mal momento. Alrededor del grupo, los botones se afanaban en ayudarles con sus maletas, Sam parecía dispuesto a aceptar cualquier

tarea, y había media docena de hombres de traje que iban detrás del mayor de los Mascall.

—Primero Acción de Gracias, ahora Navidad —Gaylord gritó mientras se apartaba y empezaba a instruir a Sam para que le asignara una habitación a su chofer y sus asistentes.

Katie se ubicó al lado de Jack y se acercó a su oído para que solo él pudiera oírla.

—Te juro que no he dicho nada —susurró.

Jack le palmeó el brazo y le sonrió.

—Su radar siempre ha sido más eficiente que cualquier antena parabólica.

Katie se rio, echando la cabeza hacia atrás. Hubo un par de destellos en el vestíbulo. Jack miró a su alrededor y se dio cuenta de que había un periodista con un fotógrafo a su lado.

—¿Qué hacen aquí? —le preguntó a su hermana.

—Vienen por ti.

Gaylord volvió su atención a sus hijos.

—¿Por mí?

—He oído que hay una dama muy especial en tu vida, alguien que tal vez se una pronto a nuestra familia. —Gaylord pronunció la última palabra muy lentamente, casi sonaba como una pregunta.

La sonrisa en el rostro de Jack se transformó en una expresión de desagrado. No le gustaba la idea de que la prensa invadiera a tal punto su vida personal. Además, todavía tenía que proponerle matrimonio a Jessie... una vez más.

—¿No me corresponde a mí decidir si quiero avisar a los medios? —le preguntó Jack a su padre.

—Así que, ¿hay una futura señora Mascall? —La sola idea de que Jack se fuera a casar, evidentemente le agradaba al hombre. Era difícil estar enojado con él.

—Hay alguien —confirmó Jack—. Pero prefiero no hablar de ello aquí, si no te importa.

Gaylord sacó pecho como si acabara de ser padre de nuevo.

—Excelentes noticias —dijo—. ¿Cuándo la conoceremos?

—Siempre me acusas de estar muy expuesta, papá —lo rezongó Katie—. ¿Podemos hacer esto en privado? No creo que Jack quiera hablarlo aquí.

Jack hizo un gesto hacia los ascensores.

—He ordenado que me envíen el almuerzo a la *suite* antes de la reunión. Hablemos allí arriba.

Distraer a su padre le tomó unos minutos más, pero mientras el hombre se dirigía hacia los ascensores, Jack llamó a Sam con un gesto del dedo índice.

—Almuerzo para tres. El especial, sea lo que sea, una botella de Crown Royal y una botella de Chardonnay para la señorita Mascall.

—¿Y la reunión? Su padre solicitó...

—Avisa a la cocina a toda prisa. Bajaremos en una hora —Jack lo interrumpió y luego volvió a dirigir su atención a su familia—. Oh, Dios.



Danny balanceaba los pies al borde de la silla mientras colocaba las bolitas plateadas de azúcar sobre su galleta. Si seguía tomándose tanto tiempo para adornar cada dulce, acabarían cerca de Pascua.

Mónica empujó la puerta de entrada cargando una montaña de ropa limpia. El complejo de apartamentos tenía sus propias lavadoras y secadoras, pero estaban fuera, a la vuelta del garaje. Jessie la ayudó a sujetar la cesta para que pudiera cerrar la puerta.

—Hace frío ahí fuera —se quejó su hermana.

—Mejor frío que calor. No parece Navidad con 26 grados de temperatura.

Mónica hizo un gesto hacia Danny.

—¿Monet está creando una obra de arte?

—No lo ha heredado de mí. Yo las bañaría en azúcar glas, les espolvorearía esas cositas verdes y rojas encima y diría que ya están listas.

Mónica negó con la cabeza.

—¿Cuántas ha terminado?

—Dos.

—Necesitaré estos últimos días antes de Navidad para terminar el trabajo.

Ambas comenzaron a doblar una prenda de ropa a la vez. Mónica cambió de canal y sintonizó las noticias de la tarde.

—¿Tienes idea de cuándo regresará Jack?

—No estoy segura.

Jessie dejó uno de los calcetines de Danny a un lado esperando que apareciera su pareja dentro de la pila.

—Ha dicho que necesitaba presentarse en el hotel.

—¿No tiene un horario fijo?

—No tengo ni idea. Cada vez que habla de su trabajo, actúa un poco raro.

—¿Raro? ¿Raro cómo?

—Le pregunté si tenía que trabajar hoy, y me dijo que en cierto modo. ¿Qué diablos significa eso? Tienes que trabajar o no tienes que trabajar. —Jessie negó con la cabeza.

El siguiente calcetín que agarró era la pareja del anterior, así que los dobló juntos.

—Tal vez tenía que trabajar, pero fue a ver si se las podían arreglar sin él. Así podría pasar más tiempo aquí.

—Puede ser. Otra cosa, nunca me ha hablado de dónde vive.

Jessie había pensado en ello cuando desapareció. No tenía ni idea de dónde buscarlo fuera del trabajo. Mónica agarró una camisa y apretó un extremo bajo el mentón para doblarla.

—Ahora que sois una pareja, te dará todos los detalles. Seguro que comenzaréis a pasar un poco de tiempo a solas en su casa. No puede ser muy relajado con Danny tan cerca de tu habitación.

Jessie se echó a reír.

—Sin mencionar a mi hermana menor justo del otro lado de la puerta.

Mónica dejó caer la camisa en una pila y levantó ambas manos.

—Yo no he oído nada... en toda la noche. Ni a las dos ni a las seis de la mañana.

Jessie se echó a reír, sabiendo que se ruborizaría. Le arrojó los calcetines doblados a su hermana y le golpeó el pecho.

—Mala.

—No soy yo la que ha estado despierta toda la noche —dijo Mónica, riendo.

Sentaba bien reírse con ganas.

—¿Mami?

—Sí, corazón.

—¿No es ese el tío Jack? —Danny estaba apuntando al televisor—. Se ve gracioso vestido de esa manera.

Jessie dirigió la mirada hacia el televisor. La sonrisa en su rostro estaba tan rígida que comenzaron a dolerle las mejillas. Esperaba ver a un hombre *sexy* con un sombrero de *cowboy* que se pareciera a Jack. Lo que descubrió le robó todo el aliento de sus pulmones.

—Oh, Dios mío.

Mónica se recuperó rápidamente y subió el volumen del televisor.

—... Mascall, el magnate multimillonario y su hijo, Jack Mascall, han llegado al Inland Empire para celebrar la creación de la empresa pionera de hoteles familiares de Jack Mascall, y también, si se confirman los rumores, el anuncio del próximo enlace del propio Jack Mascall. Lo siento, señoras, pero parece que este codiciado soltero está a punto de ser retirado del mercado. Los rumores acerca de la identidad de la novia no han sido confirmados ni desmentidos.

Jessie dejó caer la ropa y sintió que sus manos empezaban a temblar.

Jack estaba de pie en el vestíbulo central del Mascall con una mujer rubia y esbelta del brazo. Jessie no podía ver el rostro de la mujer, pero quienquiera que fuese, Jack estaba del brazo con ella y le sonreía con una mirada que solo podía ser calificada como amorosa.

«¿Multimillonario?». «¿Jack?». El periodista dio a continuación una lista de nombres, algunos públicos, otros intrascendentes, que los medios consideraban posibles candidatas para ser la futura señora Mascall. El nombre de Jessie no estaba en la lista. Su mandíbula tembló y la sangre de su cabeza comenzó a bajar rápidamente hacia sus pies.

—¿Jessie?

Jack Mass ni siquiera era su nombre. Dios, ¿cómo podía haber estado tan ciega? ¿Cómo podía haberla embaucado hasta el punto de no saber quién era Jack en realidad?

—¿Jessie?

El reportero pasó a otro tema, pero la imagen de Jack parado en el vestíbulo de su hotel, abrazado a otra mujer y disfrutando de ser el centro de atención al lado de su padre multimillonario quedaría grabada en su mente para siempre.

«Me ha mentado».

—Mamá, ¿estás bien?

—Jessie, siéntate o te vas a desmayar.

Mónica la llevó del brazo y la ayudó a sentarse en el sofá.

—Me ha mentado —susurró. Jessie cruzó la mirada de Mónica y vio su propia confusión reflejada en los ojos de su hermana—. Ha mentado, Mónica. ¿Por qué lo haría?

—No lo sé. Estoy segura de que hay una explicación.

—No. Tú lo has visto. ¿Quién era esa mujer que estaba del brazo con él? ¿Su futura esposa?

Jack sabía que ella no aceptaría casarse con un soñador. ¿Había planeado todo el tiempo proponérselo y luego recordarle que ella no había aceptado? ¿Y para qué? ¿Quería seguir teniendo una aventura con ella después de casarse con alguien de su círculo? La mujer a su lado estaba vestida para seducir.

—No lo sé. Estoy segura de que hay algo que no sabemos, Jessie.

Jessie inspiró rápidamente por la nariz varias veces. Los músculos de su pecho comenzaron a contraerse y empezó a dolerle la cabeza.

—Me tengo que ir —dijo Jessie.

Se paró y fue en busca de su bolso—. Su único pensamiento era enfrentarse a Jack. Sorprenderlo como él la había sorprendido.

—Jessie, no te apresures. Tú le importas a Jack.

Se rio sin ganas.

—¡Claro!

Jessie encontró el bolso y sacó las llaves de allí.

—Mami, ¿qué pasa? —gritó Danny.

Jack no solo le estaba haciendo daño a ella. Danny también lo quería.

—Nada, mi niño. Solo quédate aquí con la tía Mónica. Volveré pronto.

¡Cómo se atrevía Jack a hacerles esto a ellos!

—Jessie, detente y piensa en lo que estás haciendo.

—¿Detente y piensa? Mónica, ¿acabas de ver lo mismo que yo? Jack nos ha mentido. A todos nosotros. Desde el primer día.

¿Cómo podía ser tan estúpida?

—Quédate con Danny.

Jessie salió del apartamento con Mónica gritando detrás de ella:

—¡Tal vez tenía una razón!

Ninguna razón sería suficiente.

La ira, en forma de calor, le hacía estragos en las venas. Jessie se dijo a sí misma que debía calmarse para poder conducir. Obligó a su pie a mantenerse lejos del acelerador y respetó los límites de velocidad.

Jack Mascall. Quería gritar y darle un puñetazo en el pecho. Mascall. Se había hecho pasar por un camarero en el restaurante, ¿para qué?, ¿para ganar su confianza? La confianza de una mujer a la que le mentía día tras día.

¿Cómo podía abrazarla, hacer el amor con ella..., prometerle un mañana, cuando planeaba estar con otra persona? No había repetido su propuesta ayer por la noche. Ahora Jessie sabía por qué. Él planeaba que ella no fuera nada más que una distracción. Una excursión a la parte barata de la ciudad.

—Codiciado soltero —murmuró mientras buscaba la entrada del hotel.

Jessie estacionó el auto junto al encargado y se bajó de un salto.

El hombre que estaba allí le tendió la mano para pedirle sus llaves.

—No me voy a quedar —le dijo mientras se alejaba de él a toda velocidad.

—No puede aparcar aquí —le gritó.

Jessie no le hizo caso y entró en el vestíbulo. El hotel que era *propiedad* de Jack. Su mandíbula se tensó y las uñas se le clavaron en la piel cuando apretó los puños.

—Señora, usted no puede dejar el auto en la rotonda.

El encargado tuvo que correr detrás de ella para poder alcanzarla.

En la recepción, Jessie pasó de largo delante de un cliente que estaba esperando.

—¿Dónde está Jack Mascall?

—Disculpe —dijo el cliente que estaba frente al mostrador.

—Si puede esperar un minuto.

—¿Dónde está? —Jessie alzó la voz—. Es urgente.

Trató de calmarse, pero todo su cuerpo se estremeció. Ahora sabía lo que sentía un dragón justo antes de soltar fuego por la boca.

—Está en una reunión, señorita. Deme su nombre.

—¿Dónde?

La recepcionista miró por encima del hombro de Jessie, revelando el lugar

donde Jack mantenía la reunión. Al otro lado del vestíbulo, bajo un arco, se indicaba el sitio de una sala de conferencias.

Jessie se dio la vuelta y comenzó a marchar hacia el hombre que conocía como Jack Mass. «Bastardo mentiroso».

—¡No puede entrar ahí!

«Pues lo estoy haciendo».

CAPÍTULO DIECISÉIS

—El análisis de mercado mostró una respuesta clara y positiva hacia el cambio de nombre, Jack.

Eric distribuyó copias de las tablas que Jack había solicitado para definir el nombre de la cadena hotelera.

Jack estaba sentado en un extremo de la mesa de reuniones, y su padre se encontraba en el otro extremo, junto a la puerta. Entre medias había empleados de *marketing* y contabilidad, el segundo de Dean en la empresa contratista y un par de abogados para garantizar que todo estuviera de acuerdo con los parámetros del departamento legal.

—Entonces parece que tenemos todo listo para el...

Las palabras de Jack se apagaron cuando unas voces que venían desde el otro lado de la puerta de la sala de conferencias indicaron que alguien no estaba donde le correspondía.

—No puede entrar ahí —dijo una mujer, muy nerviosa, al otro lado de la puerta. Todos en la sala se dieron la vuelta.

Gaylord comenzó a moverse en su silla.

—Solo será un minuto.

Jack oyó su voz al tiempo que la gran puerta de caoba se abría de golpe. Varias personas en la habitación se quedaron sin aliento. Jack se puso de pie.

—¿Jessie?

Ella lo miró a los ojos y frenó en seco. La gama de emociones que pasaron por su cara en el lapso de dos segundos le pegó como un puñetazo en el estómago. ¿Cómo lo había descubierto?

—¿Qué te pasa, Jack? ¿No se te ocurre ninguna mentira rápida para explicar esto?

Empezó a caminar hacia ella.

—Jessie, yo...

Su mano se disparó delante de ella, deteniéndolo.

—No gastes el aliento. No estoy aquí para pedirte una explicación. Necesitaba ver con mis propios ojos si lo que he visto en las noticias era cierto.

«¿Las noticias? ¿De qué demonios está hablando?».

—Obviamente, los medios saben más que tú acerca de la verdad.

—Puedo explicarlo.

—Déjame adivinar, te eligieron empleado del año y te ganaste el hotel.

—Jessie, por favor.

—Oh, ni siquiera intentes eso conmigo.

—Jack...

Oyó la voz de su padre, pero no podía dejar de mirar a Jessie. Su ira era palpable.

—No se moleste, señor Mascall. Es el señor Mascall, ¿no es así? —Jessie le preguntó a su padre.

—Sí.

La mirada de Jessie fue de su padre hacia él.

—Por lo menos alguien en la sala reconoce su propio nombre.

Ella miró la sala a su alrededor, como si la estuviera viendo por primera vez.

—Me dijiste que eras camarero. ¿Camarero? Dios, soy tan ingenua. —Su mano temblaba mientras lo señalaba—. Mantente lo más alejado posible de mí y de mi hijo. ¿Me oyes, Jack Mascall? ¡Mantente alejado!

Le tomó un segundo darse cuenta de que Jessie había dado la vuelta y se estaba yendo. Jack se levantó de la mesa y fue tras ella. Su padre lo detuvo en la puerta.

—¿Es ella? —le preguntó.

Jack se liberó de la mano de su padre.

—Sí.

Gaylord soltó una carcajada.

—¡Ja, ja! Ya me gusta.

Jack le había explicado todo a su padre durante la hora del almuerzo que habían compartido. Gracias a Dios que había tenido esa hora o la escena habría sido mucho más difícil de explicar.

—¿Qué haces ahí parado, hijo? Ve con ella.

Jack salió corriendo de la sala, pero no vio a Jessie en el vestíbulo.

Una recepcionista aturdida estaba balbuceando disculpas.

—Lo siento mucho, señor Mascall. Ella ha entrado corriendo.

—¿Adónde se ha ido? —gritó.

La joven señaló la puerta principal. Para cuando Jack salió a la luz del día, Jessie ya estaba en su auto nuevo, saliendo a toda velocidad del estacionamiento.

Jack palpó los bolsillos de su pantalón y se dio cuenta de que las llaves estaban en su maletín en la sala de conferencias, y corrió a buscarlas.

Entró como una ráfaga en la sala e ignoró las preguntas y las miradas de su equipo. Con las llaves en la mano, corrió a su camioneta y se fue tras ella.

Jack no veía nada más que el dolor en la mirada de Jessie. Debería haberle dicho la verdad, haberle contado quién era y por qué lo había mantenido en secreto.

Golpeó el volante cuando el semáforo en la intersección que daba a su apartamento se puso en rojo. Aunque Jessie solo tenía una ventaja de quince minutos sobre él, cuando llegó al apartamento, ella se había ido.



En su trabajo le dijeron que no volvería hasta después de Navidad. Jack no podía permitir que estuviera lejos de él tanto tiempo. No había manera de saber adónde había ido. Jack le dejó mensajes en su teléfono, pero ella no respondió. El maldito aparato estaría, probablemente, en el fondo de su cartera, apagado a propósito.

Cuando volvió al hotel, Jack se enteró de que su padre había terminado la reunión y le había dicho al personal que disfrutaran de las fiestas. Por suerte, Gaylord no estaba en la *suite* cuando Jack regresó. Katie, por otra parte, sí que estaba allí.

—¿Ninguna llamada? —preguntó, sabiendo muy bien que la persona que él quería que llamara no lo haría.

Su hermana negó con la cabeza.

—Ninguna. Dale un poco de tiempo, Jack. Ella cambiará de opinión.

Katie no tenía manera de saberlo a ciencia cierta, pero era muy considerado por su parte apoyarlo de ese modo.

—Debería habérselo dicho.

—Sí, deberías.

Jack ni siquiera podía reunir la fuerza suficiente para estar enojado con su hermana por ponerse del lado de Jessie.

—Creo que sé cómo se ha enterado Jessie —dijo Katie.

Jack tiró las llaves sobre la mesa de café.

—¿Qué?

—Hoy había gente de la prensa en el vestíbulo del hotel y deben de haber oído algo acerca de tu vida personal. Tú, hermanito, eres el protagonista de la sección de entretenimiento de esta noche en el canal local. Había una foto de nosotros dos en el informativo.

—¿Qué informativo?

—Hablaban sobre un anuncio inminente de boda entre tú y una novia desconocida.

Jack no veía cuál era el problema. Le había pedido a Jessie que se casara con él y prácticamente le había prometido que se lo pediría de nuevo en un futuro muy cercano.

—Jessie sabe lo que siento por ella.

—¿Lo sabe? ¿Se lo propusiste de nuevo?

—No, te dije que antes tenía que confesarle la verdad.

Katie inclinó la cabeza y le ofreció una leve sonrisa.

—¿Le dijiste que la amabas? Los chicos no se manejan muy bien con las palabras «te amo».

—Le dije que me importaba más que...

—Bla, bla, bla. Te faltó decir «te amo». Ahora, ella piensa que te estás preparando para ir al altar con otra.

—No hay ninguna otra.

—Ella no lo sabe —replicó Katie—. Pero sí ha visto una foto de nosotros dos hablando; hasta donde sabemos, ella piensa que yo soy la otra mujer.

—Eso es ridículo —exclamó Jack—. Eres mi hermana.

—Seguro que sacaste el viejo álbum familiar y le mostraste una foto mía.

No, no había hecho tal cosa. Sin embargo, Katie no temía a los focos. Diablos, había estado en más portadas de revistas que muchas modelos. Seguramente Jessie la había visto antes. Una vez que Jessie había conectado a Jack Mascall con Jack Mass, las piezas se alinearían. Jessie debía saber que Katie era la mujer de la foto.

—Jack, confía en mí, Jessie está pensando lo peor de ti en este momento. Necesitará que pasen unos días antes de que te dé un minuto para hablar.

No eran las palabras que quería escuchar. Un dolor físico se instaló en su pecho cuando pensó en cómo debía de haberlo pintado Jessie.

—Voy a salir —dijo Jack, mientras tomaba las llaves que había colocado sobre la mesa.

—¿Adónde?

—A cualquier parte. No puedo quedarme aquí esperando a que me llame. —Sospechaba que iba a estar esperando durante mucho tiempo—. Tengo que encontrarla.

Katie le impidió salir de la habitación.

—Ve a cenar —lo animó—. Ordena un poco tus ideas para saber dónde buscar. —Comer ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Jack puso las manos sobre los hombros de su hermana y la apartó de su camino.

—Si ella llama...

—Sí, sí..., ve. Te llamaré.

Jack la besó en la mejilla y salió de la *suite*.



Jessie no tenía intención de ir corriendo a casa de su madre, pero no disponía

de otro lugar adonde ir. Y a pesar de que no se llevaban bien en los asuntos cotidianos, uno siempre podía contar con Renee en un aprieto. Además, cuando se trataba de los hombres y sus trampas, Jessie podía confiar en que la cuidara bien.

Otra ventaja de Renee era que nunca juzgaba a nadie. Incluso cuando Jessie había descubierto que estaba embarazada, en plena adolescencia, Renee nunca la había juzgado.

La noticia no la había hecho feliz, pero ella no la había juzgado.

Danny se había quedado dormido en el sofá, decepcionado porque por ahora no regresarían a su casa. Fuera, en el porche de la caravana de su madre, Jessie estaba sentada, acurrucada bajo una manta. El frío la mantenía anestesiada. Estar anestesiada era algo positivo. No sentir nada sería aún mejor.

¿Cómo había podido estar tan ciega? Qué tonta. Jessie ni siquiera había sentido satisfacción al ver la expresión de sorpresa en la cara de Jack cuando irrumpió en la reunión. Ambos habían quedado aturridos, en silencio. Ella por verlo vestido con ropa que le costaría un mes de trabajo. El hecho de que estuviera sentado en la cabecera de la mesa significaba que era el gran jefe, el líder, el multimillonario ante quien todos en la mesa respondían.

Si pudiera llorar, tal vez entonces se sentiría mejor. La puerta de la casa se abrió y salió la madre de Jessie.

—¿Danny sigue durmiendo?

Renee sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. El hábito había hecho envejecer a su madre de manera prematura, Jessie lo notaba.

—Como un bebé —dijo Renee.

—Bien. Ha sido un día intenso para él.

Renee se sentó junto a Jessie en la hamaca, y movió el cigarrillo para que el humo no acabara en la cara de Jessie. Renee era más delgada de lo que a Jessie le gustaría, y su piel estaba demasiado curtida para sus sesenta y dos años. Su madre parecía cansada.

—También ha sido un día intenso para ti.

Jessie había oído a Mónica explicar a su madre lo que había sucedido, antes de irse deprisa a casa de un amigo. Jessie la hizo prometer que no iría corriendo a decirle a Jack dónde estaba. Las promesas de meñiques y las promesas entre hermanas podían llegar muy lejos en situaciones como esta. Jessie deseaba con todas sus fuerzas no volver a estar nunca en una situación igual.

—Él me mintió, mamá.

Renee inclinó la hamaca, que comenzó a moverse suavemente hacia atrás y hacia adelante.

—Mónica me lo ha contado y me he quedado pensando en una cosa...

—¿Pensando en qué?

—En cómo habrías reaccionado si hubieras sabido la verdad acerca de su

nombre, su dinero.

Jessie había pensado en eso también. ¿Lo habría tratado igual sabiendo que estaba forrado de dinero? Habría aceptado salir con él antes, que era lo que él había estado buscando desde que se conocieron.

—Eso no justifica que haya otra mujer en su vida de la que yo no sabía nada.

Renee le dio una calada a su cigarrillo y exhaló el humo. Se tomó su tiempo para hablar.

—Puede ser. O tal vez los medios estén mal informados. No sería la primera vez.

—Tú no has visto a la mujer con la que estaba. Sería una tonta si pensara que puedo competir con eso.

—Detente ahí, jovencita. Estás hablando de mi hija. La hija que conozco y amo no necesita ropa cara ni maquillaje para competir. Ella tiene todo lo que necesita de forma natural. —Renee señaló con el dedo hacia ella—. El tal Jack sería muy afortunado si encontrara su gran amor a tu lado.

Jessie quedó sorprendida con la alabanza de su madre. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que ella le había dicho algo parecido.

—Yo vengo con equipaje, mamá. No soy la primera que eligen.

—Ahí es donde te equivocas. Cuando el padre de Danny se fue, dejándote sola para criar a tu hermoso hijo, yo estaba dispuesta a ir tras él y obligarlo a quedarse contigo. Después me di cuenta de que estarías mucho mejor sin él. Tendrías más oportunidades de enamorarte si no cargabas con ese vago a tu lado.

—Enamorarse está sobrevalorado.

—Muérdete la lengua. Enamorarse es lo que hace que esta miserable vida valga la pena. Yo debería saberlo; me he enamorado unas cien veces.

Jessie sonrió, y sintió que una carcajada se formaba en su garganta.

Renee se rio con ella. Tras aplastar el cigarrillo bajo la suela del zapato, Renee le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Sé que no apruebas la forma en que vivo mi vida.

—No es que no esté de acuerdo, mamá. Solo quiero que sientes cabeza y seas feliz.

—Hace mucho que senté cabeza, niña. He estado en esta casa desde justo después de que tú nacieras. En cuanto a ser feliz... Soy feliz la mayor parte del tiempo.

—Y desgraciada cada vez que tus relaciones se desmoronan. —Jessie cubrió la mano de su madre con la de ella.

—Eso no se puede negar. Creo que amo enamorarme. Es emocionante ver a un hombre que te mira con ese brillo de diamante en los ojos, la emoción del primer beso, la excitación de cada caricia y cada beso. —Renee se quedó pensativa, perdida en sus recuerdos.

—Con toda esa chispa y ese fuego, me sorprende que no hayas enterrado a tus maridos —Jessie bromeó.

Su madre echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—La vida es demasiado corta para vivirla sola.

—Bueno, parece que Danny y yo estaremos solos durante un poco más de tiempo.

Más que un poco. Jessie no se veía metida en la vorágine de las citas a corto plazo. A su madre podía gustarle la excitación del principio, pero la caída que venía después no era algo que Jessie quisiera experimentar de nuevo.

—Te lo dije, era tan fácil enamorarse de un hombre rico como de un hombre pobre.

Como si Jessie pudiera olvidar esas palabras.

—Para lo que me sirve.

—Me parece que te has enamorado de los dos.

Jessie no estaba de acuerdo con eso.

—Me enamoré de Jack Mass. Un camarero *cowboy* que conduce una vieja camioneta destartalada.

Renee se levantó.

—Saldrás de esto, Jessie. Nunca me preocupó que no fueras a caer con los pies en la tierra. Incluso después de que te quedaras embarazada, sabía que estarías bien.

A Jessie se le hizo un nudo en la garganta.

—Gracias mamá.

Renee asintió y se metió en la casa, dejando a Jessie sola con sus pensamientos.

Entonces llegaron las lágrimas.



Era la víspera de Navidad, y Jack no tenía ni idea de dónde estaba Jessie. Por más que lo intentara, no recordaba ninguno de los apellidos que Jessie había mencionado como pertenecientes a su madre. Dar vueltas por Fontana en busca de una casa con el auto nuevo estacionado en la puerta no dio resultado.

Las horas de sueño que había tenido se podían contar con los dedos de una mano, las comidas ni siquiera llegaban a eso.

El anillo que había encargado a la joyería había llegado y Jack se sentó en la cama de su habitación a mirarlo. Estaba hecho para el dedo de Jessie. Solo tenía que ponérselo.

Se oían las voces de su hermana y su padre desde el salón. Habían unido fuerzas para hacerle la vida imposible a Jack por haber engañado a Jessie de esa forma. Era

agradable ver que Jack podía lograr que su padre dominante y su hermana entrometida estuvieran en la misma sintonía.

Uno pensaría que alguno de los dos tendría una manera infalible de encontrar a Jessie. Cuando era niña, su hermana siempre se había entrometido sin que nadie la llamara, así que, ¿qué la detenía ahora?

«Hermanas». Jack pensó en Mónica.

Gaylord estaba criticando lo ajustado de los vaqueros de Katie cuando Jack entró en la habitación.

—Me los pongo solo para molestarte, papá.

—No creas que no lo sé —la reprendió Gaylord.

—Ahí estás —dijo Katie mientras Jack pasaba delante de ellos camino a su equipo informático.

—¿Vas a comer?

—Ahora no, Katie.

—¿Has descubierto alguna manera de encontrarla? —le preguntó su padre.

—La hermana de Jessie, Mónica. Solo tengo que encontrar su número de teléfono.

Jack se sentó en su escritorio y se volvió hacia el aparato. Katie gritó una serie de números, pero Jack no le hizo caso. Luego alzó la cabeza y se volvió lentamente en su asiento.

—¿Ese es el número de Mónica? —le preguntó a su hermana.

Su hermana le guiñó un ojo con picardía.

—Dudo que te diga donde está Jessie. Yo no tuve suerte.

—¿Hablaste con Mónica?

Al menos Katie tuvo el buen tino de borrar la sonrisa burlona de su cara.

—No estés tan sorprendido. Las hermanas siempre se cuidan entre ellas.

—Tú no tienes una hermana. —Jack esperaba que su hermana notara la severidad en su voz.

—Tengo el divino placer de guardarte las espaldas.

—¿Cuándo hablaste con Mónica?

—Antes de que fuéramos a casa. Después le he dejado un mensaje, pero no me ha devuelto la llamada.

Durante todo ese tiempo Katie podía haber tenido la clave para encontrar a Jessie y no se lo había contado. ¿Por qué? Jack tomó el teléfono.

—¿Me repites su número?

Katie repitió los siete dígitos y Jack los marcó. Mientras el teléfono llamaba, Jack se trasladó a la terraza en busca de un poco de intimidad.

Estaba a punto de darse por vencido cuando de repente la voz de Mónica dijo:

—Vaya, pero si es la serpiente del pueblo. ¿Cómo está tu nido de mentiras? — No había ni una gota de humor en la voz de Mónica.

—Puedo explicarlo todo.

—Guárdatelo. No me interesa.

Jack sabía que perdería si no actuaba rápido.

—No hay otra mujer. La mujer de la televisión era mi hermana. La chica atrevida que te llamó la semana pasada.

Se oía la respiración de Mónica en el teléfono, pero no decía nada.

—Tengo que hablar con Jessie. Por favor, Mónica.

—Después me vas a decir que no eres millonario, ¿o sí que eres millonario?

Tener que disculparse por tener dinero era un poco irónico.

—Tuve mis razones. Razones que tengo que explicarle a Jessie, no a ti. ¿Dónde está ella, Mónica?

El viento fresco de la tarde soplaba contra su rostro. Jack se dio la vuelta para esquivarlo.

—No lo sé.

—No puedo arreglar esto si no hablo con Jessie. Sé que puedo arreglarlo.

«Por favor, maldita sea, dame una dirección».

—¿La mujer de la foto es Katie? —Estaba funcionando..., lo sabía.

—Te lo juro por mi vida. Ella está aquí, ella te lo dirá.

—Si me estás mintiendo...

—No estoy mintiendo.

Después de una larga pausa, Mónica dijo:

—Está en casa de nuestra madre.

—Necesito una dirección.

—Juro que si me estás tomando por tonta, Jack Mascall, te voy a mandar de vuelta a Texas de una patada en ese culo de *cowboy*.

—La dirección, Mónica. Por favor.

—Ah, bueno, bien. Solo te la daré porque Jessie está destrozada y tu hermana fue sincera cuando hablamos.

Le dio la dirección mientras Jack volaba al interior de la *suite* para anotarla.

—Gracias. —Jack leyó la dirección y la memorizó.

—Agradécelo haciendo feliz a mi hermana —lo reprendió.

—Esa es mi intención. —Jack colgó y se dio cuenta de que su padre y su hermana lo estaban mirando.

—¿Y bien? —preguntó Gaylord.

Al otro lado de la habitación había un enorme reloj colgado en la pared.

—La he encontrado.

Con un poco de suerte, sería capaz de traer a Jessie y a Danny de vuelta antes de la cena. Eso esperaba.

CAPÍTULO DIECISIETE

La madre de Jessie había llevado a Danny a hacer esa locura de último minuto de Navidad, más conocida como ir de compras. Al principio, a Jessie le había gustado la idea de estar un poco sola para poder pensar en lo que le iba a decir a Jack cuando el hombre apareciera de nuevo en su vida. Volvería, ella lo sabía. Su jefe le había dicho que había llamado a su trabajo preguntando por su horario. Por no hablar de los mensajes que había dejado en su teléfono, que Jessie había borrado en su totalidad, sin haberlos escuchado. Ahora que la casa estaba vacía y no había una sola cosa para ocupar su mente que no fuera Jack, Jessie lamentó no haber salido con su hijo y su madre.

Jessie oyó cómo las ruedas de un auto salpicaban la grava y luego distinguió el chirrido de los frenos. Dejó a un lado una revista que tenía en sus manos y abrió las cortinas.

El corazón le dio un vuelco cuando reconoció la camioneta de Jack parada en la entrada. Estaba sentado en el asiento del conductor con ambas manos en el volante, mirando hacia el automóvil estacionado delante del suyo. Jack se movió y Jessie hizo lo propio, dejando que las cortinas volvieran a su lugar.

—Oh, Dios. ¿Y ahora qué?

Las pesadas botas subieron los escasos escalones del porche de su madre, y, finalmente, Jack llamó a la puerta. Por un fugaz instante, pensó que si se quedaba ahí sin hacer ruido, él se iría.

—Sé que estás ahí, Jessie. Te he visto en la ventana.

Eso echaba por tierra su plan.

—No me iré hasta que dejes que te explique —suplicó desde el otro lado de la puerta.

Jessie se movió hacia el lado opuesto de la sala y se sentó en una silla. Cerró los ojos y se aferró al borde de su asiento. Sería mejor terminar con eso tan pronto como fuera posible, así podría comenzar a curarse. Era tan seguro como que vendría la Navidad que Jack no se iría hasta hablar con ella... aunque solo fuera para sentirse mejor.

—La puerta está abierta —dijo finalmente.

El picaporte de la puerta hizo un ruido fuerte cuando Jack lo giró. Entornó la

puerta rápidamente y luego vaciló antes de abrirla lo suficiente como para verla.

La ropa desaliñada y la barba en el mentón eran la evidencia de que debía de haber pasado una o dos noches con insomnio. «Mejor», pensó. No se merecía dormir después del dolor que le había causado.

Jack cerró la puerta lentamente y se tomó su tiempo para entrar en la sala. Le echó un vistazo al interior de la caravana antes de posar sus ojos en ella. ¿Qué veía? Al mirar a su alrededor, Jessie veía los recuerdos de su infancia. Algunos agradables, otros que bien valía la pena olvidar. Para bien o para mal, este era su hogar. Era el lugar adonde iba cuando se enfrentaba con decisiones difíciles.

Jack era lo mejor y peor, y una decisión difícil, todo en el mismo paquete. La camisa de vestir y los pantalones con los que lo había visto en el hotel habían sido reemplazados por unos pantalones vaqueros y una camisa de franela. No podía evitar preguntarse si estaba vestido como Jack Mass para ir a tono con el papel. ¿Qué le gustaba más? ¿El traje o los Levi's?

Jessie negó con la cabeza, borrando de su mente las preguntas lo más rápido que pudo. «No me importa lo que te pongas. Desembucha y luego déjame seguir con mi vida». Parecía sencillo, pero sabía que recuperarse de lo de Jack le iba a costar más que palabras.

—¿Me puedo sentar? —preguntó, moviéndose nerviosamente.

—Siéntate. Pero no te molestes en encontrar una posición cómoda. No te vas a quedar mucho tiempo.

Una nube de miedo oscureció el rostro de Jack. Se sentó en el borde del sofá y se inclinó sobre sus rodillas. Abrió la boca, pero no salió nada.

—Has tenido dos días para inventar más mentiras, Jack. ¿Qué pasa? ¿Has perdido tu talento? —Las duras palabras le agregaron rigidez a su postura.

—No quise mentirte. —Apenas las palabras salieron de su boca, Jack contuvo el aliento.

—Nadie te estaba apuntando con una pistola.

Su mirada bajó a sus manos y luego fue de nuevo a ella.

—No.

—Entonces, querías mentir. No una mentira pequeña, sino una y mil veces. Debes de haber llevado una planilla para no equivocarte. Es todo un talento, si lo piensas. —Recordar esa monstruosa red de mentiras la enfureció.

—Déjame explicarte.

—Ya estás sentado ahí, Jack. Teje la mejor mentira del mundo, pero acaba de una vez. No quiero que llegue Danny y crea que *el tío Jack* está aquí para colmarlo de atención y regalos. Danny era el inocente de la historia.

Jack la miró a los ojos.

—La noche que nos conocimos, después de que los muchachos y yo regresamos de Las Vegas, entré en el restaurante y me crucé con la mujer con la que quería

compartir mi vida —hablaba lentamente y con emoción—. No esperaba encontrarte, Jessie. Pero allí estabas. Toda insolencia y sonrisas. Quedé impactado.

«No caigas en la trampa, Jessie», se advirtió.

—Mike, Dean y Tom son mis amigos desde hace años. Verdaderos amigos que no se me acercan por lo que puedo hacer por ellos, o en qué escalafón del mundo de los negocios los puedo colocar. Amigos que nunca me han usado ni me usarán a causa del imperio financiero que hay detrás de mi nombre. Hacía un tiempo que sentía que me faltaba algo. Después de un fin de semana con ellos, me di cuenta de qué era lo que me faltaba en mi vida. He salido con muchas mujeres y mi nombre ha tenido un efecto negativo sobre cada relación.

Jack se puso de pie y comenzó a caminar.

—Cuando sonreíste e hiciste ese comentario acerca de mi billetera y mi ego, me hizo mucha gracia y, debo admitirlo, quedé encantado.

El recuerdo de aquella noche iba y venía en su mente. La atracción por Jack había sido inmediata, a pesar de que había hecho todo lo posible por ignorar sus sentimientos.

Jack se paró frente al árbol de Navidad de plástico de la madre de Jessie y pasó el dedo sobre un adorno que ella o su hermana habían hecho cuando eran de la edad de Danny.

—Así que te mentí. No dije toda la verdad, en realidad. No voy a negar que mentí.

Jessie sintió un tirón en el cuello y se dio cuenta de que estaba apretando la mandíbula.

—¿Qué más?

—¿Disculpa? —Soltó el ornamento y se volvió para mirarla.

—¿Sobre qué más me mentiste?

Jack inclinó la cabeza hacia atrás, como si las respuestas estuvieran escritas en el techo.

—No hay una fantástica sección de objetos perdidos en el hotel. Compré el vestido, los zapatos...

—¿Los pendientes?

—Eso sí te dije que los había comprado.

Cierto. No podía culparlo por los pendientes. Las joyas de fantasía eran relativamente baratas.

—¡Oh, Dios! Los pendientes... no son auténticos. ¿No?

Jack arqueó las cejas y se encogió de hombros.

—¡Santo cielo, Jack! ¿En qué estabas pensando? No puedes darle diamantes a una mujer y hacerlos pasar por circonio. Podría haberlos dejado tirados dentro de la cómoda y podrían haberse perdido.

Eso no había sucedido, pero podría haberlos perdido fácilmente como tantas

otras baratijas de las tiendas de todo a un dólar.

—Yo estaba trabajando la noche de la fiesta de Navidad en el hotel —continuó el relato donde lo había dejado.

—¿Qué? —Jessie aún estaba conmocionada por lo de los pendientes.

—¿Quieres que te diga toda la verdad? Te estoy diciendo que estaba sirviendo a los invitados en el hotel la noche de la fiesta. Hicimos un intercambio entre la gerencia y los camareros esa noche. Sam, que era el hombre que estaba teniendo problemas para mantener la bandeja en equilibrio...

Recordaba al hombre y la conversación que habían tenido entre ellos. Nada de ello le dio un indicio de que Jack fuera algo más que un camarero.

—Me acuerdo.

—Él es el gerente del Mascall Ontario.

—¿Me llevaste a la fiesta para ayudarme a encontrar un candidato, o todo eso también fue una gran mentira?

Aunque la pregunta salió de su boca, Jessie sabía la respuesta. Los poco convincentes intentos de Jack para mostrarle otros hombres en la fiesta habían sido como mínimo un desastre.

Jack se sentó en el apoyabrazos del sofá y se pasó la mano por su oscuro cabello.

—Me estaría mintiendo a mí mismo si te dijera que quería que conocieras a alguien que te deslumbrara. —«Él ya lo había hecho», pensó Jessie—. Quería pasar más tiempo contigo, conocerte. Quería demostrarte que el dinero no compra la felicidad. Todos los hombres de la fiesta podían tener dinero, pero ninguno de ellos te habría hecho feliz. He tenido dinero durante toda mi vida, pero nunca he sido tan feliz como lo soy ahora con vosotros.

—Jack, detente.

—No, Jessie, estoy diciendo lo que siento. Quería decirte toda la verdad. La primera noche que hicimos el amor, fui a tu habitación para contártelo todo. Para contarte sobre mí, el hotel y que no era camarero.

—¿Por qué no lo hiciste?

La estaba mirando fijamente, sin dejar que sus ojos se alejaran de los suyos.

—Porque me quedé sin palabras cuando te quitaste aquel camisón ridículo e hiciste el amor conmigo. Luego, a la mañana siguiente me dejé llevar y te propuse matrimonio.

—Una propuesta que sabías que no iba a aceptar.

Fue entonces cuando Jessie recordó a la mujer que estaba del brazo de Jack en la imagen captada por el fotógrafo.

—Además, ¿no tendría problemas la otra mujer, la del hotel, con que hubiera una segunda mujer en tu vida?

Jack quedó boquiabierto.

—¿De qué estás hablando? No hay otra mujer.

—Vi la foto en las noticias, Jack, me enteré de los rumores de tu inminente matrimonio en las noticias.

La imagen la había lastimado de verdad. Jack comenzó a sacudir la cabeza.

—La única mujer en mi vida eres tú.

—¿Y la rubia del hotel?

Jack abrió grande los ojos.

—¿Katie? Estás hablando de mi hermana. ¿Rubia, con una falda demasiado corta?

Jessie parecía recordar haber visto mucho de las piernas y poco de la cara de la mujer.

—¿Era tu hermana?

—Sí —dijo, aliviado, con una media sonrisa—. Los rumores de matrimonio eran todos acerca de ti.

—Yo te rechacé.

Los labios de Jack formaron una sonrisa plena.

—¿De verdad crees que me habría dado por vencido después de proponértelo una vez?

No. Lo sabía. Jack no era el tipo de hombre que se da por vencido tan fácilmente. Jack se puso de pie, se acercó a ella y se arrodilló. Cuanto más se acercaba, más difícil se le hacía a Jessie dejar sus sentimientos de lado. Le puso una mano en la rodilla. Jessie se estremeció, pero no se apartó.

—Mi padre se enteró por mi hermana. Katie tiene la costumbre de inmiscuirse en los asuntos de los demás.

«Igual que Mónica».

—Donde va mi padre, allí va la prensa.

Jack tomó una de sus manos entre las suyas. Sus ojos grises se clavaron en los de ella, por lo que le fue difícil recordar lo enfadada que estaba con él por haberla engañado.

—Eres la única mujer en mi vida, Jessie. Eres la que quiero presentar al mundo como mi esposa. Te mentí acerca de mi riqueza por razones egoístas. —Respiró hondo y continuó—. Necesitaba saber si podrías amarme por mí mismo. Tu obsesión con buscar un marido rico me hizo preguntarme si serías capaz de separar tus sentimientos por mí de mi dinero. Si hubieras sabido desde el principio que era rico, ¿cómo podría saber yo si me amabas de verdad?

Jessie sintió nuevamente un dolor en el pecho.

—¿Cómo puedo saber si amo a Jack Mascall? Ni siquiera sé quién es ese hombre.

—Sí, lo sabes, Jessie.

Se levantó y la hizo pararse frente a él. Jack le soltó las manos y abrió los

brazos.

—Este soy yo, pantalones vaqueros y botas. Uso traje en la oficina, pero no todo el tiempo. En el rancho, te costaría bastante distinguirme de los empleados que se ocupan del lugar.

—¿El rancho?

—El rancho de mi padre. Me siento cómodo en la sala de conferencias y en el granero. Sin contar cuando estoy tratando desesperadamente de convencer a la mujer que amo de que soy perfecto para ella, soy honesto como como el que más.

Jessie se mordió el labio y sintió que el hielo de su corazón comenzaba lentamente a derretirse.

—¿Me amas?

Jack se quedó sin aliento.

—Por Dios, Jessie, ¿no me estás escuchando? Te amo más que las cucarachas a los bollos azucarados.

Jessie se echó a reír. No quedaba mucho del poeta que había entrado por la puerta media hora antes.

—No es la frase más acertada, ¿verdad? —preguntó con esa sonrisa arrogante enmarcada por los hoyuelos.

—Es algo singular. Creo que nunca voy a olvidar que comparaste nuestro amor con una cucaracha.

Jack le puso las manos sobre los hombros.

—Dame una oportunidad, Jessie. Démonos una oportunidad. —De repente, su boca se secó y sus labios empezaron a temblar.

—La confianza es importante para una relación, Jack. ¿Cómo puedo confiar en que estás diciendo la verdad?

—Pregúntame lo que sea. Nunca volveré a ocultarte nada.

Ese era el momento de poner a prueba todas las preguntas.

—Mónica piensa que compraste el auto para mí.

—Está en lo cierto. Lo compré. Sabía que no lo aceptarías si te lo regalaba, así que me inventé la historia del incendio.

Había pocas posibilidades de que aceptara un auto nuevo de un hombre que trabajaba como camarero. O del millonario que tenía en frente, en cualquier caso.

—¿Estropeaste a propósito mi otro auto?

La idea se le había pasado por la mente en un momento de oscuridad.

—No. Jamás os pondría en peligro ni a ti ni a Danny.

Se dio cuenta de que era una tontería pensar que haría algo tan perverso.

—¿Qué quieres decir con que eres rico?

Sonrió, con hoyuelos incluidos, y le acarició los brazos de arriba hacia abajo y luego al revés.

—Cantidades enormes de dinero. Tenemos más de doscientos hoteles bajo el

nombre de Mascal. Mi padre insistió en repartir la mitad de los bienes cuando Katie y yo cumplimos la mayoría de edad. Nos dio a cada uno una cuarta parte de esa mitad. Créeme cuando te digo que las mujeres con sueños de grandeza y gustos caros harían cualquier cosa por conseguir lo que tengo.

Jessie le puso la mano en el brazo y sintió que el resto del hielo que cubría su corazón se derretía.

—Lo entiendo, Jack. No me gusta que me hayas mentido, pero entiendo por qué lo hiciste.

—Nunca volveré a hacerlo. —Se acercó más, hasta que el calor de su piel encontró la de ella—. Te amo, Jessie. Los últimos días han sido un verdadero infierno, pensaba que te había perdido.

Una sonrisa separó sus labios y una sola lágrima cayó de uno de sus ojos.

—Más vale que no vuelvas a mentirme nunca más.

Jack la tomó en sus brazos antes de llevar sus labios a los de ella. Fue un breve beso, cargado de emoción.

—Nunca más.

Se inclinó y la besó de nuevo. Esta vez inclinó más la cabeza y la unión de sus labios fue mucho más placentera. Con las emociones oscilando constantemente en su interior, Jessie se sintió un poco mareada. Además, el fuerte abrazo de Jack casi no la dejaba respirar.

Una leve risa vibró desde sus labios hacia los de él.

—¿Qué? —preguntó, apartándose.

—No puedo... respirar —dijo con dificultad. —Jack relajó un poco sus brazos.

—Lo siento.

—Yo no.

—Yo tampoco.

Perdida en sus ojos, Jessie sintió su amor por ella de una manera que no podía describir. Quizás la prueba para determinar si ella realmente lo amaba acabaría por ser algo positivo. Siempre y cuando la prueba hubiera terminado.

—Te amo —le dijo.

—Yo también te amo. A veces me vuelves loca, pero te amo.

Jack se apartó de repente y miró a su alrededor. Al ver lo que buscaba, la condujo a una silla.

—¿Qué haces?

Él sonrió.

—Lo que debería haber hecho hace tiempo. —Jack se hincó sobre una rodilla. Jessie quedó con el corazón en un puño.

Jack sacó de su bolsillo una pequeña caja de terciopelo negro. Las lágrimas brotaron de los ojos de Jessie, y el rostro de Jack comenzó a desdibujarse frente a ella.

—Jessica Mann —comenzó—, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Jack no vaciló. La miró fijamente y contuvo la respiración. Su cabeza comenzó a balancearse antes de que pudiera susurrar las palabras.

—Sí. Me casaré contigo, Jack.

Jack puso la mano detrás de su cabeza y selló la proposición con un beso que hizo temblar su alma. Con labios, lengua y un poco de dientes, y ambos se rieron al apartarse. Jack abrió la caja y levantó su mano izquierda.

Le puso el anillo en el dedo anular y se quedó mirándola. Jessie bajó la mirada hacia su mano.

—Por... Dios.

—¿Te gusta?

Jessie volvió a quedarse sin aliento y experimentó nuevamente la sensación de vértigo que había sentido al besar a Jack, solo que esta vez vio las estrellas, literalmente. Comenzó a jadear, ínfimas cantidades de aire entraban y salían a lo loco de sus pulmones.

Como sabía poco y nada sobre los quilates y el color, Jessie no tenía idea de cuánto había costado la piedra que llevaba en el dedo.

El imponente solitario, ligeramente más pequeño que la uña de su dedo pulgar estaba rodeado de pequeños diamantes. La piedra estaba engarzada en lo que Jessie suponía que era platino. Era algo impresionante.

—Es magnífico —dijo en un ronco susurro.

—Va junto con una alianza —anunció.

«¿Más? ¿Hay más?»

—No sé qué decir. —Levantó la mano y sintió el peso del anillo.

—Solo di que sí, y estaremos bien.

Jessie puso la mano al costado de la cara de Jack. La barba que le cubría el mentón le pinchó la mano y disfrutó de esa sensación.

—Sí. Pero...

—¿Pero? —Jack se puso serio.

Toda una vida para coquetear con él, ¿qué podría ser mejor que eso?

«Que alguien me pellizque».

—Tienes que preguntárselo a alguien más. —Ella se echó hacia atrás.

Una expresión de desconcierto pasó por el rostro de Jack. Luego sonrió.

—Danny.

—Correcto.

Jack se levantó y la ayudó a ponerse de pie.

—Tengo el plan perfecto para él.



Las luces de Navidad y el rumor de los villancicos hacían aún más intensa la gran alegría que llenaba el corazón de Jessie.

Jack estaba sentado en el suelo junto a Danny frente al enorme árbol de Navidad. El día había comenzado en el apartamento de Jessie, donde habían colmado a Danny de regalos. Ahora, en la *suite* de Jack en el Mascall, Jessie y Jack estaban a punto de explicarle al niño algunos de los cambios que tendrían lugar en su vida.

—¿Qué hay en esta caja? —Danny levantó el paquete envuelto para regalo y comenzó con la sacudida obligatoria de la caja.

Sonriendo, Jack miró a Jessie, luego a Danny, y dijo:

—Bueno, ese es un regalo para ti, de tu madre y mío.

—¿Tú también te has comprado un regalo para ti, tío Jack?

—Más o menos.

—Ábrelo, Danny —dijo Jessie, luego se sentó junto a ellos en el suelo.

Danny buscó el borde del envoltorio y desgarró el papel brillante sin ninguna delicadeza. Dentro de la caja de una camisa había una revista con la palabra Texas en la portada. Jessie miró más de cerca para ver de qué se trataba la publicación.

—¿Casas y Ranchos? —Jessie se volvió para mirar a los ojos de Jack. Él le guiñó un ojo, pero centró su atención en Danny.

—¿Para qué sirve esto? —Danny le dio la revista de Jessie. La revista mostraba casas y ranchos en venta en el estado de Texas.

—¡Oh! ¡Jack!

Jack le puso el brazo alrededor de los hombros y la atrajo hacia sí.

—Me encanta el rancho de mi padre. Él estaría más que feliz de compartirlo con nosotros, pero yo pensé que sería mejor...

—¿Qué sería mejor? —Danny todavía no tenía ni idea de a qué se refería Jack.

—Nuestra propia casa —le dijo Jack—. Quiero queelijamos juntos nuestra nueva casa.

Danny se quedó con la boca abierta.

—¿Hablas de una casa de verdad con un jardín?

—Con un jardín lo suficientemente grande para tener un granero y caballos.

—¿Y un perrito? ¿Puedo tener un perrito? —Danny comenzó a rebotar sobre su trasero, con una sonrisa de oreja a oreja.

Jack le revolvió el pelo a Danny.

—Cualquier animal que se te ocurra.

—¡Yuju! —Danny se puso de pie y se subió al regazo de Jack, casi lo hizo caer.

—Gracias, tío Jack.

Nuestra propia casa. A Jessie le costaba imaginarlo. Entre Acción de Gracias y Navidades, su vida había cambiado por completo. Se había expandido.

—Danny, acerca de lo de «tío Jack»...

Danny paró un momento de abrazar a Jack para poder mirarlo.

—¿Sí?

—Cuando tu madre y yo nos casemos, ya no podré ser el tío Jack.

La sonrisa de Danny se borró. Los tres sintieron un escalofrío.

—Eso es porque Jack será tu papá —dijo Jessie rápidamente.

—¿Mi papá? —Sus pequeños labios empezaron a temblar. Los miró confundido.

—Soy nuevo como padre, Danny. ¿Crees que me puedes enseñar cómo se hace?

—Jessie le tomó la mano a Jack mientras hablaba.

La incertidumbre en el rostro de Danny le preocupaba.

—Mi verdadero padre no me quiso —dijo, con una inesperada carga de miedo en su voz—. Nos dejó.

Las palabras de su pequeño hijo le rompieron el corazón a Jessie. Jack lo atrajo hacia él.

—Yo nunca voy a dejarte, Danny. Os quiero, a ti y a tu madre, más que a nada en este mundo.

—¿De verdad?

—¡De verdad!

—Jack quiere adoptarte, y luego los dos tendremos un nuevo apellido —le dijo Jessie a su hijo—. ¿Te gustaría?

Danny asintió con la cabeza. Los tres se abrazaron y Jack le limpió las lágrimas a Danny.

—¿Puedo llamarte papá?

La sonrisa de Jack iluminó la habitación.

—Me encantaría que me llamasen papá.

—¡Vale!

Danny sollozó un par de veces y luego se bajó del regazo de Jack. Tomó la revista y hojeó sus páginas.

—Creo que ha salido bien —le dijo Jessie a Jack una vez Danny se alejó de ellos.

—Me he puesto un poco nervioso —confesó Jack—. Parecía tan asustado cuando le dije que me gustaría ser su padre.

Jessie estaba de acuerdo.

—Rara vez ha preguntado por su verdadero padre. No tenía ni idea de lo mucho que le afectaba.

—Todo eso se ha acabado a partir de hoy.

Jessie sintió que le volvía el alma al cuerpo.

—Te quiero, Jack.

Jack la envolvió entre sus brazos y la besó profundamente. Parecía que no podía dejar de tocarla. Menos cuando dormían, Jack estaba siempre besándola, sosteniendo su mano, o tocándole la rodilla. Era maravilloso.

Alguien comenzó a golpear con fuerza la puerta de la *suite*.

—¿Quieres que abra la puerta, papá?

Unas inesperadas lágrimas vinieron a los ojos de Jessie.

—Sería genial, Danny.

Jessie notó que los ojos de Jack también se humedecían.

—¿Quién es? —le preguntó Jessie a Jack mientras él le limpiaba una lágrima que había caído en su mejilla.

Jack la ayudó a levantarse con otra sonrisa críptica.

—Es hora de que conozcas a tu nueva familia.

Danny abrió la puerta y recorrió con la mirada la figura del padre de Jack. El hombre era aun más grande de lo que Jessie recordaba. Por supuesto, él estaba sentado en una silla la última vez que lo había visto. Gaylord tenía en la mano un sombrero de *cowboy* similar al que llevaba sobre la cabeza... solo que más pequeño.

—Hola, hola, pequeño. Tú debes de ser Danny —Gaylord Mascall extendió la mano que tenía libre.

Danny observó la enorme palma, dio un paso adelante y puso su pequeña palma encima de ella.

—Debes de ser... ¿mi nuevo abuelo?

Gaylord se quedó con la boca abierta. Después, abrió desmesuradamente los ojos. Jessie supo entonces de quién había heredado Jack sus hoyuelos.

—Creo que sí.

—¿Eso es para mí? —Danny señaló el sombrero.

—Solo si te queda bien.

Danny se acercó hacia el voluminoso hombre y agachó la cabeza para que Gaylord le pusiera el sombrero de *cowboy*.

Una vez que estuvo debidamente coronado, Danny miró hacia arriba, intentando ver el sombrero.

—¿Me queda bien, abuelo?

—Ahora pareces un verdadero Mascall —se jactó Gaylord y luego tomó en brazos a Danny y lo lanzó por el aire.

Danny se rio cuando Gaylord volvió a ponerlo en el suelo, luego levantó los brazos.

—Otra vez.

Todos rieron. Se oyó el pitido del ascensor.

Jessie miró más allá del hombro de Gaylord para ver quién estaba hablando en el pasillo. Mónica entró en la habitación con una hermosa rubia a su lado. Estaban una al lado de la otra y Mónica se estaba riendo de algo. La madre de Jessie estaba al lado de una mujer mayor que Jessie no reconoció.

Jack la tomó de la mano y la llevó hacia las personas que acababan de entrar en la *suite*.

—Jessie, este es mi padre.

Gaylord bajó a Danny y le dio a Jessie un abrazo de oso.

—No sabes lo feliz que estoy de volver a verte.

Abrumada por el abrazo del hombre, Jessie recordó las cortantes palabras que le había dicho al padre de Jack y se sintió culpable.

—Lamento la forma en que nos conocimos —se disculpó Jessie cuando Gaylord la soltó y se tomó un momento para mirarla.

—Yo no —dijo Gaylord—. Jack necesita una mujer como tú que lo haga andar derecho.

Jack frunció el ceño y continuó con las presentaciones.

—Esta es Katie, mi hermana.

Katie sonrió en señal de saludo.

—Eres exactamente como te describió tu hermana.

—¿Mi hermana? ¿Os conocéis? —Jessie le preguntó a Mónica.

—Más o menos.

Había una historia en el fondo de la respuesta críptica de Mónica.

—¿Qué es exactamente lo que quieres decir con «más o menos»?

Mónica se apretó el labio inferior. Mala señal. Jessie sabía que algo no andaba bien.

—Llamé a Mónica después de que ella viniera a buscar a Jack al hotel —explicó Katie.

—¿Tú viniste a buscar a Jack? —le preguntó Jessie a su hermana.

Mónica pasó de apretarse a morderse el labio.

—Él había desaparecido y tú estabas destrozada.

Les dije a los encargados que me llamaran si alguien venía al hotel preguntando por Jack Mass —intervino Katie.

—¿Hiciste eso? —Jack miró a su hermana con una expresión que reflejaba los sentimientos de Jessie.

—Caray, vosotros dos, no os mostréis tan sorprendidos. Estábamos cuidando de vosotros. —Katie le puso el brazo alrededor a Mónica mientras hablaba—. Si no puedes confiar en que tu familia interfiera en tu vida personal, ¿en qué puedes confiar entonces?

Jack tomó la mano de Jessie y la envolvió con la suya.

—Vas a tener un trabajo a la altura de tus expectativas, cariño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jessie.

—Planear una boda con estas dos va a ser como tener un abrojo en la montura.

Jessie nunca había escuchado eso de abrojos en la montura, pero no sonaba bien.

—¿Quieres decir que soy como un grano en el culo? —quiso aclarar Katie empujando el hombro de Jack.

—Tú lo has dicho. —Ambos se estaban riendo.

—Cuide su lenguaje, señorita —la regañó la mujer mayor que estaba al lado de la madre de Jessie—. Hay un niño presente.

Danny estaba concentrado en un juego que había armado al lado de Gaylord y no podía haber oído nada.

—Sí, señora —Katie tiró del brazo de Mónica—. Vamos, hermanita, vamos a hablar de los vestidos de las damas de honor y todo lo que está absolutamente prohibido.

—El turquesa y el color malva —dijo Mónica mientras se alejaban.

Jack le soltó la mano a Jessie y abrazó a la mujer que había regañado a Katie.

—Estás tan guapa como siempre, tía Bea.

—Tú estás radiante. —La mujer le acarició la cara cuando se separaron—. Parece que una familia era exactamente lo que necesitabas.

Jack hizo un gesto hacia Jessie.

—Jessie, esta es mi tía Bea.

—Encantada de conocerla.

—Es un placer —dijo Bea, con una cálida sonrisa, el dulce acento sureño encajaba con su rostro amable.

Jessie recordó la conversación sobre el pastel y las alabanzas de Jack.

—Jack me contó que prepara el mejor pastel de nueces pacanas del mundo.

La tía Bea sonrió.

—Sí, no está mal.

Jack había conocido a la madre de Jessie el día anterior, cuando había regresado con Danny. Se saludaron con una sonrisa amistosa. La madre de Jessie se volvió hacia la tía de Jack.

—Nunca he sido una gran cocinera —explicó Renee—. Jessie parece estar mucho más a gusto en la cocina de lo que yo jamás estuve.

Bea hizo un gesto hacia Gaylord.

—Siempre me ha gustado la cocina más que la sala de reuniones. Mi hermano gestiona la parte financiera de las cosas. Lo menos que puedo hacer es cocinar.

Renee miró por encima del hombro a Gaylord.

—Me da pena no haber tenido un hermano. Hubiera sido bueno tener a alguien que me ayudara con el lío de mis finanzas.

—Él hace que parezca fácil —dijo Bea, mientras las dos mujeres se adentraban más en la *suite*, alejándose de Jack y Jessie.

Todos estaban repartidos en grupos por la *suite*. Gaylord y Danny tiraban los dados del juego de mesa y reían. Jessie se quedó junto a Jack para hablar en privado.

—Gracias, Jack.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por no renunciar a mí. —Les echó un vistazo a las caras felices que había por

toda la habitación—. Esto vale mucho más para mí que cualquier casa o anillo. Podemos celebrar todas las fiestas rodeados de gente que amamos. Sé que suena cursi, pero ese es el mejor regalo del mundo.

Jack le puso las manos alrededor de la cintura y la miró a los ojos.

—Te he esperado toda mi vida.

El tibio beso estremeció su cuello y se propagó por su espalda.

—Estás mejorando con la poesía —bromeó, sonriendo—. ¿No más analogías con cucarachas y bollos azucarados? —preguntó ella con los labios aún contra los suyos.

—Qué tal si... ¿yo hago de Santa y tú de la señora Claus? —preguntó él con un guiño.

Jessie le quitó el sombrero a Jack y lo acomodó sobre su cabeza.

—¿Y si tú eres el vaquero y yo la vaquera?

La miró de forma sugerente.

—Eso suena muy bien. Tenemos que ir a comprarte unas botas, futura señora Mascal.

Jessie podría acostumbrarse a ese título en un santiamén.

—¿Para qué? Tú solo querrás quitármelas.

—Exacto.

Jack jugueteó con el sombrero sobre la cabeza de Jessie y se echó hacia atrás con una sonrisa.

—Te quiero.

Jessie se puso de puntillas y lo besó.

—Vaya con los tortolitos —señaló Mónica desde el otro lado de la habitación.

Ignorándola, Jack robó el sombrero de la cabeza de Jessie y lo usó para ocultar un beso.

Riendo bajo los labios de él, Jessie se acercó más, amaba a Jack con todo su corazón. Eran una familia.

AGRADECIMIENTOS

Me es absolutamente necesario tomarme un momento para agradecer a mi agente, Jane Dystel, y a todos en Dystel y Goderich Literary Management. Su fe en mí y en los libros que escribo es más grande que la de cualquier otra persona.

Si no fuera por Jane y su enriquecedor estímulo, estoy segura de que esta serie no habría encontrado su hogar ideal.

La segunda ronda de felicitaciones es para mi editora en Montlake, Kelli Martin. La minuciosidad de Kelli ha hecho que este libro brille. Gracias por creer en mí.

Para el departamento editorial de Montlake, que trabajó horas extras para que este libro estuviera a tiempo. Sé que no fue fácil, pero gracias a todos de cualquier modo.

Para mi familia, que sufre con la ropa sucia y las comidas calentadas en el microondas cada vez que tengo una fecha límite. ¡Gracias!

Voy a terminar mis agradecimientos con la persona a quien le dediqué este libro: mi abuela.

Realmente creía que ella era lo suficientemente valiente para sobrevivirnos a todos. Pero con el tiempo, el cuerpo se cansa y le llegó la hora de partir este año. Ella realmente vivió la vida al máximo. Cambió legalmente su nombre por Shamrock en algún momento y tuvo más esposos que una estrella de Hollywood.

Cerca de mi decimotercer cumpleaños, ella me dijo: «Catherine..., es tan fácil enamorarse de un hombre rico como de un hombre pobre. Sal solamente con hombres ricos». Con todos los maridos que amó, ella nunca siguió su propio consejo.

Te quiero, abuela. Hasta que nos volvamos a ver.